Jacques Sadoul

EL ENIGMA DEL ZODIACO



Otros Mundos

«Hay otros mundos, pero están en éste»

ELUARD

Jacques Sadoul

EL ENIGMA DEL ZODIACO

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Título original:
L'ÉNIGME DU ZODIAQUE

Traducción de
ROSA M.ª BASSOLS

Primera edición: Junio, 1973
Segunda edición: Octubre, 1974

Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de
L'ÉNIGME DU ZODIAQUE

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-31043-1 — Depósito Legal: B: 41.925 - 1974

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

Deseo agradecer aquí la inapreciable ayuda que me han aportado en la redacción de este libro:

a la señorita Françoise Hardy,

y, por orden alfabético,

a los señores Raymond Abellio, René Alleau, André Barbault, Armand Barbault, Jacques Bergier, André Boudineau, Gilbert de Chambertrand, Francis Clerc, Paul Couderc, antiguo director del Observatorio de París, señora Tinia Faery, señores Michel Gauquelin, H.-J. Gouchon, señora Joëlle de Gravelaine, señores Hadès, Jean Hiéroz, Jacques Lévy, astrónomo titular del Observatorio de París, Jean-Pierre Nicola, Jacques Reverchon, señora Régine Ruet, señorita Claire Santagostini, señor ministro Jacques Soustelle, señores Jean Vernal, Alexandre Volguine, así como a un astrónomo y a dos astrólogos que han preferido guardar el anonimato.

PRÓLOGO

No he creído nunca en la astrología.

Los horóscopos de los periódicos no llegaban a indignarme, pues me contentaba, simplemente, con volver la página sin verlos. La indiferencia ante ese extremo —se dice— es la forma última de la incredulidad. Por el contrario, siempre me he sentido atraído por la alquimia, y este interés me impulsó a escribir un estudio donde discutía la realidad de las transmutaciones metálicas. Sin embargo, cuanto más penetraba en la historia de la filosofía hermética, más me percataba de que muchos alquimistas consideraban su ciencia indisolublemente ligada a la astrología. Éste era, por ejemplo, el caso de Arnaldo de Vilanova, de Basilio Valentín, de Paracelso y, en nuestra época, de Fulcanelli o de Armand Barbault.

A causa de ello concebí cierta curiosidad hacia la ciencia de los astros, que pronto se vio fomentada por dos hechos nuevos. En primer lugar, el azar me hizo encontrar a una anciana señora que, en el curso de la conversación, empezó a hablarme de una experiencia astrológica que había tenido antes de la guerra y que la había marcado para el resto de su vida. En 1930 ó 1931, se había confiado a una amiga suya respecto al matrimonio de su hijo con una muchacha que no le placía demasiado. Esta amiga le aconsejó acudir a un astrólogo que ella conocía, un hombre muy serio que ocupaba un cargo importante en el mundo de las finanzas; añadió que le sería necesario copiar de su libro de familia la fecha y la hora exacta

del nacimiento de su hijo. Esta dama concertó, pues, una cita con Eudes Picard, uno de los individuos más representativos del movimiento de renacimiento astrológico de principios de siglo. Éste escribió el tema, quedó luego perplejo y, finalmente, dijo: «Tendrá usted que perdonarme, señora, pero me parece casi imposible que este niño vaya a casarse el mes próximo, pues su horóscopo indica que no llegó a vivir más allá del cuarto año.»

El hecho era exacto; al copiar la fecha y la hora de nacimiento, la buena señora se había equivocado y había tomado las referencias que concernían a su hijo primogénito, muerto a los cuatro años y medio de edad. La dama me confesó haber quedado tan trastornada que no se atrevió a regresar nuevamente a casa de Eudes Picard con la verdadera fecha de nacimiento de su otro hijo.

El segundo hecho que me impulsó a interesarme por la ciencia de los astros fue otra conversación que tuve cierta vez con mi amiga François Hardy, quien, aparte de su profesión de compositora y cantante, se interesa mucho por ciertos problemas relacionados con lo que vulgarmente se llama esoterismo. Me hizo saber que ella había tenido ocasión de consultar, en varias ocasiones, a un astrólogo de fama para pedirle que hiciera el estudio psicológico de su propio carácter o del de algunos de sus amigos. Las descripciones que él facilitó de ellos, a partir de fechas de nacimiento anónimas, habían sido tan satisfactorias que habían convencido a François Hardy de la realidad de su arte.

De este modo, se me imponía cada vez más la idea de examinar seriamente, y sin ningún apriorismo, la astrología. Sin embargo, no me decidía a emprender la tarea, ya que la posibilidad de que unos astros tan alejados de la Tierra tuvieran influencia sobre cada hombre en particular, me seguía pareciendo un absurdo. Fue entonces cuando pensé en dar un rodeo, intentar un experimento. Sería interesante pedir a una docena de astrólogos que interpretaran un mismo tema de

nacimiento: Si los resultados obtenidos eran exactos y concordaban, tendría un motivo válido para emprender mi estudio; por contra, si todo lo que conseguía era un conjunto de retratos contradictorios, entonces poseería una buena razón para renunciar al proyecto. Forzosamente habría de reconocer que las personas convencidas de la autenticidad de la astrología, incluso las más cultivadas, se habían dejado engañar por las apariencias.

Y esto es lo que hice...

I. ARIES



UN EXPERIMENTO

¿Qué es el Zodíaco?

Ésta era, creo yo, la primera cosa que había que aclarar antes de proseguir en el estudio de la ciencia de los astros. Así pues, compré un par o tres de manuales corrientes que me permitieron hacerme finalmente una idea de lo que se ocultaba tras esta misteriosa palabra. Todos sabemos que el Sol parece recorrer anualmente un camino muy bien delimitado en el cielo; a este itinerario se le ha dado el nombre de eclíptica. Si se recorta arbitrariamente una franja de cielo de 8,5° a un lado y a otro de la eclíptica, se obtiene una zona celeste, llamada zodíaco, dentro de la que circulan todos los planetas del sistema solar (1). Esta zona ha sido desglosada en 12 sectores de 30° cada uno, en los que el Sol parece progresar a razón de 1° cada día; dicho de otro modo, recorre a nuestros ojos cada sector en un mes; éstos son los signos del zodíaco. Así, la expresión «haber nacido bajo el signo de Aries», por ejemplo, significa haber visto la luz del día dentro del período primaveral que va del 21 de marzo al 21 de abril, durante el cual el Sol residía en el primer sector del zodíaco, ya que la tradición hace

(1) Excepto el más recientemente descubierto, Plutón.

comenzar a éste en Aries.

Habiendo adquirido este indispensable conocimiento básico, me quedaba sólo por descubrir cómo se levanta un mapa celeste (llamado también tema de nacimiento) a partir de la fecha de nacimiento de una persona. Este cálculo aparece casi siempre complicado sin motivo en los tratados de astrología, pero más adelante (1) veremos que es en realidad muy simple en el momento en que uno posee ya las tablas calculadas. Hay que advertir que el cálculo de un tema astrológico sólo es posible cuando se conoce la hora exacta (digamos con un cuarto de hora de error) del nacimiento y el lugar en que éste ocurrió, indispensable para el cálculo de las «Casas Astrológicas» que son otro modo de división de los signos del zodíaco.

Antes de entregarme a este pequeño cálculo, me era preciso escoger la persona cuyo tema iba a redactar. Trazar mi propio mapa celeste habría significado correr el riesgo de falsear el experimento. Los astrólogos son, por su profesión, finos psicólogos, y, a través de las confidencias de sus clientes, adquieren un gran conocimiento de la naturaleza humana; por eso habrían podido llegar a descubrir algunos rasgos de mi carácter durante la conversación que hubiera precedido a su análisis del mapa-*test*. Igualmente, levantar el tema de un amigo habría podido, de la misma manera, desvirtuar el experimento, ya que los expertos podían imaginarse que se trataba del mío; ahora bien, mi objetivo era juzgar la validez de la astrología y no la honestidad de sus adeptos.

Decidí, pues, levantar el tema de François Hardy, quien de algún modo estaba en el origen de esta encuesta acerca de la astrología, indicando claramente que se trataba de una mujer joven. Esta elección tenía, además, una doble ventaja: la señorita Hardy conocía su hora de nacimiento con exactitud, lo que eliminaba la habitual excusa ofrecida por los astrólogos en caso de fracaso, y su mapa celeste había sido calculado por

(1) Véase pág. 167.

el ordenador «Astro-Flash» (acerca del cual tendremos ocasión de tratar nuevamente). Después de haber obtenido su consentimiento, y verificado mis cálculos, sólo me quedaba la tarea de escoger a los doce profesionales que participarían en el experimento.

La cosa no era tan sencilla como parecía a simple vista, ya que era preciso evitar a los charlatanes, los ineptos y los innumerables videntes-astrólogos que pululan por París. Se calcula en unas 30 000 aproximadamente el número de personas que hacen una profesión de la lectura del porvenir por un medio u otro, desde la adivinación partiendo del marro del café hasta el trance de una médium. Muchas personas pretenden ser astrólogos, pero, en la mayor parte de los casos, un resplandeciente zodíaco colgado en su antecámara constituye, por sí solo, toda la parte astrológica de su arte.

Los verdaderos adeptos de la ciencia de los astros, por otra parte, han tratado de contabilizarse, y una de sus organizaciones, el «Centro Internacional de Astrología», efectuó el siguiente cálculo: Un astrólogo digno de mención no puede oficiar sin la ayuda de las efemérides del año (se trata de obras que indican la posición diaria de los planetas en el cielo). Ahora bien, las librerías especializadas venden aproximadamente unas 5 000 anuales, lo que correspondería más o menos al número de practicantes. Entre ellos, el de los profesionales es mucho más reducido, y no parece siquiera alcanzar el millar.

Este número era todavía elevado, y, para circunscribir mi elección, empecé por eliminar a todos los que hacían publicidad. En efecto, los buenos astrólogos se benefician de una publicidad natural, la que se transmite de boca en boca, en tanto que los charlatanes ven disminuir su clientela debido a sus repetidos errores. Les es preciso entonces renovarla atrayendo clientes nuevos mediante un reclamo exterior. Me quedé con un pequeño número de astrólogos que no se muestran a la atención del público más que por medio de sus obras o de sus comunicaciones técnicas en las revistas serias del género, *Les*

Cahiers astrologiques y *L'Astrologue*. Me decidí a efectuar la elección entre ellos.

En el curso de mi estudio preliminar, me había percatado de que existían diversas escuelas de astrología: tradicional, científica, simbolista, psicológica, o que se inspiraba en las enseñanzas de grandes practicantes desaparecidos, tales como K. E. Krafft, Eudes Picard o Dom Néroman. Decidí, por tanto, escoger astrólogos pertenecientes a todas las tendencias, con objeto de ver si, a pesar de sus diferencias de método o de doctrina, llegaban a interpretaciones concordantes. Este aspecto quedaba, no obstante, como una cuestión secundaria, ya que lo esencial del experimento consistía en saber si la astrología permitía realmente describir con exactitud el carácter de una persona y ciertos acontecimientos notables de su vida, partiendo únicamente de su fecha de nacimiento.

Debo hacer notar aquí el espíritu de cooperación que demostraron todos los astrólogos entrevistados. Aceptaron sin dificultad recibirme, o responderme por escrito en el caso de los que vivían en provincias, y participaron en el experimento sin pedir la menor remuneración. Lejos de intentar poner de relieve sus méritos personales, parecían deseosos, ante todo, de demostrar la realidad de su arte. Otra sorpresa agradable me aguardaba en los consultorios de cuantos me recibieron: su sala de espera evocaba mucho más la de un médico o un abogado que el antro de una persona entregada a las ciencias ocultas; nada que viniera a recordar al célebre Faquir Birman, aquel timador y falso astrólogo que aparecía, con frecuencia, en las crónicas judiciales de anteguerra. Finalmente, en el curso de la conversación que tuve con cada uno de ellos, todos me parecieron sinceramente persuadidos de la realidad de su arte y convencidos de llevar a cabo una labor útil en relación a su clientela.

Naturalmente garanticé a todos el más completo anonimato, porque el objetivo de mi experimento era juzgar la precisión de las interpretaciones astrológicas y no la valía de los practicantes. Por lo demás, me concedieron toda su confianza, ya que pude registrar la mayor parte de las interpretaciones que me daban en el magnetófono, en tanto que los de provincias me enviaron sus textos escritos firmados de puño y letra.

No citaré aquí *in extenso* los diez análisis que me fueron entregados del tema de François Hardy, pues sería aburrido e inútil. En efecto, con mucha frecuencia varios astrólogos interpretaron de modo similar diversos aspectos del tema, por lo que no citaré más que aquellos puntos que implican un mínimo de divergencias. Éste es el motivo por el que quiero reagrupar en cuatro secciones —perfil psicológico, familia, profesión, posibilidades de matrimonio— las diversas indicaciones que me dieron. Éstas son, además, las cuestiones donde las respuestas de los astrólogos fueron más precisas y permitieron una comprobación. Para permitir a los lectores apreciar con claridad los resultados del *test*, he compuesto en cursiva cada uno de los errores cometidos por alguno de los practicantes en los análisis citados.

Cada astrólogo estaba en posesión del tema reproducido en la página siguiente. Indiqué, además, que se trataba de una joven que vivía actualmente, al objeto de que los expertos pudieran basar sus previsiones en la posición actual de los astros con relación a su emplazamiento en el tema de nacimiento.

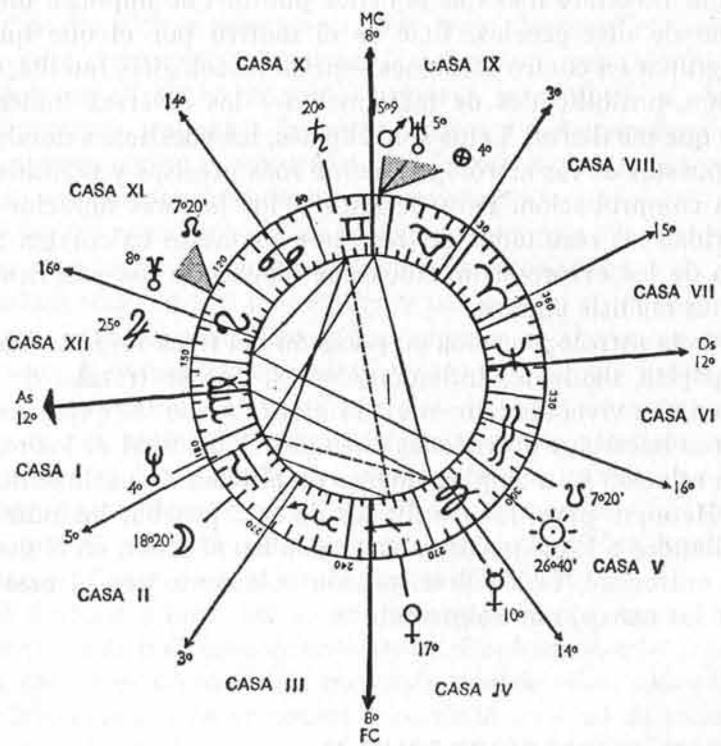
He aquí, pues, los resultados de esta prueba; los números atribuidos a los astrólogos corresponden al orden en el que yo les entrevisté, orden determinado solamente por el azar. ¡O por los astros, naturalmente!

PERFIL PSICOLÓGICO (CASA I)

ASTRÓLOGO N.º 1: «Esta joven es muy antojadiza, realmente muy antojadiza y asimismo caprichosa. *(Pregunto al astrólogo acerca del sentido que da a la palabra antojadiza. Hay que en-*

tenderla como muy próxima a ciclotímica.) Es encantadora, muy guapa, alta y delgada —Virgo y Capricornio—, pero también muy nerviosa. En este momento tiene pequeños problemas con el trabajo, el dinero y la salud. Eso se debe a que viaja

TEMA—TEST



Tema de una señorita de alrededor de veinticinco años

mucho, demasiado aprisa y demasiado lejos, lo que la agota físicamente y aumenta su nerviosismo. En consecuencia, no tiene más que un deseo en su mente, quedarse en casa tranquilamente leyendo y recibiendo a algunos amigos. Por otra parte, está obligada a tomar tranquilizantes. Sus problemas de dinero provienen de su deseo de independencia; tendrá también altibajos en los próximos meses, pero como es inteligente, y muy capaz de saber gobernarse, los superará.»

ASTRÓLOGO N.º 2: «Este tema es el de una persona reservada, de difícil acceso y que no se confía fácilmente. Esto se debe a que su Sol nace en Capricornio y a su Ascendente en Virgo. Es tímida, pero testaruda y resistente. Es muy nerviosa y de temperamento ciclotímico, es decir, que pasa por muchos altibajos en una sola jornada, con algo de tendencia a la neurastenia. Es muy inteligente, con una inteligencia práctica, y posee un gran sentido crítico, que en ocasiones puede llegar a ser incluso bastante cáustico. Es muy hogareña y se siente satisfecha en su casa. *No obstante*, la conjunción Urano-Marte en la Casa IX, la de los viajes, es causa de que se vea obligada a dejar su hogar con cierta frecuencia, lo cual seguramente ella lamenta. En lo moral es recta y muy honrada; probablemente se muestra intransigente en este sentido con sus amigos.»

ASTRÓLOGO N.º 3: «El Ascendente en este caso se sitúa en el signo de Virgo y confiere a la persona una actitud reservada, un espíritu perspicaz y observador, y un agudo sentido de la crítica. Éste es el tema de una persona que no se entrega fácilmente a los demás. Manifiesta tendencias autocríticas bastante claras. Su temperamento es el de un ciclotímico-melancólico. Su muy ensanchado ángulo de desviación Mercurio-Sol, señala que sabe demostrar objetividad. El trígono Mercurio-Ascendente indica que se trata de una persona muy inteligente, en particular de una inteligencia práctica con capacidad para adaptarse a las circunstancias. Sabe demostrar método, cálcu-

lo y deseo de perfeccionar sus conocimientos. El Sol en Capricornio indica que aspira a la vida hogareña, que está muy vinculada al suelo natal, pero su Casa IX señala que se alejará de él con frecuencia, sobre todo durante la segunda mitad de su vida, lo que puede entrañar cierta nostalgia hacia ella. Es una persona muy nerviosa que puede pasar por fases depresivas bastante claras. En otras personas, dicho aspecto podría representar un riesgo de suicidio, pero en este caso el trígono absoluto Marte-Neptuno-Sol constituye una protección.»

ASTRÓLOGO N.º 4: «¡Ah! He aquí el tema de una persona que, a pesar de su nerviosismo y de una gran predisposición a sufrir altibajos es, no obstante, muy sólida tanto mental como físicamente. Lo que ocurre es que está encajonada entre dos limitaciones, el Ascendente en Virgo y el Sol en Capricornio, lo que le impide entregarse y comunicarse, excepto con un pequeño número de amigos íntimos que haya aceptado. Se trata de una gran tímida; esta timidez la paraliza de tal modo que termina por intimidar, a su vez, a sus interlocutores. En realidad sufre de una falta de ternura auténtica, de una necesidad de comprensión, pero, para llegar a comunicarse con ella, es preciso derribar esta barrera, y esto no es fácil. En resumen, es una muchacha inteligente, que sabe gobernar perfectamente su nave, y que es capaz de tomar decisiones enérgicas si es necesario. Por el contrario, durante sus períodos depresivos, se abandonará completamente y demostrará una gran pasividad; éste es el motivo, por lo demás, de que esté más hecha para una vida familiar tranquila que para una vida aventurera, ya que, en casa, ella se siente más protegida y rodeada. Creo que hacia los 35 años, habrá podido superar estas limitaciones y llevará, para entonces, una vida muy armoniosa.»

ASTRÓLOGO N.º 7: «Bien, veamos. No es muy manejable, ¿verdad? Muy fría, inteligente, reservada. Debe pintárselas sola para

pararle los pies a un individuo. Una muchacha bien dotada. Pero nada manejable, ¿eh? Bien, sigamos.»

ASTRÓLOGO N.º 9: «Estamos ante una personalidad que posee cualidades profundas, claramente delimitadas, a las que se añade una gran sensibilidad. Así pues, temperamento interior intenso, bastante difícil de descubrir, pudiendo llegar a ser enigmática y a encerrarse en sí misma si se siente incomprendida en sus sentimientos. Naturaleza muy recta, analítica, precisa, ordenada, pero capaz de enriquecerse lentamente con mucha perseverancia, y sostenida por un ideal elevado. Se siente realmente atraída por todo lo que está al margen del conformismo. Me parece que *sus actitudes para el baile* se reflejan claramente en el tema. Esta personalidad no se abre más que en la intimidad, y esto exige siempre un cierto tiempo debido al predominio de Saturno que lucha contra los sentimientos.»

ASTRÓLOGO N.º 11: «La doble influencia fundamental de Mercurio y Saturno debe corresponder a un carácter muy contradictorio, con estados de ánimo muy variables que pueden pasar de la alegría a la inquietud y al pesimismo sin motivo demasiado aparente. Mercurio indica una persona muy inteligente, muy sutil, probablemente no desprovista de habilidad y diplomacia, pero ésta consistirá en una diplomacia de tipo mordaz. La nacida correspondiente a este tema debe manifestar facilidad para hablar, escribir, representar teatro y, en tanto que artista, se puede suponer que le gustaría participar en la redacción y en la creación de lo que interpreta. Pero estas brillantes calificaciones intelectuales probablemente queden oscurecidas por un carácter muy difícil, demasiado impregnado de sentido crítico, de brusquedad, demasiado predispuesto a las discusiones, a las palabras tajantes. Más pronto o más tarde, sentirá el impulso de intentar triunfar en el cine en papeles dramáticos, pero uno se pregunta si acaso no le

faltan *ciertas cualidades fotogénicas*, debido a la oposición Saturno-Venus.»

LA FAMILIA: (CASA IV)

ASTRÓLOGO N.º 1: «Ah, encontramos aquí a Venus en la Casa IV, es decir, la mujer del padre opuesta a Saturno en la Casa X. Si aplicamos el método de mi llorado maestro Eudes Picard, podemos desplazar las Casas, siendo la IV la primera en el tema del padre y la Casa X radical su Casa VII, es decir, la de su matrimonio; en consecuencia, el matrimonio de los padres de esta muchacha terminó en ruptura, habiéndose enamorado el padre de otra mujer, la cual se encuentra representada aquí por el tema de Neptuno, y dejando muy temprano el hogar familiar. La madre abandonada de este modo, tuvo que educar sola a su hija, por lo que esta muchacha tuvo una infancia muy triste y aburrida a pesar de la dedicación y amabilidad de su madre. En verdad, la marcha del padre debió marcarla para siempre y modificar así toda su personalidad.»

ASTRÓLOGO N.º 2: «La Casa IV es la Casa del padre y de la familia de este nacido. En este tema la encontramos en Sagitario con Venus y Mercurio presentes, en tanto que Venus sufre una oposición por parte de Saturno. En consecuencia, esta persona habrá sufrido una frustración desde el punto de vista familiar; tal vez sus padres no se entendían bien entre sí, o quizás es ella la que no se entendía con uno o con otro; en cualquier caso, esto habrá influido ciertamente sobre su desarrollo psíquico. Se puede pensar incluso que ello se suma a esa reserva originada por la dualidad Virgo-Capricornio y que así el conjunto contribuye a hacerla más encerrada, más replegada sobre sí misma.»

ASTRÓLOGO N.º 3: «Desde el punto de vista afectivo, esta persona corre el riesgo de haber sido retrasada por cuestiones sentimentales, habiendo podido constituir su familia un obstáculo, en particular el padre. Tal vez su orientación fuera desvirtuada desde el comienzo.»

ASTRÓLOGO N.º 4: «El clima familiar de la infancia de esta muchacha no ha debido ser muy bueno. Se puede pensar que se haya enfrentado a sus padres y que haya sufrido, por tanto, una frustración afectiva grave desde este punto de vista. Así, pues, tan sólo en su propio hogar familiar puede esperar encontrar otra vez su equilibrio.»

ASTRÓLOGO N.º 5: «Esta Venus en Casa IV puede ser considerada como angular, en el límite de la órbita, y por tanto es muy importante. Por lo que se refiere a Saturno, que está en oposición, se encuentra a su vez cerca del centro del cielo y es también muy importante en este tema. Puede leerse aquí, evidentemente, el divorcio de los padres, ya que se trata de un hecho sumamente primordial en la vida de esta persona y que habrá marcado su psicología para toda su infancia y su adolescencia e incluso más aún. Si tuviera a esta persona frente a mí en mi consulta, pienso que podríamos profundizar en ello conjuntamente. Estoy seguro de que ella obtendría un verdadero provecho psicoterapéutico.»

ASTRÓLOGO N.º 6: «Ah, veo aquí una oposición de Saturno en Venus, la cual está en la Casa IV. Esto puede entenderse en dos sentidos posibles: O bien la familia, es decir, el padre y la madre de esta persona, no se entendían muy bien, o quizás incluso se separaron, o bien era ella la que no se entendía con sus padres. En todo caso dicha persona tuvo un problema bastante serio en este aspecto, el cual debe de haber influido enormemente sobre ella.»

ASTRÓLOGO N.º 7: «Sus padres no debían entederse muy bien, ¿verdad? Bien, sigamos.»

ASTRÓLOGO N.º 8: «Esta Casa IV comporta un elemento de frustración debido al clima familiar. Aquí es donde el astrólogo puede ser particularmente útil, ya que no es seguro que la persona de la que se hace el tema sepa que ha sufrido semejante frustración. Así, el astrólogo desempeña el papel de revelador, al igual que un psicoanalista, y puede llevar a su cliente a superar dicha frustración y, por tanto, a realizarse más plenamente. Ahora no puedo añadir nada más, ya que se trata de un *test*. Si tuviera al cliente frente a mí, comenzaría el diálogo preguntándole acerca de su primera infancia y obligándole a revelarme las causas de esta frustración.»

ASTRÓLOGO N.º 9: «Parece que esta persona fue muy afectada por un acontecimiento familiar, una separación de los padres o un luto... es decir, alguna cosa que influye intensamente sobre los sentimientos más profundos. Con Virgo Ascendente, los sentimientos han estado incomprendidos y la vida familiar se ha visto afectada por una especie de fatalidad de origen saturnino; sería preciso comparar este tema con el de los padres para poner la cosa en claro.»

ASTRÓLOGO N.º 11: «Considero tres posibilidades: 1) Mediocre armonía entre los padres en el momento del nacimiento, 2) mal entendimiento entre la nacida y sus padres, 3) pérdida prematura del padre o de la madre. Me inclinaría por la pérdida del padre hacia los 3 años, o *hacia los 15 años* aproximadamente.

LA PROFESIÓN: (CASA VI)

ASTRÓLOGO N.º 1: «¿Acaso esta persona ejerce una profesión artística? *(respondo que sí)*. Bien, *tiene alguien que se ocupa de ella (Júpiter), una especie de representante. Es un hombre de edad madura, casado, que es muy amable y competente, pero a quien le falta autoridad sobre ella.* No obstante, puede dar gracias a que lo posee. Por el momento la muchacha tiene éxito, pero todo no marcha bien y, en todo caso, está demasiado fatigada para llevar este género de vida durante más de 2 ó 3 años. Le será preciso entonces tomarse seis meses de descanso seguidos, que los pasará en los alrededores de Saint-Tropez *en una propiedad que le proporcionará su representante.*»

ASTRÓLOGO N.º 2: «Creo que esta persona desempeña una profesión intelectual, sobre todo a causa de la posición de Mercurio, probablemente una profesión que puede ejercerse en parte en su domicilio, periodista, pudiendo sin embargo..., aguarde, la Casa II, la relativa a las ganancias, está en Libra con la Luna presente. ¡Ah!, podría tratarse de una profesión artística, ya que Libra es especialmente un signo que indica semejante profesión, y la Luna simboliza el favor del público; su presencia en la Casa II podría indicar ganancias procedentes del público. En tal caso me inclinaría por *una actriz*, precisamente a causa de Mercurio y debido a que el Sol está en la Casa V, la de la creación. Sí, realmente podría tratarse de *una actriz*.»

ASTRÓLOGO N.º 3: «Esta persona tiene ganancias fluctuantes, ya que la Luna está en la Casa II, lo que probablemente indica, además, que ejerce una actividad independiente. No creo que el marco de la vida profesional esté en armonía con su clima psíquico. Pienso que está predestinada a ejercer una actividad

en relación con el arte, tal vez incluso una actividad relacionada con el pasado (anticuaria, por ejemplo). Es posible que sea artista. Igualmente tiene disposiciones para el estudio y la práctica de las ciencias ocultas, ya que posee mucha intuición; podría convertirse en astrólogo.»

ASTRÓLOGO N.º 5: «Las tendencias psicológicas profundas de esta persona la llevan, simultáneamente, hacia una carrera intelectual y artística. Pero no es preciso que esté en contacto con el público, ya que el matiz virgo-capricorniano de su personalidad le impide establecer una conexión directa con dicho público. Es necesario, por tanto, que trabaje en su casa y sirva sus producciones al público a través de los medios modernos tales como la Televisión, el cine, los periódicos, etc. Creo que triunfará, ha tenido que triunfar ya, por lo demás, desde muy joven, pues se benefició de un tránsito de Urano muy temprano, y me parece que este éxito no será desmentido e irá incluso ampliándose hacia 1972-1973; luego se orientará, tal vez, de modo algo diferente.»

ASTRÓLOGO N.º 9: «Cuando Saturno gobierna la Casa X, se dice que la situación está determinada para durar cierto tiempo, que la elevación es con frecuencia lenta y progresiva, pero que, una vez se alcanza la cima, existe el riesgo de la caída. Los sentimientos están aquí en juego (Saturno en oposición a Venus) y, aunque la profesión proporciona el máximo de satisfacciones, todo ello se hace en detrimento de la dicha sentimental o conyugal. La conjunción Marte-Urano en MC deja suponer acontecimientos imprevistos, cambios bruscos.»

POSIBILIDAD DE MATRIMONIO: (CASA VII)

ASTRÓLOGO N.º 1: «Desde el punto de vista del matrimonio, tendrá dificultades, pero las superará porque tiene muchas posibilidades. Sin embargo, esto no se hará fácilmente ni en seguida. De inmediato habrán altibajos, ya que, tal como he dicho, es muy variable, pero también los superará. Esta unión no será inmediata, pero opino que podría ser duradera.»

ASTRÓLOGO N.º 2: «La Casa VII está en Piscis, lo cual no es muy favorable para un matrimonio. Existe siempre un riesgo de alejamiento en la unión, un riesgo de decepción, por ejemplo porque se haya idealizado en exceso al cónyuge. Además, el regente de esta Casa, Neptuno, está en la Casa I, lo cual demuestra una cierta tendencia a querer disponer del cónyuge, lo que podría provocar evidentemente enfrentamientos entre los esposos. De todos modos, no veo el matrimonio en un plazo inmediato, a mi parecer; al menos no antes de haber transcurrido algunos años.»

ASTRÓLOGO N.º 3: «La Casa VII está en el signo doble de Piscis, lo que suscita la aspiración a crear un hogar, pero determina el riesgo de la desunión, ya que se trata de un signo doble. En cualquier caso, el matrimonio, en definitiva el primero, tendrá lugar tardíamente pues Neptuno, que rige la Casa VII y Venus están en el cielo nocturno, y por otra parte habrá ciertamente obstáculos, porque Neptuno está en cuadratura con Mercurio. Me parece que no tendrá lugar, en cualquier caso, antes de los 30 años.»

ASTRÓLOGO N.º 4: «¡Oh! No está madura para el matrimonio, por el momento. Es todavía muy vulnerable en el nivel afecti-

vo, a pesar de la solidez que he señalado antes. Creo que se producirán crisis en las que se sentirá muy desgraciada, pero que conseguirá superar. Se podría decir, incluso, que tiene un pequeño lado amazónico, frente a los hombres, que le hace escoger, más que ser escogida. Probablemente trasladará este rasgo a su hijo, si es que lo tiene. Se casará, ciertamente, pero en cualquier caso no antes de varios años.»

ASTRÓLOGO N.º 5: «Esta persona no debería casarse antes de los treinta, como mínimo. Le hace falta una maduración psicológica, una mayor integración del yo, lo cual le llevará todavía algunos años. Ella cree probablemente haber encontrado ya al elegido de su corazón, pero se equivoca. Comprenda usted, el papel del astrólogo no consiste en jugar a ser vidente y pronosticar que se casará el 23 de junio de 1972, por ejemplo, lo cual es, para la astrología, totalmente imposible. No, su papel se circunscribe a la evolución psicológica de la persona que lo consulta a fin de indicarle a partir de qué momento puede ocurrir semejante acontecimiento.»

ASTRÓLOGO N.º 7: «El matrimonio, dice usted. Bien, no de inmediato; sigamos.»

ASTRÓLOGO N.º 9: «Nada especifica el matrimonio; no me parece que el eventual cónyuge se adaptara a una carrera artística. En mi opinión, será difícil conciliar un matrimonio feliz con la vida de artista, pero yo no aconsejaría sacrificar la profesión al matrimonio. Se impone una elección, y quizás una buena amistad podría tal vez satisfacer mejor a esta persona que un matrimonio oficial realizado en la forma debida.»

ASTRÓLOGO N.º 11: «Probablemente alguna concepción más bien "revolucionaria" referente a la unión legal, al comienzo, con evolución posterior. La unión legal debe producirse, no obstante, y todo lleva a creer que la hora se aproxima a grandes pasos. Una primera posibilidad de matrimonio *hacia el verano de 1971*, y, en caso de retraso, o de rechazo de la oportunidad, se produciría durante 1973.»

Conviene ahora hacer la crítica, y luego extraer la lección de este experimento. Ante todo, ¿la prueba ha podido ser trucada? Teóricamente sí, de dos modos. El primer astrólogo entrevistado habría podido pasar el informe a sus colegas, o bien el mapa celeste de la señorita Hardy habría podido ser reconocido, ya que su fecha de nacimiento la publicó la Prensa.

La primera objeción no soporta un examen serio; ¿cómo habría podido ese primer astrólogo adivinar a cuáles de sus colegas había yo escogido? Además, las antipatías intestinas que envenenan el movimiento astrológico francés hacen que cada profesional permanezca encerrado en su torre de marfil y no mantenga ninguna relación con sus colegas. Finalmente, el análisis de los resultados es determinante acerca de este punto: Las interpretaciones no muestran un progresivo perfeccionamiento, y la proporcionada por el astrólogo n.º 1 es indudablemente una de las mejores.

Para responder a la segunda objeción, diría en primer lugar que el tema propuesto fue identificado efectivamente por uno de los astrólogos como el de Françoise Hardy. Se trataba del señor André Barbault, el cual me lo devolvió diciendo: «No puedo participar en su prueba, pues este tema es de uno de mis clientes, y, por tanto, ya lo conozco.» Esto demuestra que no hay que sospechar por sistema de la falsedad de los astrólogos. Por otra parte, la elección de la señorita Hardy ofrece otra ventaja, que permite precisamente descubrir el fraude. En efecto, como ocurre con todas las grandes *vedettes*, el periodismo sensacionalista ha dado de ella una imagen deformada, la cual es fácilmente identificable. Veamos un ejemplo entre otros varios posibles e igualmente claros: Con motivo de la filmación de la película *Gran Prix*, se han divulgado profu-

samente fotografías de Françoise Hardy al volante de un coche de carreras, al tiempo que la mayor parte de los textos de dichas fotos señalaban que ella gozaba con la velocidad y el peligro. La realidad es bien distinta: ¡La señorita Hardy detesta la velocidad, el peligro e incluso los automóviles! Una interpretación en la que hubiera figurado «gusto por los automóviles rápidos», o «amor hacia la vida peligrosa» habría sido, por tanto, muy sospechosa.

El lector atento tal vez se haya percatado de la ausencia de los análisis efectuados por el astrólogo n.° 10. Ello es debido a que, en efecto, este señor me describió precisamente la imagen periodística de Françoise Hardy, en particular su gusto por los bólidos y el peligro, y al menos otros cuatro hechos de notoriedad pública, pero totalmente falsos. Me aseguró, después del *test*, no haber reconocido el tema, lo cual es posible al nivel consciente, pero inverosímil al de la memoria inconsciente, tanto más cuanto que este astrólogo está especializado en horóscopos de *vedettes* destinados a la Prensa popular. Así pues, ante la duda, he eliminado sus respuestas.

Para concluir, diría que dos hechos me parecen decisivos: Todo el mundo sabe que la señorita Hardy compone y canta canciones, y esto no lo ha encontrado *ningún* astrólogo. Por el contrario, la separación de sus padres (que realmente tuvo lugar alrededor de sus 3 años, tal como lo calculó el n.° 11) es un hecho desconocido para el gran público, ya que esta artista es muy discreta, y, sin embargo, esto, todos los participantes en el experimento lo presintieron o descubrieron. En cuanto al valor de los resultados, el lector ha podido comprobar que los astrólogos cometieron muy pocos errores. ¿Debe echárseles en cara que no hubieran descubierto que el tema pertenecía a una cantante y compositora? La propia Françoise Hardy no lo cree así, ya que ella se considera ante todo como autora de textos poéticos, a los que puede, de modo accesorio, poner música e interpretarlos. Considero, por tanto, positivo este experimento.

Esto no basta, evidentemente, para demostrar la realidad de la astrología, que hay que juzgar, no sobre un caso aislado, sino a tenor de la frecuencia de los éxitos. No obstante, los resultados de este *test* me persuadieron de que los astrólogos —o al menos algunos de ellos— no eran los charlatanes que los racionalistas del siglo XVIII pusieron al margen de la ciencia oficial. Semejante éxito demostraba que había «algo» en la astrología y que era conveniente llevar las investigaciones más adelante.

Ante todo decidí documentarme acerca de los orígenes de la astrología, y, en particular, sobre el país donde nació, Sumer. No se sorprenda el lector si, en este segundo capítulo, insisto en la historia de la civilización sumeria y en las relaciones que existen entre sus leyendas y los textos bíblicos, lo cual parece alejado de la astrología. Muy al contrario, esas leyendas y esas relaciones están estrechamente vinculadas, según mi parecer, a la ciencia de los astros, y serán el fundamento indispensable sobre el que intentaré edificar la hipótesis con que concluirá este libro.

En los capítulos siguientes volveré a trazar a grandes rasgos la evolución de este arte hasta el siglo XVII, y luego la historia de su renacimiento en el curso de aproximadamente los últimos 90 años. Una vez bosquejado este telón de fondo histórico, nos será posible estudiar con mayor profundidad los dogmas astrológicos y las pruebas que sus defensores presentan a su favor, por una parte, así como los motivos de su condenación científica.

Pero regresaremos a Sumer para terminar esta obra, a Sumer donde reside, en mi opinión, la clave del enigma que plantea el Zodíaco al hombre desde la aurora de los tiempos civilizados; Sumer, donde todo empezó hace cerca de 6 000 años.

2. TAURUS



TODO EMPEZÓ EN SUMER

La civilización sumeria es interesante por dos motivos: primero porque con ella comienza la Historia, y luego porque en su seno es donde se han desarrollado los grandes descubrimientos de la Humanidad, la escritura, la tecnología, las artes. Nos interesa también en un tercer aspecto, ya que hoy se sabe que fue en Sumer donde hizo su aparición la astrología hacia el año 4000 antes de J. C. Un sacerdote astrólogo caldeo, Beroso, nos ha informado al mismo tiempo acerca de esa historia y de esas doctrinas astrológicas. Toda la ciencia astral de los egipcios, de los griegos e incluso de nuestra época, proviene directamente de su enseñanza escrita u oral.

Más adelante volveremos a los relatos de Beroso. Veamos en primer lugar lo que la Historia y la arqueología nos enseñan acerca de Sumer. Tal como manifiesta con mucho humor Edward Chiera, profesor de asiriología de la Universidad de Chicago (1): «Hasta fecha reciente, conocíamos la historia antigua en su totalidad. Para aquellas épocas lejanas, la Biblia era el documento principal; los hebreos dominaban la materia. Las otras poblaciones... no eran más que bárbaros despreciables que oponían obstáculos a la marcha del pueblo de Dios. Era

(1) En *Las tablettes babyloniennes*, Éditions Payot, 1940.

lamentable por tanto que no hubieran sido aniquilados con la rapidez deseable.» En efecto, la individualización a los ojos de los arqueólogos modernos de una civilización sumeria no comienza hasta 1849, tras una expedición inglesa al Éufrates. Luego la traducción, a comienzos de siglo, de un gran número de tablillas babilonias acabó de transformar completamente nuestra concepción de la lejana antigüedad. Escuchemos al respecto a uno de los grandes especialistas actuales de la materia, el profesor Harmut Schmökel, de la universidad de Kiel, que escribe en su obra *Sumer y la civilización sumeria* (1): «El piadoso lector de la Biblia que encontraba, en los capítulos 4 y 5 del *Génesis*, los nombres de los primeros hombres desde Adán hasta Noé, no podía sospechar que ese doble y venerable relato era sólo el oscuro recuerdo de una tradición sumeria 1 000 años anterior a él y que se refería a los 10 reyes que reinaron antes del Diluvio. Instituido por los dioses, su reino había durado 120 sarens, es decir 432 000 años. Como en la Biblia, el último de estos reyes fue el héroe del Diluvio; en sumerio se llamaba Siuzudra, los babilonios lo denominaban Utnapishtim, y Beroso helenizó el nombre sumerio convirtiéndolo en Xisuthros.»

La noción de diluvio que figura al mismo tiempo en los mitos sumerios y en los textos bíblicos no bastaría evidentemente por sí sola para obligar a deducir que los últimos proceden de los primeros. Las correspondencias van mucho más lejos, ya que el Arca de Noé es una historia específicamente sumeria, tal como lo afirma Edward Chiera: «Se encuentra en ambos relatos la famosa arca cubierta de asfalto donde se han aposentado un personaje y su familia, preservados así por los dioses del diluvio que se avecina. La lluvia inunda la Tierra y extermina la población. El arca aterriza sobre una montaña. Su habitante hace salir a tres pájaros. Salvado, sale a su vez y ofrece un sacrificio. Las semejanzas son tan contundentes

(1) Éditions Payot, París, 1964.

que se está de acuerdo en admitir que se trata de la misma historia.» El hecho es tan evidente que Édouard Dhorme, el traductor del *Antiguo Testamento* en la Biblioteca de la Pléiade, ha establecido los paralelos entre ambos relatos, en nota al capítulo 8 del *Génesis*: «El episodio de la suelta de los pájaros es el que más se inspira en el relato asiriobabilonio, del que damos aquí la traducción. Es Utnapishtim quien habla: "Al llegar el 7.° día, cogí una paloma y la solté. La paloma voló y regresó; como no había lugar donde descansar, tuvo que volver. Lo mismo hice con una golondrina, que echó a volar y más tarde regresó también al no hallar lugar donde reposar. Finalmente solté un cuervo. El cuervo voló y descubrió la desecación de las aguas. Come, chapotea, grazna, pero no regresa. Hice salir pájaros a los cuatro vientos." La única diferencia reside en el orden de suelta de los pájaros.»

De estas correlaciones se pueden sacar dos conclusiones contradictorias. Una, que el Diluvio fue una realidad universal, y confirma, por tanto, plenamente, el relato bíblico; otra, que no se trata más que de un mito sumerio, incorporado por los hebreos. ¿Qué decisión tomar? Bien, creo yo que el mejor medio es saber si hubo o no un Diluvio universal. Regresemos, con este objeto, a la obra del profesor Schmökel, el cual nos dice: «Hace veinte años, se tuvo por un instante la impresión de disponer de una prueba arqueológica de este acontecimiento mítico, el diluvio: efectuando una excavación arqueológica a gran profundidad en Ur, Woolley encontró una espesa capa sedimentaria sin la menor huella de civilización; esto podía efectivamente provenir de una inundación, y él estimó que ello demostraba la realidad del diluvio. Pero esta capa sólo existe en Ur.» Hoy rige la opinión de que no hubo un diluvio generalizado.

Finalmente, una última prueba del origen sumerio de algunos textos bíblicos puede hallarse en la historia de Moisés, que recibió de la misma mano de los Elohim (esta palabra que, en general, se traduce por «Dios» en un plural que sig-

nifica «los dioses») los famosos diez mandamientos. Ahora bien, veamos lo que dice Édouard Dhorme en una nota al capítulo 2 del *Éxodo*: «La historia de Moisés salvado de las aguas ofrece un asombroso parecido con la leyenda del rey Sargón de Acad, que reinó hacia el siglo XXIII antes de nuestra era. Esta leyenda, que ha llegado hasta nosotros en lengua babilonia y asiria, cuenta cómo el fundador de la dinastía de Acad es dado a luz secretamente por su madre y luego colocado por ella en un cesto de cañas, cuya entrada cierra utilizando asfalto. El recién nacido es abandonado a las aguas del Éufrates que lo arrastran. Es recogido por un "libador de agua" que lo educa y lo convierte en su jardinero, hasta el día en que la diosa Istar se enamora de él y lo destina a la realeza. El motivo común entre ambos relatos es el abandono o la exposición del recién nacido por su madre en la barquichuela recubierta de asfalto.»

Se comprende la importancia del estudio de la civilización sumeria para la comprensión de los mitos en los que descansa la nuestra. Pues hoy se admite por parte de casi todos los historiadores que, a través de diversas ramificaciones, somos los descendientes lejanos, pero directos, de los sumerios (1).

Desde el punto de vista de este libro —la aparición de la astrología en Sumer— merece la atención otra característica de su historia, a saber, su brusco y prodigioso desarrollo. Al final de este libro demostraré que dicha mutación y el nacimiento de la ciencia de los astros están íntimamente relacionados. Por el momento, concretemos las manifestaciones de esta ruptura en la evolución de la civilización sumeria; tales manifestaciones han sido especialmente estudiadas por el sumerólogo americano-danés Thorkild Jacobsen, profesor de la Universidad de Harvard, quien ha resumido así sus observaciones: «Millares de años han transcurrido desde que el primer hombre penetró en el valle de los dos ríos, y una forma de cultura prehistórica ha sucedido a otra, casi idéntica por otra parte, y en ningún caso sumamente distinta de la que se podría encontrar en cualquier otro lugar del mundo. Durante estos milenios, la agricultura fue la fuente principal de ingresos. Se fabricaron algunos utensilios a partir de la piedra, y también, con menos frecuencia, a partir del cuero. Los pueblos, gobernados según las reglas patriarcales, se adaptaban a lo que era dable esperar. La principal modificación que se ha podido descubrir entre el paso de una forma de cultura a otra, y lo menos que se puede decir es que no es demasiado importante, reside en las técnicas de la alfarería y en su decoración.

(1) Hay que señalar que los sumerios no eran semitas, contrariamente a los acadios y otros babilonios que más tarde los invadieron. Así, los relatos bíblicos tendrían un origen no semítico.

»Pero en el período protohistórico todo el cuadro se modifica; hundida en las tinieblas como estaba, va a cristalizarse la civilización de Mesopotamia. La línea general, la piedra angular a partir de la que Mesopotamia podrá vivir su vida, formular sus preguntas más importantes, evaluarse a sí misma y valorar el universo, y todo ello para los siglos futuros, irrumpe de golpe en la existencia, completa ya en sus aspectos principales.»

Existen dos respuestas a esta brusca mutación de Sumer: una es el azar de la evolución humana; la otra —aportada por Beroso— lleva un nombre: Oannes, el animal dotado de razón. Pero sería prematuro embarcarse tras las huellas de Oannes antes de haber llevado a cabo el estudio de la historia y de las técnicas astrológicas de las que él es tal vez la clave.

Desde la antigüedad pensamos, debido a los autores griegos o latinos que han citado los escritos de Beroso hoy perdidos, que la astrología había nacido en Caldea. Los descubrimientos de la arqueología moderna, particularmente gracias al estudio de las tablillas descubiertas en la biblioteca de Asurbanipal, en Nínive, han demostrado ahora que los más antiguos textos sumerios incluían ya referencias astrológicas cier-

tas (1). La primera tablilla redactada por un astrólogo está fechada en el año 2300 a. de J. C. y trata de un presagio referente al fundador de la dinastía de Acad, fundada sobre el planeta Venus, con relación a un eclipse de luna. Esta tablilla fue estudiada de modo más particular por F. Cornélius en el transcurso de la *XIVª Reunión Asiriológica Internacional*, en 1966. Cornélius nos señala que el texto sumerio habla de un eclipse de luna visible en Agadé, ciudad cercana a Babilonia, el 14 nisán, durante el que el planeta Venus se había elevado en el horizonte. La fecha del 14 nisán, trasladada al calendario actual, equivale al 11 de mayo del año 2259 a. de J. C. Por lo que se refiere al texto de esta predicción astrológica, rezaba:

El rey de Acad muere y sus súbditos están a salvo.
El poder del rey de Acad se debilitará,
sus súbditos prosperarán.

Ahora bien, dado que la historia de este período nos es conocida, parece realmente que este eclipse coincidió con la muerte de Narâm-Sin, nieto de Sargón de Acad. Señalemos, de pasada, el carácter maléfico atribuido a los eclipses lunares que, en la antigua tradición astrológica, amenazan a todo el país, y en primer lugar, naturalmente, a su caudillo.

Veamos ahora otro pronóstico astrológico sumerio que hace intervenir en esta ocasión a Júpiter, y que procede del siglo XXI a. de J. C.: «Si el planeta Júpiter, al levantarse, dirige su cara anterior hacia el Oeste, si se ve el lado anterior del cielo, el reino será desgraciado. Así ocurrió que Ibi-Sin partió a Alam cargado de cadenas y llorando; así ocurrió que fue

(1) Precisemos en seguida que la astrología fue desde el principio un método de admiración de la clase sacerdotal. Sin duda rivalizó con el antiguo método adivinatorio consistente en examinar las entrañas de los animales, como me lo hacía notar René Alleau. Éste cree incluso que la creciente complicación de la adivinación mediante la observación de las vísceras o del hígado hizo periclitar este método en beneficio de la naciente astrología. Tal como yo intento demostrar en la última parte de esta obra, ambos métodos no tienen el mismo origen étnico, y es por tanto probable que existiera entre ellos cierta rivalidad desde el principio.

vencido.» Se ha calculado que esta aparición de Júpiter debía corresponder al mes de marzo del año 2016 a. de J. C. En realidad, los primeros documentos astrológicos un poco completos que poseemos se remontan al año 1900 a. de J. C., y fueron descubiertos en las ruinas del palacio de Asurbanipal. Se trataba de ladrillos de tierra cocida recubiertos de caracteres cuneiformes. Muchos estaban rotos, pero debido a la costumbre de los caldeos —existente también entre los asirios— de llevar sus archivos por partida doble, se pudo reconstituir un número bastante grande de ellos. La mayor parte se refieren a un tratado de astrología fundamental redactado por el propio Sargón *el Viejo*, el rey de Acad, aproximadamente hacia el cuarto milenio antes de nuestra era. Pero, incluso en los manuscritos astrológicos más antiguos que han llegado hasta nosotros, se hacía, con frecuencia, referencia a textos que se remontaban a una antigüedad aún más lejana. Así se comprueba que los astrólogos establecían sus predicciones «conforme a los términos de una tablilla que no existe ya», o bien según «la Iluminación de Bel, citada en una tablilla ya no existente». Este aspecto es esencial, ya que demuestra que el período sumerio de la astrología no debería ser considerado como su iniciación histórica, sino solamente como la huella más antigua que poseemos de ella.

Desde el punto de vista de las doctrinas, los astrólogos caldeos enseñaban que los cinco planetas visibles a simple vista, que ellos llamaban *intérpretes*, revelaban mediante su movimiento las intenciones de los dioses. Como consecuencia, su estudio, así como el de los eclipses y cometas, debía permitir prever dichos designios tanto por lo que se refería a las naciones como para los hombres. «Habiendo observado los astros durante un enorme número de años —escribía Diodoro de Sicilia—, los caldeos conocían con mayor exactitud que los demás hombres su curso y sus influencias, y predecían con seguridad muchas cosas del futuro.»

Uno podría preguntarse cómo los sumerios y sus descen-

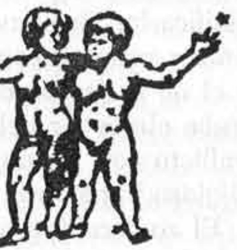
dientes, cuyos instrumentos de medición eran primitivos y que no poseían nuestros conocimiento matemáticos, pudieron establecer los complicados cálculos que exigen la predicción de los eclipses y la retrocesión de los planetas, tales como los que se han descubierto, por ejemplo, en las tablillas de la época de Sargón de Agadé, halladas nuevamente en la biblioteca de Nínive. Ciertos fenómenos astronómicos, invisibles al ojo desnudo y citados en las tablillas, permiten suponer que los sumerios —al igual que algunos pastores del desierto en la actualidad— poseían una vista mucho más penetrante que la nuestra. René Berthelot señala en su estudio *La pensée de l'Asie et l'astrobiologie* (1): «Aparece en los caldeos un esfuerzo por determinar las verdaderas longitudes celestes, de lo cual no nos ofrecen su equivalente los egipcios... La astronomía caldea se valió de la división sexagesimal del tiempo y de la del círculo, y las relacionó una con otra en un sistema único de numeración sexagesimal. A ella debemos la división de la hora y la del día, así como la del círculo», y más adelante añade: «Una tablilla de Nínive del siglo XII a. de J. C. indica ya la marcha errante de los planetas, sus estaciones y sus retrocesiones, al objeto de situarlos en el zodíaco.»

Son igualmente los babilonios los que, en una fecha por desgracia incierta, fueron los primeros en utilizar el zodíaco y en atribuir a cada uno de su sectores un simbolismo particular. No poseemos una representación zodiacal completa muy antigua, pero en las ruinas de Nínive se han hallado numerosos fragmentos de ella. La colección de símbolos de animales hoy familiar estaba ya completa, aunque no obstante con una diferencia notable —de la que tendremos ocasión de volver a hablar—, consistente en que el signo de Escorpión abarcaba dos sectores: uno correspondía a su cuerpo y el otro a sus pinzas, sector este último que más tarde se convirtió en el signo de Libra.

(1) Éditions Payot, París, 1949.

Este zodíaco es el que había de introducirse en el mundo occidental en la época de Beroso.

Esto nos lleva a Beroso, el sacerdote-astrólogo caldeo que vivió en el siglo III antes de nuestra era. Debido esencialmente a él, la astrología se extendió a Egipto y Grecia; en efecto, Beroso marchó de su patria y escribió, en la lengua de Homero, una historia de su país en la que rendía homenaje al rey Antíoco I *Soter* («Salvador»). Este libro está hoy perdido, pero varios autores de la antigüedad han reproducido amplios extractos de él, y se sabe que, al margen de su parte histórica, explicaba con detalle la astrología caldea, lo que motivó un gran movimiento de curiosidad, y más tarde de entusiasmo, entre los griegos. Se invitó entonces a Beroso a ir a instalarse en la isla de Cos, patria de Hipócrates, donde podría enseñar su arte a los estudiantes de Medicina que acudían en peregrinación a esta región. Plinio cuenta que sus predicciones se demostraron tan exactas que los atenienses le erigieron en agradecimiento una estatua cuya lengua era dorada. Entre dichas predicciones, se afirma que había previsto espantosos cataclismos que afectarían a toda la Tierra: Un diluvio de agua en el momento en que todos los planetas confluyeran en el signo de Capricornio, y un diluvio de fuego cuando se hubieran agrupado en el signo de Cáncer. Pero, cualesquiera que fueran sus talentos adivinatorios, lo cierto es que a su enseñanza —y prácticamente sólo a su enseñanza— debe la astrología griega su nacimiento. Comprobaremos que ocurre lo mismo en lo que se refiere a la ciencia de los astros del antiguo Egipto.



3. GÉMINIS

LAS APORTACIONES GRIEGAS Y EGIPCIAS

Que un solo hombre, Beroso, haya sido suficiente para difundir la idea astrológica en todo el mundo griego y en el Egipto de los faraones puede causar sorpresa. Probablemente no habría conseguido semejante triunfo si el terreno no hubiera estado preparado en estos dos países por las enseñanzas de los filósofos griegos o de los sacerdotes de Thot.

Tales, y su discípulo Anaximandro, afirmaban que el universo era una fermentación cósmica de la que la Tierra era el sedimento y los astros sus manifestaciones exteriores; por lo que se refiere a los animales, incluyendo en ellos al hombre, habrían nacido en el seno del elemento húmedo bajo el efecto del calor del Sol, siendo este astro, al mismo tiempo, dispensador y símbolo de la vida. Fácilmente se ve que semejante teoría se aproximaba mucho a los dogmas de la astrología caldea.

«Platón habla ya como un astrólogo cuando afirma, en *El Banquete*, que el sexo masculino es producido por el Sol, el femenino por la Tierra, y que la Luna participa de ambos», escribe con mucha razón A. Bouché Leclercq en su *Astrologie grecque*.

La teoría de los cuatro elementos, atribuida a Aristóteles, fue recuperada por los astrólogos y terminó por ser el fundamento de la física astrológica de Tolomeo. De ese modo, todas las filosofías griegas podían adaptarse a la astrología, o, más propiamente, el arte de Beroso encontraba en cada una de ellas algún elemento que aparentemente contribuía a justificarlo. Hay que señalar que todos los sistemas cosmogónicos propuestos por los filósofos eran geocéntricos, excepto el de Aristarco de Samos quien sostenía ya que la Tierra giraba alrededor del Sol. Esta teoría habría podido entrar en conflicto con los dogmas astrológicos, pero razones de orden religioso impidieron que se propagara.

El zodíaco fue adoptado sin discusión en Grecia, aunque se lo hacía comenzar en el solsticio de verano, es decir, en el signo del Cangrejo (o Cáncer), ya que ese día señalaba la iniciación del año griego. Más tarde, aparentemente bajo la influencia del astrónomo Hiparco, se regresó al año caldeo que comenzaba en el solsticio de primavera con el signo de Aries. Fue precisamente entonces cuando se descubrió —o se halló de nuevo— el fenómeno de la precesión de los equinoccios, del que tendremos ocasión de volver a hablar. Este descubrimiento astronómico de Hiparco demostraba que las constelaciones a partir de las que se habían denominado los signos del zodíaco no eran fijas, y se deslizaban poco a poco de signo en signo. Este hecho contrarió enormemente a los astrólogos hasta el día en que Claudio Tolomeo codificó el conjunto de su ciencia y separó el «zodíaco ficticio de los signos», el cual es fijo, del «zodíaco de las constelaciones», que se desplaza.

La mente sutil de los griegos no se contentaría con adoptar el arte de Beroso, antes bien lo perfeccionaría, y a ella debemos la creación del *horóscopo* (1) (tomado en su primitivo sentido de cúspide de la Casa I), que permite la individualización del tema de nacimiento. El comienzo del sistema de las casas astrológicas es lo que caracteriza el tema de cada persona en particular, y esto era desconocido por los caldeos. No hay que creer por ello, sin embargo, que la astronomía caldea sólo sabía aplicar sus predicciones a los reyes y naciones, y que ignoraba a los simples particulares. Esto es falso, tal como lo muestra el estudio de A. Sachs, de la Universidad de Providence, *Horóscopos babilonios*, aparecido en 1952 en el *Journal of cuneiform studies*. Entre otras cosas, tras haber analizado seis temas particularmente indiscutibles, escribe: «Lo que resulta importante es que, siglos antes del período griego, los babilonios hubieran practicado las predicciones astrológicas tanto personales como generales. Este punto, que es trivial para un especialista de textos cuneiformes, merece ser destacado ya que, debido al origen griego de la astrología horoscópica, algunos autores, careciendo de información o basándose únicamente en los textos del *Enuma Anu Ellil*, que es una recopilación de la astrología mundial, han simplificado exageradamente el problema entre una forma griega de astrología individual y una pretendida ausencia de esta misma forma en los mesopotamios.» Por lo demás, Proclo cita un texto de Teofrasto que fue uno de los primeros griegos que se puso en contacto con Beroso, texto en donde manifiesta encontrar «maravilloso el hecho de predecir la vida y la muerte de cada uno, y no simplemente de las cosas comunes».

(1) El término horóscopo significa «Miro lo que se levanta», es decir, el grado ascendente sobre el zodíaco.

Dicho eso, tal como lo estableció claramente Sachs: «Ningún tema babilonio menciona el horóscopo (el signo o punto del zodíaco que se levanta en el instante del nacimiento), ni, por lo demás, ninguno de los otros elementos astrológicos secundarios que desempeñan un papel importante en la astrología grecorromana.» Se puede, por tanto, extraer como conclusión, sin demasiado miedo a equivocarse, que son los griegos los que inventaron la domificación y las nociones de Ascendente y Cielo Medio. Poseemos, en efecto, tres represen-

taciones de temas griegos levantados antes de la era cristiana, en los años —71, —42 y —40, y todos indican el signo horóscopo. Esto no demuestra en absoluto que los caldeos, y antes que ellos los sumerios, no tuvieron otro sistema para individualizar más los temas, pero, en todo caso, no ha llegado hasta nosotros ningún indicio de él.

Franqueemos el Mediterráneo y lleguemos a Egipto, donde la astrología se difundió, como en Grecia, a partir de la enseñanza que Beroso dispensaba en su escuela de la isla de Cos. ¿De dónde procede entonces la idea tan divulgada de una fabulosa antigüedad de los zodíacos egipcios y, en consecuencia, de una ciencia de los astros egipcia que databa de las primeras dinastías? Fue al arqueólogo Charles-François Dupuis el que más contribuyó a propalar esa idea en una obra que publicó en 1794, *Origine de tous les cultes.* Atribuía una antigüedad de varios miles de años a los diversos zodíacos descubiertos en los monumentos del antiguo Egipto, en particular al de Denderah, hallado en el templo de la diosa Hathor y en la actualidad conservado en el Museo de Louvre. Dupuis llegaba a la conclusión de que la paternidad de la astrología había de repartirse a partes iguales entre caldeos y egipcios.

Ahora bien, los arqueólogos modernos han acudido a la astronomía para fijar una fecha a estos zodíacos; en efecto, éstos representan la situación celeste en el momento del nacimiento o de la muerte del personaje momificado al que hacen compañía. Como consecuencia, la posición de los planetas representados permiten calcular astronómicamente la fecha en que existía semejante cielo. ¡Así, se ha podido fijar para el zodíaco de Denderah la fecha de 17 de abril del año 17 d. de J. C.!

Puede citarse otro ejemplo: A comienzos del siglo pasado, el explorador Caillaud trajo consigo una momia con un zodíaco en su sarcófago. Este último constituyó el tema de una comunicación a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras,

pronunciada por el señor Letronne el 16 de enero de 1824 (1). «Las primeras personas que, en el gabinete del señor Caillaud —dice la comunicación— vieron y examinaron esta momia, los cuales pertenecían al conjunto de los que persisten —a pesar de los hechos— en considerar los zodíacos egipcios como pertenecientes a una remota antigüedad, sentenciaron al principio que el ataúd de esta momia y la propia momia se remontaban a una época lejana. Su ilusión sufrió cierta contrariedad cuando, después de haberle dado vuelta al sarcófago, distinguieron en medio de los jeroglíficos los restos de una inscripción griega.»

Esta inscripción indicaba que el personaje momificado había muerto bajo el reino de Trajano, en el siglo I de nuestra era. Por lo que se refiere a los jeroglíficos, fueron traducidos por el propio Champollion, quien escribió al señor Latronne: «A su vez, ahora, sus observaciones acerca de la inscripción griega de la momia traída de Tebas por el señor Caillaud vienen a justificar enteramente la lectura que yo había facilitado...» Hoy se sabe que únicamente el zodíaco pintado en el techo de una sala del templo de Esnech procede de antes de la era cristiana ya que fue realizado en tiempos de Tolomeo III (247-222 a. de J. C.), lo que nos lleva al siglo III antes de nuestra era, en el que vivió Beroso. Así, pues, es legítimo considerar a este sacerdote caldeo como el único origen de la astrología egipcia, así como de la griega.

La principal aportación de los astrólogos egipcios fue la introducción del sistema de los *decanos,* que es una subdivisión de los signos del zodíaco en tres partes iguales. Esta nueva complicación invadió pronto el mundo romano, y es todavía utilizado en nuestros días por algunos practicantes.

Así, pues, hemos llegado a Roma, donde la astrología bri-

(1) Esta memoria se titula «brevemente»: *Observación crítica y arqueológica de las representaciones zodiacales que nos quedan de la antigüedad, con motivo de un zodíaco egipcio pintado en un sarcófago de momia que lleva una inscripción griega del tiempo de Trajano...*

llará con su máximo resplandor, ya que los espíritus supersticiosos de los romanos estaban perfectamente preparados para acoger esta nueva doctrina.

Su éxito fue inmediato y total, resultando inoperante la oposición de algunos hombres, como Cicerón y Agripa. Marco Antonio tuvo su astrólogo agipcio titular (y a sueldo de Cleopatra, pretende Plutarco), Augusto hizo acuñar moneda con su signo, Capricornio, en una de las caras. Tiberio se convirtió él mismo en un experto astrólogo y, al hacer el tema de Galba, descubriría en él «el hombre que un día saborearía el imperio». ¡Dión Casio pretende incluso que Tiberio hacía estudiar los horóscopos de los personajes importantes del Imperio para hacer asesinar a los que eran capaces de poder sucederle!

Se conoce la célebre respuesta que Agripina diera al astrólogo que acababa de predecirle:

—Vuestro hijo, Nerón, reinará, pero matará a su madre.

—No importa —contestó ella—, con tal de que reine.

Las predicciones de los astrólogos romanos no fueron todas tan exactas. Así, Domiciano, temiendo por su trono, hizo ejecutar a Mecio Pomposanio, aconsejado por su astrólogo, pero perdonó a Nerva, que le sucedería. Por el contrario, a otro astrólogo, Ascletarión, que había predicho su caída, Domiciano lo hizo condenar a muerte: «Preguntó a Ascletarión —nos relata Suetonio— cuál sería su propio fin (el del astrólogo) y como éste afirmara que sería pronto despedazado por los perros, él ordenó ejecutarle inmediatamente, pero, para demostrar la trivialidad de su arte, mandó enterrarlo con el mayor cuidado. Mientras se cumplían estas instrucciones, sucedió que un huracán derribó súbitamente la hoguera y unos perros despedazaron el cadáver medio quemado.»

Al creer los príncipes en la astrología, el pueblo les siguió al punto en esta vía, y, pronto, los que hacían horóscopos reinaron como señores en Roma. Un autor del siglo IV d. de J. C., Ammiano Marcelino, nos cuenta que incluso los incrédulos no atravesaban una calle «sin haber consultado previamente la efemérides para saber por ejemplo dónde estaba situado Mercurio, o qué sector de Cáncer ocupaba la Luna en su trayectoria a través del cielo».

¡Si ésta era la conducta de los escépticos, uno queda un poco asustado ante la idea de la influencia que la astrología debía ejercer sobre los creyentes!

Tras haber lanzado esta rápida ojeada sobre la astrología en el mundo antiguo, y antes de dar un salto en el tiempo de más de 1 000 años para llegar hasta los grandes astrónomos-astrólogos del Renacimiento, conviene decir algunas palabras acerca de la idea astrológica en los otros lugares civilizados del mundo, como la India, China y la América precolombina.

La astrología india es sumamente parecida a la nuestra, lo que no tiene nada de sorprendente, ya que sin duda es de origen griego. El zodíaco indio está constituido igualmente por 12 signos cuyo simbolismo se aproxima al nuestro, pero, tal como hace notar el astrólogo hindú B. V. Raman: «El grado cero de Aries ha sido tomado como origen del zodíaco, siendo el sentido de sucesión de los signos el de las agujas del reloj. Así, pues, el zodíaco hindú tiene un sentido opuesto a nuestro zodíaco astrológico tradicional.» Los planetas tradicionales tienen, al igual que en el sistema occidental, domicilios en ciertos signos y exilios en los signos opuestos. Por lo demás, lo que hay de original en el sistema es otra división del zodíaco, en 27 partes iguales, llamadas Casas Lunares y relacionadas con el movimiento aparente de la Luna, que se superponen a los 12 signos tradicionales. No obstante, no se puede hablar de una astrología muy diferente de la nuestra, y parece más que probable un origen común.

En China hallamos una astrología fundada en un zodíaco estrictamente lunar y dividido en 28 sectores. Como todo lo que ha brotado de la antigua sabiduría china, esta astrología

es de una gran sutileza y de una complicación tan extremada que impidió su difusión entre el pueblo, ya que sólo los iniciados podían conocer todos los arcanos. De siempre, los astrólogos estuvieron agregados a la corte de los emperadores chinos, y, si se da crédito al relato de uno de los raros viajeros autorizados hoy a visitar la China Popular, ocurriría lo mismo ahora, pese a la ideología del nuevo régimen.

Más interesante es el caso de la América precolombina, ya que, en principio, esta civilización no tuvo ningún contacto con la nuestra antes de su descubrimiento por Cristóbal Colón. Sin embargo, el hallazgo de cierto número de inscripciones fenicias grabadas en rocas del Brasil, por una parte, y descubrimientos entre los trofeos de los indios de América del Norte, por otra, hacen suponer que debieron establecerse contactos entre los dos continentes mucho antes de la fecha admitida oficialmente. Hubo de hecho una astrología azteca muy floreciente, pero bastante distinta de la nuestra; estaba basada en un zodíaco de 20 signos. Su valor queda demostrado por la famosa predicción que anunciaba el regreso de los hombres blancos, lo cual permitió a Cortés y a su pequeña tropa conquistar muy fácilmente un inmenso Imperio. Se la encuentra formulada y fechada, en una predicción efectuada al rey de los cutuc-siu en 1514 por los sacerdotes astrólogos: «A fines del tercer período, una nación de hombres blancos y barbudos vendrá procedente del lugar donde el sol se levanta, trayendo con ella un signo que hará huir y caer a todos los dioses. Esta nación dominará toda la Tierra, trayendo la paz a los que la reciban en paz y abandonen vanos simulacros para adorar a un dios único que estos hombres barbudos adoran.» (J. Babelon, *La vie des Mayas 1934.*) Si se admite que el tercer período significa tres años, la predicción adquiere un carácter notablemente exacto, ya que los españoles emprendieron la conquista de México en 1517-1518.

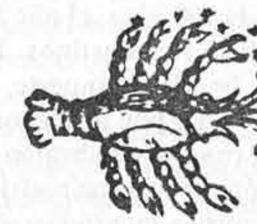
Pero parece que aún había más, puesto que el astrólogo Alexandre Volguine, en su muy interesante obra *L'Astrologie chez les Mayas et les Aztèques*, tras haber informado acerca de cuanto se refería al zodíaco de 20 signos de los precolombinos, señala que también habrían utilizado otro, constituido por 12 signos como el nuestro, y cuyos nombres habrían tenido asombrosas semejanzas con nuestras denominaciones tradicionales. Un estudio del Rvdo. Padre Acosta, efectuado sobre los códices aztecas lo resume de este modo: «El signo del Carnero (Aries) habría sido llamado Esplendor del Cordero, nombre tan análogo al nuestro que parece pertenecer a nuestra propia tradición. El segundo signo del zodíaco era denominado Macho Poderoso, Brillante e Inflamado, y no es preciso subrayar su concordancia con la imagen del Toro (Tauro)... En el lugar de los Gemelos (Géminis), se encuentra el signo de las Estrellas Unidas o de los Astros Conjuntos, que expresan exactamente la misma idea de unión que los Cástor y Pólux de nuestra tradición grecolatina. El signo del Cangrejo (Cáncer) recibe allí el nombre de Culebra Dormida... En cuanto al signo de León (Leo), es denominado Retorno de la Lanza del León Oculto y Rampante. Si la idea de la majestad y de la rectitud vinculada en nosotros al símbolo de este signo parece fallar en la América precolombina, el hecho de que a ambos lados del Atlántico se denomine a la misma parte del cielo, el León, es ya de por sí profundamente significativo. El signo de la Virgen (Virgo) lleva el nombre de la Madre Divina, y la representación tradicional de este signo por una mujer que lleva un niño es de origen precristiano. La Balanza (Libra) era conocida por los aztecas bajo el nombre de la Escala... Capricornio llevaba un nombre parecido, el Ciervo Ardiente o Cornudo, y Acuario el de Época de las Aguas. Es realmente asombroso descubrir tal similitud de los nombres a ambos lados del Atlántico... Las denominaciones de Escorpión, Sagitario y Piscis no aparecen en la obra del Padre Acosta, y no han llegado hasta nosotros.»

La palabra «asombroso» me parece muy débil para calificar una semejanza tan fantástica. La existencia de un simbolismo

idéntico en dos continentes privados de todo contacto parecería demostrar por sí sola la verdad universal de la ciencia de los astros.

Pero yo soy por natural desconfiado, y tales coincidencias me parecieron sospechosas; igualmente, no pudiendo comprobar por mí mismo las afirmaciones de ese Padre Acosta, pedí algunas aclaraciones al señor Jacques Soustelle, que es el especialista europeo más eminente en civilizaciones precolombinas. He aquí dos extractos de la carta que tuvo a bien enviarme como respuesta: «El Padre Acosta era en realidad un compilador que no llevó a cabo obra original, sino sólo para añadir algunos errores o falsas interpretaciones de su cosecha. He de comunicarle que no encuentro indicios de un zodíaco de 12 signos, estando toda la cronología mexicana basada en la combinación de 13 cifras y de 20 signos. Por otra parte, considero imposible que un signo mexicano haya podido denominarse "Esplendor del Cordero", teniendo en cuenta que el cordero era un animal desconocido en México en la época precolombina, al igual, además, de los bóvidos y el caballo.»

Bien mirado, tampoco hay ciervos en México (se encuentran todo lo más wapitis en el Canadá, lo cual está muy apartado), ni tampoco leones en ambas Américas, pudiendo hallarse sólo jaguares y pumas. Finalmente, es de por sí bastante notable que la idea de la influencia de los astros sobre el hombre hubiera nacido igualmente entre los aztecas y los mayas, sin que sea necesario querer hacer sus concepciones idénticas a las nuestras.



4. CÁNCER

LOS ASTRÓNOMOS-ASTRÓLOGOS DE EUROPA

Claudio Tolomeo murió en el siglo II d. de J. C., y Regiomontano nació en el siglo XV, en 1436 más exactamente. ¿Por qué este salto en el tiempo?

De hecho, Tolomeo codificó tan bien este arte que no fue aportada ninguna modificación importante por los astrólogos europeos durante todos esos años. Los únicos progresos de la astrología los hicieron los astrólogos árabes, entre el 700 y 1400, sobre todo desde el punto de vista de las previsiones mundiales. Alcochoden, y Albumazar, en sus *Flores de la Astrología,* fueron los más célebres de todos.

Pasaremos revista aquí a cierto número de astrólogos que asimismo fueron astrónomos, matemáticos y que han dejado nombres célebres en la historia de las ciencias. Son ellos quienes hicieron avanzar nuevamente la astrología hasta la mitad del siglo XVII donde se paralizó en un sueño que parecía realmente que debía ser eterno.

Regiomontano, cuyo verdadero nombre era Juan Müller, nació en Franconia y, tras estudios científicos, hizo una traducción de las obras de Tolomeo. Se convirtió entonces en astrólogo titular del rey de Hungría, y se dedicó, en el transcurso de los años siguientes, a un trabajo matemático sumamente

importante desde el punto de vista astrológico, ya que fue el primero en hacer imprimir efemérides válidas para 30 años cuya exactitud es aún indiscutible. Nos dejó una predicción bastante sorprendente: «Después de 1 000 años pasados desde el alumbramiento de la Virgen, y de que hayan transcurrido además 700 años, el año 88 será muy sorprendente y arrastrará con él tristes destinos. En este año, si toda la raza perversa no es herida de muerte, si la tierra y el mar no se precipitan en la nada, por lo menos todos los imperios del mundo serán trastornados y habrá en todas partes un gran luto.» Esta predicción, hecha hacia el 1500, sigue siendo bastante asombrosa si se piensa que indica, con un error de un año, la fecha de la Revolución Francesa que trastornaría a todos los imperios del mundo.

Nicolas Copérnico nació el 19 de febrero de 1473 de padres alemanes establecidos en una pequeña ciudad polaca. Señalemos ante todo que él no practicó jamás por sí mismo la astrología, pero que mantuvo contactos bastante estrechos con ella y, por otra parte, influyó considerablemente en su historia, así como en la del mundo, al descubrir de nuevo la teoría heliocéntrica de Aristarco de Samos, y demostrándola. Después de cursar estudios de astronomía en la Universidad de Cracovia, Copérnico residió durante siete años en Bolonia, Italia, donde fue alumno y huésped de un famoso astrólogo de la ciudad, Di Novarra. En 1510, Copérnico fue nombrado canónigo del capítulo de la catedral de Frauenberg, y es en este lugar donde, durante 30 años, trabajó en la soledad y el silencio hasta llegar a formular su nuevo sistema cosmogónico. No hay que creer que se alejaba por eso del modo de pensamiento astrológico, puesto que, en el capítulo 10 de su obra *De revolutionibus orbium caelestium*, declara, refiriéndose a los planetas y a las estrellas fijas: «En su centro es donde el Sol tiene su residencia... Unos lo llaman luz del mundo; otros, corazón del mundo; otros: gobernador del mundo; Hermes Trismegisto lo llama el dios visible, y la Electra de Sófocles, el dios que todo lo ve. Así es como reina el Sol, sentándose en su trono real, con la familia de los astros girando a su alrededor.»

Entre 1510 y 1514, Copérnico comunicó sus descubrimientos a varias universidades, que le ignoraron. Por el contrario, algunos astrólogos se entusiasmaron con su sistema y le alentaron a darlo a conocer al público. Terminó por confiar su manuscrito a uno de ellos, Réticos, quien lo copió de nuevo y lo entregó a la imprenta completándolo en un capítulo acerca de astrología mundial, con el permiso de Copérnico. El primer ejemplar apareció el 25 de mayo de 1543, el mismo día del fallecimiento del canónigo. Se comprueba así que sólo gracias al celo de un astrólogo pudieron difundirse las teorías copernicanas. Lo que es más, todas las universidades rechazaron este sistema, en tanto que fue adoptado conjuntamente por varios astrólogos. En 1551, Erasmo Reinhold lo menciona en sus tablas planetarias prusianas; en 1552, Valentín Steinmetz expone un resumen del sistema heliocéntrico en su almanaque astrológico; en 1557, John Dee, el alquimista, ocultista, astrólogo y sabio del que tuve ya ocasión de describir su extraordinaria vida en mi obra *Le trésor des alchimistes* (1), suscribe la teoría copernicana. Finalmente, aproximadamente en el mismo año, Junctino expone las ideas de Copérnico conjuntamente con las de Tolomeo en su *Speculum astrologiae.* Es esto lo que permite a Wilhem Knappich, sabio historiógrafo de Nicolás Copérnico, llegar a la conclusión de que: «Contrariamente a la opinión imperante, el heliocentrismo no ha dado el golpe de gracia a la astrología. Por el contrario, la astrología ha contribuido a la edificación del sistema heliocéntrico.»

(1) Editions Publications Premières, París, 1970, y Editions J'ai Lu, París, 1971. Su versión castellana está incluida en esta colección «Otros Mundos», *El tesoro de los alquimistas.*

El futuro obispo y astrólogo Lucas Gauric nació en una ciudad del antiguo reino de Nápoles el 12 de marzo de 1476. Su reputación en esta ciencia le valió la protección de cuatro papas sucesivos, de los que Pablo III, quien organizó el Concilio de Trento, convirtió a Gauric en su consejero íntimo. En 1552, en Venecia, el obispo hizo publicar su *Tratado de Astrología* del que se puede contemplar hoy un ejemplar en la Biblioteca Nacional de París. Su título completo vale la pena de ser mencionado: *Tratado de astrología, en el que se examina con el mayor cuidado y mediante su tema de nacimiento, los accidentes que han marcado la vida de un gran número de hombres. A la luz de tales ejemplos cada uno podrá, consultando su tema de nacimiento, predecir cosas futuras, ya que según la diversidad de los casos la experiencia sirve de fundamento al arte o a la ciencia y el ejemplo indica la vía.*

En este tratado, Lucas Gauric traza los temas de doscientos contemporáneos cuyos destinos explica por las influencias astrales que se deducen del estudio de sus horóscopos.

Como su reputación de astrólogo no dejaba de aumentar, la reina Catalina de Médicis le encargó la interpretación del tema del rey Enrique II. Esta ciencia le valió igualmente ser presentado al Papa León X, del que se convirtió en uno de sus íntimos; nos ha relatado referente a él una anécdota de la que fue testigo personal y que sucedió al futuro Papa el año anterior a su elección. Un monje, Serafín, famoso por sus conocimientos en teología, en astrología y en quiromancia, predijo al futuro León X su pontificado. Éste se negó a creer en ello, ya que: «la cosa era imposible debido a su pobreza, a la enfermedad de sus ojos y a su juventud». Serafín mantuvo su predicción, que se cumplió al año siguiente, siendo elegido el nuevo Papa a la edad de 38 años, lo cual era muy raro, incluso en aquella época. León X quiso entonces recompensar generosamente al teólogo-astrólogo, pero éste rechazó todo regalo personal pidiendo solamente al soberano pontífice que hiciera restaurar un monasterio.

Gauric no tuvo sólo aventuras agradables. Habiendo cometido la imprudencia de predecir a Bentivoglio, señor de Bolonia, que sería expulsado de sus Estados, ese tirano cruel y aborrecido por todos le hizo encarcelar y torturar. El desgraciado obispo sufrió cinco vueltas de potro y padeció durante muchos años las consecuencias de dicho suplicio. Al año siguiente de su desgraciada aventura, fue vengado cuando el Papa Julio II expulsó a varios tiranos, y entre ellos a Bentivoglio.

Desde el punto de vista astrológico, la obra de Lucas Gauric ha sido analizada por Paul Choisnard, cuyas conclusiones citaré aquí (1): «El tratado de Lucas Gauric tiene el vivo interés de recordar evidencias hoy demasiado olvidadas. Muestra que los espíritus eminentes de la Edad Media, entre ellos Papas y prelados situados muy alto, consideraron muy seriamente y sin timidez la ciencia de las predicciones astrológicas y quirománticas. Algunos fueron incluso muy lejos en esas ciencias psíquicas. Si bien es cierto que sus libros hacen sonreír hoy a causa de su estilo pasado de moda, el sentido oculto que se encuentra en ellos puede ser captado claramente por los que tienen alguna práctica en los temas de nacimiento. Para esos, resulta fácil comprobar que Lucas Gauric no apoyaba su ciencia en una fe ciega, sino realmente en hechos positivos; ¡apoyándose en multitud de ejemplos, hacía, en resumen, pura ciencia experimental, la cual no es privativa de hoy!

»A pesar de la eminente valía del obispo italiano, se comprende que el tono grave de sus discusiones planetarias hubiera podido exasperar a sus biógrafos. Como, por otra parte, es difícil de admitir que un espíritu iluminado pueda pasar su vida practicando experimentalmente una ciencia vana sin darse cuenta de su falsedad, se explica el embarazo que han sufrido casi todos los historiadores modernos respecto a los

(1) En *Preuves et bases de l'astrogie scientifique.*

verdaderos astrólogos tales como Lucas Gauric, a los que ellos prefieren prudentemente pasar por alto.»

¡El médico y astrólogo Jerónimo Cardan, nacido en Pavía el 24 de setiembre de 1501, es célebre sobre todo por su muerte, ya que Escalígero, su discípulo, cuenta que se dejó morir de hambre para hacer coincidir la fecha de su fallecimiento con la que había determinado astrológicamente!

Cardan cuenta su vida en una obra titulada *Vita propria,* en la que manifiesta haber nacido bajo una mala estrella, lo que es bastante verosímil pues tuvo una vida muy desgraciada de cabo a rabo. Comenzó mal, pues Cardan fue el fruto de los amores ilegítimos de su padre, un distinguido jurisconsulto, doctor y matemático, con una mujer que intentó vanamente hacerse abortar. El joven Cardan, tras cursar unos estudios caóticos, llegó a ser doctor en Medicina, en 1524, pero no consiguió ganar suficientemente su vida en esta profesión porque era jugador y un poco libertino. Se convirtió, pues, en profesor de matemáticas en Milán y, sobre todo, en astrólogo. No tuvo mucha suerte en esta última profesión tampoco, ya que le correspondió el insigne honor de predecir al rey Eduardo VI de Inglaterra que moriría a una edad muy avanzada, justamente algunas semanas antes de la muerte de este desgraciado príncipe. Parece realmente que fue este fracaso, que le había afectado profundamente, lo que le llevó a dejarse morir al objeto de que al menos una de sus predicciones se realizara en la fecha prevista... Su vida de familia no fue más dichosa, y su hijo primogénito, que llegó a ser médico, asesinó a su joven esposa y murió a manos del verdugo. Su segundo hijo tuvo una conducta tan reprobable que el padre se vio obligado a hacerle encarcelar. ¡Se le dé o no un sentido astrológico a esta frase, lo cierto es que Jerónimo Cardan (1) había nacido

(1) Hoy goza de una imprevista popularidad por uno de sus descubrimientos menores: ¿qué automovilista no conoce la transmisión de Cardan?

bajo una mala estrella!

Desde el punto de vista didáctico, Cardan escribió varios volúmenes inspirados todos en Tolomeo y que presentan la particularidad de utilizar temas en los que las Casas están divididas por un igual, sistema del que tendremos ocasión de volver a hablar en la última parte de esta obra. Al igual que Lucas Gauric, Cardan traza numerosos temas de contemporáneos suyos y los comenta ampliamente. Su obra astrológica más célebre sigue siendo *In Ptolomaei de astrorum iudiciis.*

Le corresponde el lugar ahora, cosa rara dentro de la galería de los verdaderos astrólogos, a un personaje siniestro y poco recomendable, Cósimo Ruggieri. Nació en Florencia, a mediados del siglo XVI, y pronto marchó a buscar fortuna a París con el séquito de Catalina de Médicis, la cual adoraba rodearse de astrólogos y de magos. Fue él quien hizo a la reina, se dice, la famosa predicción referente al lugar de su muerte que ocurriría en Saint-Germain. Catalina de Médicis decidió al punto evitar a todos los Saint-Germain del mundo, lo cual no la salvó, sin embargo. En Blois, habiendo recibido la nueva del asesinato del duque de Guisa, quedó sobrecogida por una fiebre violenta y pidió un sacerdote. Al llegar éste, Catalina le preguntó su nombre, y el sacerdote respondió:

—Soy el padre Saint-Germain, predicador del rey.

—¡Ah! —gritó la reina—, ¡muerta soy!

Efectivamente, rindió su espíritu a la mañana siguiente, el 5 de enero de 1589. Señalaré que esta anécdota tiene tanto de leyenda como de historia, y que ningún documento ha podido ser aportado en favor de su autenticidad.

Por el contrario, es cierto que Ruggieri tuvo un éxito muy grande en la corte gracias a sus horóscopos y talismanes. Practicaba también la magia negra, y no dudaba en recurrir al hechizo de amor o de muerte. En 1574, estando implicado en el proceso de La Mole y Coconas, guardó silencio bajo la

tortura, pero no obstante fue condenado a galeras. La protección de Catalina de Médicis le permitió regresar rápidamente, y ella le hizo construir un observatorio en el mercado del trigo, es decir, en el actual emplazamiento de la Bolsa de Comercio. Aquí, ella recurría, se dice, mucho más a los servicios del mago que a los del astrólogo.

Más tarde Ruggieri tuvo otros problemas con Enrique IV al que había tratado de embrujar. Murió en 1615, tras haber sido ordenado sacerdote, pero sin haber adquirido por ello sentimientos eclesiásticos; en efecto, puso a la puerta de su habitación al cura de Saint-Médard y a algunos capuchinos que le exhortaban a morir cristianamente, diciéndoles:

—Salid, estáis locos; no hay más diablos que nuestros enemigos que nos atormentan en este mundo, y no hay otros dioses que los reyes y los príncipes que son los únicos que pueden sostenernos y hacernos el bien.

Semejante falta de fe, en el momento supremo, provocó la indignación general y el cuerpo del diabólico astrólogo fue arrastrado sobre un encañizado por el pueblo, amotinado éste por los capuchinos. Su historia fue dramatizada por Balzac en su novela *Catalina de Médicis.*

No me extenderé aquí sobre el caso de Nostradamus al que tantos libros han sido, son y serán consagrados. Debo indicar, no obstante, que utilizaba la astrología en los cuartetos esencialmente al objeto de fecharlos; veamos por ejemplo el 67° cuarteto de la X Centuria donde se manifiesta con evidencia semejante procedimiento:

El temblor tan fuerte del mes de mayo,
Saturno, en la Cabra, Júpiter y Mercurio en el Buey;
Venus, también en Cáncer, Marte en cuadratura,
caerá un granizo más grande que un huevo.

En la vida corriente utilizó a menudo la astrología para vender horóscopos, lo que consideraba como un trabajo remunerador perfectamente legítimo, pero no es absolutamente cierto que sus famosos cuartetos hayan sido obtenidos por métodos astrológicos. Más bien se cree que, para esta labor, sus facultades de vidente fueron las únicas que intervinieron, y éste es el motivo por el que no le estudiaremos más.

Con Tycho-Brahe se inicia la línea de los tres grandes astrónomos-astrólogos de los siglos XVI y XVII que debía señalar, al mismo tiempo, la cima de ese arte desde Tolomeo y su caída hasta el actual renacimiento. Tycho-Brahe nació en Escania, provincia de Dinamarca, el 13 de diciembre de 1546. Era hijo del baile de la provincia y pudo realizar estudios muy completos. Llegó a ser médico y sobre todo astrónomo. Pero la astrología le interesó también, y se agregó en calidad de astrólogo a la corte de Rodolfo, rey de Hungría.

Tycho-Brahe fue uno de los primeros astrónomos observadores, y en su magnífico castillo de Uranienborg y en Stalleborg utilizó numerosos instrumentos de óptica perfeccionados para el estudio del cielo. Federico II le confió la cátedra de astronomía en Copenhague y le colmó de favores. Fue blanco de los celos de los nobles de la corte que le reprochaban tratar gratuitamente a los obres con medicamentos de origen desconocido. Disgustado, se retiró a Praga donde el rey Rodolfo le ofreció una hospitalidad fastuosa. Murió en esa ciudad el 14 de octubre de 1601.

Aunque Tycho-Brahe no tenía mucha confianza en los demás astrólogos —decía que todos eran unos charlatanes excepto él mismo—, por el contrario creía profundamente en la astrología, y una de sus obras es una apología de esta ciencia. En ella se mostraba como no fatalista, y era de la opinión de que un hombre de calidad podía superar perfectamente las influencias astrales inscritas en su tema de nacimiento: «El

hombre encierra en sí una influencia mucho mayor que la de los astros; superará las influencias si vive según la justicia, pero, si sigue sus ciegas tendencias, si desciende a la clase de los brutos y de los animales, viviendo como ellos, el rey de la Naturaleza ya no manda, sino que es mandado por la Naturaleza.» Pretendía demostrar la astrología mediante ejemplos sacados del destino de los pueblos con relación a las conjunciones astrales. Así, por ejemplo, escribía: «En 1593, cuando se produjo una gran conjunción de Júpiter y Saturno en la primera parte del León, cerca de las nebulosas estrellas de Cáncer, que Tolomeo llama las estrellas pestilentes y borrosas, ¿acaso esta pestilencia que se abatió sobre toda Europa en los años siguientes y que provocó la muerte de innumerables personas no confirma la influencia de las estrellas mediante un acontecimiento indiscutible?» No desdeñó la predicción y, en 1572, citó el caso de una estrella nueva que acababa de aparecer aquel año en la constelación de Casiopea. Predijo que su influencia se ejercería veinte años más tarde, en 1592, cuando, en Finlandia, nacería un hombre «destinado a una gran empresa», en relación con una causa religiosa; finalmente, el efecto de esa estrella encontraría su apogeo en 1632, año que igualmente contemplaría la muerte de este hombre.

Parece que esta predicción, precisa y fechada, puede relacionarse con la carrera de Gustavo Adolfo de Suecia. Este príncipe nació en 1594, en Estocolmo, del que Finlandia era entonces provincia. Fue uno de los más celosos campeones del protestantismo y obtuvo éxitos militares durante la guerra de los Treinta Años, que fue al principio una guerra de religión. Su mayor victoria se produjo realmente en 1632, en Lutzen, y halló en ese lugar la muerte, tal como le había predicho el astrónomo.

Señalemos finalmente que Tycho-Brahe no quiso admitir jamás el sistema heliocéntrico y permaneció fiel a Tolomeo hasta su muerte. Ironía del destino; fue su joven discípulo, Kepler, quien iba a convertirse en uno de los dos hombres

representativos de la revolución copernicana. Los herederos de Tycho-Brahe confiaron a su discípulo el manuscrito de sus *Observaciones* gracias a las que Kepler halló las tres leyes que han inmortalizado su nombre.

Juan Kepler nació en Wurtemberg el 27 de diciembre de 1571. Tras haber estudiado matemáticas y astronomía, se convirtió, en el año 1600, en alumno de Tycho-Brahe, que le inició también en astrología. ¡Hay que señalar que el viejo astrónomo no había querido ir a recibir a su joven discípulo, pues había comprobado en su tema una oposición Marte-Júpiter asociada a un eclipse de Luna, lo que parecía desfavorable para emprender un viaje! A la muerte de Tycho, ocupó su lugar de astrónomo-astrólogo cerca del rey Rodolfo, luego siguió el duque de Wallenstein. Caído en desgracia, se retiró a Ratisbona donde murió el 15 de noviembre de 1630.

Las leyes astronómicas establecidas por Kepler permitieron a Newton deducir el principio de la atracción universal, motivo por el que Kepler está considerado como uno de los fundadores de la astronomía moderna y uno de los mayores sabios de todos los tiempos. Lo que es ya menos conocido es que Kepler fue igualmente el principal legislador de la astrología después de Tolomeo. Este último punto ha molestado siempre sumamente a los adversarios de dicho arte. Así, pues, éstos han intentado minimizar la influencia de Kepler de dos modos. Henri Poincaré, en su obra *Valeur de la Science,* escribe: «En resumen, es increíble cuán útil ha sido a la Humanidad la creencia en la astrología. Si Kepler y Tycho-Brahe pudieron vivir, fue gracias a que vendían a necios reyes unas predicciones basadas en las conjunciones de los astros. Si estos príncipes no hubieran sido crédulos, nosotros continuaríamos creyendo quizá que la Naturaleza obedece al capricho, y estaríamos aún sumidos en la ignorancia.» Este argumento cae por sí mismo a partir del momento en que se lee la obra de

Kepler, ya que este astrónomo cita con frecuencia su propio horóscopo al objeto de relacionar sus configuraciones con los acontecimientos de su vida. Así escribe: «En mí, Saturno y el Sol cooperan, por lo que mi cuerpo es seco, nudoso y pequeño. El alma es tímida y se disimula detrás de perífrasis literarias; es suspicaz, busca su camino a través de los abrojos y se enreda en ellos. Sus costumbres morales son análogas.» Entra incluso con frecuencia en el detalle de las configuraciones astrológicas de su tema, trígonos, cuadraturas, conjunciones, etc. ¡Todo esto son notaciones que resultarían absurdas referidas al propio horóscopo en alguien que no creyera en el valor de lo que dice!

El segundo argumento, después de haber reconocido que Kepler había sido realmente un astrólogo practicante y convencido, consiste en afirmar que, hacia el fin de su vida, se había dado cuenta de su error y no creía ya en la astrología. Este punto no está tampoco más fundamentado que el anterior ya que, en octubre de 1627, es decir, menos de tres años antes de su muerte, Kepler añadió a sus *Tablas rodolfinas* un nuevo instrumento al estilo de los astrólogos, una *Sportula genethliaca,* y escribió a uno de sus amigos, Berneger, que ese nuevo instrumento añadido a sus tablas permitía calcular más fácilmente *themata et directiones,* es decir los temas de nacimiento y las direcciones para las predicciones.

De hecho, Kepler ha escrito textualmente que: «Veinte años de estudios prácticos han convencido a mi mente rebelde de la realidad de la astrología.» Así, en cada aniversario, Juan Kepler trazaba su tema de revolución solar y lo estudiaba para prever el próximo año. Hay que recalcar que, según él, en la fecha de su muerte los planetas habían recuperado casi el mismo lugar que en el tema de nacimiento.

La labor astrológica de Kepler es muy importante y se encuentra particularmente reunida en su obra *Harmonices mundi.* Se trata en primer lugar de una obra crítica ya que, aun reconociendo el fundamento sólido del principio general de la astrología, a saber, las influencias de los planetas sobre el hombre, rechazaba en gran parte la tradición heredada de Tolomeo. En particular, eliminaba los signos y las Casas astrológicas, conservando casi solamente los aspectos formados por los planetas entre sí. Estableció de ese modo todo un sistema de aspectos menores y de correspondencias que hoy no son muy practicados.

¿Puede admitirse que Kepler fuera genial como astrónomo y estúpido como astrólogo? Ésta es una postura muy difícil de defender, y Albert Einstein se escabullía mediante una mala pirueta diciendo que en él: «El enemigo interior, vencido y neutralizado, no estaba muerto, sin embargo, totalmente.» Por desgracia, ese pretendido enemigo interior no fue combatido jamás por Kepler, pues, lejos de ello, durante su vida no dejó de afirmar su fe en una astrología verdadera y depurada de charlatanerías, tal como, por ejemplo, lo demuestra el siguiente texto. Se trata de una carta escrita en 1598 a su preceptor Mästlin a propósito del último calendario publicado por Kepler: «Como en todos los pronósticos, yo me propongo presentar a mis lectores, anteriormente mencionados, una agradable diversión sobre el esplendor de la Naturaleza, al mismo tiempo que la exposición de lo que a mí me parece cierto, con la esperanza de que los lectores sentirán la tentación de aprobar una elevación de mis tarifas... Si está usted de acuerdo, espero que no se habrá disgustado conmigo, si, como defensor de la astrología, en palabras y en acciones, intento al mismo tiempo convencer a las masas de que no soy un bufón astrológico.»

Para concluir, señalemos finalmente que Kepler no consideró ni por un momento que la teoría heliocéntrica, de la que era uno de sus promotores, pudiera perjudicar en nada a la astrología. En este sentido se explicó claramente en su disertación *Tercius inveniens,* en 1610, donde indicaba sin rodeos que la tarea del astrólogo era interpretar los signos del cielo visibles con relación a la Tierra.

Galileo es uno de los sabios más populares dentro de la mentalidad del gran público, que a menudo le considera incluso como el verdadero autor del sistema heliocéntrico, en lugar de Copérnico. Galileo Galilei nació en 1564 en Pisa, donde cursó estudios de física y astronomía. Fue ante todo un experimentador y uno de los fundadores del método experimental. Así es como descubrió las leyes de la caída de los cuerpos, como construyó uno de los primeros microscopios y finalmente, en 1609, como inventó el anteojo astronómico que lleva su nombre. Gracias a este anteojo, Galileo demolería inapelablemente el sistema de Tolomeo en una obra publicada en 1610, titulada *El mensajero estelar.* Entre otras cosas había descubierto la existencia de relieves sobre la Luna, a la que la tradición consideraba como una esfera cristalina perfecta, y había observado que existía un número fabuloso de estrellas cuya presencia no se sospechaba debido a que eran invisibles al ojo desnudo. Asimismo identificó los cuatro satélites principales de Júpiter, que consideró, al principio, como planetas.

Sus descubrimientos determinaron entonces a Galileo a adherirse abiertamente al sistema de Copérnico. Pronto fue denunciado como hereje por la Santa Sede y conminado a dejar de profesar esta nueva teoría. Galileo se inclinó en apariencia, pero, una vez regresado a Florencia, hizo editar una nueva obra, en 1632, que contenía todas las pruebas del sistema heliocéntrico (1). El Tribunal de la Inquisición se hizo cargo entonces del asunto y le obligó a abjurar, lo cual hizo mientras mascullaba —al menos la leyenda pretende que así fue— «¡Y, sin embargo, se mueve!»

La presencia de Galileo en esta galería de los astrólogos más importantes puede asombrar, pues es muy raro que se le haya considerado desde este punto de vista al haber eclipsado sus trabajos de astrónomo y físico todas sus otras actividades. Ahora bien, al igual que Juan Kepler, Galileo fue un

(1) *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo, Ptolomaico e Copernicano.*

reputado astrólogo.

Esto era del dominio público en su época, y por otra parte se han encontrado un cierto número de escritos entre sus papeles personales que no admiten ninguna duda al respecto. En particular, se ha descubierto una especie de «diario de caja», que ha sido analizado por el profesor Favaro en su ensayo *Galileo astrólogo*: «Entre los códigos galileanos se conserva un precioso manuscrito que contiene varias notas que Galileo guardaba con gran cuidado y meticulosidad, registrando en él diariamente los gastos e ingresos extraordinarios que procedían de lecciones o juicios astrológicos... Podría añadir que un horóscopo hecho por Galileo costaba 60 liras venecianas, es decir unas 30 liras de nuestra moneda corriente.» ¡Señalemos que Favaro escribía en 1880, así pues se trataba de liras-oro, lo que significa que un horóscopo trazado por Galileo costaba aproximadamente unas 6 000 pesetas!

Entre estos mismos documentos personales se han podido descubrir diversas interpretaciones de su propio tema hechas por otros astrólogos, en particular la del padre Orazio Morandi, amigo íntimo de Galileo, que por añadidura tiene el interés especial de facilitarnos la fecha del 15 de febrero de 1564 como día de nacimiento del sabio, fecha que, probablemente, le debió haber sido proporcionada por el propio Galileo y tiene, por tanto, todas las posibilidades de ser exacta. Igualmente, Galileo había guardado numerosos horóscopos trazados por él, bien para personalidades, o para miembros de su propia familia, tales como los de sus hijas Livia y Virginia. Verdaderamente no se comprende por qué, si no estaba convencido de la autenticidad de la astrología, había perdido su tiempo en hacer los horóscopos en medio de sus documentos familiares. Por lo demás, el profesor Favaro, que, no obstante, está muy mal predispuesto hacia la astrología, abunda en esta opinión cuando afirma: «Aun sin tener opiniones preconcebidas acerca del modo que permite a Galileo tener conocimientos de todo lo que se refiere a la astrología, no se

puede negar el hecho de que su saber era notorio, ya que vemos cómo se dirigían a él, directamente, los personajes que deseaban aprovecharse de su experiencia en ese arte... Que Galileo se había dedicado, pues, a la astrología, y que incluso había tenido una reputación de gran competencia en la materia, hasta el punto de persuadir a célebres personajes a que se dirigieran a él insistentemente con toda confianza para conseguir horóscopos y pronósticos, es algo de lo que me parece a mí que no se puede dudar.»

Justo será reconocer que Galileo, como cualquier otro astrólogo, no siempre era muy exacto en sus predicciones. En particular, hizo el horóscopo del gran duque de Toscana, Fernando I, por aquel entonces gravemente enfermo, y le anunció una completa curación y una larga vida, todo ello pocas semanas antes de su muerte. Uno puede preguntarse, sin embargo, si el error no procedía tal vez simplemente de la prudencia del cortesano que sabe que es mejor no anunciar una desgracia a su príncipe, o, sencillamente, de la caridad humana, lo que sería en este caso una honra para Galileo (1).

Terminaremos esta exposición de los sabios-astrólogos de siglos pasados con un francés. Jean-Baptiste Morin nació el 23 de febrero de 1583 en Villefranche, en el Beaujolais. Fue, junto con Tolomeo y Kepler, el principal codificador de la astrología y su obra, *Astrologia Gallica,* costa de 784 páginas, divididas en 26 libros. Uno de ellos, el XXI, fue traducido a principios de siglo por Henri Selva con el título, *La teoría de las determinaciones astrológicas de Morin de Villefranche, que conduce a un método racional para la interpretación del tema astrológico,* el cual por desgracia resulta hoy casi imposible de encontrar. Esta obra mostraba, en particular, cuanto Morin había aportado personalmente a la astrología desde el punto de vista de la interpretación, lo cual siempre ha sido su

(1) En este sentido, se puede consultar con interés el artículo de Francesco Frisoni, *Galileo y la astrología,* aparecido en el n.º 1 de la revista *L'Astrologue.*

escollo. En *Astrologia Gallica,* Morin aplica su método astrológico para explicar los acontecimientos de su vida. Así, cuando, tras unos estudios caóticos, había conseguido una plaza de médico ordinario cerca del duque de Luxemburgo, pero sin gran provecho material, manifiesta: «Previendo que la entrada por dirección de su Medio Cielo sobre mi Grupo de planetas radicales sería motivo de dignidad, y no confiando en obtenerla de mi señor el duque de Luxemburgo (ya que hasta entonces había aguardado en vano un testimonio cualquiera de gratitud por todos los servicios que, a veces incluso con peligro de mi vida, le había prestado), decidí audazmente separarme de él sin hacer caso a los consejos de prudencia de quienes me rodeaban...» Morin presenta su candidatura al cargo de profesor de matemáticas en el Colegio de Francia, y, gracias al apoyo de la reina María de Médicis, fue presentado en la cátedra el 4 de setiembre del mismo año. Más tarde, en 1646, teniendo que acompañar en un viaje a Antibes al conde de Chavigny, explica: «Demoré mi respuesta hasta que hube inspeccionado más atentamente los astros para saber si me presagiaban para aquel año viajes y buena salud, y acepté. Pero solicité a este muy ilustre señor, muy inteligente, interesado por todas las disciplinas y no contrario a la astrología, que tuviera a bien permitirme efectuar la elección del día y la hora más favorables para una partida dichosa y, habiendo determinado ese momento, comenzar la empresa bajo este cielo congruente.»

Fue Morin de Villefranche quien estableció el horóscopo de Luis XIV con ocasión del nacimiento de este último, y trazó a grandes rasgos lo que sería la vida de ese gran rey con cierta fortuna, según se dice. Murió en 1656, como cuenta Jean Hiéroz, al terminar el pequeño volumen *Mi vida ante los astros,* que confrontó según todos los pasajes de la *Astrologia Gallica,* donde Morin comentaba su propia vida:

«Morin murió el 6 de noviembre de 1656, a las 2 de la madrugada. Unos días antes de su muerte tuvo la curiosidad

de visitar a una quiromántica famosa, en compañía de un personaje importante. Aunque este último no es designado por su nombre por el biógrafo de Morin, hay suficientes motivos para creer que dicho personaje no era otro que el conde de Chavigny. Morin fingió en el curso de esta visita haber perdido un empleo importante y preguntó si sería reintegrado a él.

»—Ved —dijo la quiromántica— cómo vuestra línea de la vida ya está cortada. Poned en orden vuestros asuntos. No puedo deciros más; el tiempo apremia.

»Sin alterarse, Morin se volvió a su compañero.

»—Acordaos de lo que os he dicho. Este año es para mí muy nefasto, y, desde hace un mes, estoy asustado por los astros, hasta el punto de que no sé cómo detener el peligro.

»La sibila le habló entonces de varios acontecimientos de su pasado, pero no quiso hablar más del futuro. Al retirarse, el compañero de Morin hizo notar que no había necesidad de mucha ciencia para decir a un anciano que tenía que prepararse para morir.

»Nueve días después, Morin fue atacado por la fiebre y los médicos desesperaron al punto de salvarle. Murió al sexto día de su enfermedad declarando que era inútil que le cuidaran, ya que había leído su muerte en los astros.»

Con Morin se extinguió el cargo de astrólogo real y desaparece al mismo tiempo el último gran representante de ese arte antes de la época moderna. En 1666, Colbert fundó la Academia de Ciencias y prohibió que los astrónomos practicasen la astrología. Éstos, para no ser excluidos de la asamblea recién formada, abandonaron pues esta ciencia, que se hundió en el charlatanismo, desinteresándose de ella los mejores talentos y cayendo finalmente en el olvido. Al marchar en el mismo sentido la evolución de las ideas en los siglos XVIII y XIX, pronto esta condena de la astrología alcanzó a todos los países de Europa y, luego, al mundo entero. En 1850, era legítimo considerarla como una superstición que pertenecía al pasado.



5. LEO

EL RENACIMIENTO DEL SIGLO XIX

Si la desaparición de la astrología fue prácticamente total en Francia y en la mayor parte de Europa Occidental, no ocurrió lo mismo en Inglaterra donde este arte subsistió de modo larvado. Así, pues, no resulta sorprendente que el renacimiento del movimiento astrológico se originara en Gran Bretaña.

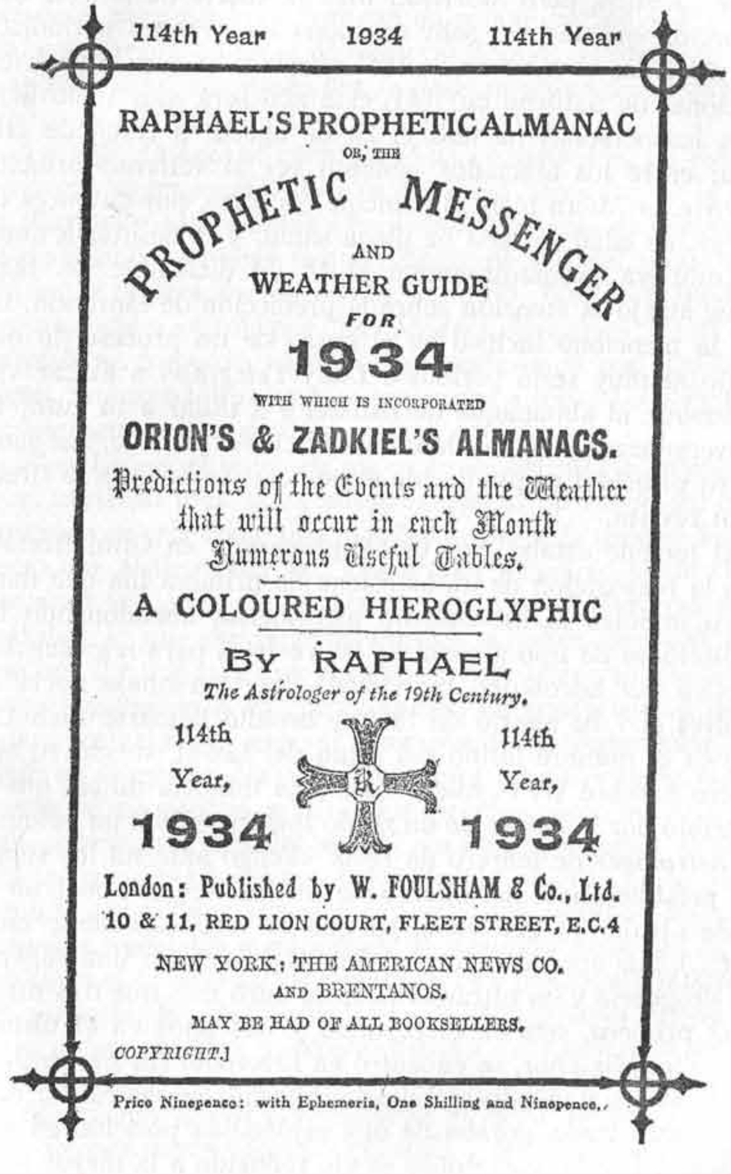
El último gran astrónomo inglés, contemporáneo de Morin de Villefranche, fue el célebre William Lilly, autor de la *Astrología cristiana,* enorme volumen de más de 800 páginas. Nació en 1602, murió en 1682 y la predicción que le proporcionó su celebridad data de 1651. En este año, Lilly anunció que un desastre espantoso estaba simbolizado por los Gemelos que caían en un brasero ardiendo; ahora bien, él estimaba que la ciudad de Londres estaba representada por el signo de los Gemelos, y facilitaba como fecha exacta del cataclismo futuro el año 1666. Fue precisamente en este año cuando todo el viejo Londres quedó destruido en un incendio que se hizo célebre desde entonces.

William Lilly y todos los demás astrólogos reputados de su época editaban almanaques que estuvieron de moda entre el público. Estas publicaciones no dejaron de aparecer nunca

y perpetuaron la idea astrológica en las gentes. Por ejemplo, uno de los más célebres, *Vox Stellarum*, estaba editado por el astrólogo Francis Moore, el cual murió en 1715, ¡pero continuó firmando sus artículos hasta 1896! De hecho, los propietarios sucesivos de estos almanaques utilizaban el nombre de los fundadores como seudónimo para sus nuevos colaboradores, lo que creaba en el público la idea de una continuidad y, en consecuencia, demostraba el valor de las predicciones que contenían estos folletos.

A principios del siglo XIX, y siempre por el cauce de los almanaques de predicciones, se reveló una de las figuras más populares de la astrología británica —aún conocida en nuestros días—: «Raphael.» El primer Raphael, llamado realmente Smith, nació en 1795, y después de varios fracasos triunfó lanzando una revista astrológica titulada *The Prophetic Messenger.* Su éxito no se desmintió jamás ya que ha seguido apareciendo siempre, y por lo que se refiere a las efemérides y a las tablas de las Casas publicadas por los diversos Raphael, constituyen hoy autoridad. En este momento tengo ante mis ojos el almanaque de Raphael correspondiente al año de mi nacimiento, es decir 1934, del que puede usted ver en la página siguiente la reproducción de su cubierta. ¡En él se puede encontrar de todo, incluyendo recetas de cocina, en particular la de un pastel de Navidad y otra de salchichas fritas. Figuran igualmente informaciones deportivas, consejos para efectuar chapuzas caseras, etc. Cada día del año tiene un pronóstico referente al futuro de los niños nacidos en esta fecha, por lo que he mirado la predicción que me atañía personalmente, la del día 8 de diciembre, y he hallado: «El niño nacido en este día será inteligente, alegre, dotado para el estado eclesiástico y gozará de un cargo de confianza.» ¡Estado eclesiástico, Señor!

El principal rival de Raphael fue el almanaque de Zadkiel, creado por Richard James Morrison, el cual nació también en 1795. El contenido de ambas publicaciones era estricta-


114th Year 1934 114th Year

RAPHAEL'S PROPHETIC ALMANAC

OR, THE

PROPHETIC MESSENGER

AND

WEATHER GUIDE

FOR

1934

WITH WHICH IS INCORPORATED

ORION'S & ZADKIEL'S ALMANACS.

Predictions of the Events and the Weather
that will occur in each Month
Numerous Useful Tables.

A COLOURED HIEROGLYPHIC

BY RAPHAEL

The Astrologer of the 19th Century.

114th Year, 1934 114th Year, 1934

London: Published by W. FOULSHAM & Co., Ltd.
10 & 11, RED LION COURT, FLEET STREET, E.C.4

NEW YORK: THE AMERICAN NEWS CO.
AND BRENTANOS.

MAY BE HAD OF ALL BOOKSELLERS.

COPYRIGHT.]

Price Ninepence: with Ephemeris, One Shilling and Ninepence.

mente idéntico, pero Morrison tuvo la suerte de acertar una predicción que le hizo salir en todos los grandes periódicos británicos. En el volumen de 1861 escribió: «Según la posición estacional de Saturno en 1861, este año será muy malo para todas las personas nacidas el 26 de agosto o cerca de esta fecha; entre los afectados lamento ver al valeroso príncipe consorte...» Ahora bien, el príncipe consorte, por entonces de 42 años de edad, gozaba de plena salud, y la desgracia quiso que muriera prematuramente el 14 de diciembre de 1861, lo que atrajo la atención sobre la predicción de Morrison. Un juez la mencionó incluso en el curso de un proceso, lo que indujo al muy serio periódico *Daily Telegraph* a atacar violentamente al almanaque de Zadkiel y a tildar a su autor de «desvergonzado canalla». Morrison inició un proceso, que ganó, y cuyo principal resultado fue el que casi se doblara la tirada de su revista.

El terreno estaba, por tanto, preparado en Gran Bretaña para la reaparición de un astrólogo de primera fila que daría nuevo impulso al movimiento astrológico, abandonando las predicciones de tipo general de las revistas para regresar a la práctica del horóscopo individual. Este personaje nació en Londres el 7 de agosto de 1860, y decidió llamarse Alan Leo (Leo es el nombre latino del signo del León), siendo su verdadero nombre W. F. Allen. Tuvo una infancia difícil, que él describió por lo demás de un modo impersonal en un volumen del *Astrologer* de febrero de 1890: «Tengo ante mí los signos que presidieron el nacimiento de un hombre del cual no se puede olvidar lo que vivió, ya que es verdaderamente notable (...). Fue aprendiz en tres oficinas diferentes: una pañería, una droguería y un ultramarinos; no duró más que tres meses en el primero, seis en el segundo y dos años en el último. A los dieciséis años, se encontró en Liverpool sin un céntimo, sin un amigo y viéndose obligado a dormir en las calles; doce meses más tarde, gozaba de una espléndida posición en esta ciudad. A los dieciocho años se vio reducido a la mayor miseria en otra gran ciudad, pero su fortuna cambió también súbitamente, ya que a los veinte era su propio patrón y empleaba un considerable número de obreros. Recayó nuevamente a los veintidós años, arruinado por la deshonestidad de su administrador que le robó hasta el último céntimo.»

La vida de Leo se transformó al introducirse, en 1888, en un pequeño grupo afiliado a la Sociedad Teosófica de la señora Blavatsky. Conoció allí a un joven que había de convertirse en un célebre astrólogo con el nombre de Sefarial, y que le inició en la ciencia de los astros. En 1895, Alan Leo fundó su propia revista astrológica, *The Modern Astrology*, y tres años después se convirtió en astrólogo profesional con dedicación plena. Pronto no dio abasto a responder a todas las solicitudes de horóscopos que recibía.

Alan Leo es el autor de un curso de astrología en siete tomos, utilizado todavía en nuestros días al otro lado del canal. Concebía su arte como una manifestación de la unidad del Universo que él describía así: «El primer principio sobre el que descansa la ciencia de la astrología es que el Universo es, en realidad, lo que ese término implica, a saber, una unidad; y que una ley que rige una porción de este Universo puede aplicarse igualmente a sus otras partes. La consecuencia de ese primer principio es que, al estar nuestro sistema solar completo en sí mismo, las leyes que rigen los principales componentes de ese sistema, a saber, los planetas, rigen también a los más pequeños componentes del susodicho sistema: la inteligencia, los seres humanos y los demás objetos de la Tierra, tanto si son sólidos, como si son gaseosos, líquidos, humanos, animales, vegetales o minerales. El segundo principio es que, mediante el estudio de los movimientos y posiciones relativas a los planetas, las manifestaciones de dichas leyes pueden ser observadas, medidas y determinadas.» La conclusión de esta profesión de fe era que, a partir de la fijación de un horóspoco de nacimiento se podía pronunciar el juicio acerca de un nacido. De este modo podemos ver todo el camino recorrido entre

las predicciones de los almanaques y la horoscopia genetlíaca que Alan Leo acababa de aderezar siguiendo el estilo del momento.

Al margen de su actividad como astrólogo, Leo siguió siendo un teósofo convencido y marchó en dos ocasiones en peregrinación a Adyar, el centro de la Sociedad Teosófica creada por el coronel Olcott y la señora Blavatsky. Leo siguió ejerciendo con éxito su oficio hasta su muerte que sobrevino el 30 de agosto de 1917. He leído el principal de sus libros que no se aparta mucho de la tradición tolemaica y no aporta ninguna innovación importante.

Desde Inglaterra la astrología pasó fácilmente a los Estados Unidos donde sus comienzos fueron discretos hasta la aparición de un practicante de primer orden, Miss Evangeline Adams (1865-1932), que afirmaría su éxito popular, éxito que no se desmintió posteriormente.

Miss Adams se estableció en Nueva York, a principios de este siglo, al objeto de ejercer la profesión de astrólogo-consultor profesional. Se instaló en el «Hotel Windsor», en la Quinta Avenida, y emprendió de inmediato la tarea de hacer el horóscopo del propietario, Warren F. Leland. Se dio cuenta entonces de que los tránsitos de aquel día amenazaban al hotel con una gran desgracia súbita. Advirtió de ello a Mr. Leland, el cual temió un hundimiento en Wall Street, ya que era aficionado a jugar a la Bolsa, pero se tranquilizó al darse cuenta de que se trataba de un domingo y que, por lo tanto, la Bolsa estaba cerrada. Su tranquilidad no duró mucho, pues, aquella misma tarde, el «Hotel Windsor» fue totalmente destruido por un incendio. Evangeline Adams perdió allí casi todas sus obras de astrología, pero consiguió la celebridad de la noche a la mañana.

La ley, tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra, prohibía predecir el futuro o decir la buenaventura, por lo que Miss Adams fue arrestada en 1914 bajo este doble cargo. La acusada podía escoger entre pagar una multa o someterse a juicio, y ella se decidió a correr el riesgo. Se presentó al tribunal provista de sus efemérides y de una tabla de Casas astrológicas, e hizo una conferencia acerca de su arte astrológico, proponiendo al presidente del tribunal interpretar el horóscopo de una persona elegida por éste, al objeto de probar su buena fe. El juez consintió en ello, e indicó a Miss Adams una fecha de nacimiento anónima, en realidad la de su propio hijo. La interpretación del tema a partir de esta fecha efectuada por Evangeline Adams fue tan demostrativa que el juez la absolvió indicando en los considerandos de la sentencia que: «El defensor había elevado la astrología a la dignidad de una ciencia exacta.» Dicho fallo sentó jurisprudencia, y, todavía hoy, si predecir el futuro es aún ilegal, la práctica de la astrología, por el contrario, no cae ya bajo la acción de la ley y está completamente disociada de la actividad de los videntes.

Evangeline Adams se convirtió entonces en una de las astrólogas más célebres del mundo y recibió a todos los grandes de la tierra en su despacho de «Carnegie Hall» en Nueva York, tales como el rey Eduardo VII, a la «divina» Mary Pickford y al gran Caruso, por ejemplo, según cita Louis McNeice en su estudio dedicado a esta sorprendente mujer.

En 1927, Evangeline Adams publicó una obra astrológica, *Your place in the Sun*, intermedia entre un tratado y una reflexión filosófica acerca de dicho arte. Concluye con un capítulo titulado «*Libre albedrío contra destino*», donde escribe: «El conocimiento es la clave del poder, y la astrología abre la cerradura de la verdad. Conociendo la línea general de nuestro destino... podemos evitar lo que nos amenaza, gracias a nuestro libre albedrío..., o aprovechar al máximo las posibilidades que se nos ofrecen.» Desde un punto de vista técnico, este libro tiene valor sobre todo por la exposición del método de astrología horaria de Miss Adams, que yo no había encontrado en ninguna otra parte.

El éxito de Evangeline Adams fue el punto de partida del

renacimiento astrológico en los Estados Unidos; hoy el número de horóscopos trazados anualmente en ese país se cifra en millones. Puede fijarse con bastante exactitud la fecha de 23 de abril de 1930 como la iniciación de la ola astrológica en los Estados Unidos, fecha en que Evangeline Adams dispuso de un programa de Radio para ella sola tres veces a la semana. ¡Tres meses después había recibido 150 000 encargos de horóscopos, y, al cabo de un año, recibía aún unos 4 000 diarios como promedio!

En el otoño de 1932, se le propuso una gira de 21 conferencias, que ella rechazó, quizá, como pretendieron sus admiradores, porque había previsto su propia muerte, que sobrevino el 10 de noviembre del mismo año. Durante varias horas, un público afligido desfiló ante su despacho de «Carnegie Hall» donde había sido expuesto el cuerpo, y docenas de millares de cartas y telegramas afluyeron de todas las partes del mundo para llorar a la amiga que cada uno pensaba haber perdido.

Estando el siguiente capítulo dedicado al movimiento astrológico francés, trataré aquí del célebre astrólogo Karl Ernst Krafft. Durante largo tiempo pasó por haber sido el astrólogo personal de Adolfo Hitler, y fue necesaria la investigación minuciosa del escritor Ellic Howe, publicada bajo el título de *El extraño mundo de los astrólogos,* para restablecer la verdad.

Krafft nació en Basilea, el 10 de mayo de 1900. Su madre era «patológicamente despótica y su padre espeso de mente y cuerpo», lo que puede explicar la característica esquizofrénica bastante acentuada del personaje. La muerte de su joven hermana, a la que quería mucho, contribuyó en verdad a su desequilibrio mental. Su historiógrafo, Howe, que no le conoció jamás personalmente, parece haber sido atraído por el aspecto de héroe romántico decadente, el cual ciertamente existió en Krafft. Ello no impide que se muestre a través de sus escritos, y a través de su comportamiento en la vida, como un

hombre de una rara pretensión, vindicativo, rencoroso, seguramente muy inteligente, pero embrollado en tales contradicciones internas que, a menudo, se comportaba muy estúpidamente. Desde un punto de vista político, es cierto que sintió afecto por la ideología nacionalsocialista nazi y compartió sus prejuicios antisemitas. Varios textos escritos de su puño y letra, cartas o artículos, lo atestiguan sobradamente.

Respecto a Krafft, el hecho de que fuese considerado como uno de los mayores astrólogos del siglo se debió a que, al igual que Choisnard, había tenido la idea de aplicar las matemáticas estadísticas al estudio de la astrología. Lo hizo con dos obras: *Las influencias cósmicas sobre el individuo humano,* aparecida en 1923, y su famoso y enorme *Tratado de astrobiología,* editado en 1939. Ahora bien, en el capítulo dedicado a las estadísticas aplicadas a la astrología veremos lo que puede conservarse de los trabajos de Krafft: prácticamente nada. Ellic Howe lo reconoce así cuando dice: «El profesor Hersch había comprobado su documentación y sus procedimientos estadísticos y se había declarado satisfecho de ellos. Fue la, insuficientemente crítica, aprobación de Hersch lo que pesó sobre toda la vida ulterior de Krafft engañándole sobre sí mismo. Hoy se sabe que su pretendida prueba estadística carece de valor. Desde el comienzo hasta el final, la cosmobiología es una quimera.»

El término de cosmobiología no debe sorprender, pues Krafft no podía decidirse a ser un astrólogo cualquiera entre los demás, sino que debía ser el primero de una nueva ciencia, actitud muy típica de su delirio de grandezas. En su *Tratado de astrobiología* rechaza así toda la astrología tradicional al manifestar: «De este modo una futura ciencia de las relaciones cosmobiológicas no se desarrollará excesivamente a partir de las tradiciones astrológicas, e incluso una rehabilitación de éstas no podrá ser tomada en consideración al margen del punto de vista de las civilizaciones. Y es que el edificio de la antigua astrología debe ser comparado a un cadáver cuya alma hace tiempo que lo ha abandonado.» Lo que, por otra parte,

no le había impedido en absoluto escribir exactamente lo contrario cinco páginas antes: «Los principios de la astrología tradicional (el hecho de la influencia astral, la subdivisión de la eclíptica, las "propiedades individuales" de los factores móviles, los aspectos, etc.), se han mostrado de una exactitud maravillosa.» He aquí nuevamente un ejemplo impresionante de la confusión mental que reinaba en la mente del astrólogo suizo.

Su conducta dentro de la vida corriente le causó igualmente numerosos sinsabores. Comenzó por descuidar sus estudios pasando todo su tiempo en el registro civil, al objeto de tomar nota de los nacimientos para establecer sus famosas estadísticas. Las dificultades económicas le obligaron pronto a aceptar un trabajo en una editorial, donde no le iba mal, pero que tuvo que abandonar a causa, diría él, «de ciertos colegas que las circunstancias no me permitieron decapitar». Su matrimonio, en 1937, con una joven holandesa, Anna, le procuró un cierto equilibrio que él aprovechó para editar su *Tratado de astrobiología.* Hay que señalar que, a partir de 1930, Krafft había abandonado su cosmobiología que él calificaba entonces de «farsa científica», e inventado un nuevo sistema, la tipocosmia, que era «el orden natural de los arquetipos planetarios». Se trataba de una especie de astrología esotérica cuyas diferencias con la cosmobiología no me han resultado evidentes. Al margen de la astrología, Krafft se interesó también por Nostradamus, lo que le valió ser llamado a Berlín por uno de sus colegas, al que el doctor Goebbels acababa de encargar una interpretación del célebre vidente demostrando que había previsto la guerra (y la victoria) de Alemania contra Francia e Inglaterra. El astrólogo suizo fue, pues, a instalarse en la capital del Reich.

La desgracia quiso entonces que Krafft, por una vez, se mostrara buen astrólogo. Cito aquí el relato de Ellic Howe, quien ha verificado minuciosamente la autenticidad de todos los hechos: «El 2 de noviembre, Krafft envió al doctor Fesel una comunicación que este último no tuvo ciertamente demasiadas ganas de hacer circular hasta la sede de la R. S. H. A. en Berlín. Predecía que la vida de Hitler estaría en peligro entre los días 7 y 10 de noviembre, y anunciaba la posibilidad de una tentativa de asesinato mediante el empleo de un material explosivo. Fesel archivó el documento y guardó un discreto silencio, por la excelente razón de que las especulaciones astrológicas referentes al Führer estaban rigurosamente prohibidas. Ahora bien, el 9 de noviembre de 1939 el público alemán se enteró de que Hitler había sido objeto de un atentado fallido. La noche anterior, el Führer, acompañado por la vieja guardia nazi, había asistido a la conmemoración tradicional del *putsch* abortado de 1923 que tuvo lugar en la Bürgerbrauerei de Munich. Hitler y otros miembros importantes del partido habían regresado antes de lo previsto a Berlín en tren. Minutos después de su partida, una bomba oculta en un pilar, detrás de la tribuna de los oradores, había hecho explosión causando 7 muertos y 63 heridos.

»Krafft, que no sabía cómo mantenerse tranquilo, estaba patéticamente ansioso de atraer la atención sobre su ciencia astrológica; de inmediato envió un telegrama a Rudolph Hess a la Cancillería del Reich en Berlín, refiriéndose a su carta al doctor Fesel e indicando que Hitler podría aún encontrarse en peligro durante los próximos días. Algunos meses más tarde, declaraba alegremente a Georg Lucht que su telegrama había "hecho explosión como una segunda bomba en Berlín". Al instante se dio la orden al doctor Fesel de presentar la carta en cuestión. Ésta llegó al Führer, el cual la mostró al doctor Goebbels el día 9 de noviembre, durante un desayuno en la Cancillería. Ese mismo día, 4 funcionarios de la Gestapo de Friburgo fueron a buscar a Krafft a Urberg y, al día siguiente, lo despacharon bien custodiado hacia Berlín para un contrainterrogatorio. Krafft no sólo convenció a la Policía de que no tenía nada que ver con el asunto de Munich, sino que la persuadió de que, en ciertas circunstancias, eran posibles las predicciones astrológicas.»

Krafft fue liberado y adquirió de ese modo la celebridad a la que aspiraba desde hacía tiempo; se le presentaba siempre como «el hombre que había predicho el atentado contra la vida del Führer». Estableció contacto con varios altos dignatarios del régimen nazi, y uno de ellos, el doctor Ley, le encargó una edición crítica de Nostradamus, en el bien entendido de que la labor de desciframiento se ejecutaría según el punto de vista nacionalsocialista, lo cual no disgustaba a Krafft. Veamos aquí, por ejemplo, una típica carta del astrólogo suizo al respecto: «Cuando nos encontramos por última vez en Zurich y cuando le dije a usted que cierto pueblo (el alemán) tenía el futuro ante él y que, inevitablemente, había de instaurarse un orden nuevo en el Sudeste de Europa, usted se mostró bastante escéptico. Posteriormente quizá se acordó de nuestras conversaciones y se acrecentó su confianza en las leyes cosmobiológicas.»

El espíritu independiente e intolerante de Krafft no se adaptaría mucho tiempo al autoritario régimen nazi, y pronto rompió brutalmente las relaciones laborales que tenía con sus patronos. La locura del alto dignatario nazi Rudolf Hess —que huyó de Alemania, pilotando él mismo un avión, para aterrizar en Inglaterra donde creía poder negociar con sus dirigentes— tuvo para Krafft una doble consecuencia totalmente imprevisible, incluso para un astrólogo como él. Como Hess concedía su protección a todas las disciplinas de las ciencias ocultas, se desencadenó en el Führer un gran furor contra todos sus representantes, y ordenó su arresto, en particular el de los astrólogos reconocidos. El 12 de junio Krafft fue arrestado en su domicilio por la Gestapo, la cual se apoderó de toda su biblioteca y saqueó todos sus documentos. Krafft ya no recobraría nunca la libertad.

Paralelamente, en Inglaterra, se difundió entre el público una creencia, a partir de los relatos más o menos neuróticos de Rudolf Hess, relativa a que Hitler utilizaba los servicios de los astrólogos para tomar sus decisiones estratégicas. Se citó el nombre de Krafft, que era entonces muy conocido, sobre todo porque no se comprendía por qué este ciudadano suizo, en lugar de quedarse en su país natal, donde habría permanecido al margen de la guerra, seguía estando en Berlín. El Servicio de Inteligencia contrató a un astrólogo, Louis de Wohl, para estudiar el tema del Führer y tratar de adivinar las conclusiones que podían extraer de él Krafft y sus colegas alemanes. El papel de Wohl fue de hecho sumamente limitado, pero él, por su parte, lo magnificó una vez terminada la guerra en una serie de artículos resonantes que contribuyeron a acreditar la leyenda de «Krafft como astrólogo de Hitler».

Mientras tanto, la verdadera historia de Krafft se desarrollaba de un modo mucho más trágico. El astrólogo y sus colegas fueron internados sin una acusación concreta, y más tarde a aquellos que manifestaron buena voluntad se les dio algunas tareas astrológicas al servicio del Ministerio de Propaganda. Aquí, se les encargaba de analizar el tema de Montgomery con relación al de Rommel, etc. Krafft aceptó colaborar durante algún tiempo, pero, resucitando su carácter iracundo, pronto rechazó los trabajos que consideraba indignos de él. Fue transferido de prisión en prisión antes de ser conducido a Buchenwald, donde murió el 8 de enero de 1945.

Yo he conocido personalmente a un discípulo de Krafft, el astrólogo designado bajo el número 3 en el *test* inicial, quien me confesó que profesaba la mayor admiración por su antiguo maestro. Me indicó que, contrariamente a lo que en general se afirma, Krafft aceptaba con gusto hacer el horóscopo de los particulares —a condición de, o bien verles, o poseer al menos una foto de ellos—, pero que era cierto que juzgaba este trabajo indigno de él, y lo hacía únicamente para prestar un servicio, o en los momentos económicamente difíciles. Mi informador añadió que no había encontrado jamás a un astrólogo que igualara a Krafft. Por mi parte, yo no veo, al margen de la acertada predicción respecto al atentado del que escapó Hitler, qué puede justificar semejante reputación, pues nada, ni en

la vida ni en las obras de Krafft, parece mostrar una ciencia astrológica incomparablemente superior a la de sus colegas. Es cierto que Krafft trató de dar una base científica a este arte, y ello le singulariza entre los demás practicantes, pero ya vimos cómo fracasó. Por tanto, yo no creo que sea necesario considerarle como un astrólogo excepcional, de la talla, por ejemplo, del francés Eudes Picard.



6. VIRGO

DEL «HOMBRE ROJO DE LAS TULLERIAS» AL «C.I.A.»

Bonaventure Guyon,
Profesor de matemáticas celestes,
13, rue de l'Estrapade, 13
atiende consultas infalibles,
sobre todo lo que pueda interesar
al porvenir dichoso o desgraciado
de los ciudadanos y ciudadanas de París.

Este Bonaventure Guyon no es un astrólogo célebre sino el héroe de uno de los más extraños libros que he podido leer en relación con la astrología. Se trata del *Hombre Rojo de las Tullerías,* firmado por Paul Christian y publicado en París en 1863. El autor, llamado realmente J. B. Pitois (1811-1877), fue bibliotecario en el Ministerio de Educación Pública, pero es conocido sobre todo como ocultista, contemporáneo y amigo del célebre Eliphas Lévi.

El Hombre Rojo de las Tullerías es, al mismo tiempo, una novela y un tratado de astrología cabalística y numerológica, muy buscado hoy porque reproduce el famoso *Calendario tebaico.* Se trata de figuras simbólicas adjuntas a cada grado del zodíaco, cuyo origen conocido se remonta hasta el astrólogo

árabe Aben Ezra, del siglo XII, pero cuya antigüedad parece ser mucho mayor. He aquí dos ejemplos de estos curiosos símbolos: Para el grado 23 de Libra aparece «un médico que examina un líquido a través de un frasco», lo que indicaría una aptitud para las ciencias terapéuticas. Para el grado 7 de Escorpión aparece «un hombre que sostiene con una mano una bolsa, y con la otra una copa de oro», lo que permite presagiar la adquisición de bienes mediante los negocios. Christian había vuelto a copiar este *Calendario tebaico* de un tratado de astrología de 1582 escrito por el médico de Toulouse Auger Ferrier, *Juicios astrológicos acerca de los nacimientos.*

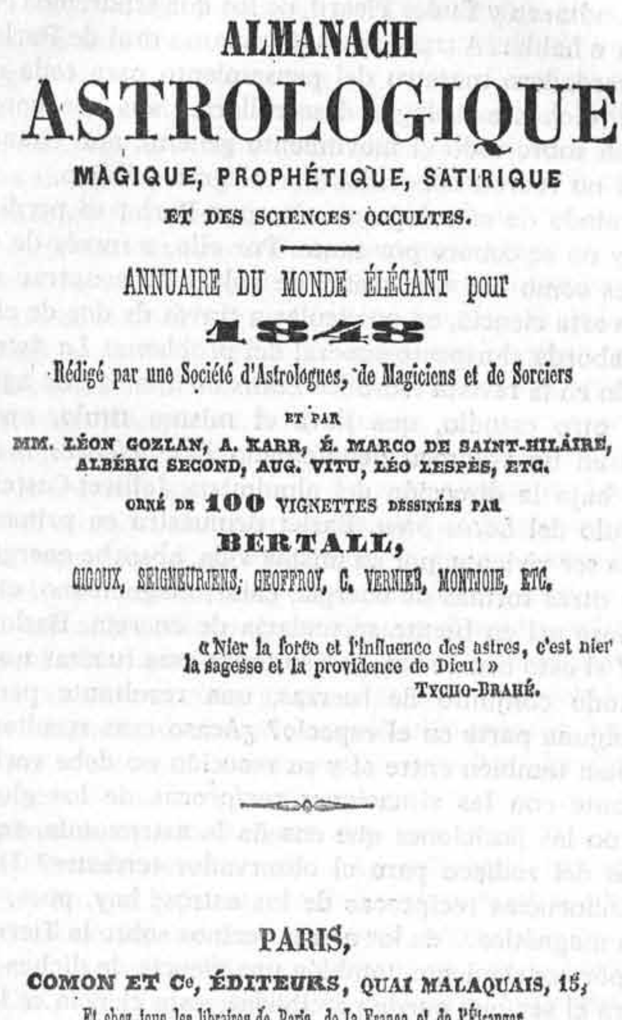
Ferrier había escrito en su dedicatoria a la reina Catalina de Médicis: «... siguiendo la huella de aquéllos [antiguos], bajo vuestro favor he emprendido la tarea de escribir y presentaros este resumen de *Juicios astrológicos acerca de los nacimientos,* al objeto de que, según la historia de los cielos y teorías de los planetas, las influencias tan deseadas se pongan desde ahora en evidencia, para conocer los bienes y los males que los astros, como causas naturales, proveen a los humanos». Este tratado fascinó a Christian que, según su propio testimonio, lo estudió durante 20 años. Terminó utilizándolo al integrarlo en una especie de novela que pone en escena al profesor de matemáticas celestes Bonaventure Guyon que recibe a su primer cliente, Napoleón Bonaparte. Pero eso no es todo, pues en el interior de esa novela se encuentra otro relato, contado por Guyon a su cliente, y que se refiere a dos personajes históricos del siglo de Luis XV. El principio del autor era inducir a sus personajes a que hicieran, en el pasado, predicciones que, de forma notoria, se hubieran cumplido inmediatamente. El procedimiento es fácil y espectacular, pero poco convincente. Por lo que se refiere a este *Hombre Rojo de las Tullerías* que, según la tradición popular, era el talento familiar de Napoleón I, he aquí cómo lo imagina Christian: «El hombre rojo, es decir, en lenguaje jeroglífico el señor de la luz, aparece en ese libro con su simple y auténtica personalidad. Suprema encarnación de la antigua francmasonería de Oriente, llega para enseñar a leer la historia anticipada de toda la vida, junto a la cuna de un niño, sobre tablas astrológicas cuyo origen es egipcio; la revelación probablemente sobrenatural y el autor primitivo se eclipsan en la noche de los siglos... Así, pues, he reunido en ese volumen las observaciones cabalísticas de 50 siglos... la magia del hombre rojo es ciencia. La ciencia es luz. La luz ilumina sólo a los ojos que ven; pero comienza en cualquier momento para los ojos que se abren.»

La obra de Christian fue prácticamente la única manifestación de la astrología en Francia antes del renacimiento de fines de siglo, exceptuando, sin embargo, algunos pequeños almanaques astrológicos, tales como aquel cuyas portadillas aparecen reproducidas en las páginas 94-95 y que data de 1848, cuya difusión fue mucho menos importante que en Inglaterra. En Francia el verdadero renacimiento astrológico se puede fechar de modo exacto ya que su primera manifestación fue el artículo, *Los Signos del Zodíaco,* del ocultista F.-Ch. Barlet, que apareció en el número 4 de *La revue des hautes études,* en 1886.

Barlet, llamado en realidad Albert Faucheux, nació en París el 12 de octubre de 1838 y murió el 27 de octubre de 1921. Fue inspector de Hacienda y pasó gran parte de su carrera de funcionario en Córcega. Era un espíritu enciclopédico, como se podía encontrar aún en los siglos precedentes, dedicado al estudio de lo oculto, del espiritismo y de todo lo que se refería a lo extraño. Se dio a conocer en 1880 al ganar el segundo premio en un concurso realizado por Péreire, con una memoria titulada *La instrucción integral.* Cuando la señora Blavatsky lanzó la idea de la teosofía, era natural que Barlet se interesara por ella y se convirtió en miembro del consejo de la Sociedad Teosófica, junto con su amigo Papus. Después de haber abandonado Córcega, Barlet dirigió sucesivamente dos revistas en París, *La Revue Cosmique,* desde 1901 a 1903, y luego *La*


ALMANACH
ASTROLOGIQUE
MAGIQUE, PROPHÉTIQUE, SATIRIQUE.
ANNUAIRE DU MONDE ÉLÉGANT pour
1843.
TIRÉ A 100,000 EXEMPLAIRES.
50 Cent.
PARIS.
AU COMPTOIR DES IMPRIMEURS-UNIS,
COMON ET Ce, ÉDITEURS QUAI MALAQUAIS, 15,
Et chez tous les libraires de Paris, de la France et de l'Étranger.

Science astrale, desde 1904 a 1907. Figuró esencialmente en el origen del movimiento, y no por sus escritos, ya que redactó relativamente pocos artículos y sólo publicó un libro, sino por


ALMANACH
ASTROLOGIQUE
MAGIQUE, PROPHÉTIQUE, SATIRIQUE
ET DES SCIENCES OCCULTES.
ANNUAIRE DU MONDE ÉLÉGANT pour
1848
Rédigé par une Société d'Astrologues, de Magiciens et de Sorciers
ET PAR
MM. LÉON GOZLAN, A. KARR, É. MARCO DE SAINT-HILAIRE, ALBÉRIC SECOND, AUG. VITU, LÉO LESPÈS, ETC.
ORNÉ DE 100 VIGNETTES DESSINÉES PAR
BERTALL,
GIGOUX, SEIGNEURJENS; GEOFFROY, C. VERNIER, MONTJOIE, ETC.
« Nier la force et l'influence des astres, c'est nier la sagesse et la providence de Dieu! »
TYCHO-BRAHÉ.
PARIS,
COMON ET Ce, ÉDITEURS, QUAI MALAQUAIS, 15,
Et chez tous les libraires de Paris, de la France et de l'Étranger.

las charlas que organizaba en su hogar. En estas reuniones participaba uno de sus amigos, un tal Blanchard, teniente de alcalde de la villa de Créteil, y los astrólogos Tamos, Henri Selva,

André Boudineau y Eudes Picard, de los que tendremos ocasión de volver a hablar. A través de la enseñanza oral de Barlet, que fue un verdadero maestro del pensamiento para toda esa generación, dichos astrólogos desarrollarían sus conceptos que influyeron sobre todo el movimiento general, aun cuando sus nombres no fueron conocidos por el gran público.

El tratado de astrología escrito por Barlet se perdió a su muerte y no se conoce por tanto. Por ello, a través de sus artículos es como hay que tratar de volver a encontrar su concepto de esta ciencia, en particular a través de dos de ellos, en los que aborda el aspecto general del problema: *La Astrología*, aparecido en la revista teosófica *Lotus bleu*, n.º 17 de agosto de 1888, y otro estudio, que lleva el mismo título, aparecido en 1900 en un volumen denominado *Les Sciences maudites*, editado bajo la dirección del alquimista Jollivet-Castelot. En su artículo del *Lotus bleu*, Barlet demuestra en primer lugar que cada ser viviente, por su misma vida, absorbe energía solar y libera otras formas de energía, calor, magnetismo, etc., convirtiéndose así en fuente secundaria de energía. Barlet continúa: «Y si esto ocurre así, ¿acaso todas esas fuerzas no tienen, como todo conjunto de fuerzas, una resultante para cada globo, alguna parte en el espacio? ¿Acaso esas resultantes no reaccionan también entre sí y su reacción no debe variar continuamente con las situaciones recíprocas de los globos, es decir, con las posiciones que enseña la astronomía, según los aspectos del zodíaco para el observador terrestre? Hay, por tanto, influencias recíprocas de los astros; hay, pues, una influencia magnética... de los astros vecinos sobre la Tierra; debe haber, por consiguiente, también una ciencia de dichas influencias para el ser que puede percibirlas: esta ciencia es la astrología.» En su artículo del volumen *Les Sciences maudites*, F.-Ch. Barlet recoge su idea del vínculo que existe entre la vida y el Sol: «Toda vida terrestre procede del Sol. Éste es un aforismo que nuestra ciencia moderna ha convertido en algo trivial al demostrarnos que todos los movimientos vitales sólo nacen del Sol, al igual que las energías recíprocamente convertibles, las afinidades, los conflictos, las palpitaciones anímicas del globo.»

Describe luego las relaciones de la teoría de los cuatro elementos, aire, agua, tierra y fuego, con el zodíaco, y concreta las zonas de influencia de los planetas, formando el conjunto una especie de flujo astral en el que nos bañamos nosotros: «Hasta aquí, nuestra alma aún grosera está abandonada a las agitaciones de ese mar fluídico, etéreo, que el esoterismo denomina lo astral, es decir a las influencias magnéticas de las zonas que acabamos de describir y de su núcleo, los planetas. Aquí no habla ya solamente de las influencias vitales, sino también de las que las acompañan, las psíquicas, tal como nosotros lo hemos visto, y que obedecen a las mismas leyes. Así, pues, es natural creer que la situación de los astros sobre un horizonte, es decir, el estado de las fuerzas astrales en juego, en un tiempo y un lugar dados, producen cierto temperamento físico, intelectual y moral, que es posible reconocer. Esto es lo que afirma la astrología. Ella no pretende que el recién nacido tenga un determinado carácter porque nazca en tal momento o en tal lugar; por el contrario, lo que afirma es que, debido a que tiene ese temperamento, según su evolución anterior, ha nacido en el lugar y momento correspondiente a las vibraciones de ese carácter adquirido. No sólo somos libres de resistir a la mayor parte de esas influencias, sino que ese mismo combate es el objetivo de nuestra vida... La astrología nos avisa de las fatalidades que hemos acumulado sobre nuestra cabeza por los extravíos de nuestra libre actividad, pero nos informa también acerca de las pruebas o correcciones que la providencia nos facilita para favorecer nuestra evolución. Sin embargo, no hay que exagerar esta utilidad para la vida privada, ya que la astrología pide tanto tiempo y cuidado que su empleo resulta poco práctico, dentro de la enfebrecida actividad de nuestra existencia occidental.»

Así, pues, F.-Ch. Barlet se dedicaba a una astrología eso-

térica y filosófica, y se comprende la influencia intelectual y moral que llegó a tener sobre el grupo de jóvenes astrólogos que gustaba de reunir en su casa.

En 1886, es decir, dos años después de la aparición del primer artículo de Barlet, apareció una obra firmada por Ely Star, *Les mystères de l'horoscope*, con un prefacio escrito por el astrónomo Camille Flammarion y por el ocultista Josephin Péladan. Este pésimo libro se reedita aún en nuestros días, y su crítica publicada en 1938 en *Les Cahiers astrologiques*: «Obra aparecida hace 50 años, y cuyos perniciosos resultados son incalculables», me parece definitiva. Ely Star, alias Eugène Jacob, nació en 1847 y murió en 1932. Se ganaba penosamente la vida gracias a un comercio de amuletos mágicos, al que a veces añadía el ejercicio ilegal de la Medicina, en tanto que su mujer ejercía la profesión de echadora de cartas. Después de haber tenido algunos conflictos con la justicia en 1914 se retiró a la región de Biarritz. El principal interés de su obra reside en la carta prólogo de Camille Flammarion, quien, como todo astrónomo que se respete, no creía en la astrología, pero demostraba una incredulidad sonriente, muy distinta de la hostilidad de sus colegas contemporáneos.

Regresemos ahora a la filiación de F.-Ch. Barlet, con Henri Selva, que fue su discípulo principal. Selva, llamado en realidad A. Vlès, nació en 1861 y murió en 1943. Ejercía la profesión de corredor en la Bolsa de Comercio. Durante la ocupación fue molestado por los alemanes debido a su origen israelita, y su hijo, doctor en Medicina, fue deportado. Su nieto, habiendo conseguido alcanzar Inglaterra, se enroló en la R. A. F. y fue derribado por los cazas alemanes sobre Francia. Desde el punto de vista astrológico, la influencia de Selva fue enorme, no realmente por sus escritos, que firmó con su nombre, sino debido a su traducción del libro XXI de Morin de Villefranche, del que ya he hablado.

Henri Selva, al margen de su *Traité d'astrologie généthliaque* y de su obra acerca de la domificación, nos ha dejado un pequeño opúsculo titulado *Algunas consideraciones sobre el verdadero alcance de las predicciones astrológicas*, publicada en 1918, donde intenta hacer coexistir las nociones de influencia astral, de determinismo y de libertad. En la página 29 he descubierto esta notación sumamente moderna en su concepción: «Si los astrólogos emplean corrientemente la expresión influencia astral, es únicamente por tradición y por razón de comodidad, pues les ha sido imposible, hasta ahora, identificar esta supuesta influencia como alguna de las formas de la energía o ponerla directamente en evidencia como una forma nueva. Incluso una acción directa de los astros sobre los seres vivos sigue siendo hipotética; es posible que hayamos de admitir la hipótesis de que esta acción se ejerce por intermedio del magnetismo terrestre, sobre el que ella influiría, y el cual, por su parte, influiría sobre el ser vivo. Pero, en definitiva, las cosas parecen ocurrir como si existiera esta influencia directa.»

Llegamos ahora a Choisnard, creador de la «astrología científica» y que ha sido presentado con frecuencia como el portaestandarte del renacimiento francés y un astrólogo serio por excelencia. Paul Choisnard nació el 13 de febrero de 1867 en Saint-Denis de Saintonge. Cursó estudios en el Liceo de Tours y pasó con éxito el examen de la Escuela Politécnica de la que salió subteniente de artillería en 1889. Se casó en 1905, y enviudó dos años más tarde. Terminó su carrera militar con el grado de comandante y se dedicó desde entonces exclusivamente a la redacción de libros y artículos de astrología, arte por el que se había empezado a interesar en 1890.

Los principios de la astrología científica, tal como él la concebía, han sido definidos con frecuencia por Choisnard. Los resumió en un número especial de la revista *Le voile d'Isis*, en 1925, del que citaré aquí un pequeño extracto: «Para hacer de la astrología una ciencia, es decir, un conocimiento que sea real y progresivo en tanto que basado sobre relaciones natu-

rales, es preciso ante todo definir y demostrar el hecho astrológico, sin el cual ninguna ciencia puede desarrollarse, ni incluso existir. La confusión que se viene perpetuando desde la Antigüedad en este campo de estudio, se debe precisamente a que siempre se ha omitido la definición y la prueba del hecho de correspondencia de que se trata. Pues es muy evidente que, si no se está de acuerdo acerca de esta definición, el ataque contra la astrología resulta tan inútil como su defensa. Desde siempre, las discusiones sobre astrología han apuntado principalmente hacia una correspondencia entre el hombre y el cielo bajo el que éste nace. Ahora bien, es imposible atribuir a esta correspondencia un sentido extraño a éste: un aspecto celeste, cualquiera que sea, se dice que corresponde a tal actitud humana o acontecimiento humano cuando este aspecto es más frecuente en el momento de nacimiento en los hombres que presentan esa aptitud o este acontecimiento que en los otros individuos.» Para demostrar esas correspondencias, el comandante Choisnard se sintió inducido a aplicar la estadística a la astrología. Se presentó entonces como el autor de una astrología nueva —y científica— desembarazada del fárrago de la tradición, dado que descansaba sobre correspondencias establecidas científicamente.

Raras veces he visto un juego de manos más bonito, que raya en el camelo puro y simple. ¡Cuando Choisnard publicó su tratado de astrología, *Langage astral*, en 1901, había efectuado, según propia confesión, ocho estadísticas en total, las que —por lo demás— estaban falseadas! Facilita la lista en su obra *Essai de psychologie astrale* (págs. 60 a 63), y veremos su crítica en el capítulo 11 del presente volumen. Volviendo al tratado de Choisnard, se encuentra en él íntegramente, o casi, todo el «fárrago» de la tradición, significación de los signos del zodíaco, de las Casas, de los planetas y de sus aspectos. ¿Cómo había podido reconstituirlas Choisnard a partir de ocho estadísticas, a no ser recopilando los tratados de Tolomeo, Morin y otros «tradicionalistas»?

No soy el primero en expresarme en este sentido con respecto al *Langage astral* y a las pretensiones de Choisnard; Jean Hiéroz, en su introducción a la reedición del viejo tratado clásico de Rantzau, *Tratado de los juicios de los temas genetlíacos*, ya lo afirmaba. No obstante, no hay que menospreciar la importancia histórica de Choisnard dentro del renacimiento del movimiento astrológico, ya que escribió muy profusamente, y su calidad de politécnico impresionó a una buena parte del público. Creo sinceramente que no se puede salvar casi nada de sus propios trabajos, pero su papel fue primordial al atraer a la astrología a mentes inteligentes que los escritos de charlatanes como Ely Star habrían alejado y a los que el aspecto filosófico de un ocultista como F.-Ch. Barlet habrían confundido. Es aquí donde Choisnard fue importante, aun cuando su astrología científica fuera pura quimera.

Llegamos ahora a Eudes Picard, a quien personalmente considero como el astrólogo más eminente que haya producido ese movimiento de renacimiento hasta la Segunda Guerra Mundial. Picard nació el 13 de febrero de 1867 en Grenoble, o sea, exactamente el mismo día que Paul Choisnard, con cinco horas de intervalo entre uno y otro. Eran, pues, gemelos astrales, junto con el padre de la señora Tinia Faery, discípula de Eudes Picard, quien nació al mismo tiempo que los dos astrólogos anteriores. Al igual que Choisnard, Picard fue politécnico, pero en lugar de abrazar la carrera militar, se convirtió en miembro del alto personal de la «Société Générale». Murió el 12 de noviembre de 1932.

Eudes Picard no fue jamás un astrólogo profesional, pero aceptó dar durante algún tiempo un curso de astrología tradicional —totalmente gratuito— en el marco de la Sociedad Astrológica de Francia, a toda persona que deseara asistir. Habiéndome facilitado el señor André Boudineau un ejemplar multicopiado del curso celebrado por Picard el 29 de abril de

1927, pude percatarme bastante bien del método que empleaba. De hecho, Picard llegaba provisto del grueso libro de Bouché-Leclercq, *L'astrologie grecque,* el cual comentaba eliminando al mismo tiempo los sarcasmos del autor. Para Picard, nada de astrología científica, renovada, psicológica u otras; la tradición era lo único que importaba, y llegaba personalmente a resultados asombrosos. Algunas reflexiones que entresacamos de su curso son divertidas, pues recuerdan el género de observación que hacen los profesores de Facultad de los estudiantes; por ejemplo, esta frase: «¡Espero que tendremos tiempo de tratar todos estos temas antes de las vacaciones!»

El sistema de Eudes Picard se apoyaba sobre todo en la técnica de las *Casas derivadas,* que se encuentra ya indicado de modo sucinto por Tolomeo y que es citado igualmente por Morin de Villefranche en el libro traducido por Selva. Morin, en efecto, manifiesta: «Sin embargo, el examen profundo de la constitución del cielo en el momento del nacimiento de un individuo permite descubrir también otro modo de determinación, verdaderamente asombroso, de los cuerpos celestes relativo a ciertos accidentes que afectan al destino de sus padres, de su cónyuge, de sus hijos, etc.»

Eudes Picard derivaba cada una de las Casas por turno, lo que le daba 144 significaciones para un solo y único tema en lugar de las 12 habituales. ¡De hecho era capaz de contar la vida de los antepasados del sujeto hasta la quinta generación, de hablar de sus servidores, de sus animales domésticos e incluso de miembros de la familia por casamiento!

André Boudineau tuvo la oportunidad de asistir a una interpretación hecha por Picard, y ha tenido a bien relatármela. Entre otras cosas asombrosas, Eudes Picard señaló a la persona que le consultaba que su padre poseía una casa con un tejado extraordinariamente particular, lo que ella reconoció con sorpresa. Luego, le indicó que su cuñado tenía todavía su coche en el garaje a consecuencia del reciente accidente que acababa de sufrir. Añadió que, debido a que ese cuñado sufría

de una pequeña enfermedad de la vista, y como se negaba a acudir al oculista, tenía con frecuencia por ese motivo pequeños accidentes de automóvil, lo cual la mujer, totalmente estupefacta, admitió. Después de la consulta, Boudineau le preguntó si era vidente, lo que Picard negó con energía, afirmando que sólo había utilizado su sistema de las Casas derivadas, y nada más. Estando muy versado en las altas finanzas, Picard practicaba también la astrología financiera. Poco tiempo antes de su muerte, en setiembre de 1932, había anunciado a algunos íntimos una fuerte baja en la Bolsa, que provendría de una liquidación difícil a fines de mes. Había basado su pronóstico en el eclipse solar ocurrido el 31 de agosto anterior. Como se sabía más o menos que Picard jugaba a la Bolsa teniendo en cuenta influencias astrales, varios de sus adversarios se pusieron a jugar al alza, y los resultados parecieron darles la razón, subiendo las cotizaciones y mostrándose excelente el clima al comienzo de la sesión de clausura. A las 14 horas se produjo una brusca contracción de la tendencia, y las cotizaciones se hundieron conforme a la predicción de Picard, el cual salió ganador.

Eudes Picard sólo escribió dos obras, un estudio sobre el tarot, *Traité sur les arcanes mineurs,* y otra titulada *Astrologie judiciaire,* aparecida en 1932 en París. Este libro es póstumo, y es posible que Picard lo hubiera completado con algunas explicaciones suplementarias ya que, tal como se presenta, muestra una aridez bastante notable. Leyendo su curso multicopiado de 1927, me he dado cuenta de que practicaba otra regla de interpretación, bastante angustiosa, hay que reconocerlo. Picard afirmaba que era bueno empezar por calcular la duración de la vida, dado que era inútil hacer predicciones más allá de su término... Nada más lógico, en efecto, pero todos los astrólogos —sin distinción de doctrina— sostienen, con razón, que la fecha de la muerte es imposible de determinar. Ahora bien, los alumnos de Picard que yo he podido entrevistar me han afirmado que su antiguo maestro lo hacía efectivamente, pero que tenía como regla no indicarla jamás, «ante todo, decía,

porque podía equivocarse». Ignoro si el hecho es exacto, pero en todo caso es cierto que Eudes Picard, a sus raras cualidades de astrólogo-intérprete, añadía otra todavía más rara quizás en sus colegas: la modestia.

De la reunión de esos diversos astrólogos nacería, en noviembre de 1927, *La Sociedad Astrológica de Francia,* cuyos primeros miembros fueron André Boudineau, el coronel Maillaud, Eudes Picard, Janduz, etc. Poco tiempo después se añadieron Henri Selva, H. J. Gouchon y Paul Choisnard. Esta sociedad se mostró notablemente inactiva según propia confesión de varios de sus miembros, debiéndose este hecho principalmente a la personalidad de su presidente, el coronel Maillaud, aterrorizado ante la menor idea de posible comercialización de su sociedad. Su mérito principal residió, finalmente, en la organización del Congreso Astrológico de 1937, que tuvo una proyección europea.

Se abrió bajo la presidencia de André Boudineau, el cual, después de haber dado las gracias al ministro de Sanidad Pública, Justin Godard, por su presencia efectiva, pronunció el discurso acostumbrado del que damos aquí un extracto: «No hay que creer que los siglos XIX y XX han sentado en el banquillo a la astrología y que esta última ha sido condenada sin apelación posible. No hay nada de ello, y la astrología no debe ser relegada al rango de pasatiempo de esnobs o de medio de sustento de charlatanes, ya que ningún argumento lanzado contra ella se ha podido sostener contra la lógica o la experiencia. Sin duda no está ya lejos el momento en que la astrología será enseñada de nuevo oficialmente en algunas de nuestras Facultades y considerada como un método de investigación de primer orden y verdaderamente indispensable. Agradezcamos pues de todo corazón a los que han contribuido a proporcionar al IV Congreso Internacional de Astrología Científica (1) un brillo incomparable, que repercutirá como es debido sobre este antiguo arte, sobre esta ciencia tradicional que fue venerada y practicada por los espíritus más grandes y cuyo eclipse pasajero de los últimos siglos ha terminado ya.»

(1) Los anteriores congresos habían tenido lugar respectivamente en Dusseldorf y Bruselas.

Hubo aproximadamente unas cincuenta comunicaciones, algunas de un elevado interés, otras, hay que reconocerlo, bastante entristecedoras, como, por ejemplo, una serie de estadísticas absurdas acerca de la Sociedad de los Misioneros Franceses. Entre las comunicaciones más interesantes citaría, en el orden en que fueron pronunciadas, *El problema de las Casas,* por G. L. Brahy, *El sistema de las Casas derivadas,* por Tinia Faery, *Lo objetivo y lo subjetivo en la interpretación astrológica,* por el doctor Allendy, *La domificación gráfica integral,* por André Boudineu, *Investigación acerca de las progresiones y los tránsitos,* por H. J. Gouchon, *Contribución a la investigación de la fecha de nacimiento,* por Jean Hiéroz, y la exposición del profesor ruso A. L. Chijevski, sobre el que tendré ocasión de volver a hablar, y cuyo título se adaptaría admirablemente a un poema surrealista, *Sala revestida de corazas.*

Esto nos lleva de un modo natural a hablar de Dom Néroman y su Colegio Astrológico de Francia, organización rival de la anterior. Llamado en realidad Pierre Rougié, Dom Néroman (1) nació el 18 de julio de 1884 en el Lot; murió en 1953. Fue alumno de la Escuela de Minas de Saint-Étienne, y esta formación científica marcó toda su carrera de astrólogo, ya que quiso convertir este arte en algo estrictamente matemático, apoyándose en caso de necesidad en leyes o teoremas no demostrados. Dom Néroman se interesó bastante tardíamente por la astrología, pero lo hizo con furia. Sus publicaciones sobre el tema son innumerables, y creó una revista, *Sous le Ciel,* que tuvo cierto éxito antes de la guerra. Se trataba de una personalidad muy vigorosa que, evidentemente,

(1) Firmó sus dos primeros libros Dom Nécroman. Luego debió encontrar exagerado su seudónimo.

no podía aceptar la coexistencia con otros astrólogos, pues los consideraba a todos como charlatanes y sólo a él como poseedor de la verdad: este rasgo suyo, por lo demás, no es en absoluto original, y uno puede encontrarlo en 9 astrólogos de cada 10, como, por otra parte, hemos visto ya en Tycho-Brahe y otros notorios sabios.

Desde el punto de vista de la técnica astrológica, Dom Néroman inventó las *direcciones evolutivas*, respecto a las cuales confieso no haber comprendido nada, y accesoriamente la *Luna negra*, punto ficticio utilizado hoy por numerosos astrólogos, lo que provoca en sus interpretaciones errores muy divertidos. Por lo demás, volveremos a esta cuestión en un párrafo especial. Dicho eso, aun cuando el trabajo científico de Dom Néroman aplicado a la astrología no aportó más frutos que el del comandante Choisnard, hay que reconocer que hizo mucho para su desarrollo proporcionándole una audiencia y una publicidad muy superiores a los débiles esfuerzos de la Sociedad Astrológica de Francia. No son los verdaderos creadores del renacimiento, Barlet, Selva, Picard, reconozcámoslo, los que más han hecho para difundir otra vez la idea astrológica en el público; antes bien han sido personajes marginados como Dom Néroman, o el astrólogo de Prensa M. L. Sondaz. ¿Es éste un motivo para alabarles o para ponerles en la picota? He aquí una pregunta a la que cada lector deberá responder por sí mismo.

Llegamos ahora a la posguerra, y a la época contemporánea, un período de lo más temible para el historiador, pues ya se sabe la susceptibilidad de todos los astrólogos cualquiera que sea la escuela a la que pertenecen, por lo que me contentaré con sólo indicar las tendencias generales.

Podemos encontrar dos escuelas principales, una reunida en torno a la revista de Alexandre Volguine, *Les Cahiers astrologiques*, cuyo primer número data de enero de 1938 y que aparece todavía en el momento en que escribo estas líneas. Esta revista, muy seria y muy bien realizada, reúne en torno suyo a todos los tradicionalistas, aunque abre igualmente sus puertas a los astrólogos científicos de la escuela de Choisnard, e incluso a personajes cuyas doctrinas están aún más alejadas de la suya, como por ejemplo al señor Gauquelin, que no es precisamente un astrólogo. El propio Alexandre Volguine, que nació en 1903 en Rusia, se interesó en la astrología a partir del año 1917, yendo a establecerse a Francia en 1920. Durante la guerra fue deportado al campo de Mathausen, donde llevó a cabo una de sus mejores predicciones astrológicas. Cuando Jacques Bergier fue, a su vez, deportado a ese mismo campo, se enteró de que un astrólogo llamado Volguine había predicho su liberación de dicho campo para el 1.º de mayo de 1945, es decir, al año siguiente, lo que se produjo exactamente. Conozco tal número de predicciones de astrólogos modernos o antiguos que se han mostrado falsas, que conviene saludar aquí una hazaña perfectamente fechada y anunciada con más de un año de anticipación.

Como autor, Alexandre Volguine ha publicado varios libros interesantes de técnica astrológica, pero ha sido sobre todo como editor, como se ha atraído el reconocimientos de todas las personas que se interesan por ese arte, aunque no fuera más que desde el punto de vista del conocimiento de las ideas. En efecto, las *Éditions des Cahiers astrologiques* han publicado una docena de reediciones de obras antiguas absolutamente imposibles de encontrar, como, por ejemplo, el *Tratado de los juicios de los temas astrológicos* de Rantzau, del que he tenido ya ocasión de hablar, la *Geomancia astronómica* de Gerardo de Cremona, etc.

Del lado contrario hallamos al Centro Internacional de Astrología, fundado el 7 de octubre de 1946 y presidido actualmente por H. J. Gouchon. Su revista el *L'Astrologue*, dirigida

por André Barbault, siendo este último el padre de la doctrina y portavoz de dicha fracción del movimiento astrológico contemporáneo. Sus esfuerzos se dirigen principalmente hacia el desarrollo de la astrología psicológica, incluso psicoanalítica, al nivel de la interpretación, y hacia el de la astrología mundial, al nivel de la previsión.

El «C.I.A.» organizó un congreso al terminar la guerra y da actualmente numerosas conferencias públicas; recientemente ha creado una escuela de astrología cuyos primeros exámenes tuvieron lugar en 1970. Existe en París otra escuela que enseña la ciencia de los astros, la Academia Internacional de Astrología, dirigida por la señorita Claire Santagostini, cuyo método de enseñanza —denominado global— se diferencia del método del «C.I.A.», pero cuya técnica de interpretación es idéntica. Entre las dos, esas escuelas cuentan con menos de un centenar de alumnos. Por lo demás, tengo mis dudas acerca de las posibilidades de que consigan un gran desarrollo, ya que se hallan en la imposibilidad de facilitar un título legal, porque el ejercicio profesional de la astrología está perseguido por la ley. Efectivamente, la ley del 28 de abril de 1832, artículos 470 y 480, prevé que «serán sancionados con multas, etc., aquellas personas que hagan un oficio de adivinar, pronosticar o explicar los sueños» (anotemos que esta ley no sólo afecta a los astrólogos sino también a los videntes y a los psicoanalistas). No obstante, existe cierta tolerancia por parte de los poderes públicos, aunque no fuera más que por el hecho de que, desde siempre, muchos ministros han sido, se dice, clientes de los astrólogos. En sus considerandos, un tribunal estigmatizó incluso a un estafador tildándolo de «falso astrólogo». Sin embargo, la ausencia de reconocimiento legal de ese arte me parece una traba insuperable con vistas a la sanción oficial de los títulos en astrología.

Al margen de esa acción, el «C.I.A.», principalmente bajo el impulso de André Barbault, trata de demostrar la realidad de la astrología a partir de las previsiones de astrología mundial. Para él la astrología es signo y no causa; y así afirma: «No se establece entre el astro y el hombre una sucesión de causas o efectos; por el contrario, ambos están considerados dentro de una simultaneidad global, en la que el astro es el signo del hombre y éste el signo del astro.» Ocurre lo mismo, según su opinión, en lo que se refiere al destino de los países. No se pronosticará jamás el fin de una guerra, por ejemplo, para una fecha única y concreta, sino que se afirmará que dicha guerra concluirá forzosamente bajo determinado aspecto celeste. De ese modo, se establecerá una sucesión de fechas en las que los aspectos del cielo en cuestión se reproduzcan y se anunciarán concordancias entre las conjunciones Sol-Júpiter-Venus y los grandes acontecimientos de alcance internacional, tales como un cese el fuego, un armisticio, un pacto, un tratado, una iniciativa diplomática importante. Es preciso reconocer que, en ocasiones, Barbault ha obtenido éxito por ese sistema. Por desgracia, en el actual estado de cosas, André Barbault no puede localizar su predicción, y, siendo la Tierra tan vasta, es casi siempre posible descubrir que, en el momento en que se producía un acontecimiento pacífico en una determinada parte del mundo, en la otra estallaba una guerra o una revolución, lo que anula el valor de toda previsión no localizada. Así, con ocasión de la triple conjunción Sol-Júpiter-Venus que se produjo en noviembre de 1970, se produjo realmente una distensión en el Oriente Medio concretada en dos acciones diplomáticas de los dirigentes israelíes, pero, al mismo tiempo, el presidente americano dio orden para que se reemprendieran los bombardeos sobre Vietnam del Norte, y Guinea fue atacada por mercenarios extranjeros. Éste es el motivo por el que, mientras esta cuestión de la localización de los sucesos no haya sido resuelta por los astrólogos, éstos no deben contar con la astrología mundial para demostrar su arte.

Ciertamente pueden presentar algunos éxitos como el conseguido por Jean-Pierre Nicola (bajo el seudónimo de J. Da-

vid) que apareció en el número de la revista *Horoscope* de mayo de 1968, por tanto puesto a la venta a fines de abril, en el que anunciaba, en términos perfectamente claros y localizados, que una ola de descontento barrería Francia, amenazando derribar las instituciones y marcar el fin de la V República durante el mes siguiente (1). Sin embargo, su autor no ha tenido siempre un acierto igual en sus predicciones publicadas en el semanario *Détective*, lo cual minimiza su éxito. El alquimista Armand Barbault es asimismo el autor de algunas predicciones asombrosas, por ejemplo en *L'avenir du monde*, de abril de 1939, declaraba: «El refuerzo de la autoridad ocurrirá bajo el impulso de la conjunción Marte-Júpiter de 1940. Esta fórmula enérgica conducirá al poder a un militar de cierta edad que intentará restaurar la confianza.» Dicha predicción se refería a Francia, y uno viene obligado a admitir que el astrólogo anunciaba la llegada de Philippe Pétain al poder. En 1938, Armand Barbault escribía con referencia al Duce: «El año 1945 es el que parece más peligroso para la existencia y la salud de Mussolini»; sabemos que en dicho año fue ejecutado el dictador italiano. Finalmente, respecto a Hitler, Armand Barbault escribía en *L'avenir du monde*, de octubre de 1938: «El destino que coloca a este hombre al frente de Alemania no le permite llevar a cabo ni el matrimonio ni la guerra. Si él tratara de forzar su decisión en cualquiera de los dos casos, vería esfumarse fatalmente su autoridad y su poder.»

Al lado de estas perlas, veamos cuántos errores pueden hallarse entre los astrólogos contemporáneos. En 1938, uno de ellos hizo publicar un volumen cuyo título era ya de por sí un poema: *Astrología mundial: ¡Quince años de paz en Europa!*

(1) Ese artículo se titulaba *Los presagios de la luna llena de mayo de 1968*. He aquí un extracto de él: «Nuestro país se halla, pues, en vísperas de grandes alborotos que podrían llevar en ellos el germen de una VI República. Se producirán al menos tantas reformas que la V pasará a formar parte del pasado». (*Horoscope* n.º 218). M. Nicola es asimismo el autor de un libro, *La condition solaire*, en el que expone una teoría que relaciona los tipos zodiacales con la tipología pavloviana. Se trataría entonces de determinismos interiores basados en la estructuración de ritmos internos.

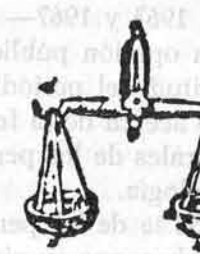
Uno de sus colegas anunció que Wally Simpson, la actual duquesa viuda de Windsor, sería la reina más popular de Inglaterra, y esto una semana antes de la abdicación del rey. El mismo autor escribía en 1939: «Se ha valorado en exceso la fortaleza de Alemania; pronto se comprobará su debilidad.» Otro astrólogo previó para el año pasado la muerte de los señores Pompidou y Chaban-Delmas. Otro predijo una tercera guerra mundial para 1952, y varios de sus colegas hicieron lo mismo para 1965; uno de ellos precisaba incluso que leía una muerte trágica, para los años 1965-1966, en los temas de sus clientes (espero en bien de ellos que gocen de buena salud). Otro astrólogo previó la retirada del general De Gaulle en los años 1965 y 1966, combinado con la desaparición de la vida política del señor Pompidou; otro pronosticó una nueva revolución china en 1954, que terminaría con el juicio, por alta traición, del presidente Mao...

Esta enumeración parecería abrumadora, pero hemos visto que ciertos astrólogos, tales como Armand Barbault, su hermano André, Alexandre Volgue, H. J. Gouchon, Hadès, Jean Viaud y algunos otros, han efectuado numerosas predicciones de las que se han materializado un número no despreciable de ellas. No obstante, frente al total de las previsiones astrológicas de estos últimos cuarenta años, es imposible afirmar que el azar no basta para explicarlas. Una conclusión realmente positiva respecto a ese problema no podrá ser aportada más que el día en que los astrólogos presenten conjuntos de predicciones, al mismo tiempo fechadas y localizadas. Entonces es cuando podrá efectuarse un control sin discusión posible.

Aquí finaliza, pues, esta rápida ojeada de la evolución de la astrología a través de los siglos. Por desgracia, resulta evidente que dicho arte no parece estar hoy mejor basado que en los tiempos de Tolomeo.

Ciertamente la presencia de sabios tales como Tycho-Brahe, Kepler, Galileo y Morin pesa bastante en el juicio que tratamos de llevar a cabo acerca de ese arte. Sin embargo, el argumento de autoridad no es convincente, ya que los adversarios de la astrología pueden citar un número de científicos más elevado aún que le niegan toda realidad. No obstante, hay que recalcar que casi todos los sabios que aceptaron estudiar el tema se negaron luego a pronunciar una condenación definitiva de la ciencia de los astros. Así, Newton, que jamás fue astrólogo, cortó en seco al astrónomo Halley —conocido por el cometa que lleva su nombre— con ocasión de una violenta diatriba en contra de la astrología, diciéndole: «Yo he estudiado el tema, señor; usted no.»

Pero nos hacen falta pruebas, no opiniones. Por eso, tras haber estudiado el lugar que la astrología ocupa en la civilización moderna, examinaremos las razones de la condenación científica de la astrología. Luego estudiaremos detalladamente los dogmas de ese arte y las pruebas que él pretende ofrecer en favor de su veracidad.



7. LIBRA

UN FENÓMENO SOCIAL DEL SIGLO XX

A mediados del siglo pasado, Alfred Maury tomaba la astrología como ejemplo de una superstición definitivamente desaparecida. A fines del mismo siglo, en 1889, Auguste Bouché-Leclercq, el erudito miembro del Instituto, no estaba ya tan seguro, pues escribía en el prólogo de su *Astrologie grecque:* «La astrología, una vez muerta —creo que lo está, a pesar de las tentativas hechas recientemente para revivirla— ha sido tratada con un desdén que no se muestra hacia cuestiones de importancia histórica infinitamente menor. Se diría que en esas maneras despreciativas cabe también la irritación que causó en otro tiempo a sus adversarios, aquellos que no sabiendo demasiado cómo refutarla se dedicaban a odiarla.»

Si abrimos ahora el *petit Larousse* de antes de la guerra, podremos leer en él esta definición del término astrología: «Arte de predecir los acontecimientos de la vida basado en el estudio de los astros. Esta superstición, en nuestros días, ha desaparecido desde hace tiempo.» Pero en las ediciones posteriores a la última guerra mundial, la segunda frase de la definición ha sido suprimida. Efectivamente, de modo bastante paradójico, las creencias astrológicas han reaparecido al mismo tiempo que la ciencia moderna eliminaba los residuos del

positivismo del siglo XIX. Hoy, con razón o sin ella, casi todo el mundo cree en la realidad de los horóscopos.

Se han efectuado investigaciones en el transcurso de los últimos diez años en varios países —en particular en Francia, en 1963 y 1967— por los organismos encargados de sondear la opinión pública. Así, en enero de 1963, el «I.F.O.P.», a solicitud del periódico *France-Soir*, procedió a efectuar un sondeo acerca de la fe que el público otorgaba a las previsiones astrales de los periódicos y, en un sentido más general, a la astrología.

El 58 % de las personas interrogadas reconocieron que se interesaban por su signo zodiacal, y el 53 % admitieron que leían su horóscopo en la Prensa. El 38 % de ellos confesaron que estarían realmente interesados por su horóscopo personal detallado. En 1967, el organismo «Ires Marketing» efectuó un sondeo entre 6 000 personas comprendidas en los 18 y los 65 años. Su conclusión fue casi idéntica: aproximadamente el 60 % de los franceses se interesaban poco o mucho por la astrología, y este porcentaje ascendía incluso al 71 % en el caso de los menores de 25 años. Esto último es muy importante, ya que demuestra que la moda astrológica toma cada vez más extensión y, por tanto, corresponde a un fenómeno social actual e importante. Esto parece evidentemente paradójico para un arte que tiene una antigüedad de casi 6 000 años y que, según pretende la ciencia oficial, no se basa absolutamente en nada positivo.

A ese respecto, hay que señalar que, en las personas interrogadas, el 43 % estiman que el astrólogo es un verdadero sabio y que no debe equivocarse. Yo mismo me dediqué a un pequeño sondeo de opinión en miniatura, interrogando a las personas que me rodean, y quedé estupefacto al comprobar que prácticamente todos admitían la posibilidad de una influencia astral. Sobre cincuenta personas del círculo de mis amistades no pude hallar más que ocho incrédulos irreductibles; ese porcentaje parece netamente más elevado que el 60 % facilitado por los organismos oficiales, ya que de ese modo se llegaría a un 84 % de personas que creen en la astrología, pero la contradicción se explica fácilmente. En efecto, yo pregunté únicamente a amigos míos que vivían en París y pertenecían, más o menos, al mundo literario o peridístico. Ahora bien, el «I.F.O.P.», al igual que «Ires Marketing», comprobaron que la creencia en la astrología *aumentaba* con el nivel de estudios y la importancia de las funciones sociales. Los irreductibles se sitúan principalmente entre los agricultores y los obreros manuales, a los que hay que sumar por otra parte a los astrónomos, en este caso por razones mejor fundadas. Dado que el muestreo de los organismos oficiales recorría todas las capas de la sociedad, era normal que sus porcentajes fueran inferiores al mío, obtenido solamente dentro del medio intelectual.

En este fin del siglo XX, se cree nuevamente en la antigua ciencia de los astros. Dos preguntas se plantean entonces: ¿desde cuándo y por qué?

Tal como decía Aguste Bouché-Leclercq, cuando escribía a fines del siglo pasado su estudio acerca de un arte que él creía difunto, se venían haciendo algunas tentativas para sacar del olvido al arte adivinatorio de los sumerios. Hemos tenido ocasión de examinar detalladamente este movimiento de renacimiento en Francia, pero la empresa de F.-Ch. Barlet, Eudes Picard, Paul Choisnard y sus amigos habría pasado quizás inadvertida si no hubiera habido periodistas interesados en sus esfuerzos que se hubieran hecho eco de ellos en la Prensa. Fue, efectivamente, después de la Primera Guerra Mundial cuando las revistas se dedicaron a publicar horóscopos semanales tales como los que conocemos hoy. La señora Marie-Louise Sondaz creó ese nuevo género periodístico cuya importancia no deja de acrecentarse en el momento en que escribo estas líneas. Su primer artículo apareció en *Voilà* en 1934, y luego tuvo una sección regular a partir de 1937. Sus escritos, así como los del periodista Maurice Privat, contri-

buyeron mucho más a difundir la idea astrológica entre el público que las investigaciones sinceras y serias del grupo Barlet, o de los astrólogos científicos reunidos alrededor de Choisnard.

La situación no ha cambiado hoy y, aunque los signos del zodíaco se han convertido en tan familiares para el público como las letras del alfabeto, no obstante, una organización como el «Centro Internacional de Astrología» no ha contado nunca con más de 250 miembros. El auditorio de la astrología de Prensa se amplifica también gracias a las ondas de la Radio —siendo la Televisión un monopolio estatal que le cierra sus puertas— y, recientemente, la emisora periférica de «Europa n.° 1» ha aumentado considerablemente su porcentaje de radioyentes gracias a una emisión cuya primera figura es un vidente-astrólogo al que los oyentes pueden plantear preguntas por teléfono. Se afirma que es imposible conseguir comunicar con la estación durante las dos horas que preceden al comienzo de la emisión, tan numerosas son las llamadas para esta nueva *vedette* de la astrología popular.

Ese entusiasmo permite a numerosos charlatanes —que por lo demás no tienen de astrólogo más que el nombre— hacer fortuna a buen precio explotando la credulidad humana. Su arma principal reside en los anuncios por palabras que aparecen en los grandes semanarios. Su principio es simple: se ofrece un horóscopo de prueba «personal y gratuito», contra el envío de dos sellos. Respecto al horóscopo personal, el charlatán se contenta con enviar una hoja en ciclostil correspondiente al signo del zodíaco del solicitante. Veamos aquí algunos extractos de uno de esos horóscopos:

«He recibido con placer su carta, y gustosamente le envío el análisis que he establecido según las indicaciones que usted ha tenido a bien proporcionarme. Desde el punto de vista astrológico, el signo del León está en analogía con el Sol. Así pues, es considerado como el domicilio de este planeta, el cual tiene por ello una influencia particularmente importante sobre su temperamento...

»En su cielo de nacimiento he descubierto la formación de algunos aspectos benéficos, entre ellos un trígono Marte-Urano. Pero, por desgracia, hay también numerosas oposiciones, entre ellas una cuadratura Neptuno-Venus, bastante peligrosa, que trastorna ligeramente este conjunto planetario y aporta perturbaciones en su existencia...

»Como puede usted juzgar, obtendría un gran provecho poseyendo cuanto antes su horóscopo completo. Será para usted de un interés primordial, ya que dicho horóscopo no sólo reúne numerosas predicciones referentes a su vida entera, sino que comprende igualmente la investigación de los acontecimientos que deben ocurrir en el transcurso de los doce próximos meses. El precio de un trabajo tan importante y minucioso es de 120 francos. Usted mismo habrá podido juzgar la calidad del análisis que le adjunto, que no obstante nada tiene de común con el horóscopo completo. Ello le garantiza a usted la seriedad y el cuidado que pongo en todos mis trabajos, y espero que no dudará usted en concederme nuevamente su total confianza.»

Por lo que se refiere al cuidado y a la seriedad, el charlatán que envió este análisis ciclostilado fue muy imprudente al hablar de un trígono Marte-Urano y de una cuadratura Neptuno-Venus. Por supuesto, tracé inmediatamente el mapa celeste de la persona que había solicitado este horóscopo y que me lo había comunicado: ¡Marte y Urano no formaban ningún aspecto entre sí, y, por lo que se refiere a Neptuno y Venus, lejos de estar en cuadratura, estaban en conjunción absoluta! Si el futuro cliente —y paloma— no se ha decidido a mandar los 120 francos solicitados, generalmente se le envía una carta de insistencia, bajando el precio. En el caso presente, y sin duda para ahorrarse los gastos de franqueo, el seudoastrólogo había adjuntado desde el comienzo un cupón donde, excepcional-

mente, reducía ya su tarifa a 99 francos. Hay casos incluso en que, tras varias reducciones sucesivas, uno de esos charlatanes llega a conformarse con la décima parte de la suma inicial. Éste es el sistema que permitió, antes de la guerra, al faquir Birman convertirse en millonario antes de terminar frente a un tribunal correccional.

Desgraciadamente, es cierto que astucias tan groseras continúan siendo rentables, y esto en gran parte debido al hecho de la falta de información del público. La superstición de la clientela, añadida a su ignorancia, es la responsable de la proliferación de los charlatanes. ¡Uno de los astrólogos serios con los que me entrevisté me contó que uno de sus clientes le había suplicado que le vendiera un talismán amoroso! Al negarse, el cliente se marchó muy descontento, y probablemente se dirigió a algún vidente más comprensivo. Así, basta con ojear las dos revistas, *Horoscope* y *Astres*, para darse cuenta de la presencia de un asombroso número de anuncios por palabras que proponen todas las variedades posibles de talismanes o de amuletos. Su multiplicidad permite aquí también suponer que este comercio es floreciente, ya que, lógicamente, los anuncios de dicha revista no son gratuitos. Señalaremos, por otra parte, respecto a esas publicaciones, que su tirada supera ampliamente los 100 000 ejemplares, lo que las sitúa en primera fila dentro de las revistas mensuales francesas.

El problema de la existencia del charlatanismo es insoluble mientras no pueda haber un reconocimiento legal de la astrología; y aún más, vemos también en la Medicina, en donde se exigen títulos y donde existe un Consejo disciplinario, que ello no impide la multiplicidad de los sanadores y curanderos. Parece que la credulidad humana no tiene remedio.

No habríamos completado nuestra revisión de los aspectos sociales de la astrología de nuestra civilización si no nos refiriéramos a su último grito, el horóscopo electrónico. Se trata

igualmente de un fenómeno popular, ya que la astrología electrónica, lejos de afectar a una minoría esnob, se dirige realmente al público más amplio. ¡En menos de tres años, el ordenador de «Astro-Flash» ha despachado cerca de 500 000 horóscopos!

Veamos un extracto de la publicidad desplegada al respecto: «La electrónica al servicio de la astrología. Eterna, universal, no teniendo ninguna necesidad de explicaciones científicas para hacer resplandecer su verdad, la astrología apasiona cada día más a las multitudes de nuestro tiempo. "Astro-Flash" ha puesto a su servicio los extraordinarios recursos de la electrónica, el rigor y la rapidez de los ordenadores... (1). ¡Es extraordinario!, gritan con entusiasmo nueve personas de cada diez, tanto en América como en Europa. Así, pues, haga usted una prueba también, y quedará convencido.»

En esta ocasión se trata de horóscopos verdaderamente personales, es decir, calculados para la hora de nacimiento exacta de cada consultante si la conoce, naturalmente.

No hay engaño, por tanto, en la mercancía, como en el caso de las hojas en ciclostil enviadas por los charlatanes. La máquina calcula realmente las posiciones planetarias, las cúspides de las Casas y los aspectos correspondientes a cada cliente. He verificado algunos de esos cálculos y debo reconocer que son correctos, con un error aproximado de un grado, lo cual es despreciable. Para las personas nacidas en latitudes poco frecuentes, un astrólogo profesional hace a mano las correcciones que el ordenador no puede efectuar por sí mismo.

Esta experiencia de astrología electrónica ha provocado una escisión en el seno del grupo que reúne a los astrólogos franceses llamados «serios». En efecto, un horóscopo completo debe tener en cuenta los elementos siguientes: el signo Ascendente, el signo solar (éste es el único que el gran público conoce, ya que es muy fácil saber en qué signo se encuentra

(1) El anuncio precisa que el ordenador ha sido programado por el señor André Barbault.

el Sol en el momento del nacimiento de un niño, en tanto que es necesario efectuar algunos cálculos y poseer una tabla para hallar el signo Ascendente), la posición de los 10 planetas dentro de los signos, la posición de los 10 planetas dentro de las Casas astrológicas, los aspectos que tienen entre sí los planetas. Ahora bien, ¿qué es lo que tiene en cuenta el ordenador de «Astro-Flash?» En realidad, se basa únicamente en el signo Ascendente, el signo solar y la posición dentro del zodíaco de los cuatro planetas rápidos, Sol, Luna, Venus y Mercurio. Los aspectos y las posiciones de las Casas están bien calculados y figuran en la primera hoja del horóscopo facilitado, pero no se los tiene en cuenta en la interpretación. Conviene señalar que otra versión, más completa, del horóscopo electrónico —«Ordinastral»— había sido programada por la misma sociedad; tenía en cuenta un número de factores mucho mayor, pero el precio de coste del horóscopo a nivel del público era demasiado elevado para despertar la adhesión popular. Fue abandonado.

Así, la interpretación dada por «Astro-Flash» no es un horóscopo completo, sino un esbozo de horóscopo sin posible comparación con el resultado que puede obtener un astrólogo profesional. En consecuencia, una fracción de los astrólogos ha considerado esta experiencia como abortada y la ha condenado severamente, en tanto que otra, por el contrario, ha valorado como positivo el experimento, ya que permitía al público comprender que el signo solar no era más que un elemento entre otros de la astrología, y le familiarizaba con su signo Ascendente y con la importancia de las posiciones planetarias dentro del zodíaco. Esos últimos astrólogos consideraban a «Astro-Flash» como una etapa normal entre el horóscopo de Prensa y el despacho del profesional. He aquí lo que escribió uno de ellos en el n.º 11 de la revista *L'astrologue*: «1968 ha sido también el año en el curso del cual ha aparecido, procedente de varias fuentes, la comercialización de la astrología electrónica. La operación "Astro-Flash" en Francia ha llegado

a alcanzar la cifra de medio millón de temas. Es un hecho notable el que un número tan importante de personas hayan tenido en sus manos un documento, aunque se trate de una aproximación al estudio individualizado, que contribuya a realzar la astrología popular a un nivel superior. La colección "Zodiaque" había contribuido en gran parte a apartar esta astrología popular del círculo exiguo del mes solar, popularizando el signo Ascendente. Esta serie electrónica tiende a familiarizar al público con la idea de que, más allá del Ascendente, están también los planetas en los signos.» Vemos que ese astrólogo habla solamente de una «aproximación al estudio individualizado».

Naturalmente, fui a ver a uno de los responsables de la programación de este ordenador, y le pregunté por qué no se había tenido en cuenta la totalidad de los elementos astrológicos habituales. Dicho astrólogo me indicó que él había concebido un programa más completo, pero que habría sido necesario entonces un ordenador mucho más importante para poder integrar la totalidad de los factores, y que el precio de coste de los horóscopos, por unidad, habría sido tan elevado que la empresa no hubiera sido rentable. El propio «Ordinastral», que incluía más factores, no había conseguido los favores del público. Esperaba, sin embargo, que, visto el éxito de la empresa, sería posible programar ulteriormente un ordenador más importante, sin elevar demasiado el precio unitario de los horóscopos.

Este experimento ha suscitado evidentemente el furor de los adversarios de la astrología, y uno de ellos, el señor Michel Gauquelin, intentó una prueba que tenía por objeto desacreditar la máquina. En efecto, los horóscopos electrónicos no tienen en cuenta todos los factores; con frecuencia quedan un poco confusos y dan la sensación de que se pueden aplicar a varias personas, incluso muy diferentes. Así, pues, proporcionó al ordenador la fecha de nacimiento del doctor Petiot, el célebre asesino, y recibió a cambio un análisis evidentemente

resumido de su carácter, que naturalmente no indicaba ninguna tendencia criminal. Publicó entonces en la Prensa un anuncio ofreciendo un horóscopo gratuito a los que simplemente lo solicitaran, y, a cada una de las 150 personas que respondieron, les envió una copia del horóscopo del doctor Petiot, al que había añadido una ficha para preguntar a sus clientes si se habían reconocido en el perfil psicológico que acababan de recibir. ¡Ciento treinta de ellos expresaron satisfacción o entusiasmo! He aquí tres ejemplos de esa respuesta: «Realmente soy yo, y ahora me explico algunas contradicciones de mi carácter. ¿Es posible encontrar soluciones a ello mediante la astrología?» «Sí, he reconocido mis problemas personales. Es absolutamente pasmoso que una máquina electrónica pueda escrutar el futuro y el carácter de las personas.» «En conjunto, todos los que me rodean me han reconocido, en especial mi mujer, que me conoce perfectamente.»

En realidad, semejante experiencia no demuestra nada en contra de la astrología. Sólo demuestra que cierto público —y el que solicita horóscopos gratuitos no puede ciertamente ser considerado como representativo de la población en general— es particularmente crédulo y está dispuesto a reconocerse en cualquier cosa, siempre que no se citen hechos demasiado precisos. Volviendo a «Astro-Flash», diré que puede proporcionar buenos resultados en los casos de personas que tienen un signo Ascendente o solar sumamente dominante y planetas rápidos dignificados. Por el contrario, si los planetas lentos, tales como Júpiter, Urano o Neptuno, son importantes dentro del tema, el horóscopo electrónico no se corresponde demasiado con la realidad. Por ejemplo, en mi propio tema, tengo a Júpiter y a Urano angulares, y no me reconocí en absoluto en la interpretación que «Astro-Flash» dio de mi tema. Así, pues, no creo que esta máquina, en su estado actual de programación, pueda desempeñar un papel positivo en defensa de la astrología, sino todo lo contrario. Tampoco creo que sea necesario indignarse ante su existencia, al ser su precio muy asequible, de 10 a 25 francos según el horóscopo escogido, en tanto que los precios de su rival anglosajón son mucho más elevados, 20 dólares por horóscopo (es decir, aproximadamente unos 110 francos). En mi opinión, «Astro-Flash» forma parte del fenómeno social de la astrología, y no debe intervenir para nada en el juicio objetivo que uno pueda tratar de llevar a cabo sobre la realidad de ese arte.

Sólo me queda por decir dos palabras acerca de la clientela de los astrólogos-consultores y de los problemas particulares vinculados con dicha profesión. Esto son aspectos sobre los que tuve ocasión de charlar largo y tendido con la docena de profesionales que participaron en el *test* inicial. Las consultas duran de una a tres horas, según que se trate del estudio completo del tema de nacimiento, o de una cuestión concreta que compete a la astrología horaria. Son casi siempre orales, ya que los clientes pueden traer con ellos un magnetófono portátil y registrar las palabras del astrólogo. Los precios corrientes son evidentemente variables de uno a otro, pero el promedio oscila alrededor de los 100 a 150 francos por una consulta de una hora y media.

La clientela está en proporción de tres mujeres, que preguntan sobre sus amores o sus hijos, por cada hombre, que suele interesarse por su salud o por la marcha de sus negocios. Frente a las mujeres, el papel del astrólogo es muy parecido al de los confesores de los siglos pasados, mientras que, respecto a los hombres, su acción se parece más a la de los psicoanalistas de la escuela americana, a quienes el cliente acude a consultar cuando desea sustituir su libre albedrío por una autoridad exterior, cuando tiene que tomar una decisión fastidiosa. No obstante, todos los astrólogos que entrevisté me aseguraron que se negaban a marchar en la dirección manifiestamente deseada por el cliente, y que sólo basaban su juicio en los datos proporcionados por su arte.

En tal caso, su papel me parece al mismo tiempo difícil, si es que no dudan realmente en enfrentarse con los deseos de sus clientes, y peligroso, si se equivocan en sus pronósticos. A este respecto, se distinguen dos variedades de astrólogos: unos que se limitan a la definición de las tendencias futuras, tanto desde el punto de vista psicológico, si se trata de los sentimientos, como de las posibilidades, si se trata de los negocios, mientras que otros van mucho más lejos en sus veredictos y desempeñan entonces realmente el papel de demiurgos. Un ejemplo será mucho más útil para comprender la diferencia. Una pregunta clásica planteada por numerosos hombres de negocios a su astrólogo es ésta: «Me proponen una operación importante para la que no dispongo de reservas. ¿Puedo correr el riesgo de emprenderla?» He aquí un ejemplo de posible respuesta para los astrólogos del tipo primero: «Hay en ese momento un tránsito del planeta Júpiter sobre su Ascendente natal, lo que simboliza un aumento de sus posibilidades y de sus oportunidades en el terreno personal, y más especialmente en el financiero. Por tanto, entra usted en un período favorable para emprender una operación del tipo de la que me está usted hablando. Sin embargo, sólo se trata de una oportunidad, una posibilidad suplementaria que se le concede. No hay nada fatal, nada obligatorio en el éxito de esa empresa. Actúe, por lo tanto, con prudencia.» Los astrólogos-demiurgos responderán, por el contrario: «Teniendo en cuenta los aspectos futuros, usted puede y debe realizar esta operación antes de tal fecha; su resultado será un éxito completo.» Se comprende la responsabilidad de esos últimos en caso de error. A la pregunta que yo les planteé en este sentido, me respondieron simplemente que no se equivocaban nunca.

Entre la clientela habitual de los astrólogos se encuentran igualmente numerosos artistas y políticos. Los primeros aparecen preocupados por la marcha de su carrera: ¿Deben, por ejemplo, aceptar una gira por provincias, arriesgándose a perder un papel importante en una obra en París que tal vez les sea propuesta dentro de poco? He aquí el tipo de pregunta concreta planteada más frecuentemente por los actores, al margen de los problemas generales que se refieren a su carrera, su celebridad futura, etc. Por lo que se refiere a los políticos, éstos exigen evidentemente la más absoluta discreción, y no pude enterarme de nada que se refiriera a ellos.

Pregunté a mis diversos interlocutores si su clientela estaba siempre satisfecha, o si, descontentos de los pronósticos o consejos proporcionados, acudían a reclamar. Ciertamente sí, se me respondió; desde el momento en que alguien paga por un servicio cualquiera, exige ser bien servido y acude a protestar si estima que ha sido mal aconsejado. ¡En el caso citado anteriormente del actor al que su astrólogo haya hecho dejar sin motivo una gira por provincias, acudirá a abrumarle de reproches una vez transcurrido el plazo! No hay que creer, por tanto, que los clientes son totalmente crédulos y están dispuestos a aceptar cualquier cosa. La cuestión que evidentemente no pude resolver, ya que se trata de un problema de frecuencia estadística, es saber si los astrólogos se equivocan con frecuencia o no.

No obstante, me ha sido proporcionada por uno de ellos una indicación al respecto. Éste me mostró unos folletos impresos con el membrete de una importantísima firma americana, que tiene numerosas sucursales en Europa, folletos que incluían una serie de nombres, y las indicaciones de las fechas y lugar de nacimiento, junto a una columna destinada a la respuesta del astrólogo. Éste me indicó, que, desde 1938, esta Compañía le enviaba cada semana la lista de las personas que pretendían empleos en una u otra de sus sucursales, y que su obligación era señalar cuál era el candidato idóneo. No tenía que enviar un perfil psicológico destinado a ilustrar a la empresa, sino simplemente marcar con un *sí* o un *no* el nombre del candidato, en la columna dedicada a ello. Me mostró entonces dos hojas que acababa de recibir, una que incluía una serie de ocho nombres candidatos a un empleo de chófer; la otra con seis

nombres para el cargo de director comercial. Y el viejo astrólogo, designado al comienzo del libro por el número 1, concluía: «Las referencias pueden ser engañosas, los títulos pueden haber sido obtenidos fraudulentamente. El cielo, señor mío, no se equivoca jamás.»

Hemos visto, pues, desde cuándo y hasta qué punto la astrología ha ocupado otra vez la primera plana de la actualidad; sólo falta saber el motivo. Tengo la impresión de que la astrología, casi siempre junto a la religión, ha sido durante largo tiempo una respuesta a la angustia del hombre ante las fuerzas naturales y cósmicas que le desbordan. Desapareció de modo natural cuando parecía que la ciencia iba a poder dar una respuesta a todas sus preguntas y permitir a los hombres el total dominio sobre la Naturaleza. Tal fue la ilusión positivista iniciada a mediados del siglo XVIII, y la cual se hundió a principios del nuestro. Así, pues, al hombre no le queda hoy como certeza ni siquiera la ciencia, que se muestra incierta y peligrosa.

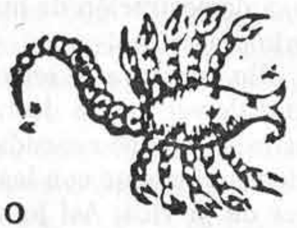
Basta con tomar un manual científico de mediados del siglo XIX para descubrir en él la seguridad admirable —y enteramente falsa— de aquellos valientes sabios que creían haberlo comprendido todo, descubierto todo, dominado todo. Un ejemplo particularmente típico nos es proporcionado en las obras de Julio Verne, en las que podemos ver a esos científicos a los que nada detiene y para quienes la ciencia es un arma absoluta tanto contra los elementos naturales desencadenados como contra la maldad humana: son simpáticos, pero, a la manera del profesor Cosinus, son niños, necios. Hoy, incluso el hombre de la calle sabe que la ciencia tiene errores, investiga, renueva sin cesar sus teorías, y está presa de una inquietud intelectual mucho mayor incluso que la de los teólogos de la Edad Media, que trataban de determinar el sexo de los ángeles. Además, la ciencia de hoy da miedo. Desde la bomba de Hiroshima, ya no es posible tener confianza en las realizaciones de los sabios que, admirables desde un punto de vista técnico, llevan en sí los gérmenes de la muerte y la destrucción.

Las ciencias ocultas asustan todavía al público que, aunque ha perdido su confianza en la ciencia tradicional, conserva no obstante sus marcas profundas en su modo de pensar. Ahora bien, la astrología combina lo irracional con la pretensión científica. Tranquiliza, pues, al hombre, tanto desde el punto de vista de las apariencias que no chocan con su educación, como desde el punto de vista de las significaciones que van más allá de lo que pueden aportarle las realizaciones de la vida moderna. Cuando el astrólogo establece un mapa celeste, lleva a cabo una operación astronómica perfectamente exacta. Por el contrario, cuando predice el futuro del consultante partiendo del paso de un planeta sobre un punto del cielo de nacimiento, al aplicar una regla basada únicamente en la tradición, pasa del plano de lo racional al nivel de lo irracional sin que el cliente pueda darse cuenta de semejante transición. Para él no hay diferencias entre la utilización de las efemérides para trazar la carta, y la interpretación de los tránsitos, ya que tanto en un caso como en otro el profesional se ha servido de los mismos libros cuyo aspecto ingrato y totalmente cifrado parece probar su valor científico. Éste es el motivo por el que creo que el renacimiento de la astrología debe ser considerado como la correlación del hundimiento de los valores reconocidos.

Es cierto que la astrología triunfa hoy, pero también lo es que sigue rechazada por la ciencia oficial. Se han escrito numerosas obras acerca de este tema, unas por científicos que, *a priori,* niegan toda realidad al fenómeno astrológico; otras por creyentes, para quienes la ciencia de los astros no debería ser puesta en duda y que no tienen otro objetivo que cantar sus méritos o exponer sus reglas. No creo, pues, llevar a cabo una obra inútil al examinar, por primera vez quizá, desde un punto de vista estrictamente objetivo y no partidista, los argumentos que los científicos presentan contra la astrología, e

igualmente las razones que los astrólogos y sus fieles proponen en favor de la realidad de su arte.

Usted, lector, y yo, el autor, formamos el jurado. Al igual que en todo juicio, la palabra la tiene en primer lugar el señor fiscal.



8. ESCORPIO

LAS RAZONES DE LA CONTRAFÉ

Montesquieu resumió perfectamente en una sola frase de sus *Pensamientos* las dos primeras críticas que se dirigieron contra la astrología, a saber, vanidad humana y determinismo: «La testarudez en favor de la astrología es una extravagancia orgullosa. Creemos que nuestras acciones son suficientemente importantes como para merecer ser escritas en el gran libro del cielo. Hasta el artesano más miserable cree que los cuerpos inmensos y luminosos que giran sobre su cabeza están hechos para anunciar al Universo la hora en que saldrá de su tienda.»

Estas dos críticas se basan en una visión caricaturesca de ese arte, y no soportan un examen serio. Los astrólogos no han pretendido jamás que el destino humano esté *determinado* por la posición de los astros en el momento del nacimiento o por su curso ulterior en los cielos; su doctrina ha sido siempre resumida por el adagio latino conocido ya en tiempos de Tolomeo: «*Astra inclinant, non necessitant*», es decir, *los astros influyen pero no determinan.*

Se sabe perfectamente que los dos luminares, la Luna y el Sol, ejercen influencias evidentes sobre la Tierra, tales como la atracción sobre las mareas, la acción sobre las estaciones y sobre la germinación. Parecería muy vanidoso pretender que sólo el hombre escapa a sus influencias, que afectan, no obs-

tante, de modo manifiesto a masas tan considerables como el mar o las entrañas de la Tierra. Admitir la influencia de los astros también sobre los individuos es, por el contrario, hacer una demostración de humildad. Esto por lo que se refiere a la primera crítica.

En cuanto a la segunda, es decir, el determinismo, acabamos de ver que la doctrina astrológica habla de inclinaciones astrales y no de necesidades astrales. Esas influencias se ejercerían juntamente con las de la herencia, la educación y los azares de la vida. Así lo señalaba el iniciador del renacimiento astrológico actual, F.-Ch. Barlet, en el número 17 del *Lotus bleu*, en agosto de 1888: «La fatalidad coexiste con el libre albedrío. Esa paradoja aparente no es más que un caso particularmente interesante de una de las leyes generales que caracterizan la vida universal: la ley de la armonía de los contrarios, en todo reunidos y no opuestos, como se piensa generalmente.»

Creo que se puede establecer una comparación sencilla entre la influencia astral y el viento. Si en vuestro tema de nacimiento se descubren planetas maléficos y numerosos aspectos disonantes, significa que un viento violento soplará en contra vuestro, caso de intentar la ascensión de una pendiente, y la hará más difícil, pero no os impedirá en absoluto escalarla si os afianzáis y hacéis todos los esfuerzos posibles por llegar a la cumbre. Por el contrario, si vuestra carta celeste no está constituida más que por trígonos dichosos y planetas benéficos dignificados, esto quiere decir que el viento os impulsará agradablemente por detrás, aunque, si no hacéis el esfuerzo de poner un pie delante del otro, tampoco avanzaréis.

La cuestión de la ausencia de determinismo, junto con la pretensión de los astrólogos de poder predecir hasta cierto punto el futuro, ha sido particularmente bien tratada por el principal discípulo de Barlet, Henri Selva, en su *Traité d'astrologie généthique*: «De suerte que, si, en el terreno de los hechos conscientes, la acción astral no tiene, como se ha dicho, el carácter de una necesidad inevitable, el hombre que sigue en la mayoría de los casos tales impulsos naturales obedece, de hecho, a las sugestiones de las influencias celestes. Y así es como se hace posible predecir que en ciertas circunstancias, o en un momento de su vida, un individuo hará esto o lo otro. Ya que el horóscopo no presagia en realidad el acto en sí; sólo indica la posibilidad, poniendo de manifiesto las predisposiciones del individuo.»

Han existido ciertamente, y aún existen, astrólogos deterministas, pero es fácil demostrar la vanidad de sus pretensiones. Los dos millones de paquistaníes que, en 1970, perecieron en un maremoto son justificables únicamente en una astrología para la que el tema de nacimiento sólo exprese una influencia entre otras varias, y excluyen toda posibilidad de un determinismo absoluto, pues es evidente que, entre estos innumerables muertos, podrían ser halladas todas las variedades de horóscopos, del mejor al peor. Tolomeo ya había indicado perfectamente su rechazo del determinismo desde la quinta frase de su *Centiloquio*: «Aquél que conoce la naturaleza de los astros, puede fácilmente desviar sus malos efectos, sabiendo ponerse en guardia contra su influencia maléfica, antes de que se manifieste ésta.»

La siguiente objeción tuvo su hora triunfal en el siglo XVIII, pero hoy ha sido casi abandonada, incluso por los astrónomos más hostiles a la astrología. Se trata de la utilización en ese arte del sistema egocéntrico, mientras que hoy se sabe que es la Tierra la que gira alrededor del Sol y que nuestro sistema solar es, por tanto, heliocéntrico. Ante todo, hemos visto cuál había sido la actitud de Kepler, que fue el discípulo de Copérnico y el fundador de la astronomía moderna, y la del propio Galileo, quienes no dudaron un solo instante en remplazar el antiguo sistema geocéntrico por el nuevo para sus trabajos astrológicos. Lo que es más, la prueba absoluta de la falta de validez de esta objeción puede descubrirse en cualquier manual

de cosmografía: en efecto, todos los astrónomos modernos utilizan una cosmografía *geocéntrica* cuando definen las coordenadas *celestes*, tomando como base la Tierra, y no el Sol; así el ecuador celeste es la línea que pasa por los dos polos de la Tierra y se continúa en el espacio. Y esto se debe sencillamente a que nosotros vivimos en la Tierra, y ella es obligatoriamente el centro de referencia. Una astrología heliocéntrica sería un absurdo total para cualquiera que viviera en nuestro planeta.

Los apasionados de la ciencia espacial quizás objeten que una astrología geocéntrica no podrá aplicarse a los futuros colonos del planeta Marte. De hecho, para las personas nacidas en la Tierra y emigradas a otro planeta, la astrología seguirá siendo la misma. Por el contrario, para los niños nacidos sobre Marte, por ejemplo, será preciso adaptar las reglas de la astrología tomando a Marte como centro y restituyendo a la Tierra su papel de planeta.

El argumento sacado del sistema geocéntrico es abandonado igualmente hoy por los científicos por otro motivo. Se sabe actualmente que no fue Copérnico el primero en tener la idea de que la Tierra giraba alrededor del Sol. Este hecho era enseñado por Aristarco de Samos en la Antigüedad griega, y es infinitamente probable que la cosa hubiera sido ya conocida por los astrólogos caldeos. El astrónomo americano Carl Sagan reproduce, en su obra *Intelligent life in the Universe,* cilindros asirios que reproducen la cosmografía sumeria y que muestran un sol central rodeado de nueve planetas, lo que parecería indicar, además, que los astrónomos caldeos habían conseguido descubrir, sin ayuda de instrumentos ópticos, Urano y Neptuno.

Otro reparo tradicional consiste en reprochar a la astrología que tenga en cuenta movimientos aparentes de los astros inexistentes en la realidad. Hay aquí un contrasentido científico: los astrólogos no utilizan en ningún caso los movimientos aparentes de los astros, sino sus movimientos relativos, lo cual es muy distinto. Un ejemplo lo hará más claro. En astrología se tiene con frecuencia en cuenta el movimiento retrógrado de los planetas, es decir aquellos períodos en los que el astro parece recorrer los signos del zodíaco en marcha atrás. Se trata solamente de una ilusión óptica, por decirlo así, ya que es la Tierra la que ha aumentado la velocidad en su órbita, de lo cual se sigue el aparente retroceso del astro en el zodíaco. Ahora bien, los astrólogos pretenden haber establecido, mediante la experiencia, que la influencia de un planeta no es la misma cuando es retrógrado que cuando avanza directamente; esto nada tiene de absurdo puesto que hay una alteración de las velocidades relativas a los dos astros, lo cual es un hecho astronómico real y no aparente. Hablar de planetas retrógrados es realmente una forma inexacta de expresar este hecho, pero se trata sólo de una convención del lenguaje, y ello no excluye en absoluto la posibilidad de que la (supuesta) influencia de este o aquel planeta se altere en dicho caso.

Llegamos ahora al caballo de batalla de todos los antiastrólogos: la precesión de los equinoccios. Se trata de un fenómeno astronómico bastante complejo que afecta a la relación que existe entre el signo del zodíaco y la constelación de estrellas que lleva el mismo nombre (1). Debido al desplazamiento del punto vernal, que es un punto hipotético del zodíaco que indica el equinoccio de primavera, las constelaciones se han deslizado de sector en sector en el zodíaco, quedando éste fijo: Así, por ejemplo, hoy el signo del León cubre la constelación de Cáncer. A Voltaire y a otros racionalistas les fue muy fácil burlarse de los astrólogos diciendo que, si, como máximo, el hecho de haber nacido hace 3 000 años en Caldea bajo el signo del León podía conferir a una persona un carácter valeroso y

(1) Se hallará su definición exacta en el apéndice.

orgulloso, era totalmente absurdo atribuir ese mismo carácter a alguien nacido hoy en el mismo período del año, ya que, actualmente, es la constelación de Cáncer la que se levanta en su lugar. El argumento parece sólido y vale la pena examinarlo.

Este fenómeno de la precesión de los equinoccios fue descubierto por el astrónomo griego Hiparco el año 128 a. de Jesucristo, pero no pudo ser calculado hasta Kepler. Ante todo se impone una primera observación, y ésta es determinante: Juan Kepler no juzgó nunca necesario tener en cuenta esta precesión para sus tareas astrológicas. Por otra parte, no está demostrado de modo absoluto que fuera Hiparco quien descubriera por vez primera dicho fenómeno astronómico: en la última parte de esta obra trataré de demostrar que los primeros astrólogos sumerios parecían tener ya conocimiento de ello. Y, por fin, contrariamente a lo que creía Voltaire, ya en Caldea los signos y las constelaciones no se correspondían, lo cual destruye su argumentación.

Se impone una conclusión: los signos del zodíaco y las constelaciones que llevan el mismo nombre son dos elementos totalmente distintos. La primavera que, en el plano terrestre, se corresponde al signo de Aries, comienza cada año el 21 de marzo, cualquiera que sea la constelación presente en el sector zodiacal de Aries, y esto es lo único que cuenta.

El zodíaco establece una relación terrestre entre el año solar, los equinoccios y los solsticios, y nada más. Es probable que, con el deseo de identificar materialmente la zona del cielo donde se hallaban los signos, los astrólogos sumerios les hubieran dado los nombres de las constelaciones visibles en aquella época en la misma parte de la esfera celeste. Pero se trataba de una facilidad de lenguaje que no implicaba una idea de relación entre los dos elementos astronómicos. Por lo demás, todos los estudios llevados a cabo sobre el zodíaco babilonio, que es el origen de todos los demás, muestran claramente que se trataba de un zodíaco fijo.

Como consecuencia, la objeción suplementaria relativa al zodíaco hecha por el abate Moreux, en su obra *Les influences astrales*, cae por sí misma. El sabio astrónomo decía: «Finalmente, observación realmente incisiva, desde Escorpión el Sol no pasa a Sagitario, sino a Ofiuco, una constelación que ni siquiera se menciona en el zodíaco, y, en tanto que no transcurre más que 6 días en Escorpión, permanece 19 días en Ofiuco, con grave quebranto para los astrólogos que siempre lo han ignorado.» Mal que le pese al abate Moreux, el Sol en ningún caso pasa por la constelación de Ofiuco, sino simplemente por la fracción del plano de la eclíptica que los antiguos astrólogos bautizaron arbitrariamente como el Escorpión.

La siguiente objeción es mucho más seria y concierne al hecho de elegir la hora del nacimiento para establecer el horóscopo de un individuo. Parece evidente que, en el momento del nacimiento, el ser está enteramente formado y que ninguna influencia astrológica puede modificarle en lo sucesivo. Se comprendería mejor que los astrólogos hubieran escogido el momento de la concepción, o incluso el estado del cielo durante los primeros meses del embarazo, época durante la cual se podría admitir que el embrión puede ser modificado bajo la influencia del medio exterior. Esta cuestión preocupó a los astrólogos desde la más remota Antigüedad, y los griegos trataron de establecer horóscopos dobles que consideraran al mismo tiempo el momento de la concepción y el del nacimiento, pero renunciaron rápidamente dándose cuenta de que era ilusorio tratar de determinar el instante de la concepción (1). Hoy, estudios estadísticos de los que hablaremos más adelante, si son reconocidos como significativos, aportarán un comienzo de prueba, pues son la manifestación de una influencia astral establecida teniendo sólo en cuenta la hora del nacimiento.

(1) Este mismo error lo hallamos de nuevo hoy en el método de las «Casas dobles» de M.-L. Sondaz.

No obstante, hay que reconocer que no ha sido proporcionada ninguna explicación plenamente convincente, y que la mejor sigue siendo la propuesta por F.-Ch. Barlet en diversos artículos del *Lotus bleu* y en el volumen *Les Sciences maudites,* la cual fue recogida y expuesta claramente por Henri Selva en su tratado, donde escribe: «La astrología afirma que el nacimiento físico no tiene lugar más que en el momento en que las configuraciones planetarias y las posiciones siderales están en armonía con las virtualidades psíquicas propias al nuevo ser; en otras palabras, cuando el estado de las influencias astrales es tal que los movimientos de atracción y de repulsión psíquicos que aquéllas tienden a incitar en el fruto, como consecuencia de ese estado, se corresponden con las virtualidades que el niño aporta al nacer. De ese modo el estado del cielo en el momento del nacimiento se convierte en signo de las tendencias psíquicas cuyos gérmenes lleva el niño con él.» De aquí, extrae la conclusión de que son los astros los que desencadenan el nacimiento en el instante en que la situación celeste se corresponde con el psiquismo del futuro recién nacido: «Conviene añadir aquí que, estando cumplida la formación orgánica del niño y a punto de producirse la armonía en cuestión, son las influencias astrales las que, según Tolomeo y Morin, incitarían el movimiento mediante el cual se produce la expulsión del niño fuera del seno materno. De este modo, dichas influencias tenderían a determinar más particularmente el momento del nacimiento.»

Esta teoría podría parecer fantástica a primera vista si no hubiera sido sostenida por esta serie de estadísticas que, hasta ahora, no han podido ser revocadas por la ciencia oficial. Parecería entonces que, según la dotación genética de cada individuo, es un astro en particular el que desencadena su nacimiento en el momento en que dicho planeta culmina en el Medio Cielo o pasa por el Ascendente. Éste es el fenómeno que se descubre en las estadísticas que examinaremos más adelante y que muestran, por ejemplo, que Marte pasa por cualquiera de las dos

posiciones anteriormente citadas en el caso de la mayoría de los deportistas o de los militares.

Los gemelos han proporcionado una objeción importante a los antiastrólogos, tanto los gemelos nacidos de los mismos padres, como los gemelos astrales, es decir los niños nacidos de distintos padres pero en el mismo instante y en el mismo lugar. En ambos casos, los adversarios de la astrología pretenden que esos diversos gemelos deberían tener sus destinos exactamente idénticos y que, como esto no ocurre así, queda demostrada de modo patente la falsedad de las pretenciones astrológicas. Una vez más, tenemos aquí una visión caricaturesca de este arte, ya que ello supone un determinismo absoluto y ciego. Todo lo que se limita a afirmar la astrología es que los gemelos, verdaderos o «astrales», tendrán destinos parecidos. La cuestión es, por tanto, saber si ello es cierto o no. Esto parece bastante exacto por lo que se refiere a los gemelos verdaderos, nacidos de los mismos padres, pero el hecho puede provenir de la dotación hereditaria común y de un medio ambiente familiar semejante: tanto más cuanto que los gemelos, demostrando siempre mucho afecto entre sí, tienen empeño en no dejarse separar por los azares de la vida, antes al contrario tratan de permanecer unidos el mayor tiempo posible. Sin embargo, citaré al respecto el siguiente hecho, relatado por Jacques Bergier en el número 1 de *La Tour Saint-Jacques,* en 1955: «El Dr. F. J. Kallman, del Instituto Psiquiátrico de Nueva York, anuncia que, tras haber estudiado durante 30 años 27 000 pares de gemelos, ha establecido que todo ser lleva en él un reloj regulado en el momento de su nacimiento y que predetermina notablemente las enfermedades y los accidentes. Cita en particular el caso de dos gemelos separados durante 50 años, uno en China y otro en Europa, que sufrieron el mismo ciclo de enfermedades y de accidentes.»

En realidad, no hay necesidad alguna de inventar un «reloj

biológico», puesto que la semejanza del tema astral basta para explicar este hecho. No obstante, dada la herencia común, es cierto que el caso de los gemelos auténticos no resulta suficientemente demostrativo en un sentido o en otro. Más interesante es el caso de las personas nacidas de padres diferentes, pero más o menos en el mismo momento, en el mismo día y en el mismo lugar. Aquí podremos descubrir, eventualmente, sin que sea posible otra explicación, huellas de una influencia astrológica, caso de que ésta exista.

El caso más célebre es el del rey Jorge III de Inglaterra y el comerciante de chatarra, Samuel Hemming, que nacieron ambos el 4 de junio de 1738, a horas muy próximas. Ahora bien, sus destinos ofrecen grandes semejanzas: Jorge III se convirtió en rey el mismo día en que Hemming llegó a patrón de su tienda de chatarra, ambos se casaron el 8 de setiembre de 1761, tuvieron el mismo número de hijos, del mismo sexo, sufrieron las mismas enfermedades aproximadamente al mismo tiempo, y ambos murieron el 29 de enero de 1820 con pocas horas de intervalo. Señalemos que el rey Jorge IV de Inglaterra tuvo también un gemelo astral, de condición muy modesta, pero que manifestó los mismos gustos que el rey a lo largo de toda su vida. ¡De coincidencia divertida puede calificarse el hecho de que el rey recibiera una coz de caballo el mismo día en que su gemelo astral recibía la coz de un asno, y que ambos tuvieran que guardar cama durante el mismo tiempo! Finalmente ambos se arruinaron el mismo mes (1).

Se encuentran numerosos casos de ese tipo, relatados en diversos tratados de astrología. El único estudio estadístico hecho sobre un material de cierta importancia fue realizado por Karl Ernst Krafft en su *Tratado de Astrobiología*. Veremos los resultados de Krafft estudiados en el capítulo general dedicado a las estadísticas, pero puedo anticipar que no son demasiado convincentes. He aquí un típico ejemplo de las imprecisiones, léase errores, que abundan en la obra de Krafft. Está sacado precisamente del capítulo que se refiere a los gemelos astrales en su *Tratado de Astrobiología*: «Otro ejemplo del mismo tipo: Paul Choisnard y Eudes Picard nacieron ambos el 13 de febrero de 1867, con algunas horas de intervalo, en pequeñas ciudades de provincia. Los dos fueron alumnos de la Escuela Politécnica de París, llegando a ser oficiales superiores del Ejército. A una edad relativamente joven, los dos se integraron en un terreno poco conocido entonces en Francia, la astrología, que ambos trataron de estudiar con un espíritu científico. Aunque originarios de regiones muy distintas, fueron más tarde miembros del mismo círculo de estudios, la Sociedad Paleosófica, cuyo número de miembros no superó jamás la veintena. Murieron a la edad de 63 y 67 años, respectivamente. ¿Coincidencias?»

(1) Citado entre otros casos, por West y Toonder, en el apéndice de su *Case for astrology*. Pero yo no he podido averiguar sus fuentes.

Se impone una primera objeción, la de que Krafft habría podido indicar las horas de nacimiento exactas y las ciudades en que nacieron ambos astrólogos; yo completaré esos datos: Choisnard nació en Saint-Denis de Saintonge, a las 22,45 hora local, y Picard en Grenoble, a las 17,45. Por lo que se refiere a la biografía paralela ofrecida, aunque es válida para el comandante Choisnard, está en gran parte falseada por lo que se refiere a Eudes Picard. Este último no fue oficial superior del Ejército, sino un alto empleado de la «Société Générale», y no trató en absoluto de dar un aspecto científico a la astrología; por el contrario, se trataba de un tradicionalista convencido. La nota referente a la Sociedad Paleosófica, de la que incidentalmente F.-Ch. Barlet formó también parte, es exacta. Por el contrario, la duración de la vida de Picard, 67 años, es falsa. Éste murió el 12 de noviembre de 1932, es decir a los 65 años y diez meses. A la pregunta planteada por Krafft al final de su párrafo, «¿coincidencia?», es preciso responder negativamente. Se trataría simplemente de negligencia por su parte, por no hablar de trampa deliberada.

El estudio atento de los casos —muy numerosos, hay que

reconocerlo— de gemelos astrales que han tenido destinos idénticos, presentados por los astrólogos, y el estudio de otros gemelos astrales cuyos destinos han sido totalmente diferentes, no permite, por ahora, afirmar si se trata de numerosas coincidencias o de influencias astrales que resultarían inoperantes para ciertos individuos.

El siguiente argumento de los adversarios de la astrología fue polarizado por Cicerón cuando escribió: «Todos aquellos que murieron en la batalla de Cannas, ¿habían de tener el mismo horóscopo?» Aquí también, se produce una caricatura del determinismo astrológico; semejante objeción pierde su vigor a partir del instante en que se admite sólo una influencia, entre otras varias, de los astros sobre el destino humano. El astrólogo Alexandre Volguine se dedicó a un interesante estudio acerca de las catástrofes aéreas. No pudiendo establecer ninguna relación entre el horóscopo de los pasajeros y el accidente, demostró que, por el contrario, se podía encontrar ciertas constantes en la posición celeste que presidía esas catástrofes, lo que explicaría el hecho de que tuvieran lugar en serie. En efecto, tras varios meses de navegación aérea ininterrumpida, dos o tres aparatos se estrellan en el suelo en el intervalo de pocos días: la expresión «ley de las series», citada siempre en casos semejantes, es una demostración de impotencia y no una explicación científica. La hipótesis del señor Volguine, si estuviera científicamente demostrada sería interesante ya que tendríamos aquí una aplicación práctica de la astrología, importante por varias razones. En todo caso, pone claramente de manifiesto que las muertes comunes ocurridas en gran número no han sido jamás razón suficiente para rechazar toda creencia en la astrología.

Citaré aquí otro reparo, a decir verdad de escaso peso, pero que puede impresionar a los espíritus desprovistos de sentido crítico. Un astrónomo famoso ha escrito: «No existe, en nuestros días, en toda la Tierra, un solo astrónomo, grande o pequeño, que crea en la astrología. Yo no tengo intención de amparar mis palabras detrás del principio de la autoridad: pero la unanimidad de las personas que conocen el cielo es, sin embargo, un hecho que tiene su valor.» Semejante argumento no es serio, pues, ante todo, es claramente evidente que ese astrónomo no conoce en absoluto a todos sus colegas, y se le puede responder que dos astrónomos franceses aceptaron presidir congresos de astrología antes de la guerra. Además, actualmente, existen al menos otros dos, un americano y un europeo, que practican la astrología por afición. En realidad, la aparente unanimidad de la que se ufana el antiastrólogo procede principalmente del hecho de que cualquier astrónomo que se atreviera a confesar que concede algún valor a la astrología se arriesgaría a ver inmediatamente truncada su carrera. El astrónomo europeo que me confesó su interés por el arte de los caldeos exigió el secreto más absoluto de su nombre, dado que temía consecuencias para su carrera. Por lo que se refiere al astrónomo americano, mi informador —que es un conocido antiastrólogo— había recibido una consigna similar.

La penúltima objeción clásica se refiere a los nombres de los planetas en general, y, en especial, a aquellos de los tres descubiertos recientemente, Urano, Neptuno y Plutón. Los adversarios de la astrología afirma en sustancia: Es absurdo considerar que, debido a que los sumerios o los griegos dieron a un pedrusco del cielo el nombre del dios de la guerra, Marte, los hombres que nazcan con ese pedrusco ocupando una posición más importante en su tema que los otros planetas tengan como consecuencia un temperamento guerrero. Lo mismo ocurre con todas las otras atribuciones de planetas a divinidades

antiguas, que darían así a los pobres humanos temperamentos en relación con esos dioses míticos. ¡Es una pura locura!

Ese argumento sería de difícil refutación si no fuera porque las estadísticas publicadas desde hace quince años demuestran precisamente que Marte se halla verdaderamente dignificado en los temas de los futuros militares, Saturno en el de los sabios, etc. En verdad que no han sido descubiertos de nuevo todos los datos de la astrología tradicional; pero, en tanto que tales estadísticas no hayan sido despojadas de todo valor —y ningún científico lo ha conseguido en el curso del último decenio—, uno puede pensar que los sumerios tenían algunos motivos para establecer un paralelismo entre el planeta que simbolizaba su dios de la guerra y el espíritu guerrero o deportivo de los niños que nacían en el momento de su salida o de su culminación. Hay que suponer, por tanto, que se han invertido los factores del problema: los sumerios no habían dado, ciertamente, el nombre del dios de la guerra a un planeta, y *a continuación* atribuido sus cualidades guerreras a los que nacían en el momento de su paso, sino que, por el contrario, probablemente habían notado que, con ocasión de dicho paso, los niños que nacían demostraban posteriormente facultades militares. Habrían deducido de ello, pues, que dicho planeta simbolizaba tales facultades y, en consecuencia, merecía llevar el nombre de su dios de la guerra. Evidentemente no se trata aquí más que de una hipótesis, pero de momento no veo otra que pueda justificar al mismo tiempo los datos de la astrología tradicional y unas estadísticas efectuadas recientemente que parecen ratificar realmente cierto número de ellos.

Los antiastrólogos no se desaniman por ello, y agitan entonces el nombre de los tres planetas descubiertos recientemente en el sistema solar, los cuales nada deben a las observaciones de los sumerios o de los caldeos. En su opinión, al haber sido denominados esos tres nuevos astros por azar, y sobre todo por astrónomos, no pueden, en ningún caso, justificar la

pretensión de los astrólogos de asociar también sus cualidades propias a sus nombres mitológicos. Podría creerse que se trata de un argumento decisivo. Al objeto de elaborar por mí mismo una opinión suficientemente razonada, solicité al Observatorio de París que tuviera a bien indicarme en qué condiciones y por qué motivo se había dado a los últimos planetas descubiertos los nombres de Urano, Neptuno y Plutón. He aquí lo que me respondieron: Urano fue descubierto en 1781 por Hershell, el cual propuso darle al planeta el nombre de su rey. No habiendo agradado esta denominación a sus colegas, fue bautizado por tanto como su «descubridor», es decir Hershell. Posteriormente tuvo lugar una reunión de astrónomos, y el nombre volvió a saltar a la palestra, no mostrándose Hershell de acuerdo con lo que se había decidido; se propuso entonces varios nombres mitológicos, entre ellos Neptuno, hasta que se adoptó el nombre de Urano sugerido por el astrónomo Bode. Por lo que se refiere a Neptuno, descubierto en 1846 por el francés Le Verrier, fue igualmente llamado al principio con el nombre de su descubridor, a proposición de Arago. Le Verrier se indignó por tal motivo, y propuso en su lugar Neptuno, sin que se sepa exactamente lo que motivó su elección. Finalmente, Plutón, descubierto gracias a los cálculos matemáticos en 1910, fue finalmente hallado por Clyde Tombaugh en 1930, y este astrónomo lo denominó entonces Plutón, por razones igualmente ignoradas (1). No hay que asombrarse por el tiempo transcurrido entre el cálculo y el descubrimiento real, ya que Plutón pasaba por ser una estrella debido a su marcha tan lenta. El asunto parece entonces zanjado, dado que los tres últimos planetas fueron bautizados por azar, y por astrónomos. Pues bien, yo no estoy tan seguro de ello, sin embargo.

He podido encontrar la prueba escrita de que al menos dos de esos tres planetas eran utilizados bajo su nombre por di-

(1) Fue Percival Lowell quien descubrió Plutón mediante el cálculo, por lo que ese nombre pudo haber sido escogido como homenaje a dicho astrónomo, pues sus iniciales eran P. L.

versos astrólogos antes de su descubrimiento. Así hemos visto que, en las *Centurias* de Nostradamus, se encuentran a menudo alusiones a los signos del zodíaco y a los nombres de los planetas que el célebre vidente utilizaba para fechar sus cuartetos. Veamos un ejemplo de ello tomado de la 6.ª Centuria, cuarteto XXXV:

Près de Riou et proche à Blanche laine,
Aries, taurus, cancer, leo, la vierge,
Mars, Jupiter le sol ardra grande plaine,
Bois et cités lettres cachées au circe.

Hay que señalar que Nostradamus emplea a veces los nombres latinos correspondientes a ciertos signos, el Carnero (Aries), el Toro (Taurus) y el León (Leo), en tanto que Virgo es llamado por su nombre francés (La Vierge). Este autor cita igualmente a menudo los dioses de la mitología, y entre otros a Neptuno, pero lo emplea nominalmente en el cuarteto XXX de la 4.ª Centuria, es decir, Neptuno en tanto que planeta:

Jupiter joint plus Vénus qu'à la Lune,
Paraissant de plénitude blanche:
Vénus cachée sous la blancheur Neptune
De Mars frappée par la gravée blanche.

El caso es todavía más claro por lo que se refiere a Plutón: En su *Manuel d'astrologie sphérique et judiciaire,* editado en París, en Vigot Frères, en 1897, Fomalhaut (el abate Charles Nicoullaud), escribe la siguiente frase, en la página 316: «Existe un planeta más allá de Neptuno; se llama Plutón. La realidad de Vulcano está igualmente admitida.» Por otra parte, si se consulta el más remoto tratado de astrología que poseemos de la Antigüedad, el *Astronomicon* de Manilio, hallamos, en el capítulo dedicado a los *Ocho Lugares,* que es una división octogonal complementaria del zodíaco, cuatro planetas de los que

cada uno gobierna dos de esos lugares. Mercurio el primero y el octavo, Saturno el segundo y el tercero, Plutón el cuarto y el quinto y Venus el sexto y el séptimo. «No se sabe demasiado por qué —escribe un comentador—, Plutón se ve investido de un papel astrológico en el ángulo oeste.»

Es muy cierto que Neptuno y Plutón fueron bautizados por astrónomos y no por astrólogos, pero está muy lejos de ser evidente que eso se hiciera por casualidad. Puede uno preguntarse si los astrólogos no tienen razón al afirmar que el descubrimiento y la denominación de los nuevos astros tienen como origen su propia influencia, y si Le Verrier y Clyde Tombaugh no escogieron libremente dar a esos planetas los nombres que estaba predestinado que les dieran.

La última objeción es más sólida: No existe ninguna prueba material de que se ejerza una influencia astral (1) cualquiera y, por lo demás, todos los datos astrológicos, zodíaco, Casas, aspectos, no se apoyan en ninguna realidad tangible. Está demostrado que los planetas, aparte de la Luna y el Sol naturalmente, no nos envían ninguna especie de rayos, ondas, partículas, etc., nada en cualquier caso que sea científicamente mensurable. Ciertos astrólogos pretenden lo contrario, pero ello se debe simplemente a su ignorancia de los datos científicos. Realmente los planetas poseen una emisión propia, de naturaleza infrarroja, pero ésta es enormemente débil, y la simple pared de una casa basta para detenerla; ahora bien, evidentemente no es muy frecuente que se exponga a los recién nacidos al aire libre al objeto de que puedan embeberse de la emisión planetaria. Se puede, por tanto, considerar semejante radiación como totalmente despreciable. No obstante, una prueba nega-

(1) El psicólogo C. G. Jung, en tanto que niega la influencia real de los astros, admite la realidad de una astrología en la que el astro no es causa, sino signo. Así, un hombre no será militar debido a que Marte esté en conjunción con su ascendente en el momento de nacer, sino que esa conjunción ocurrirá porque está llamado a convertirse en militar: es la teoría del *sincronismo.* En mi opinión, esto es simplemente invertir los datos del problema sin resolverlo.

tiva no es una prueba, y el hecho de que ninguna influencia astral sea físicamente perceptible o mensurable no demuestra su inexistencia, tanto más cuanto que existe un cierto número de estadísticas que atestiguan su realidad. Tomemos un ejemplo: Un indígena de la selva amazónica no es capaz de imaginar en qué consiste la corriente eléctrica, pero no por ello recibirá menos descarga si toca dos hilos conectados a una dínamo, y sin duda acusará recibo de los hechizos que se le han lanzado, bien por los dioses, o por el brujo. Igualmente, un astrónomo, en la hora actual, no es capaz de imaginar el vector de la posible influencia astral, y, no obstante, si existe, no por ello sufrirá menos que nosotros el impacto de los tránsitos planetarios, tales como los de Urano, por ejemplo, y sin duda acusará entonces a la mala suerte, a Dios o al azar, lo cual será una reacción mágica idéntica a la del indígena del Amazonas.

Por lo que se refiere al zodíaco, a las Casas y a las propiedades de los planetas y de sus aspectos, es cierto que se trata de una pura invención de los astrólogos, pero eso es abordar aquí toda la teoría de su Arte, y nosotros vamos a hacerlo, de modo sucinto, en el siguiente capítulo.



9. SAGITARIO

LOS DOGMAS DE LA FE

«Sirio, las predicciones astronómicas están basadas en dos cosas principales. En primer lugar, la astronomía, que es la primera en importancia y en certidumbre, y que permite conocer a cada instante el movimiento del Sol, de la Luna y de los demás astros, así como los aspectos que se producen entre ellos, o sus relaciones con la Tierra. A continuación la astrología que, según las cualidades naturales propias a cada uno de los astros, nos permite determinar, conforme a su posición, las influencias que ejercen sobre el cuerpo. De esas doctrinas, la primera ha llegado a un alto grado de perfección, mientras que la segunda no alcanza la misma seguridad.

»Así, pues, expondremos aquí el conjunto de los preceptos astrológicos, y discutiremos sucintamente acerca de los límites de las predicciones y acerca de su utilidad. Pero en primer término hablaremos de la posibilidad de ese Arte.»

Si he comenzado ese capítulo por una cita, extraída del *Quadripartitum* de Claudio Tolomeo, es para mostrar claramente que el conjunto de las doctrinas astrológicas actuales se basa en la codificación de dicho arte por el astrólogo-astrónomo del

siglo II d. de J. C. Es cierto que el propio Tolomeo se basó en las enseñanzas de Beroso, difundidas tanto en el mundo helénico como en el egipcio; tampoco ofrece la menor duda que Beroso mismo fue sólo el eco de astrólogos caldeos más antiguos, los cuales, a su vez, se limitaban a repetir únicamente las enseñanzas sumerias. Pero hoy, en este fin del siglo XX, sólo disponemos de la enseñanza de Tolomeo y de las aportaciones de los astrólogos modernos. Así, pues, son las doctrinas de uno y otros las que resumiremos aquí.

La ciencia de los astros se subdivide en 5 ramas: La *astrología esférica,* que estudia el movimiento de los planetas, de las estrellas y de los astros errantes, y que corresponde a lo que hoy denominamos Astronomía. *La astrología natural,* que estudia la acción de los astros sobre el tiempo, los climas, las mareas, los temblores de tierra, las erupciones volcánicas, y que corresponde actualmente a la Meteorología y la Vulcanología. La *astrología judicial* o *genetlíaca,* la cual —como indica su nombre— emite juicios acerca de los nacimientos de los individuos en particular. De hecho, precisamente trataremos de emitir acerca de ella unos juicios. La *astrología mundial,* que permite prever el destino de los pueblos y de los países; ésta probablemente precedió a la astrología judicial, y aún se practica en nuestros días; la *astrología horaria,* que es una forma de adivinación donde, según el aspecto del cielo en el instante en que el consultante plantea la pregunta, el astrólogo proporciona la respuesta. Existe, finalmente, una rama de la astrología judicial, la *astrología médica,* que permite descubrir las enfermedades presentes o futuras de una persona según el aspecto de su cielo de nacimiento, o al menos lo pretende.

Prescindiremos de las dos primeras ramas de la astrología, absorbidas hoy por las ciencias reconocidas. Las otras tres utilizan en común un cierto número de factores a los que pasaremos aquí revista rápidamente, a saber, los signos del zodíaco, las Casas astrológicas, los planetas, sus aspectos y sus tránsitos. En el primer capítulo vimos que el zodíaco era una banda

recortada dentro de la esfera celeste a lo largo del plano de la eclíptica (1), y que este zodíaco estaba dividido en 12 signos, en cada uno de los cuales permanece el Sol un mes, y a los que recorre dentro de un orden inmutable. Cada año, el 21 de marzo, entra en el signo de Aries, un mes más tarde lo hace en Tauro, luego en Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis. Habiendo terminado su viaje anual por el zodíaco, regresamos otra vez al 21 de marzo del año siguiente y nuevamente el astro del día penetra en el signo del Carnero.

La astrología se apoya ampliamente en la teoría de los cuatro elementos de Aristóteles, y los signos del zodíaco se clasifican en signos de Fuego, Tierra, Aire y Agua. Igualmente están sometidos a otras divisiones, pues algunos son reconocidos como masculinos, otros como femeninos; finalmente, según su posición en el zodíaco de base, es decir, aquel que comienza en Aries, se les divide en signo cardinal (Aries), fijo (Tauro), mutable o doble (Géminis), y así sucesivamente. Vamos a examinar ahora —y a veces de modo crítico— el simbolismo tradicionalmente atribuido a cada uno de los signos.

ARIES: Signo masculino, de Fuego, cardinal. Para Tolomeo, su ardor generoso era admirablemente adecuado para simbolizar la primavera y la exaltación de la nueva estación. Se atribuye, pues, al signo del Carnero las cualidades de ardor, furia, espíritu de empresa y, en consecuencia, los correspondientes defectos, es decir, la temeridad, las decisiones irreflexivas, la exageración. Está regido por Marte.

Ejemplos: Me ha parecido interesante dar aquí una lista de personas conocidas (escritores, sabios, políticos, artistas) que tienen el mismo signo solar, o bien el mismo signo Ascendente.

(1) Señalemos que ciertos astrólogos anglosajones utilizan otro zodíaco llamado sideral. Véase a propósito de esta fantasía *Los orígenes del Zodíaco,* de Rupert Gleadow.

Se comprobará sin dificultad que existen semejanzas evidentes entre algunos, mientras que, por el contrario, otros no parecen ofrecer la menor conexión. Así, pues, hallamos el signo solar Aries en los temas del alquimista Armand Barbault, la actriz Françoise Dorléac, el mariscal Murat, la cantante Nicoletta, el escritor Émile Zola. Todos se corresponden bastante bien con la definición de este signo, pero Baudelaire y Verlaine también son Aries... Encontramos ahora el Ascendente Aries en los temas de Louis Armstrong, santa Teresa de Ávila (en la que Aries era también el signo solar), Luis XV, Mallarmé, Morin de Villefranche. No obstante, justo es reconocer que la astrología enseña que una persona puede estar bajo la influencia de otro signo zodiacal que no sea precisamente el de su Ascendente o el de su Sol natal; éste es, por ejemplo, el caso de Johnny Halliday, el cual tiene a Marte, regente de Aries, situado en este signo, y está marcado por él tanto más que por su signo solar (Géminis) o su Ascendente (Virgo).

TAURO: Signo femenino, de Tierra, fijo. Este Toro es un becerro; por lo demás, en todas las representaciones zodiacales no se muestran sus cuartos traseros. Sin duda porque es uno de los domicilios del planeta Venus, siendo Libra el otro. Tratándose de un signo de Tierra, y expresando la solidez y la tranquilidad, son éstas las cualidades que se le atribuyen simbólicamente; tenacidad, testarudez, sentido común, afición por las cosas materiales, estando representado el reverso de la medalla, naturalmente, por un carácter muy prosaico y poco inclinado a las especulaciones intelectuales o filosóficas.

Ejemplos de Tauro: Honoré de Balzac se adapta bastante bien al simbolismo del signo, Jacques Dutronc ya mucho menos. Pero ¿dónde está esa falta de espíritu filosófico, esa inteligencia prosaica en Freud, Krishnamurti, Karl Marx, y los dos sabios Curie y Poincaré? ¡En cuanto al sentido común, tal vez estuviera presente en Maximilien Robespierre, pero seguramente no en un Tauro como Adolfo Hitler!

GÉMINIS: Signo masculino, de Aire, mudable. Este signo está representado por dos muchachos jóvenes, y simboliza la adolescencia, la juventud, la ingeniosidad, la agilidad, pero también la agitación y el nerviosismo. En tanto que signo de Aire, es especialmente favorable a la inteligencia y a la sutileza. Está regido por Mercurio.

Ejemplos de Géminis: Citaré a Céline, Salvador Dalí, Dante, Conan Doyle, Johnny Halliday, Jacques Offenbach, Alain Resnais, Jean-Paul Sartre, los cuales, hay que reconocerlo, se acomodan bastante bien al signo.

EL CANGREJO O CÁNCER: Signo femenino, de Agua, cardinal. Su representación es a través del cangrejo de agua dulce, y no, como algunos parecen creer, del cangrejo marino. Está colocado bajo la dominación de la Luna, y no se comprende muy bien qué tiene que ver este astro nocturno con el crustáceo. Su simbolismo, sin que ninguna justificación mitológica (1) haya podido ser ofrecida de ello, le atribuye la fecundidad, el amor maternal, el gusto por la familia y un carácter tímido y apagado.

Ejemplos de Cáncer: Aquí también nos encontraremos con individuos sumamente distintos, de los que algunos parecen adaptarse al simbolismo del Cangrejo (Mireille Mathieu), pero otros no lo hacen en absoluto (Édouard Herriot, Pierre Laval). Hallamos igualmente a Chamberlain, Jean Cocteau, La Fontaine, Leibniz, Mazarino, Georges Pompidou, Marcel Proust.

(1) En el *Astronomicon*, Manilio dice: «La fecundidad es una propiedad del cangrejo.»

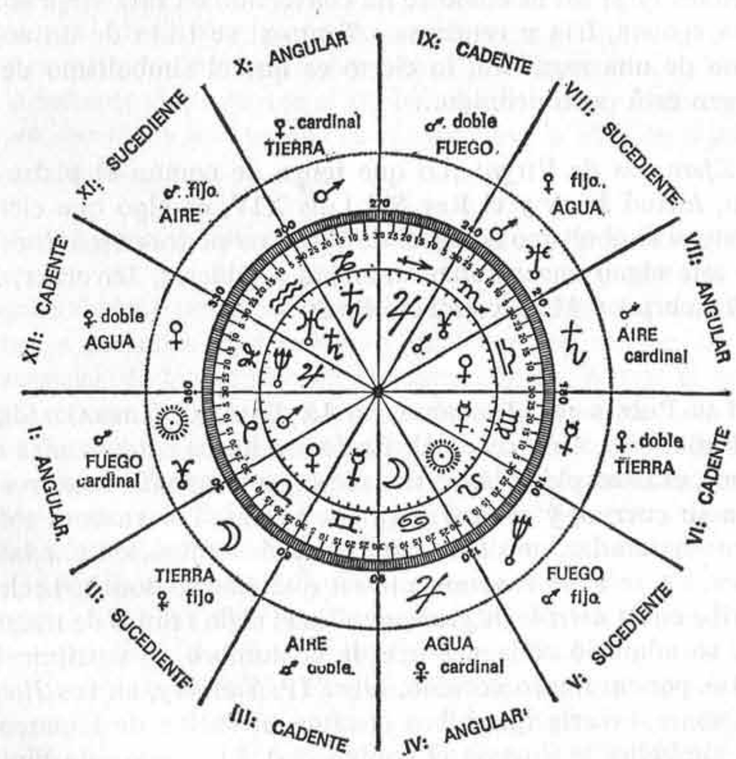
Leo: Signo masculino, de Fuego, fijo. Aquí resulta más comprensible la atribución de este signo al Sol, ya que el león es el rey de los animales y el Sol el de la creación. Simboliza poder, orgullo, rectitud, virilidad, espíritu dominador.

Ejemplos de Leo: Jacques Bergier, Simón Bolívar, Napoleón Bonaparte, Alejandro Dumas, Edgar Faure, Henri Ford, C. G. Jung, Guy de Maupassant, Benito Mussolini, Bernard Shaw, Silvie Vartan: He aquí efectivamente a típicos representantes de Leo, todos ellos marcados por el orgullo, el valor, la tenacidad, y —sobre todo— el éxito. Así, pues, aquí no hay notas falsas.

La Espiga o la Virgen (Virgo): Signo femenino, de Tierra, doble. La Espiga (Spica) es el nombre de la estrella más brillante de la constelación de la Virgen. El personaje zodiacal está representado con una espiga en la mano, que simboliza la siega, las cosechas. Se podría sacar en conclusión que este signo tiene alguna relación con la fecundidad, atribuida, no se sabe por qué, al Cangrejo, en tanto que, por el contrario, se atribuye a Virgo la representación de la reserva, la precisión, el escrúpulo, el espíritu analítico y crítico. Sin embargo, esta relación entre la Espiga y la siega parecía evidente a todo el mundo. En 1788, Noël Pluche escribía en su *Histoire du ciel*: «La muchacha que aparece a continuación del León, llevando un puñado de espigas, expresa de modo natural la siega de las cosechas que se acaba de realizar en ese momento. El nombre de Erígona que lleva esta muchacha concuerda muy bien con la espiga que se le coloca en su mano. Este nombre significa en Oriente el *color rojo*. Se trata, pues, del tiempo de la siega que los antiguos quisieron marcar mediante la Virgen, o por *una espiga enrojecida,* que colocan en la mano de una joven segadora.»

Esta alteración del simbolismo zodiacal original no ha dejado de preocupar a los propios astrólogos, y uno de los más eruditos, el británico Rupert Gleadow, en su obra titulada

DIGNIDADES



Los orígenes del Zodíaco ha manifestado: «Esta descripción (de los nativos de la Virgen) puede ser típica de una solterona de cincuenta años, se puede incluso aplicar al León egocéntrico

y autoritario, pero se aparta mucho de la bella muchacha de quince años que era el símbolo primitivo. La hermosa joven era un ángel, tenía alas. Representaba a Astrea, diosa o potencia divina de la justicia, que en la Edad de Oro residía sobre la Tierra. No es asombroso que se hubiera considerado a sus nativos como los más caritativos y afables de todo el zodíaco. Haciendo de ella un signo de Tierra, Tolomeo no pudo evitar cortarle las alas; así es como se ha convertido en esta vieja solterona egoísta, fría y venenosa.» Tanto si se trata de un ángel como de una segadora, lo cierto es que el simbolismo de la Virgen está poco definido...

Ejemplos de Virgo: ¡Lo que tenga de común el padre de Ubu, Alfred Jarry y el Rey Sol Luis XIV, es algo que ciertamente el simbolismo zodiacal de Virgo no podrá enseñárnoslo! En este signo encontramos también a Diderot, Lavoisier, Albert Lebrun y Maurice Maeterlinck.

LAS PINZAS DEL ESCORPIÓN, O LA BALANZA (LIBRA): Signo masculino, de Aire, cardinal. En los zodíacos caldeos más antiguos, el Escorpión abarca dos sectores; uno le fue conservado para su cuerpo, y el otro para sus pinzas. Por razones totalmente ignoradas, un día se cambió su denominación por la de Libra, no se sabe exactamente en qué época. Bouché-Leclerq escribe en su *Astrologie grecque*: «En el siglo I antes de nuestra era, se adquirió cada vez más la costumbre de sustituir las pinzas por un nuevo vocablo, Libra (P. Tannery, en sus *Investigaciones*, creería que Libra era una invención de Hiparco y que simboliza realmente el equinoccio). El nombre de Pinzas se siguió utilizando, pero, incluso con esta denominación tradicional, el simbolismo se había modificado.» Yo creo que la modificación del nombre es anterior a la época que indica Bouché-Leclerq, puesto que ya en el año 700 a. de J. C. tenemos tablillas babilonias que reproducen el itinerario de la Luna a través

del cinturón del Zodíaco y que citan quizás a Libra (1) después de la Espiga de la Virgen; en este sentido se puede consultar el muy erudito artículo de B. L. van der Waerden, *Historia del Zodíaco*, aparecido en 1953 en *Archiv für Orientforschung*. Tal como hacía notar Bouché-Leclerq, este cambio es muy grave por lo que se refiere al simbolismo. Libra es, en efecto, el signo del equilibrio (la balanza), de la justicia, de la equidad, del pacifismo, en fin, todo lo que puede tener relación con una balanza. Ahora bien, según las tablillas cuneiformes en las que se encuentra alusiones a las Pinzas del Escorpión, es desgraciadamente evidente que el simbolismo era muy distinto: agresivo, temible y no evocaba en ningún caso la idea de justicia o de equidad.

Ejemplos de Libra: Este caso es, pues, especialmente interesante, ya que, como acabo de demostrar, se pueden tener serias dudas acerca del simbolismo de este signo; ¿encontraremos a personas equilibradas y pacíficas que responden a las creencias de los astrólogos contemporáneos, o, por el contrario, a personas que han heredado la agresividad de *Las Pinzas del Escorpión*? Veamos a algunos Libra célebres: El Papa César Borgia, el «Tigre» Georges Clemenceau, el jefe fascista Jacques Doriot, el mariscal Hindenburg, Federico Nietzsche, el asesino Ravachol, el general Wallenstein. Esta lista parece abrumadora, pero igualmente he hallado como nativos de este signo a Brigitte Bardot, Georges Brassens, Charles de Gaulle, Catherine Deneuve, Gandhi, Graham Greene, Marie Laforêt, Lanza del Vasto, Oscar Wilde. Si consideramos ahora a aquellas personas que tienen el Ascendente en Libra, hallaremos a Jacques Duhamel, Erasmo, Félix Faure, V. Giscard d'Estaing, Adolfo Hitler, François Mitterrand, Newton, Nicoletta, J.-J. Servan-Schreiber. ¡Comprobaremos así que el Führer del Tercer Reich

(1) No se puede dar una fecha precisa, pues la palabra acadia *zibanitum* quería decir, en primer lugar, «el cuerno del escorpión», y luego «la balanza», para la que el término exacto es *rim*. Ahora bien, *zibanitum* y *rim* fueron poco a poco empleados indistintamente.

era Tauro, Ascendente Libra, lo que simboliza un hombre encantador, ponderado, lleno de sentido común y apasionado por la justicia y la fraternidad humana!

ESCORPIÓN: Signo femenino, de Agua, fijo. Así, pues, se trata de un escorpión privado de sus pinzas, pero que conserva no obstante su arma principal, a saber, el aguijón. Su simbolismo está teñido de agresividad, violencia, tendencia mórbida y autodestructora, en una palabra, un nativo de Escorpión debe ser una persona atormentada. Marte tiene aquí su segundo domicilio.

Ejemplos de Escorpión: Gilbert Bécaud, Albert Camus, Dostoievski. Personas que tienen a Escorpión en el Ascendente: Alphonse Daudet, Charles Dickens, Disraeli, Gambetta, Göring, Victor Hugo, Luis Felipe, Luis XIV, Rudolph Steiner.

SAGITARIO: Signo masculino, de Fuego, doble. El arquero, o Centauro, lanza la flecha, la cual va a parar a la lejanía, de donde surge la idea de extranjero, y, en consecuencia, Sagitario simboliza ante todo a los ojos de los astrólogos el extranjero. De ello se desprende un amor por los viajes, las aventuras, los conocimientos y, por lo tanto, una inteligencia filosófica. Por razones menos evidentes, el sagitariano es considerado razonable, confiado, generoso, sin duda a causa del regente del signo, que es Júpiter.

Ejemplos de Sagitario: Beethoven, Berlioz, Tycho-Brahe, Disraeli, Jean Marais, Mermoz, Alfred de Musset, Spinoza.

CAPRICORNIO: Signo femenino, de Tierra, cardinal. No se trata aquí de una cabra, sino de un animal fabuloso cuya

parte anterior del cuerpo es el de una cabra y la parte posterior el de un pez, a veces encerrado en una cocha de caracol. Su simbolismo es el de una naturaleza reservada, tal vez a causa de la concha, reflexiva, paciente, perseverante, fría. La inteligencia es racional y abstracta. Estamos aquí en los dominios de Saturno.

Ejemplos de Capricornio: Göring, Françoise Hardy, Kepler, Rudyard Kipling, Mao Tsé-tung, Newton, Nostradamus, Pasteur, Sainte-Beuve, Stalin. Notaremos la presencia en el mismo grupo de Hermann Göring, Mao y José Stalin, esto sin la menor segunda intención política por mi parte. Personas que tienen el Ascendente en Capricornio: Sadi Carnot, Catherine Deneuve, Édouard Herriot, Mao Tsé-tung, Mazarino, Miguel Ángel, Napoleón, Carlos V y Silvie Vartan. El presidente Mao es, por tanto, un Capricornio en estado puro, y hay que reconocer que el simbolismo de este signo se le acomoda perfectamente.

ACUARIO: Signo masculino, de Aire, fijo. En la mitología caldea, el simbolismo de la inundación estaba relacionado con el solsticio de invierno; aquí puede hallarse el origen de Acuario. Por el contrario, su simbolismo astrológico es mucho menos evidente, ya que se atribuye al signo de Acuario el gusto por la novedad, el progreso, las cosas modernas, una tendencia al amor libre y una mente idealista, emotiva, a la que puede faltar carácter. Su regente es Saturno, que comparte ahora este signo con Urano.

Ejemplos de Acuario: Bertold Brecht, André Breton, Lord Byron, Maurice Couve de Murville, James Dean, Charles Dickens, Claude François, Federico II, Valéry Giscard d'Estaing, Jacques Prévert, Franklin Roosevelt, J. J. Servan-Schreiber, Swedenborg, Julio Verne. Esta lista, tanto desde el punto de

vista de los literatos como de los políticos, ofrece en definitiva más unidad de la que parece a simple vista.

Piscis (Los Peces): Signo femenino, de Agua, mutable. Su simbolismo es el del sueño, la incertidumbre, la vacilación, la devoción, la intuición, la mediumnidad. Confieso comprender mal las relaciones de este simbolismo con el de su regente, Júpiter, que representa, tal como acabamos de ver, el éxito social, el dinero, la burguesía. Hay que señalar que Neptuno, a partir de su descubrimiento, comparte de modo bastante lógico este signo con Júpiter. Parece que, en su origen, este signo había venido de la fusión del signo caldeo de las «Colas» con otra constelación próxima, «La Golondrina de mar», que era considerada como una variedad de pez volador.

Ejemplos de Piscis: Federico Chopin, Copérnico, Albert Einstein, Camille Flammarion, Galileo, Victor Hugo, Miguel Ángel, Carlos V, Boris Vian, George Washington. Aparte quizá de Chopin y Boris Vian, es evidente que ninguno de los otros personajes aquí citados se corresponden con el simbolismo del signo. Parecerían más adecuados tanto los astrónomos y Einstein en el signo de Capricornio, como Victor Hugo, Carlos V y Washington en el León.

Estos pocos ejemplos no deben ser en absoluto considerados como una condenación de la astrología (sino sólo como una crítica de los horóscopos de Prensa que pretenden reducir la personalidad al signo solar), y demuestran que un hombre es el resultado total de todo su tema, y que la situación de su sol natal o de su Ascendente en este o aquel signo no le marca forzosamente de manera evidente.

Conviene someter aquí a examen la opinión de algunas personas que, no creyendo en la astrología, admiten sin embargo

que pueden existir semejanzas de carácter evidente en personas nacidas bajo un mismo signo zodiacal. En su opinión, no se trataría en absoluto del sector virtual del zodíaco celeste lo que tendría alguna clase de influencia, sino simplemente de la estación terrestre. De ese modo, los niños nacidos a fines de marzo, bajo el signo de Aries, gozarían del impulso primaveral de la Naturaleza, comunicado a su carácter por alguna influencia terrestre sutil, en tanto que los nacidos en enero, bajo el signo de Capricornio, manifestarían en su carácter la frialdad de la Tierra en esta época del año. Semejante teoría nada tiene de inverosímil, pero es falsa. En efecto, la semejanza de carácter que se puede encontrar en las personas de un mismo signo zodiacal, es decir solar, es a veces más evidente aún para las personas nacidas bajo el mismo signo ascendente, lo que, en sí, es de naturaleza puramente astrológica. Con frecuencia, es muy posible indicar a simple vista cuál es el signo dominante de una persona que uno encuentra por vez primera, y, si se levanta entonces su mapa celeste, se comprueba que, una vez de cada dos, se ha acertado en el signo solar, y la otra en el Ascendente; en consecuencia, se trata forzosamente de una correlación celeste y no terrestre.

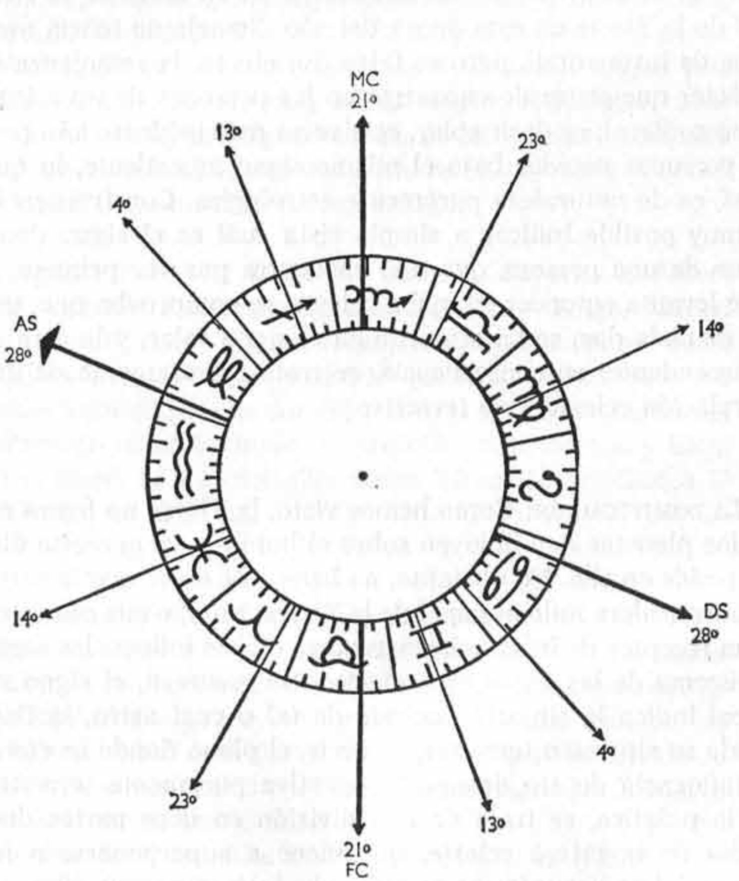
La domificación: Como hemos visto, la Tierra no figura entre los planetas que influyen sobre el hombre, ya que este último reside en ella. No obstante, no hemos de creer que la astrología considera nulo el papel de la Tierra, pues, a sus ojos, ésta es un receptor de influencias, y reparte dichas influencias según el sistema de las Casas astrológicas. En resumen, el signo zodiacal indica la situación celeste de tal o cual astro, la Casa señala su situación terrestre, es decir, el plano donde se ejerce su influencia dentro de una perspectiva puramente terrestre. En la práctica, se trata de una división en doce partes desiguales de la esfera celeste, que viene a superponerse a los signos del zodíaco. Como apéndice incluimos en este libro un

esquema de dicha división y su definición cosmográfica exacta.

El sistema de las Casas es uno de los puntos débiles de la astrología, ya que existen varios métodos de cálculo cuyos resultados proporcionan Casas muy distintas unas de otras. Ade-

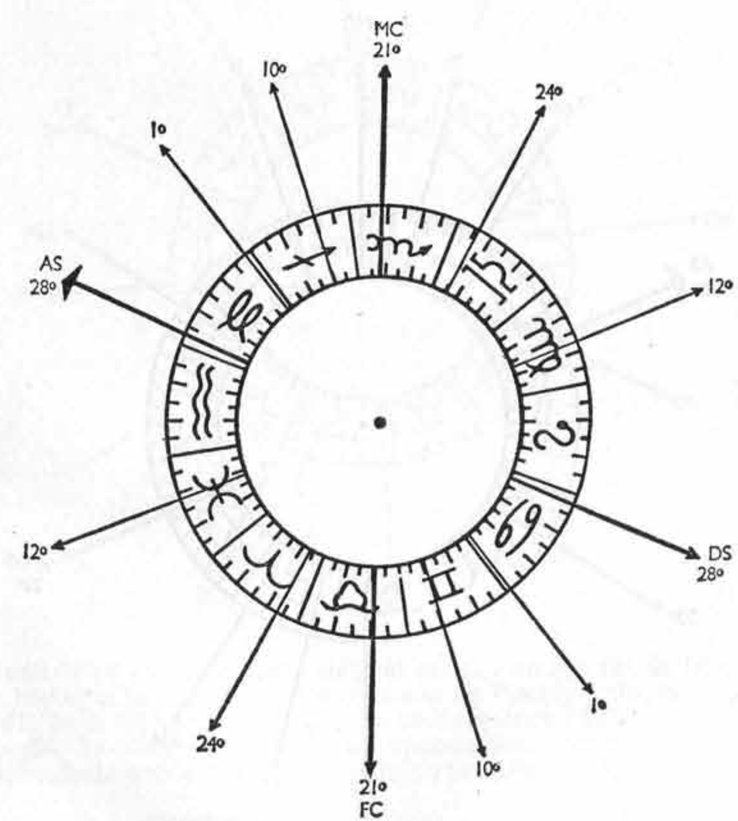
Ejemplo de diferentes domificaciones posibles para un mismo tema

1. PLÁCIDO



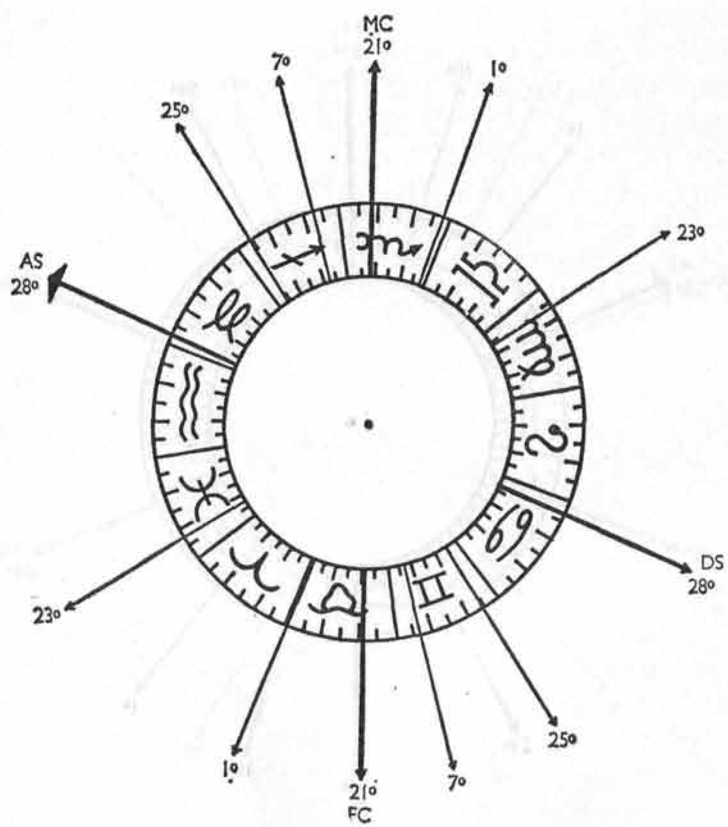
más, estos diversos sistemas no permiten establecer un tema astral para las personas nacidas más allá de los 60° de latitud Norte o Sur. Este punto concreto excitó el verbo del astrónomo Paul Couderc, el cual, en su pequeño volumen *L'Astrologie* escribe: «El Polo Norte de la eclíptica se encuentra a 23,5° del Polo Norte celeste. Los puntos de la Tierra que están situa-

2. REGIOMONTANO

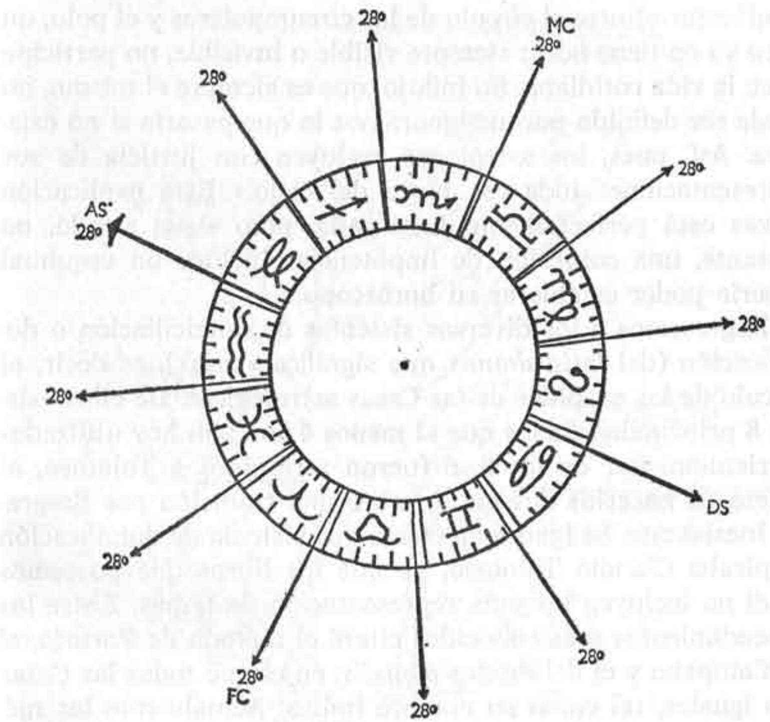


dos sobre el círculo polar tienen su cenit a 23,5° del Polo celeste. Así, pues, en el transcurso del movimiento diurno, el polo de la eclíptica pasa cada día por el cenit de todos esos lugares terrestres. En tal caso, la eclíptica coincide con el horizonte y no atraviesa ninguna Casa. No hay horóscopo para los desgraciados que nacen en ese momento. Para esos natura-

3. CAMPANO



4. MODUS AEQUALIS



En este tema escogido como ejemplo la Luna está a 28° de Libra, y, por tanto, en la Casa IX en los sistemas de Plácido y Regiomontano, en VIII en el de Campano, y en X, en conjunción con MC, en el modus aequalis. Se comprueban, pues, las considerables diferencias que se desprenderán según el punto de vista de la interpretación.

(Domificaciones establecidas por Dal Lee).

les de Alaska, esos canadienses, groenlandeses, noruegos, suecos, fineses, rusos y siberianos, ¿cuál puede ser el futuro bajo auspicios tan terribles? El cielo les falla en el momento del nacimiento.»

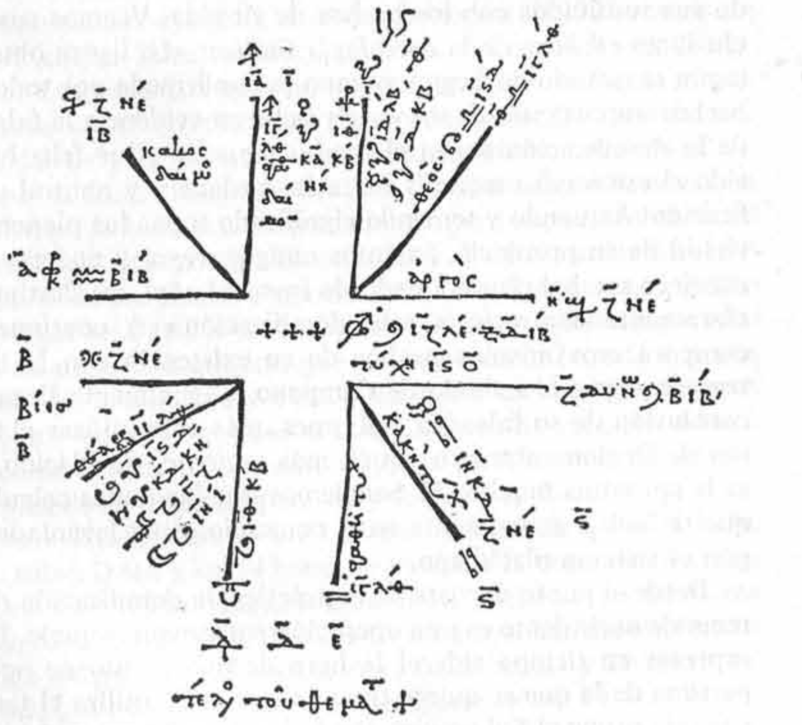
Esa cuestión ha preocupado siempre a los astrólogos. La explicación más convincente ha sido facilitada por Jean Hiéroz en su obra *L'astrologie selon J. B. Morin de Villefranche,* donde manifiesta: «Entre el círculo de los circumpolares y el polo, un astro ya no tiene hora: siempre visible o invisible, no participa ya en la vida cotidiana. Su influjo, que es siempre el mismo, no puede ser definido porque ignoramos lo que pasaría si no existiera. Así, pues, los astrólogos excluyen con justicia de sus representaciones toda esa parte del cielo.» Esta explicación quizás está perfectamente justificada, pero sigue siendo, no obstante, una confesión de impotencia: incluso un esquimal debería poder establecer su horóscopo...

Regresemos a los diversos sistemas de domiciliación o domificación (del latín *domus* que significa «casa»), es decir, al cálculo de las cúspides de las Casas astrológicas. De ellos existen 8 principales, de los que al menos 4 son aún hoy utilizados corrientemente: de los 8, 6 fueron atribuidos a Tolomeo, al objeto de hacerlos descansar sobre una tradición por desgracia inexistente. Se ignora en efecto qué sistema de domificación empleaba Claudio Tolomeo, ya que los libros que poseemos de él no incluyen ninguna representación de temas. Entre los procedimientos más conocidos citaré el método de Porfirio, el de Campano y el del *modus æqualis,* en el que todas las Casas son iguales, tal como su nombre indica. Actualmente los métodos más empleados siguen siendo los de Regiomontano y de Plácido (1). Regiomontano, tal como hemos visto, era el seudónimo del astrónomo Juan Muller, quien vivió entre 1436 y 1476. Fue el autor del primer tratado de trigonometría de Occidente y de las primeras efemérides astronómicas cuya pu-

(1) Véase apéndice.

blicación tuvo un curso continuado (de 1474 a 1531). Su sistema, llamado aún *Método racional,* fue atribuido a Tolomeo, pero no parece haber sido obra de éste. La domificación de Regiomontano es aún corrientemente empleada en nuestros días; no obstante, en la hora actual la mayor parte de los astrólogos prefieren en su lugar el sistema de Plácido de

TEMA GRIEGO DEL 497 DESPUÉS DE J.C.



Este tema, citado por Jean Hiéroz en su artículo **Les débuts de l'Horoscopie (Cahiers astrologiques n.° 124)** ha sido trazado según el sistema de domificación de Porfirio.

Tito. Este monje olivetano de Perusa vivió en el siglo XVII y fue un reputado astrólogo. Atribuyó modestamente su sistema a Tolomeo... pero esa atribución no engañó a nadie. Su domificación está bastante próxima de la de Regiomontano, ya que las cúspides de las Casas I, IV, VII y X son idénticas, lo que determina que, actualmente, ciertos astrólogos empleen indiferentemente un método u otro.

¿Cuál escoger en la práctica? El más grande astrólogo francés, Morin de Villefranche, resolvió la cuestión levantando su propio sistema según los diversos métodos y comparando sus resultados con los hechos de su vida. Veamos sus conclusiones sacadas de la *Astrologia Gallica*: «La figura obtenida según el método de Regiomontano es confirmada por todos los hechos importantes de mi vivir y pone en evidencia la falsedad de la domificación según el *modus æqualis*. ¡Qué feliz habría sido si ese *modus æqualis* fuera la verdadera y natural domificación! Actuando y teniendo significado todos los planetas en virtud de su presencia, ¡cuántos amigos, reyes y poderes eclesiásticos me habrían colmado de favores! ¡Ay!, mi destino fue claramente contrario a esta domificación.» A continuación, compara esos mismos hechos de su existencia con la figura trazada según el método de Campano, e igualmente llega a la conclusión de su falsedad. Así, pues, más vale utilizar el sistema de Regiomontano, o aquél, más reciente, de Plácido, que se le aproxima mucho (1). Señalemos que las tablas calculadas que se hallan actualmente en el comercio están levantadas según el sistema placidiano.

Desde el punto de vista de la práctica, la domificación de un tema de nacimiento es una operación sumamente simple. Basta expresar en tiempo sideral la hora de nacimiento de aquella persona de la que se quiere trazar el tema. Se utiliza el tiempo sideral porque el Sol no gira alrededor de la Tierra en 24 horas

(1) No obstante, debo señalar que ciertos astrólogos anglosajones continúan practicando el *modus æqualis* o el sistema de Campano, y afirman que obtienen excelentes resultados.

exactamente; hay una diferencia de unos 4 minutos. También los astrónomos que, para sus cálculos, tienen necesidad de duraciones perfectamente definidas han preferido tomar como base estrellas cuyo desplazamiento en el campo de su lente define el día sideral, el cual se divide en 24 horas, lo que nos da ese famoso tiempo sideral que es, por tanto, una unidad de tiempo realmente universal.

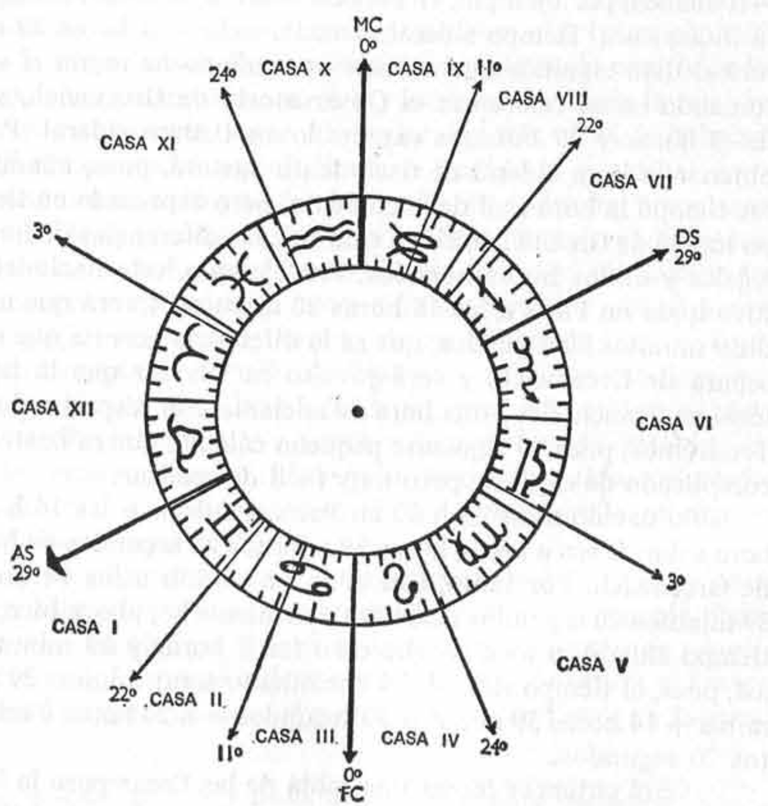
Veamos cómo se opera en la práctica. Hay que poseer las efemérides del año del nacimiento de la persona de la que se quiere calcular el tema astrológico. En el día del nacimiento —tomemos, por ejemplo, el 14 de diciembre de 1970— se halla la indicación: Tiempo sideral a medianoche = 5 horas 29 minutos. Esto significa que cuando es medianoche según el sol, tomando como referencia el Observatorio de Greenwich, son las 5 horas y 29 minutos expresado en tiempo sideral. Para obtener la hora sideral de nacimiento bastará, pues, añadir a ese tiempo la hora real de nacimiento, pero expresado en tiempo medio de Greenwich, ello a causa de las diferencias de horas legales y de los husos horarios. Por ejemplo, este nacimiento tuvo lugar en París a las 15 horas 30 minutos; habrá que añadir 9 minutos 20 segundos, que es la diferencia horaria que nos separa de Greenwich, y será preciso no olvidar que la hora legal en Francia lleva una hora de adelanto con respecto al sol. Tendremos, pues, el siguiente pequeño cálculo, que es bastante complicado de explicar pero muy fácil de realizar:

Niño nacido a las 15 h 30 en París. Es decir a las 14 h 30, hora solar. O sea a las 14 horas 39 minutos 20 segundos en hora de Greenwich. Por tanto, este niño ha nacido a las 14 horas 39 minutos 20 segundos *después* de medianoche; ahora bien, en tiempo sideral, a medianoche eran las 5 horas y 29 minutos; así, pues, el tiempo sideral del nacimiento será: 5 horas 29 minutos + 14 horas 39 minutos 20 segundos = a 20 horas 8 minutos 20 segundos.

Bastará entonces tomar una tabla de las Casas para la latitud de París, es decir, aproximadamente 49°, y, frente al tiem-

po sideral de 20 horas 8 minutos 44 segundos, que es el más cercano al que hemos calculado, hallaremos: Cielo Medio a 0° de Acuario, Ascendente a 29° 7′ de Tauro, así como las cúspides de las Casas XI, XII, II y III. Los puntos diametralmente opuestos en el zodíaco nos darán las otras seis cúspides de las casas. Se comprueba por tanto en la práctica que, una vez

TEMA MODIFICADO



establecida para la latitud 49° Norte, y válida para los tiempos siderales comprendidos entre 20 h 8 m 44 s y 23 h 56 m 20 s.

Temps sidéral	Latitude 49° N.					
	X	XI	XII	I	II	III
H. M. S.	°	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′
20. 8.44	♒ 0	♒ 24.6	♈ 3.6	♉ 29. 7	♊ 22.6	♋ 11.0
20.12.54	1	25.9	5.3	♊ 0.32	23.6	11.9
20.17. 3	2	27.1	7.0	1.55	24.6	12.8
20.21.11	3	28.4	8.7	3.17	25.6	13.8
20.25.18	4	29.7	10.4	4.36	26.6	14.7
20.29.25	5	♓ 0.9	12.1	5.54	27.5	15.6
20.33.31	6	2.3	13.7	7.10	28.5	16.5
20.37.36	7	3.4	15.4	8.25	29.4	17.4
20.41.41	8	4.8	16.9	9.39	♋ 0.4	18.3
20.45.44	9	6.0	18.6	10.51	1.3	19.2
20.49.48	10	7.3	20.1	12. 1	2.2	20.0
20.53.50	11	8.5	21.7	13.10	3.1	20.9
20.57.52	12	9.8	23.3	14.18	4.0	21.8
21. 1.53	13	11.1	24.7	15.25	4.9	22.7
21. 5.53	i4	12.4	26.3	16.30	5.8	23.5
21. 9.52	15	13.7	27.8	17.35	6.7	24.4
21.13.51	16	15.0	29.3	18.38	7.5	25.3
21.17.49	17	16.3	♉ 0.8	19.40	8.4	26.1
21.21.46	18	17.5	2.2	20.41	9.3	27.0
21.25.43	19	18.8	3.7	21.42	10.1	27.9
21.29.39	20	20.1	5.2	22.41	11.0	28.7
21.33.34	21	21.4	6.6	23.40	11.8	29.6
21.37.29	22	22.6	8.0	24.37	12.7	♌ 0.4
21.41.23	23	23.9	9.4	25.34	13.5	1.3
21.45.16	24	25.2	10.8	26.30	14.3	2.1
21.49. 8	25	26.4	12.1	27.25	15.1	3.0
21.53. 0	26	27.7	13.4	28.19	15.9	3.9
21.56.52	27	29.0	14.8	29.13	16.7	4.7
22. 0.42	28	♈ 0.2	16.1	♋ 0. 7	17.5	5.5
22. 4.33	29	1.5	17.4	0.59	18.3	6.3
H. M. S.	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′
22. 8.22	♓ 0	♈ 2.7	♉ 18.6	♋ 1.51	♋ 19.1	♌ 7.2
22.12.11	1	4.0	19.9	2.42	19.9	8.1
22.16. 0	2	5.3	21.1	3.33	20.7	8.8
22.19.47	3	6.4	22.4	4.23	21.4	9.8
22.23.35	4	7.7	23.6	5.12	22.2	10.6
22.27.22	5	9.0	24.8	6. 2	23.1	11.3
22.31. 8	6	10.1	26.0	6.50	23.7	12.3
22.34.54	7	11.4	27.1	7.38	24.5	13.1
22.38.39	8	12.6	28.2	8.26	25.3	13.9
22.42.24	9	13.8	29.3	9.13	26.1	14.8
22.46. 9	10	15.0	♊ 0.4	10. 0	26.8	15.6
22.49.53	11	16.2	1.6	10.47	27.6	16.4
22.53.37	12	17.4	2.6	11.33	28.3	17.3
22.57.20	13	18.6	3.8	12.19	29.1	18.1
23. 1. 3	14	19.8	4.9	13. 5	29.8	18.9
23. 4.46	15	21.0	5.8	13.49	♌ 0.5	19.8
23. 8.28	16	22.1	6.9	14.35	1.3	20.6
23.12.10	17	23.3	7.9	15.18	2.0	21.4
23.15.52	18	24.5	9.0	16. 3	2.8	22.2
23.19.33	19	25.6	10.0	16.47	3.5	23.1
23.23.15	20	26.8	10.9	17.30	4.2	23.9
23.26.56	21	27.9	12.0	18.13	5.0	24.7
23.30.37	22	29.1	13.0	18.57	5.7	25.5
23.34.18	23	♉ 0.2	14.0	19.40	6.4	26.4
23.37.58	24	1.4	14.9	20.23	7.1	27.2
23.41.39	25	2.5	15.8	21. 6	7.9	28.1
23.45.19	26	3.6	16.8	21.48	8.7	28.9
23.48.59	27	4.7	17.7	22.30	9.3	29.7
23.52.40	28	5.8	18.6	23.12	10.1	♍ 0.5
23.56.20	29	6.9	19.5	23.54	10.9	1.4

Extraído de **Tables de Maisons Chacornac**,

hecha la pequeña suma que conduce a la expresión en tiempo sideral de la hora del nacimiento, domificar un tema es una operación que sólo exige un par de minutos.

Tenemos entonces un zodíaco que en lo sucesivo no está orientado ya con relación a Aries, situado tradicionalmente en el centro a la izquierda de la figura, sino con relación al Ascendente que es la cúspide de la primera Casa (algunos manuales dicen «con relación al horóscopo», tomando así ese nombre en su antiguo sentido, puesto que antaño esta palabra designaba la cúspide de la Casa I, y no la interpretación del tema). El Ascendente corresponde astronómicamente al grado exacto del zodíaco que se levanta sobre la eclíptica en el preciso instante del nacimiento (1). Ahora bien, ese grado varía cada cuatro minutos, por lo que es necesario conocer la hora del nacimiento de una persona con la máxima precisión, pues, a partir de cinco minutos de error, el Ascendente ha variado un grado y puede, por ejemplo, haber pasado de un signo a otro.

Esto es tanto más importante cuanto que, además de las tendencias generales determinadas por los signos del zodíaco, la tradición enseña que la influencia propia de cada signo se ejercerá de modo más particular en el terreno gobernado por la Casa astrológica que ocupa. En efecto, los astrólogos atribuyen un sentido muy preciso a cada una de las doce moradas así definidas, y hay que señalar que este aspecto ha permanecido invariable desde Tolomeo y es conservado por todos los practicantes actuales sin modificación de importancia.

Por ejemplo, la Casa II representa el dinero del nacido: el presagio será afortunado si su cúspide se halla en Tauro, signo de riqueza, desgraciado si se encuentra en Capricornio bajo el dominio de Saturno, y así sucesivamente. Pasaremos ahora revista a las significaciones tradicionales atribuidas a cada una de las doce Casas:

Casa I: El propio sujeto. Asimismo, su vida y su cuerpo.

(1) Véase esquema en el anexo.

Casa II: El dinero ganado por el sujeto.

Casa III: Se trata de una casa «cuarto trastero», de interpretación siempre incierta. En ella aparecen significados los hermanos del sujeto, sus pequeños viajes, los trabajos intelectuales y las publicaciones literarias. Algunos astrólogos pretenden incluso deducir de ella la inteligencia en general, mientras que otros consideran que este punto viene indicado más bien por Mercurio y el Ascendente.

Casa IV: El padre del nacido y su hogar familiar original.

Casa V: El amor, la creación. Señalemos que se puede tratar tanto de una creación física (los hijos del nacido), como intelectual (sus creaciones artísticas).

Casa VI: El trabajo cotidiano del sujeto. Sus enfermedades, motivo por el que se llama a veces a esta Casa el hospital del zodíaco.

Casa VII: El matrimonio del nacido. Por extensión, los contratos.

Casa VIII: La muerte del nacido. Por extensión, las herencias que pueda recibir. Es posible deducir aquí también sus cualidades para el ocultismo.

Casa IX: Los grandes viajes. Pueden ser o bien físicos (marchar a la India, por ejemplo) o mentales (si el nacido se convierte al tantrismo indio, en tanto que no se mueve físicamente de su Casa).

Casa X: Esta Casa está situada en el Cielo Medio, y es la segunda en importancia después de la I. Aquí se encuentra representada la carrera social del nacido, los honores que le aguardan, su éxito, sus actos. Es también la Casa que representa a la madre del nacido.

Casa XI: Los amigos del sujeto.

Casa XII: Los enemigos ocultos del sujeto, las pruebas que le aguardan, las grandes enfermedades, los rigores de prisión.

EJEMPLOS:

Casa I: No podemos en el marco de esta obra estudiar todas las posibilidades que ofrece cada signo del zodíaco junto con cada Casa. Me contentaré, por tanto, con indicar algunos ejemplos en los que la presencia de planetas importantes ha podido teóricamente influir sobre la vida del sujeto. La presencia de Mercurio en la primera Casa indica, evidentemente, un temperamento intelectual, el que podemos hallar en François Mitterrand o Jacques Bergier. Júpiter indica el éxito del nacido en su destino, y no es sorprendente encontrarlo en Napoleón I. Urano simboliza los accidentes bruscos fortuitos, y es natural hallarlo en conjunción con el Ascendente del general De Gaulle; asimismo se encuentra en la Casa I de Pierre Laval. Finalmente, la adversidad vendrá indicada por Saturno, el cual se encuentra en la Casa I de Robespierre, y también en las de J.-J. Servan-Schreiber y Jacques Duhamel: Si yo fuera astrólogo, no les pronosticaría un largo futuro político.

Casa II: Carlos V tuvo una Casa II excepcional, con Júpiter, el Sol, Mercurio y Venus presentes: No parece que le dieran mal resultado. En Edgar Faure se halla igualmente a Júpiter, Marte y Mercurio, lo que es asimismo favorable.

Casa III: Un hombre cuyas ideas reciban el favor del público tendrá aquí, por ejemplo, la Luna y Mercurio, o Júpiter. Éste es el caso de Adolfo Hitler: Júpiter y Luna están en conjunción en su 3.ª Casa.

Casa IV: Al estar magnificado aquí el sentido de la familia, no es sorprendente que tenga importancia dicha Casa en el tema de María de Médicis (Marte, Saturno y la Cola del Dragón), y también en el de Annie Besant (quien dirigió el movimiento teosófico tras la desaparición de la señora Blavatsky), en cuyo caso hay que entender el término familiar en el sentido espiritual de la palabra (conjunción Luna-Júpiter en Cáncer).

Casa V: Urano presente en esta casa indica a menudo cualidades artísticas múltiples, y amores cambiantes, salvo que reciba buen aspecto. Entre otros, podemos hallarlo en la hermosa actriz Catherine Deneuve.

Casa VI: Aquí la influencia de Urano se caracteriza por accidentes en la profesión (o a veces en la salud). Está presente en el tema de los señores Pompidou y Giscard d'Estaing.

Casa VII: Aquí, Urano es sinónimo de divorcio, Saturno, de fracaso, y los planetas benéficos, de una unión feliz. Silvie Vartan tiene la suerte de tener presente en ella al Sol, Júpiter y Venus, es decir, los tres planetas más favorables: astrológicamente hablando, su matrimonio es indestructible.

Casa VIII: Baudelaire tenía esta Casa muy importante (Sol, Saturno, Júpiter, Venus) y no se puede negar que estuvo obsesionado por la idea de la muerte. John Kennedy estaba en el mismo caso. Adolf Eichmann tenía a Urano presente, que dio realmente a su muerte el carácter de previsible brusquedad.

Casa IX: Su simbolismo en relación con el extranjero no puede ser mejor ilustrado que por el señor Couve de Murville, que tiene en ella una conjunción Sol-Mercurio, la cual indica que su brillo personal y su actividad intelectual hallarán su plenitud en todo lo que se refiere a los asuntos extranjeros.

Casa X: Siendo esta casa la segunda en importancia, se comprenderá que los planetas que estén presentes en ella sean especialmente significativos. La presencia aquí del Sol es evidentemente un signo de éxito y de brillo, y ese aspecto lo encontramos en Napoleón Bonaparte y Johnny Halliday. Júpiter promete, en principio, los éxitos y los honores: confieso que, por mi parte, me siento algo escéptico ya que he visto con frecuencia esa posición en algunas personas desconocidas. Citaré aquellas que el lector puede conocer: Alain Resnais, Françoise Dorléac, Michel Gauquelin y yo mismo. Saturno aquí presente tiene efectos menos perniciosos que en la Casa I, ya que significa que la ascensión es lenta pero duradera, y se le encuentra

con frecuencia en esta posición en el tema de los políticos: Colbert, Georges Pompidou, Edgar Faure. Señalemos dos excepciones: Françoise Hardy y Johnny Halliday, que tienen a Saturno en el Medio Cielo y que triunfaron en su juventud. Urano indica grandes trastornos en el destino, como siempre: Se le encuentra en la 10.ª Casa de Karl Marx, Benito Mussolini y Mao Tsé-tung. Finalmente, Neptuno simboliza en esta Casa la ilusión, y podemos hallarlo en el tema de J.-J. Servan-Schreiber.

Casa XI: Dado que se trata de la casa de la amistad, se comprenderá que la presencia en ella de Saturno indique precisamente la soledad, como en el caso del general De Gaulle. Numerosos planetas presentes indican, por el contrario, una vida amical rica e intensa, como es el caso de Georges Pompidou (Sol-Neptuno-Mercurio) y Johnny Halliday (Cabeza del Dragón-Venus-Plutón-Júpiter). Neptuno indica evidentemente riesgos de traición, y se le encuentra en esta posición en Valéry Giscard d'Estaing.

Casa XII: Es la Casa de las adversidades, y el Sol presente en ella indica que éstas ocurrirán sobre la salud de la persona, bien sea por causa de enfermedad o por violencia: Se encuentra ese aspecto en el tema de Luis XVI, lo que no sorprenderá a nadie, pero también en el de Mao Tsé-tung, Jacques Duhamel y Jacques Bergier (en este último caso existe la protección de una conjunción con Venus). La Luna, planeta de la popularidad, está aquí totalmente mal situada. Ocupa, por ejemplo, la Casa XII del señor Couve de Murville, quien nunca, efectivamente, consiguió el favor popular. Urano representa en esta Casa como siempre cambios bruscos de las situaciones y reveses dramáticos: Enrique IV y Adolfo Hitler son ejemplos de ello. Un conjunto de planetas en Casa XII puede significar, al mismo tiempo, una vida difícil y cualidades para lo oculto: El astrólogo Morin de Villefranche tenía cinco planetas presentes en esta Casa.

LAS CASAS DERIVADAS: Tal como hemos visto brevemente en el libro XXI de la *Astrologia gallica,* capítulo XIV, Morin de Villefranche manifiesta: «El examen en profundidad de la constitución del Cielo, en el momento del nacimiento de una persona permite descubrir también otro modo de determinación, verdaderamente asombroso, de los cuerpos celestes en relación con ciertos accidentes que afectan al destino de sus padres, de su cónyuge, de sus hijos, etc. Este modo de determinación ha sido comprobado con frecuencia experimentalmente por nosotros, pero nadie hasta ahora se había dado cuenta de él. Debido a esta determinación, el regente de la III en la X, principalmente si es maléfico y está mal dispuesto, presagia la muerte de los hermanos o hermanas, porque la Casa X es la 8.ª contando desde la Casa III. Asimismo el regente de la V presente en la XII amenaza a la persona con la muerte de sus hijos, porque la Casa XII es la 8.ª a partir de la V; en consecuencia, representa la Casa de la muerte con relación a ésta.»

Contrariamente a lo que él parece creer, Morin no es el inventor de ese sistema, ya que muchos aforismos de Tolomeo sólo pueden explicarse sobrentendiendo la aplicación de dicho sistema de las Casas derivadas. Fue el astrólogo de anteguerra, Eudes Picard, quien llevó el método a su punto más alto de perfeccionamiento. ¡A partir de un solo tema, llegaba a contar la historia de los antepasados del sujeto hasta la quinta generación!

Veamos cómo Eudes Picard, en su tratado *Astrología judicial,* explica la doctrina de las sucesivas derivaciones de las Casas de un mismo tema.

«La armazón de la astrología judicial se basa sobre tres órganos esenciales: las estrellas, los planetas y las Casas; es decir, sobre los cuerpos celestes fijos, sobre los móviles y sobre un plano de localización de los fenómenos, representados por 12 sectores de la esfera, o Casas. De este triple aspecto del Universo se desprenden los principios y reglas que forman la esencia y el mecanismo de la tradición astrológica. Los signos del

zodíaco y los planetas se han beneficiado siempre de una especial atención. Tienen en su favor el ser visibles y vivientes. Las Casas no gozan de ese privilegio...

»Al igual que el hombre construye habitaciones para sus

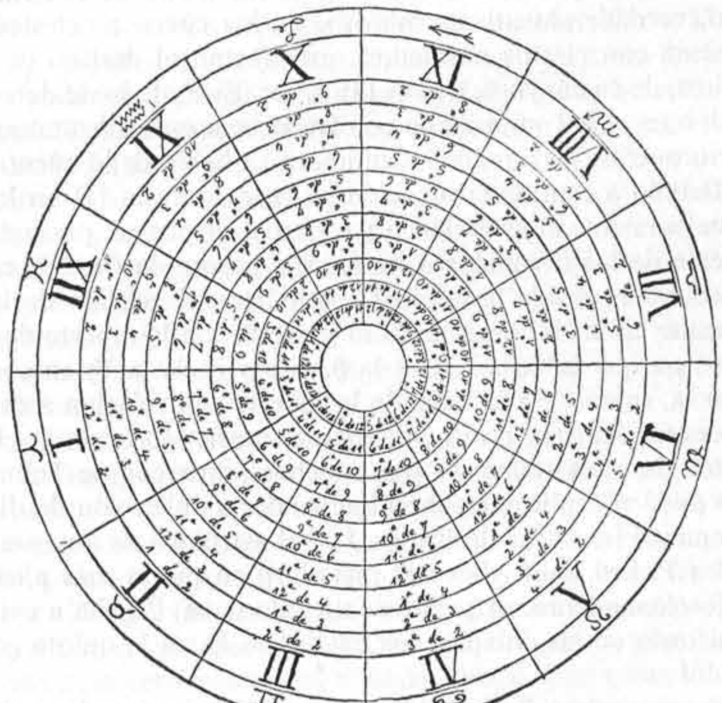


Tabla de las Casas radicales y derivadas

El Círculo exterior representa al Zodíaco Radical, es decir, orientado con Aires en Ascendente.
Los números romanos indican el círculo de las Casas Radicales, o tema tradicional, y los círculos interiores están reservados a las Casas Derivadas. Así: I significa: Casa 1 radical, que es al mismo tiempo la 2.ª C de 12 R, la 3.ª, C de 11 R, etc.

Tabla de las domificaciones derivadas de Eudes Picard

necesidades personales o colectivas, también las Casas astrológicas responden a múltiples destinos particulares o generales. Traducen, clasificadas por categorías, las correspondencias más variadas que existen entre el hombre y el mundo exterior. Bajo la forma de 12 compartimentos, sirven de receptáculos a los seres, a las cosas y a diversas entidades. Se parecen a esos enormes almacenes provistos de toda especie de artículos y divididos en departamentos.»

Eudes Picard pasa entonces a las Casas derivadas: «Por ejemplo, examinemos la IVª Casa de la IIª y la IIª de la IVª. Diremos que la IIª Casa de la IVª significa: el dinero del padre; y la IVª de la IIª: el padre del dinero... En consecuencia, la idea de paternidad referida al dinero tendrá como función principal la facultad productora de dinero: es el trabajo en su acepción más amplia y más noble.» Luego añade: «La Vª Casa de la VIIª significa los hijos del matrimonio, es decir, los niños nacidos legalmente, y la VIIª de la Vª representa el matrimonio de los hijos.» Y termina: «Cuando el astrólogo penetra en las 144 *boutiques* de las domificaciones, sabe por anticipado que hallará aquí todos los artículos que pueden interesar a su cliente; pero sabe también que ese cliente no necesitará todos los artículos al mismo tiempo. Se limitará entonces a escoger aquéllos que le son necesarios y nada más que aquéllos.»

Veamos cómo hay que operar en la práctica. Se toma sucesivamente cada Casa como primera Casa de un nuevo tema cuyas significaciones se aplican exclusivamente al sujeto de la Casa escogida como base de la derivación. Por ejemplo, si se toma la Casa IV, Casa del padre, la V se convertirá en la 2.ª del padre, así, pues, en su dinero, la Casa X será la 7.ª del padre; por tanto, la de su matrimonio, motivo por el que la tradición sitúa en esta Casa a la madre, como hemos visto anteriormente. De ese modo hay 144 combinaciones posibles, que no reproduciré aquí por falta de espacio, contentándome, para hacer comprender bien el sistema, con dar las significaciones derivadas de la IIª Casa, por ejemplo.

Se sabe que la Casa II designa el dinero ganado por la persona. Tomemos, por tanto, esta Casa II como 1.ª de un nuevo tema que nos iluminará precisamente sobre el dinero y los bienes del sujeto en todas sus vicisitudes. La Casa III radical, la de los hermanos y las hermanas, se convierte aquí en la 2.ª Casa derivada de la II. Sentido: El dinero del dinero, es decir, rendimiento del dinero por el dinero, el interés que da un capital, etc. La IV radical se convierte en la 3.ª de la II. Sentido: Los hermanos del dinero, es decir, toda adquisición no monetaria, pero sí de un valor equivalente al del dinero. La V radical se convierte en la 4.ª de la II; sentido: El padre del dinero, es decir, el origen de la fortuna de la persona. La VI Casa radical se convierte en la 5.ª de la II; sentido: los hijos del dinero, es decir, el dinero producido por el dinero, los intereses, el ahorro, las inversiones. La VII Casa radical se convierte en la 6.ª de la II; sentido: las enfermedades del dinero, es decir, las crisis financieras, las malas inversiones. La VIII Casa radical se transforma en la 7.ª de la II; sentido: Los contratos que se refieren al dinero, las alianzas financieras. La IX Casa radical se convierte en la 8.ª de la II; sentido: La muerte del dinero, es decir, el fracaso, la ruina. La X Casa radical se transforma en la 9.ª de la II; sentido: Los grandes viajes del dinero, es decir el desplazamiento de los capitales al extranjero. La XI Casa radical se convierte en la 10.ª de la II; sentido: La acción producida por el dinero, es decir, el poder que se puede adquirir con él. La XII Casa radical se convierte en la 11.ª de la II; sentido: Los amigos del dinero, es decir, al mismo tiempo las personas útiles para las cuestiones de interés, y también las personas interesadas. Finalmente, la I Casa radical se convierte aquí en la 12.ª de la II; sentido: Las advesidades del dinero, sus enemigos secretos, el hundimiento de la fortuna; pero también las cajas de caudales, porque la Casa XII radical incluye el sentido de prisión (1).

(1) Esta lista ha sido establecida según Eudes Picard y mi experiencia personal.

Efemérides del mes de diciembre de 1970

Day	Ψ Long	♅ Long	♄ Long	♃ Long	♂ Long	♀ Long	☿ Long	♇ Long
	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′
1	0♐54	12♎30	17♉38	21♏14	26♎23	9♏46	26♐39	29♍25
2	0 56	12 33	17℞33	21 27	27 1	9D47	28 2	29 26
3	0 59	12 35	17 29	21 40	27 39	9 51	29 25	29 27
4	1 1	12 38	17 25	21 52	28 17	9 57	0♑46	29 28
5	1 3	12 40	17 21	22 5	28 55	10 5	2 6	29 29
6	1 6	12 42	17 16	22 18	29 34	10 16	3 23	29 30
7	1 8	12 44	17 12	22 31	0♏12	10 28	4 39	29 31
8	1 10	12 47	17 8	22 44	0 50	10 43	5 52	29 32
9	1 12	12 49	17 4	22 56	1 28	11 0	7 3	29 32
10	1 14	12 51	17 0	23 9	2 6	11 19	8 10	29 33
11	1 16	12 53	16 57	23 22	2 44	11 40	9 13	29 34
12	1 19	12 55	16 53	23 34	3 22	12 3	10 12	29 35
13	1 21	12 57	16 49	23 47	4 0	12 28	11 7	29 35
14	1 23	12 59	16 46	23 59	4 38	12 54	11 55	29 36
15	1 25	13 1	16 42	24 12	5 16	13 22	12 38	29 37
16	1 27	13 3	16 39	24 24	5 55	13 52	13 12	29 37
17	1 29	13 5	16 36	24 36	6 33	14 23	13 39	29 38
18	1 31	13 6	16 32	24 49	7 11	14 56	13 57	29 38
19	1 34	13 8	16 29	25 1	7 49	15 31	14 5	29 39
20	1 36	13 10	16 26	25 13	8 27	16 6	14℞ 2	29 39
21	1 38	13 11	16 23	25 25	9 5	16 44	13 48	29 40
22	1 40	13 13	16 20	25 38	9 43	17 22	13 22	29 40
23	1 42	13 14	16 18	25 50	10 21	18 2	12 45	29 40
24	1 44	13 16	16 15	26 2	10 59	18 42	11 56	29 41
25	1 46	13 17	16 12	26 13	11 37	19 24	10 56	29 41
26	1 48	13 18	16 10	26 25	12 15	20 8	9 48	29 41
27	1 50	13 20	16 8	26 37	12 53	20 52	8 33	29 42
28	1 52	13 21	16 5	26 49	13 31	21 37	7 13	29 42
29	1 54	13 22	16 3	27 0	14 9	22 23	5 51	29 42
30	1 56	13 23	16 1	27 12	14 47	23 10	4 30	29 42
31	1 58	13 24	15 59	27 23	15 25	23 58	3 12	29 42

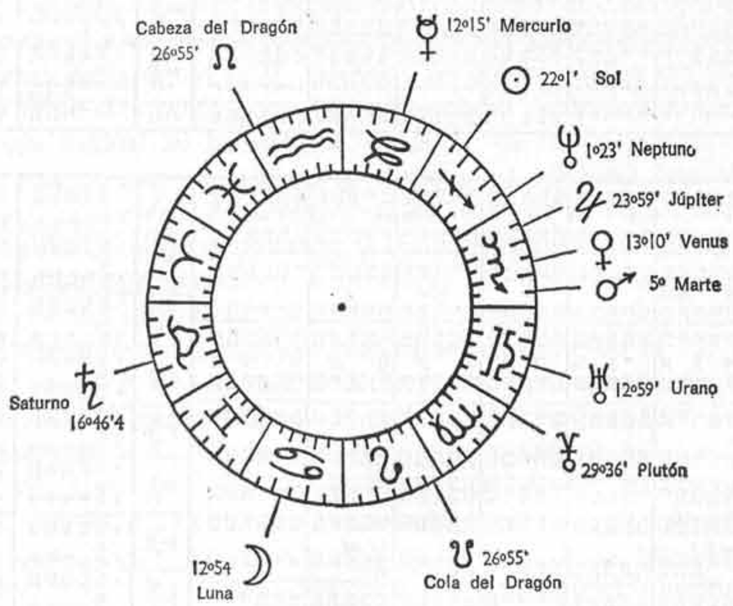
Day	♂ Decl	♀ Lat	♀ Decl.	☿ Lat	☿ Decl.	♇ Lat	♇ Decl.	☊
	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′
1	9S16	0N34	14S12	2S24	25S48	15N46	14N40	27♒36
4	9 58	1 9	13 42	2 24	25 50	15 47	14 40	27 26
7	10 39	1 40	13 23	2 18	25 40	15 49	14 40	27 17
10	11 19	2 7	13 13	2 6	25 17	15 51	14 41	27 7
13	11 59	2 31	13 11	1 45	24 43	15 52	14 42	26 58
16	12 38	2 51	13 17	1 14	24 1	15 54	14 42	26 48
19	13 16	3 7	13 30	0S31	23 13	15 56	14 43	26 39
22	13 54	3 21	13 48	0N22	22 25	15 57	14 44	26 29
25	14 30	3 32	14 11	1 21	21 39	15 59	14 45	26 20
28	15 6	3 40	14 38	2 16	20 59	16 1	14 47	26 10
31	15 41	3 46	15 7	2 55	20 30	16 2	14 48	26 1

Day	Sidereal Time	☉ Long	☉ Decl.	☽ Long	☽ Lat	☽ Decl.
	H M S	° ′ ″	° ′	° ′	° ′	° ′
1	4 37 45	8♐22 38	21S42	5♑ 8	3S57	27S17
2	4 41 42	9 23 28	21 52	19 4	3 5	25 8
3	4 45 38	10 24 20	22 1	3♒ 5	2 1	21 27
4	4 49 35	11 25 13	22 9	17 9	0S50	16 30
5	4 53 31	12 26 6	22 18	1♓13	0N24	10 40
6	4 57 28	13 27 0	22 25	15 18	1 37	4S18
7	5 1 24	14 27 55	22 32	29 23	2 44	2N16
8	5 5 21	15 28 51	22 39	13♈26	3 41	8 42
9	5 9 18	16 29 47	22 46	27 26	4 25	14 41
10	5 13 14	17 30 44	22 51	11♉22	4 52	19 52
11	5 17 11	18 31 42	22 57	25 8	5 2	23 56
12	5 21 7	19 32 41	23 2	8♊43	4 55	26 37
13	5 25 4	20 33 40	23 6	22 4	4 32	27 44
14	5 29 0	21 34 40	23 11	5♋ 7	3 54	27 15
15	5 32 57	22 35 41	23 14	17 52	3 6	25 19
16	5 36 53	23 36 42	23 17	0♌20	2 9	22 11
17	5 40 50	24 37 45	23 20	12 32	1 8	18 8
18	5 44 47	25 38 48	23 22	24 31	0N 4	13 25
19	5 48 43	26 39 52	23 24	6♍22	0S59	8 16
20	5 52 40	27 40 58	23 26	18 10	2 0	2N51
21	5 56 36	28 42 4	23 26	0♎ 0	2 55	2S41
22	6 0 33	29 43 10	23 27	11 57	3 44	8 9
23	6 4 29	0♑44 18	23 27	24 6	4 23	13 25
24	6 8 26	1 45 26	23 26	6♏33	4 51	18 17
25	6 12 22	2 46 35	23 25	19 21	5 5	22 27
26	6 16 19	3 47 44	23 23	2♐32	5 4	25 38
27	6 20 16	4 48 54	23 22	16 5	4 46	27 28
28	6 24 12	5 50 4	23 19	29 59	4 11	27 38
29	6 28 9	6 51 14	23 16	14♑11	3 20	26 0
30	6 32 5	7 52 25	23 13	28 34	2 15	22 39
31	6 36 2	8 53 36	23 9	13♒ 2	1 1	17 53

Day	Ψ Lat	Ψ Decl.	♅ Lat	♅ Decl.	♄ Lat	♄ Decl.	♃ Lat	♃ Decl.	♂ Lat
	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′	° ′
1	1N37	18S45	0N41	4S19	2S29	14N42	0N53	17S13	0N59
4	1 37	18 47	0 41	4 22	2 29	14 39	0 53	17 24	0 58
7	1 37	18 48	0 41	4 25	2 28	14 36	0 53	17 33	0 58
10	1 37	18 49	0 41	4 27	2 28	14 34	0 53	17 43	0 57
13	1 38	18 51	0 41	4 29	2 27	14 31	0 53	17 52	0 56
16	1 38	18 52	0 41	4 31	2 26	14 29	0 53	18 1	0 55
19	1 38	18 53	0 41	4 33	2 25	14 27	0 53	18 10	0 54
22	1 38	18 54	0 41	4 35	2 25	14 25	0 53	18 19	0 53
25	1 38	18 55	0 41	4 37	2 24	14 23	0 53	18 27	0 51
28	1 38	18 56	0 41	4 38	2 23	14 22	0 53	18 35	0 50
31	1 38	18 58	0 41	4 39	2 22	14 21	0 53	18 43	0 49

Pasaremos ahora revista al simbolismo esencial atribuido a los planetas, citándolos en su orden tradicional, sin olvidar que se considera que sólo los siete primeros eran conocidos por los antiguos (1). En este sentido, indicaré que se supone que esos siete planetas rigen por turno los grandes períodos de la vida humana: la Luna gobierna hasta los 4 años, Mercurio de 5 a 14, Venus de 15 a 23, el Sol de 24 a 41, Marte de 42 a 56,

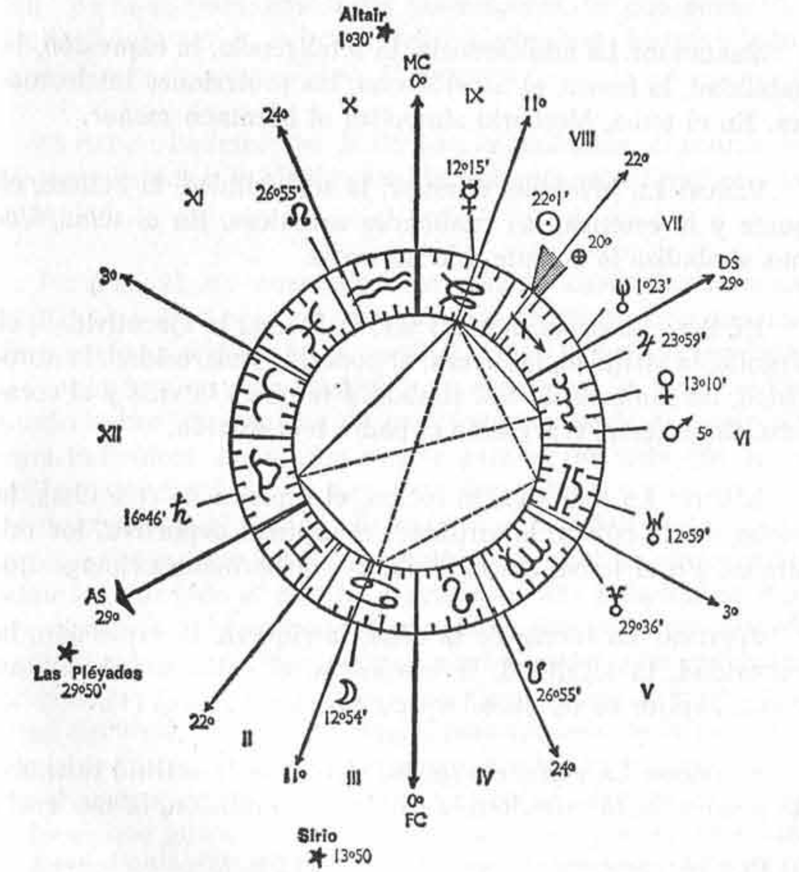
Emplazamiento de los planetas en el tema escogido como ejemplo. Algunos astrólogos llevan sus cálculos hasta el segundo, lo cual es un absurdo pues la hora de nacimiento nunca es conocida con exactitud.



(1) En un tema domificado los planetas se disponen partiendo de las efemérides que dan su posición diaria a medianoche o mediodía según las ediciones. Los planetas lentos se sitúan directamente; para los rápidos, es preciso tener en cuenta su desplazamiento entre mediodía, o medianoche, y la hora de nacimiento.

MAPA CELESTE COMPLETO

Se han trazado los aspecto que intercambian los planetas (los disonantes con raya de puntos). La Rueda de la Fortuna ha sido calcudada y representada, como asimismo las estrellas fijas importantes en ese tema.



Júpiter de 57 a 68, Saturno de 69 a 99 años. Para las personas que viven más tiempo, la Luna se convierte otra vez en regente de los años suplementarios, de donde sin duda se supone que el individuo «ha vuelto a la infancia».

LA LUNA: La infancia, la feminidad, el instinto maternal, la imaginación, la fantasía, la poesía, el público, la literatura, la emotividad. En el tema, la Luna simboliza a la madre o la esposa.

MERCURIO: La adolescencia, la inteligencia, la expresión, la habilidad, la finura, el nerviosismo, las profesiones intelectuales. En el tema, Mercurio simboliza el hermano menor.

VENUS: La juventud, el amor, la sociabilidad, la belleza, el gusto y la estética, las cualidades artísticas. En el tema, Venus simboliza la amante o la hermana.

EL SOL: La expansión del ser, la fuerza, la ejecutividad, el orgullo, la virilidad, la fiereza, el poder, la generosidad, la autoridad, los honores. El Sol simboliza también la vida y el corazón. En el tema, representa el padre o el marido.

MARTE: La madurez, la fuerza, el espíritu de conquista, la violencia, la cólera, la virilidad, el espíritu deportivo, los militares. En el tema, Marte simboliza el hermano primogénito.

JÚPITER: La fuerza de la edad, la riqueza, la expansión, la autoridad, la legalidad, la burguesía, el éxito social. En un tema, Júpiter es significador de riqueza y honores (1).

SATURNO: La vejez, el espíritu científico, la actitud retraída, la prudencia, la reflexión, la solidez, la erudición, la tendencia

(1) El simbolismo original, es decir, el atribuido al dios caldeo Marduk, incluía una fuerte dosis de agresividad que ha desaparecido sin razón aparente.

al celibato, a los fracasos, a los renunciamientos, las demoras, la desventura, las enfermedades. En el tema, Saturno simboliza, entre otras cosas, los retrasos debidos al tiempo.

URANO: A partir de ese planeta entramos ya en la categoría de los astros para los que no existe una tradición antigua; asimismo algunos astrólogos han pretendido que los tres últimos planetas no intervenían en la vida humana de los individuos en particular, sino sólo en el plano de la astrología mundial. He aquí, pues, con todas las reservas, lo que simboliza Urano: La invención, la brusquedad, el accidente fortuito, la independencia, la originalidad, el progreso.

NEPTUNO: La intuición, la ilusión, la confusión, el fraude, la hipersensibilidad, la dedicación, la quimera, el misticismo, la divinidad.

PLUTÓN: Al ser conocido este planeta desde haces unos 40 años, los astrólogos contemporáneos no han podido ponerse de acuerdo acerca de su naturaleza. Unos la juzgan benéfica, los otros la consideran maléfica, y otros aun le niegan toda acción sobre los destinos de los humanos desde el punto de vista individual. Lo mismo ocurre para el dominio que se le atribuye sobre tal o cual signo; en efecto, los diversos astrólogos le atribuyen el signo de Escorpión, el de Aries, o el de Sagitario. Así, pues, me resulta imposible dar aquí un simbolismo admitido por todo el mundo. Veamos los dos principales: Plutón significaría, al mismo tiempo, la muerte y la sexualidad. André Barbault escribe: «Plutón simboliza las profundidades de nuestras tinieblas interiores que llegan hasta la noche original del alma, es decir, las capas más arcaicas de la psique... Según la óptica freudiana, este astro simboliza las tendencias afectivas de la fase sadoanal, lo que establece claramente las relaciones que guarda con Escorpión, del que tiene su carácter. Se encuentra en él lo mejor y lo peor.» El astrólogo ve en ese

planeta fermentos de neurosis, de autodestrucción, pero también la afirmación de poder oculto, de revelaciones superiores. Una opinión completamente distinta es la que veremos en Alexandre Volguine, el director de *Les Cahiers astrologiques.* En un artículo del *Almanaque Chacornac* de 1933, Volguine dice: «El nuevo planeta parece ser mucho más favorable que Urano y Neptuno. Creo que se le puede aplicar el término, propio de la Edad Media, de "benéfico", pero en un sentido exclusivamente material. Desde el punto de vista espiritual, es inmoral, o, al menos, amoral, como ocurre por otra parte también con Urano y Neptuno.» En un artículo de *Les Cahiers astrologiques* de marzo-abril de 1963, Alexandre Volguine no rectifica sus opiniones e insiste en considerar a Plutón como benéfico; por otra parte, le atribuye la regencia, no del signo del Escorpión sino de Sagitario, que Plutón compartiría en tal caso con Júpiter, de la misma forma que Júpiter comparte el de Piscis con Neptuno. ¿Qué habremos de pensar, por tanto, de Plutón? Teniendo este planeta en general una latitud que lo sitúa claramente al margen del zodíaco, no me parece incluso evidente que pueda tener una influencia, si se admite las teorías astrológicas. Esto explicaría quizá las divergencias de los puntos de vista entre los astrólogos. En todo caso, cualquier científico dirá, con razón, que 40 años son un período de tiempo totalmente insuficiente para poder pronunciarse acerca de las características de un fenómeno recientemente descubierto, y que los astrólogos habrían debido esperar al menos un siglo antes de permitirse utilizar a Plutón en sus horóscopos (1).

LOS NODOS LUNARES: Estos nodos corresponden a la intersección del plano de la órbita lunar con la eclíptica. Se les llama nodo ascendente, o *Cabeza del Dragón,* y nodo descendente, o *Cola del Dragón.* Esos nodos se desplazan en sentido

(1) El simbolismo de los signos y los planetas ha sido establecido según Tolomeo, Morin de Villefrenche, André Barbault y mi experiencia personal.

inverso a los signos del zodíaco, diciéndose por tanto de ellos que son retrógrados, y pasan de un signo a otro, aproximadamente, cada 18 meses. Las efemérides dan su posición cada tres días. Si la situación astronómica de esos nodos está más o menos correctamente definida, y aun no siempre, pues durante cortos períodos de tiempo no son retrógrados, su significación astrológica debe, cuando menos, ponerse en duda. La tradición atribuía a la *Cabeza del Dragón* una influencia jupiteriana y a la *Cola del Dragón* una influencia saturnina. Ciertos astrólogos actuales los utilizan teniendo en cuenta esas reglas, otros lo hacen según reglas diametralmente opuestas, sin que yo haya podido comprender el motivo; finalmente, la mayor parte de ellos no les concede ninguna clase de influencia.

LA LUNA NEGRA: Este elemento astrológico no se basa en la tradición. Se trata de una invención reciente de los años 30-35, debido a la mente ingeniosa de Néroman y que está muy en boga actualmente. Lo fastidioso es que existen varias de ellas, pues algunos astrólogos toman por Luna Negra la residencia vacía de la órbita elíptica lunar, otros utilizan una negra luna doble, *Lilit,* que corresponde al apogeo lunar, y *Príapo,* que corresponde al perigeo lunar. Ahora bien, todos estos puntos están muy mal definidos astronómicamente, e, incluso a veces, no se corresponden con nada real. Así Jean Vernal, en el número 149 de los *Cahiers astrologiques* escribe: «Como vamos a ver, las nociones de apogeo y de perigeo son, en el caso de la Luna, más bien complejas y no corresponden a una realidad más que en ciertos casos particulares; éste es el motivo por el que tenemos derecho a preguntarnos: "¿Existe la Luna Negra?" Su respuesta final será: "A veces sí, pero..."» En cuanto a mí, yo sólo diré que no he podido encontrar ningún astrólogo que me haya convencido de una influencia cualquiera de esos puntos ficticios, y citaré a este objeto el notable hecho siguiente: Dos astrólogos contemporáneos han publicado un libro en el que explican la muerte de un esquiador conocido,

atrapado en medio de un alud de nieve, por un tránsito mortal de la Luna Negra sobre su Ascendente. Por degracia, esos astrólogos emplearon equivocadamente la fecha de nacimiento de un nadador del mismo nombre que el esquiador, el cual goza de buena salud.

DIGNIDAD Y DEBILIDAD DE LOS PLANETAS. Sobre este punto la tradición se ha conservado sin ninguna modificación desde Tolomeo, al menos hasta el descubrimiento de los tres nuevos planetas. Claudio Tolomeo trata la cuestión en el capítulo XX de su *Quadripartitum,* donde se expresa de este modo: «Los cuerpos celestes que han recibido el nombre de planetas tienen asimismo ciertas familiaridades con distintas partes del zodíaco, las cuales son designadas bajo los nombres de Casa, triplicidad, exaltación y término.

»La naturaleza de su familiaridad por Casa es definida de este modo: Cáncer y Leo, al ser los signos del zodíaco situados más al Norte, se hallan más próximos a nuestro cenit que los demás signos, y, por este motivo, elevan la temperatura y causan el calor; así, pues, son aptos como hogares de las dos grandes luminarias, es decir, los dos planetas principales: El León, para el Sol, dado su carácter masculino, y Cáncer, para la Luna, que es femenina... Por las mismas razones, siendo Saturno frío y enemigo del calor, y evolucionando en una esfera elevada y muy alejada de las luminarias, ocupa los signos opuestos a Cáncer y a Leo, que son Capricornio y Acuario... Júpiter posee una naturaleza bienhechora, y está situado en la esfera inferior a la de Saturno, ocupando en consecuencia los dos signos siguientes, Sagitario y Piscis... Marte es de por sí seco y está situado debajo de Júpiter; rige los dos signos de una naturaleza similar a la suya, Aries y Escorpión... Venus, que tiene una naturaleza favorable, está situado debajo de la esfera de Marte y ocupa los dos signos siguientes, Tauro y Libra... Mercurio no está nunca más alejado del Sol que el equivalente a la distancia de un signo, y su esfera está situada después de la de los demás planetas, lo que hace que esté muy cerca de las luminarias y que se le otorgue como domicilio los dos últimos signos del zodíaco, Géminis y Virgo.»

Las dos tablas de la página 188 extraídas del Libro n.° 15 de la *Astrologia gallica* de Morin de Villefranche, resumen las dignidades de los planetas, es decir aquellos signos donde se encuentran o domiciliados o exaltados, y su debilidad, a saber, los signos donde están exilados o caídos, que son aquellos signos diametralmente opuestos a los anteriores. Por lo que se refiere a los tres planetas descubiertos después del establecimiento de la tradición, convendría atribuirles domicilio y lugares de exilio o de caída. Piscis se adapta admirablemente a Neptuno, pero la domiciliación de Urano en Acuario era menos evidente, y se ha visto que, en lo que se refiere a Plutón, nadie está de acuerdo sobre el signo que debe constituir su hogar.

Cuando un planeta está domiciliado en un signo, se dice que tiene el dominio de ese signo, o que es su señor o regente. Esas cuestiones son muy importantes desde el punto de vista de la doctrina astrológica, puesto que, en el caso de las Casas vacías de planetas, se juzgan los aspectos referentes a estas Casas no solamente por el signo del zodíaco donde se encuentra su cúspide, sino también, y sobre todo, por su planeta regente. Así, por ejemplo, si en un tema se encuentra una Casa vacía en el signo de Capricornio, se establecerá un pronóstico desfavorable para el dinero del nacido si Saturno se halla mal aspectado y mal situado en el tema, y, por el contrario, un pronóstico favorable si dicho planeta está mejor configurado.

LOS ASPECTOS DE LOS PLANETAS. Se llaman aspectos a las separaciones angulares contadas sobre la eclíptica entre dos astros; de hecho, sólo se consideran ciertas distancias angulares privilegiadas:

La conjunción, que es el aspecto en que dos planetas están en el mismo grado del zodíaco.

TABLA DE LAS DIGNIDADES ESENCIALES DE LOS PLANETAS

	CASAS CELESTES		
PLANETA	*Diurna*	*Nocturna*	EXALTACIÓN
Saturno	Capricornio	Acuario	Libra
Júpiter	Sagitario	Piscis	Cáncer
Marte	Aries	Escorpión	Capricornio
Sol	Leo	———	Aries
Venus	Libra	Tauro	Piscis
Mercurio	Virgo	Géminis	Virgo
Luna	Cáncer	———	Tauro

TABLA DE LAS DEBILIDADES ESENCIALES DE LOS PLANETAS

PLANETA	LUGAR DE EXILIO		LUGAR DE CAÍDA
Saturno	Cáncer	Leo	Aries
Júpiter	Géminis	Virgo	Capricornio
Marte	Libra	Tauro	Cáncer
Sol	Acuario	———	Libra
Venus	Aries	Escorpión	Virgo
Mercurio	Piscis	Sagitario	Piscis
Luna	Capricornio	———	Escorpión

El sextil: los dos planetas están separados por un arco de 60°.

La cuadratura: 90° de separación.

El trígono: 120° de separación.

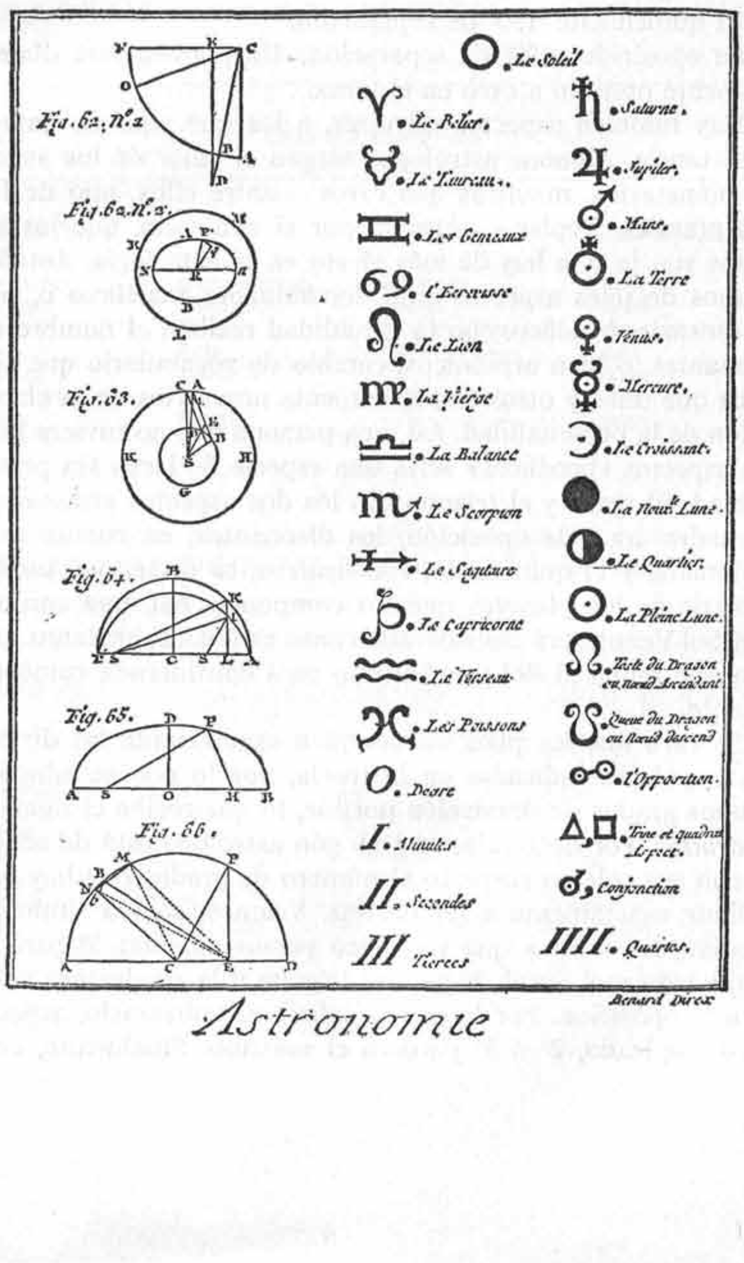
El quincuncio: 150° de separación.

La oposición: 180° de separación: Un planeta está diametralmente opuesto a otro en el tema.

Hay también aspectos menores, a los que aquí no damos importancia. Algunos astrólogos niegan el valor de los aspectos planetarios, mientras que otros —entre ellos, uno de los más grandes, Kepler— afirman, por el contrario, que los aspectos son lo que hay de más cierto en la astrología. Antaño, algunos de tales aspectos eran denominados maléficos o, por el contrario, benéficos; en la actualidad reciben el nombre de disonantes, o bien armónicos, cambio de vocabulario que significa que unos y otros son igualmente necesarios en la elaboración de la personalidad. Así, una persona que no tuviera más que aspectos «benéficos» sería una especie de larva sin personalidad. El sextil y el trígono son los dos aspectos armónicos; la cuadratura y la oposición, los disonantes; en cuanto a la conjunción y el quincuncio, son neutros, es decir, que toman el matiz de los planetas que los componen. Así, una conjunción Sol-Venus será considerada como armónica, en tanto que otra que reúna al Sol y a Saturno será considerada como disonante.

Es raro que los planetas cumplan exactamente las distancias angulares indicadas en la teoría, por lo que se admiten algunos grados de desviación posible, lo que recibe el nombre de *órbitas*. Por desgracia, casi ningún astrólogo está de acuerdo con sus colegas respecto al número de grados que hay que atribuir exactamente a las órbitas. Veamos, sólo a título indicativo, las órbitas que yo aplico personalmente: 5° para la conjunción y el sextil, 7° para el trígono y la cuadratura y 10° para la oposición. Por lo que se refiere al quincuncio, aspecto poco empleado, 2° ó 3° parecen el máximo. Finalmente, con-

sidero que siendo el poder del Sol y la Luna superior al de los demás planetas, es preciso aumentar las órbitas en 2°, en su caso.



Concretaré mediante ejemplos: Se dirá que Saturno está en oposición con Venus cuando ambos planetas disten 180°, admitiéndose una órbita de 10°, lo que significa que habrá por tanto oposición entre 170° y 190° de separación angular. Si se hubiera tratado del Sol en lugar de uno cualquiera de los dos planetas, habría habido oposición entre los 168° y 192°.

Los Puntos: «Se denomina Punto —declara Eudes Picard— un signo ⊕ (una cruz encerrada en un círculo), que ocupa sobre el zodíaco el grado extremo de un arco calculado en primer lugar entre dos significadores convencionales y trasladado luego a un punto que en la mayor parte de los casos es el Ascendente. Los Puntos se calculan en longitud; no tienen latitud alguna. El papel astrológico de los Puntos ofrece mucho interés; guardan estrecha relación con lo universal gracias a su origen cósmico, que descansa en la elección de dos astros significadores de un ser o de una cosa; y luego toman un carácter particular terrestre mediante su punto de apoyo sobre el Ascendente.

Un ejemplo hará comprender mejor esta explicación: usaremos el de Punto o Rueda de la Fortuna, que es el más empleado. Es preciso tomar la distancia del Sol y la Luna y transportarla a partir del Ascendente en el mismo orden de los signos. Un medio más práctico es éste: Se suma la longitud de la Luna a la del Ascendente, y de esta suma se resta la longitud del Sol (1). Esto proporciona el punto exacto del zodíaco donde se halla la Rueda de la Fortuna. En el tema reproducido en la página 24 se ve que la Rueda de la Fortuna se encuentra en la Casa IX, en el grado 4° de Géminis. He aquí cómo ha sido calculada: longitud del Ascendente, 162° + longitud de la Luna, 198° = 360°. Se resta la longitud del Sol, 296°, lo que da 64° que se comienzan a contar a partir del grado 0 del zodíaco, es decir Aries, y conduce, por tanto, a los 64° del zodíaco, o, ex-

(1) Contrariamente a lo que podría inducir una lectura defectuosa de Tolomeo, este cálculo es el mismo tanto si se trata de un nacimiento diurno como de uno nocturno.

presado de otro modo, a 4° del signo de Géminis.

La Rueda de la Fortuna simboliza la suerte de un individuo, ejerciéndose esta suerte más particularmente en la Casa en donde se encuentra situado ese Punto. Si está situada en Casa II será una suerte financiera, y si, por el contrario, como ocurre con el caso presente, se halla en la Casa IX, expresará la suerte del nacido en sus relaciones con el extranjero y con los viajes largos. Muchos astrólogos se niegan a utilizar este Punto, que consideran infundado; no obstante, Tolomeo lo cita literalmente, y Morin de Villefranche lo incluye en todos sus temas. Además de la Rueda de la Fortuna, existe más de medio centenar de Puntos atribuidos a las diversas Casas, teniendo algunos de ellos un interés cuando menos dudoso, tal como «el punto de la benevolencia de los hermanos», «el punto de las bestias de montar», «el punto del saber si habrá o no un rey». Además de la Rueda de la Fortuna, hay quien utiliza la Rueda de la Muerte, que se calcula tomando la distancia desde la Luna a la cúspide de la Casa VIII, luego transportándola a partir de Saturno, ya que este punto —por dirección— se supone que expresa la duración de la vida. La expresión «por dirección» significa que la Rueda de la Muerte se desplaza sobre el zodíaco hasta que se supone que implica la muerte del sujeto, por ejemplo un planeta que rija la Casa VIII. Habiendo efectuado este cálculo en los temas de varios de mis amigos, he tenido que informarles a todos, con gran tristeza, que estaban muertos desde hacía tiempo.

La interpretación. En su estudio condenando la astrología, el astrónomo Paul Couderc ha resumido realmente el problema: «Es natural que sea difícil el paso del tema horoscópico (trabajo preciso y astronómico) a su interpretación, donde se trata ya de valores más o menos bien fijados, o diversamente fijados, de dosificaciones relativas, de impresiones generales, de pronósticos particulares.» Lo cierto es que no

existe ningún método que sea general y admitido por todo el mundo. La multiplicidad de métodos demuestra claramente la dificultad del problema. Vamos a pasar revista rápidamente a tres de ellos, debido a que son practicados actualmente en Francia por diversos astrólogos, pero esto no excluye en absoluto que existan otros tal vez mejores.

El método tradicional. Este método consiste en estudiar cada Casa sucesivamente: El signo zodiacal donde se halla la cúspide de la Casa, los planetas que están incluidos en ella, el regente del signo zodiacal, el signo donde se halla, por lo demás, situado este regente, y también la Casa donde se encuentra situado. Tomemos otra vez el tema de François Hardy (pág. 24). Tenemos, por ejemplo, la Casa II en Libra; así, pues, estudiaremos sucesivamente el signo de Libra con relación al terreno financiero, a continuación la Luna, que se encuentra presente en él, Venus que es el regente de este signo, luego Venus con relación al signo de Sagitario, donde está situado, y finalmente la posición de Venus en la Casa IV. Este sistema, que parece a primera vista lógico, conduce en la mayor parte de los casos a conclusiones absurdas. Vamos a verlo aquí: Al comienzo todo marcha bien: Libra es un signo artístico y la Luna representa los favores del público; ergo, esta nativa gana dinero ejerciendo una profesión artística destinada al gran público; pero, a continuación, las cosas se complican: Venus en Sagitario sugiere que ejerce su arte en el extranjero, y su posición en la Casa IV indica que debe su éxito en ese terreno a su familia, en particular a su padre, cosas éstas que son totalmente falsas. He observado que los astrólogos que se sirven de este método tradicional no llegan a buenos resultados excepto cuando sólo consideran un cierto número de factores, principalmente la situación en una determinada Casa de un planeta regente de otra Casa.

MÉTODO PSICOLÓGICO. Éste busca la dominante de un tema, luego se interesa más concretamente por los puntos angulares del tema, Ascendente, Medio Cielo, Fondo del Cielo y Cúspide de la Casa VII, llamada también Descendente. El astrólogo empieza por hablar de los planetas que están en conjunción con el Ascendente, caso de que los haya, y traza la personalidad íntima del sujeto. Luego pasa al Medio Cielo y describe el medio social; a continuación pasa al Fondo del Cielo; si hay planetas en conjunción en la III, describe el medio intelectual; si hay conjunción en la IV habla del medio familiar, y así sucesivamente. Para establecer un juicio respecto de la II Casa, en el tema tomado como ejemplo, un astrólogo de esta escuela considerará ciertamente la Luna y Libra, pero no aisladas sino en relación con el conjunto del tema. Éste es el método que da los mejores resultados, hace cometer el menor número de errores y es aconsejable para toda persona que quiera tratar de practicar la astrología. Yo le haría dos objeciones: por una parte, no existe, a mi juicio, una dominante en todos los temas; por otra, dicho método no permite ofrecer hechos extremadamente precisos y por tanto demostrativos.

MÉTODO DE EUDES PICARD. «Los cuatro puntos angulares mayores encierran en sí el pasado, el presente y el futuro del sujeto, y, contrariamente al prejuicio que acompaña a la práctica mal entendida de la astrología, no hay que preocuparse en primer lugar del futuro, sino del pasado, ya que éste es el que condiciona el porvenir. Así, pues, se impone ante todo el estudio del atavismo. Cuando se conozca bien el grado de vitalidad y el estado de salud de los padres, se poseerá ya elementos que permitirán recoger preciosos datos acerca de las posibilidades de la vida del sujeto.» Picard aconseja, pues, comenzar el estudio de un tema ante todo por la Casa IV, considerada como la Casa del padre, luego por la Casa X, la de la madre, y estudiando principalmente —por domificación derivada— las principales características de los padres del sujeto. Este sistema, si se admite la veracidad de las Casas derivadas, es bastante lógico. En lo que a mí concierne, sin llegar hasta estudiar los padres del sujeto, empiezo siempre por el estudio de la Casa IV, para situar el clima familiar, y he de confesar que con buenos resultados, es decir que, cuando he triunfado en una interpretación, o sea una vez de cada diez aproximadamente, ha sido partiendo de una buena interpretación de esta Casa IV, la cual me ha proporcionado una base valiosa. En el ejemplo aquí considerado, a saber, la Casa II del tema escogido como ejemplo, Eudes Picard habría relatado, por tanto, *toda la historia pasada, presente y futura de las fluctuaciones* financieras de los bienes de Françoise Hardy. No siendo yo Eudes Picard, me guardaré muy mucho de intentar decir lo que él habría dicho en persona; a título personal, sólo haré notar que, en ese tema del dinero, los planetas benéficos están particularmente bien situados: Venus en la III, lo que indica un feliz presagio por lo que se refiere a las producciones intelectuales y artísticas, el Sol en la IV —el padre del dinero—, lo cual es prometedor por lo que se refiere a la fortuna; Júpiter, el gran benéfico y significador del dinero, está situado en la XI, Casa de los amigos del dinero, lo cual no puede ser más favorable. En cuanto a la Rueda de la Fortuna, ésta se halla situada en la Casa VIII, constituyendo por tanto una protección contra la muerte del dinero.

Esto significa que, en tanto no exista un método simple, claro y admitido por todo el mundo, para interpretar correctamente un tema, la astrología permanecerá al nivel artesanal y será muy difícil pretender su reconocimiento por los medios científicos.

LA PREDICCIÓN. Este vocablo encubre en astrología dos realidades muy distintas entre sí. Ante todo, las previsiones generales que se desprenden del tema de nacimiento, y luego las predicciones propiamente dichas que se obtienen por otros medios astrológicos, tema aniversario de revolución solar, progresiones, direcciones, tránsitos. Es evidente que cuando un astrólogo hace el tema de un recién nacido, toda su interpretación tiene un carácter caracterizadamente predictivo; por el contrario, si este tema corresponde a un anciano al borde de la muerte, los mismos hechos indicados por el astrólogo no tendrán ningún carácter previsorio (1). Los astrólogos distinguen, por tanto, las tendencias generales que se desprenden del tema del nacimiento, por ejemplo, la tendencia al éxito o al fracaso, al divorcio, a los accidentes, a esta o aquella enfermedad, las predisposiciones artísticas, literarias, científicas u otras, etc., y no consideran que al hacer esto realizan un trabajo de predicción, lo cual es jugar con las palabras.

La predicción propiamente dicha se hace a partir de técnicas astrológicas que parecen tan aberrantes a los científicos que, en sus obras críticas, éstos prefieren pasarlas en silencio, o en todo caso, ejecutarlas con una sola frase. Confieso que parecen tener razón, al menos por lo que se refiere a la mayoría de ellas. Entre los procedimientos más empleados están seguramente las *progresiones*. Es un extraño sistema en el que se asimila un día a un año: De ese modo, el tema trazado según el estado del cielo veinticinco días después del nacimiento informa acerca del vigésimo quinto año del nacido. Como única justificación de esta afirmación, cuanto menos sorprendente, los astrólogos invocan siempre la tradición, incluso hasta su experiencia personal. Yo he probado este sistema con los años

(1) No obstante, cuando el astrólogo dice a su cliente: «Tiene usted tal característica», en realidad *predice* que el recién nacido cuya fecha de nacimiento tiene ante él *tendrá* ese rasgo de carácter. Toda interpretación es predictiva.

esenciales de mi vida, y debo confesar que no he descubierto jamás la menor correspondencia. Otra técnica es la de las *profecciones*, donde se hace variar el Ascendente o el Medio Cielo un número de grados igual al de los años de la persona que consulta: Este sistema es tan extraño que hoy lo han abandonado la mayor parte de los astrólogos, pero estaba muy en boga en tiempos de Tolomeo. Vienen luego las *direcciones primarias*, que exigen el establecimiento de fórmulas trigonométricas bastante complejas y son rechazadas, por tanto, por muchos astrólogos, porque lleva demasiado tiempo establecerlas. El presidente del Centro Internacional de Astrología, H.-G. Gouchon, es reputado como maestro en esta clase de direcciones, y debo reconocer que obtiene con ellas resultados a veces sorprendentes. Las *direcciones simbólicas* son mucho más simples porque basta con hacer avanzar a todos los planetas un grado por año, permaneciendo la domificación invariable. Existe una variante que permite hacer progresar sólo a ciertos planetas, significadores de tal o cual aspecto importante, al objeto de ver cuándo se producirán los hechos relativos a la cuestión.

Llegamos ahora a los dos procedimientos que son, con mucho, los más reputados en el terreno tradicional. Ante todo, los temas anuales de *revolución solar*. Se trata de calcular el instante exacto en que, en el día del aniversario del nacimiento, el Sol pasa por el punto del zodíaco donde se hallaba con ocasión del nacimiento. Una vez calculado, este instante es considerado como nueva hora de nacimiento para el año presente, y el tema se traza entonces normalmente (1): Se supone que representa este nuevo año para el nacido. El mapa de revolución

(1) ¡Atención! Esos temas anuales se trazan para el lugar donde se halla realmente el nacido en el momento de su aniversario, y por tanto hay que tener en cuenta el huso horario y la latitud de dicho lugar. Se comprenderá que para un francés que viaja por el Africa austral, por ejemplo, la domificación de su revolución solar sea completamente distinta de la que habría sido en su ciudad de nacimiento. En consecuencia, si un astrólogo percibe una suerte funesta en el tema anual de su cliente, puede sugerirle ir a las antípodas para modificar los presagios (!). Se afirma que ésta era la razón de los frecuentes viajes a la India de cierto Príncipe de Gales con ocasión de su cumpleaños.

solar se estudia en sí mismo como un tema habitual, pero también en relación con el mapa celeste radical, es decir, el inicial. Se trata en esta ocasión de un paso real de los planetas por el cielo, y, si se admite una influencia, cualquiera que sea, de los astros, no debe excluirse que semejante sistema pueda iluminar acerca del año futuro. No obstante, debo señalar que, si bien ciertos astrólogos estiman que las revoluciones solares son una técnica de predicción valiosa y garantizada, otros las consideran despreciables. Lo que sí es cierto es que los informes que se pueden extraer de ellas son de muy delicada interpretación. Por mi parte, he levantado mis principales temas de revolución solar y, al principio, me he sentido tentado de hallar en ellos correspondencias inmediatas; pero luego, habiendo establecido un mayor número de esos temas anuales, me he dado cuenta de que aspectos sumamente típicos, que habían correspondido a una situación vivida realmente, se encontraban de nuevo en otros años, sin que en mi vida real las mismas situaciones se hubieran en absoluto reproducido. Pienso, por tanto, que hay aquí un gran peligro también en ilusionarse y autosugestionarse. No digo que las revoluciones solares sean un sistema absolutamente inutilizable, pero, en todo caso, su manejo es sumamente delicado.

Llegamos finalmente a los *tránsitos*, que son en verdad el sistema predictivo más utilizado; en particular todos los horóscopos de Prensa se establecen a partir de este sistema. Por tránsito, hay que entender el paso real de un planeta por el punto exacto del zodíaco donde otro planeta, o bien él mismo, se hallaba en el instante del nacimiento. Por ejemplo, en el tema de Françoise Hardy, Júpiter está situado a 25° del signo de Leo, y cada vez que Júpiter —es decir cada 12 años— lleve a cabo una vuelta completa del zodíaco, pasará por el grado 25 del León, diciéndose entonces que transita por el Júpiter natal. Por el contrario, cuando pase a 25° del signo opuesto al de Leo, es decir, Acuario, se hablará de tránsito por oposición. Finalmente, cuando Júpiter pase sobre el Ascendente, a 12° de Virgo, se dirá que transita por el Ascendente; cuando pase a 17° de Sagitario, donde se halla Venus, se dirá que transita sobre Venus, y así sucesivamente. Todo eso es muy normal; lo que ya lo es menos es que la teoría astrológica afirma luego que el paso real de un planeta por encima de su posición radical, o de la posición de otro planeta, provoca una especie de excitación de ese punto sensible del horóscopo y afecta al destino actual del individuo, ejerciendo sobre él una influencia conforme a la naturaleza del planeta que lleva a cabo el tránsito, e, igualmente, según la naturaleza del planeta sobre el que se efectúa dicho tránsito. Por ejemplo, cuando Júpiter transita sobre sí mismo, siendo este planeta esencialmente benéfico, semejante tránsito será especialmente feliz en los terrenos regidos por Júpiter, es decir, la suerte y el éxito social o material. Por el contrario, cuando este mismo Júpiter transite sobre el Saturno natal, el planeta maléfico por excelencia, no hay que esperar nada bueno de ello.

Puro absurdo, dicen los científicos, con cierta apariencia de verosimilitud. En efecto, resulta bastante sorprendente que, con ocasión del paso real de un planeta sobre el punto del zodíaco en el que 10, 20 ó 70 años antes se hallaba otro astro, pueda desprenderse alguna cosa en concreto. Aparte de Choisnard, por lo demás, ningún estadístico ha tratado de estudiar los tránsitos, tan desesperado debía parecerles el caso.

Decidí interesarme particularmente en ellos, y esto, lo confieso, por una razón totalmente personal. Tres acontecimientos enteramente imprevisibles, ocurridos en mi vida, eran teóricamente explicables por tránsitos de Júpiter, Urano y Neptuno. Tuve, pues, la curiosidad de estudiar si, por azar, alguno de esos tres acontecimientos habían correspondido realmente a uno de esos tránsitos. Tuve entonces la gran sorpresa de comprobar que los tres se habían producido exactamente con ocasión del tránsito anunciado por la teoría astrológica y en las fechas correspondientes. El primero, que afectó a mi vida social, en diciembre de 1961, se produjo cuando Neptuno tran-

sitaba por mi Júpiter natal, precisamente en el curso de ese mes de diciembre de 1961; este tránsito fue benéfico, como lo es todo tránsito de Neptuno sobre Júpiter, ya que adquiere las cualidades favorables de ese último planeta. Posteriormente, en el mes de abril de 1964, abandoné la Educación Nacional para entrar en el mundo bastante cerrado de la edición, donde deseaba introducirme desde hacía ya algunos años, correspondiendo este hecho exactamente al tránsito de Júpiter sobre el Urano natal, y mostrando claramente el carácter de brusquedad y de imprevisión que acompaña a este astro recientemente descubierto. Finalmente, nuevo cambio brutal, imprevisto, y en definitiva muy benéfico, en mi carrera profesional, ocurrido el 8 de diciembre de 1967, con ocasión de que Urano transita el grado del zodíaco de mi Marte natal desde mediados de noviembre hasta el 13 de diciembre de ese año. Se comprenderá fácilmente que yo no haya manifestado hacia los tránsitos la misma ligereza con la que he considerado los horóscopos progresados, incluso las revoluciones solares.

En primer lugar, he decidido eliminar de mi estudio los tránsitos de los planetas rápidos, Sol, Mercurio, Venus, Marte, ya que intervienen cada año o cada dos años, sin hablar de la Luna que da la vuelta al zodíaco en menos de un mes, y hace, por tanto, absolutamente imposible cualquier clase de control. En efecto, sería muy extraordinario que no se tuviera alguna contrariedad, algún resfriado, algún incidente benigno que no se pudiera atribuir a este o aquel tránsito, caso de que se quiera hallar siempre correspondencias. Me ha parecido, pues, preferible observar sólo los efectos de los tránsitos de los planetas lentos, que se producen con poca frecuencia y cuyas influencias serían particularmente claras sobre el destino humano. He considerado preferible eliminar a Plutón, ya que, tal como he explicado, la latitud de ese planeta es, con frecuencia, de 14 a 17°, lo que lo sitúa fuera de las rutas seguidas por los otros planetas, e incluso, para decirlo todo, fuera del mismo zodíaco. Parece muy difícil en esas condiciones admitir que, cuando Plutón pasa en longitud por el punto donde se hallaba otro planeta, pueda influir sobre ese punto, ya que por lo que se refiere a la latitud está sumamente alejado. Considero, por tanto, que los tránsitos de Plutón, si es que existen, están probablemente tan debilitados que más vale no hablar de ellos.

Júpiter efectúa una revolución completa en el lapso de 12 años aproximadamente, en tanto que Saturno da la vuelta al zodíaco en unos 29 años. Por lo tanto, en el transcurso de una vida humana, esos dos planetas pasan varias veces sobre el punto donde se hallaban en el tema de nacimiento. Por el contrario, por lo que se refiere a Urano, cuya revolución es de 84 años, transita sobre sí mismo como máximo una vez, y Neptuno, cuya revolución es de 156 años, no tiene jamás ocasión de repetir su paso. Por tanto, para esos dos últimos astros no se tiene en cuenta más que los tránsitos que efectúan sobre los demás planetas, así como sobre el Ascendente y el Medio Cielo. Como he dicho ya, Júpiter influye favorablemente sobre la vida, excepto con ocasión de su paso sobre los planetas maléficos, en tanto que Saturno, que actúa siempre con un sentido de restricción, de carencia, influye desfavorablemente, y permanece neutro con ocasión de su paso sobre los benéficos: y he aquí algo que parece confuso, lo que para este hombre es favorable, será despreciable para aquel otro, e incluso francamente malo para un tercero. Los tránsitos de Júpiter sobre mi Júpiter natal con ocasión de mi 24 cumpleaños, y el año pasado con ocasión de mi 36 cumpleaños, se han correspondido con períodos más favorables. Por el contrario, el tránsito de Saturno sobre mi posición natal en mi 29 aniversario no me representó el más pequeño trastorno. Los astrólogos me responderán que mi Saturno está en su domicilio en Acuario y que tiene sextiles favorables con Venus y Urano, lo que explicaría su falta de mordiente. Sin embargo, yo he llegado a la conclusión que no es posible fiarse demasiado de los tránsitos de esos dos astros para hacerse una idea del valor de ese sis-

tema de predicción, ya que sus efectos eran, en definitiva, poco evidentes. Por lo que se refiere a Neptuno, cuyos efectos son, por el contrario, muy claros, no he considerado necesario citarlos ya que, además de que no todos los astrólogos están de acuerdo sobre la naturaleza exacta de los susodichos efectos, este planeta se desplaza tan lentamente que en los temas de muchas personas no transita por encima de ningún planeta en el transcurso de su vida completa, a poco que esté aislado en un lugar desierto de su tema natal.

Quedaba Urano. Tal como sostiene la totalidad de los astrólogos modernos, Urano provoca un accidente fortuito, bueno o malo, cuando transita sobre el punto del zodíaco donde está situado el planeta Marte en el tema de nacimiento; por otra parte, yo había comprobado este hecho en mi propio horóscopo. Este accidente fortuito era francamente malo cuando, en el mapa celeste de nacimiento, ambos planetas estaban conectados por una cuadratura o una oposición: En tal caso un golpe del destino había de afectar al nacido. Inversamente, si Urano y Marte no estaban relacionados por ningún aspecto en el tema radical, o por el contrario formaban entre sí un trígono o un sextil, había muchas posibilidades de que un accidente fortuito viniera a mejorar bruscamente su vida. He aquí algo que resultaba claro y, en suma, relativamente fácil de comprobar, bien sea trazando los temas de mis íntimos, o examinando la vida de los personajes históricos más conocidos. Entiéndase bien, no se trata aquí de un estudio estadístico destinado a demostrar la realidad de semejante tránsito, sino sólo de un examen realizado con cierta profundidad al objeto de formarme una opinión.

Urano avanza muy lentamente en el zodíaco, ya que tarda 84 años en dar la vuelta completa, y parece que pasa tres veces sobre cada grado. La primera vez marchando hacia delante, la segunda vez con una marcha en apariencia retrógrada (hemos visto que, de hecho, son las velocidades relativas de la Tierra y Urano las que se alteran), y una tercera vez de nuevo en marcha directa. Cada tránsito tarda aproximadamente tres meses, y por tanto la duración total del paso de Urano sobre un punto del zodíaco abarca un período de 9 meses. Como la astrología señala que también aquí hay que considerar una órbita de uno o dos grados antes o al final del tránsito, he considerado pues que el accidente fortuito podía producirse dentro del margen de un año a partir del comienzo del primer paso. De hecho, en los ejemplos que citaré, veremos que algunos efectos habían sido casi inmediatos, y otros tardíos. Veamos para empezar los efectos del tránsito Urano-Marte en los temas donde la relación existente entre ambos planetas al comienzo era favorable, o neutral:

J.-C. R.: 15 días después del primer tránsito, obtiene bruscamente un cargo importante en la Televisión francesa, que él intentaba, vanamente, conseguir desde hacía muchos años.

Yo mismo: Me siento inducido a tomar la decisión de abandonar mi anterior editorial, para convertirme en director literario de una casa mucho más importante, y esto de modo totalmente imprevisto, 12 días después del primer tránsito.

B. C., mi joven cuñado: Decide brutalmente abandonar sus estudios para ganarse la vida, y esto dos meses y medio después del primer tránsito, es decir, casi en la conjunción del segundo.

Caso de tránsito en el que los dos planetas estaban conectados por una cuadratura en el tema natal:

Una de nuestras mejores cantantes, Sylvie Vartan, tuvo un accidente muy grave de automóvil (que costó la vida a uno de sus amigos) meses después del tercer tránsito; y se trataba de un accidente aparentemente debido al azar, ya que otro coche vino a cruzarse de través en la carretera justo delante del suyo.

Otra cantante, Mireille Mathieu, tuvo igualmente un accidente de coche bastante serio después del tercer paso de Urano.

Uno de mis amigos fue abandonado por su mujer un mes después de este paso.

Por el contrario, he encontrado a dos personas en las que dicho tránsito parece no haber tenido ningún efecto. Mi exce-

lente amigo Jacques Bergier lo sufrió entre noviembre de 1964 y agosto de 1965, y no puede acordarse de que le hubiera ocurrido nada particular. Otro amigo, J. R., a pesar de tener un trígono en el tema radical, no parece haber sufrido su influencia en ningún sentido.

Veamos ahora algunos ejemplos históricos: Napoleón III tenía Urano situado a 3° de Escorpión, y Marte, casi en oposición absoluta, a 30° de Aries. Ahora bien, en diciembre de 1851, con ocasión del tránsito de Urano por el último grado de Aries, el príncipe presidente confiscó la República en su propio provecho. El presidente de la República, Paul Doumer, fue asesinado en mayo de 1932 al iniciarse el tránsito de Urano sobre su Marte natal, no estando separados ambos planetas más que por un grado de intervalo.

El astrólogo André Barbault se ha interesado también por este tránsito, y he aquí lo que manifiesta en su *Traité pratique*: «Bajo el tránsito Urano-Marte, comprobamos que Robespierre tomó el poder, compromiso cuyas consecuencias fueron rápidamente enojosas; también bajo este tránsito, Danton fue guillotinado; Marat, asesinado; Napoleón llevó a cabo su campaña de Italia; Blanqui fue detenido y deportado; Grant dimitió de la presidencia de los Estados Unidos a consecuencia de un escándalo; Sadi Carnot llegó a la presidencia de la República con molestas consecuencias; Blum fue víctima de un atentado; Darland fue asesinado; Caillaux murió; Mussolini fue ejecutado...

»Si, por otra parte, al margen de nuestro grupo de política, investigamos al azar algunos temas, observando lo que ha ocurrido en la vida de los humanos de todo tipo en la época de este tránsito, veremos que se han producido muertes, lutos (pérdidas de personas queridas), accidentes, operaciones, empresas peligrosas o arriesgadas, contrariedades financieras, rupturas de contratos y procesos, así como pasiones amorosas, matrimonios y viajes. Dedicándonos a un inventario de los resultados obtenidos, comprobamos que, en el 90 % de los casos, se trata de crisis agudas en la existencia, de luchas para llegar, de peligros, de amenazas de destrucción... Aunque haya un 10 % de los casos (aproximadamente) en que esta configuración es feliz (sobre los 12 casos citados aquí, Napoleón es una excepción de tránsito plenamente positivo, y Robespierre juntamente con Sadi Carnot son casos ambivalentes), estamos obligados a deducir de ello una significación general, a sacar una línea directriz de ese tránsito de Urano-Marte en el sentido de la agresividad, de la violencia, de la destrucción (de uno mismo o de otras vidas, parcial o totalmente), de sucesos bruscos imprevistos... ¿No es reconocible aquí la influencia combinada de Marte y Urano?»

La última frase de André Barbault se justifica plenamente en la tradición astrológica, pues Marte representa la violencia, el espíritu guerrero o deportivo, y Urano simboliza los cambios bruscos, los accidentes fortuitos. Sin embargo, me permitiré indicar que encuentro a ese astrólogo algo pesimista en la enumeración de las catástrofes provocadas por dicho tránsito; en los casos estudiados por mí personalmente he visto que los resultados eran siempre brutales ciertamente, pero a veces positivos, si Marte y Urano estaban unidos por una relación armónica en el tema básico.

¿Qué conclusión se puede extraer de esa rápida ojeada acerca de las teorías astrológicas? Es cierto que no están demasiado garantizadas y que sus bases son cuando menos sumamente frágiles. Hemos visto que el simbolismo del zodíaco —fundamento mismo de la tradición— había sido alterado en el transcurso de los siglos, tanto por lo que se refiere a la Espiga de la Virgen como a las Pinzas del Escorpión, sin que se nos haya ofrecido ninguna justificación de ello. No es menos cierto que las significaciones tradicionalmente atribuidas a los planetas son puestas en tela de juicio, por ejemplo, el Marduk de los caldeos se convierte en el Júpiter de los griegos, pero el dios Marduk se parecía mucho más a Marte que a Zeus;

sin hablar de los planetas recientemente descubiertos, y en particular Plutón, sobre el que reina el más completo desacuerdo, tal como lo hemos visto. Por lo que se refiere a la domificación, hemos podido ver que estaba lejos de su puesta a punto, y que ninguno de los sistemas existentes era plenamente satisfactorio al respecto. Ahora bien, el estudio de las Casas derivadas, cuyo interés astrológico nos ha parecido evidente, depende en su totalidad de esa domificación: Si las cúspides de las Casas están mal situadas, los errores que de ello se derivan no hacen más que agravarse en cascada con ocasión de las sucesivas derivaciones. Los aspectos, otro pilar del edificio astrológico, tan queridos al astrónomo Kepler, no son aceptados por todos los astrólogos modernos, y, con frecuencia, son interpretados de un modo diferente por unos y otros. En cuanto a los sistemas predictivos hemos visto que no se basan en nada serio, y, por lo demás, se han convertido en proverbiales los errores de los astrólogos en ese terreno. Todo eso debería conducirnos, como ocurrió con el astrónomo Paul Couderc, a una conclusión puramente negativa.

Pero tenemos la experiencia práctica, y aquí las cosas cambian. Como lo ha demostrado el *test* inicial, y tal como yo lo he podido verificar personalmente en innumerables ocasiones, los buenos astrólogos pueden —en la mayoría de los casos— descubrir realmente el carácter de una persona totalmente desconocida para ellos sólo teniendo en cuenta su hora y fecha de nacimiento. Por lo demás, en los Estados Unidos se han llevado a cabo experimentos, cuya relación veremos más adelante, bajo control científico, y sus resultados han sido muy positivos. Así pues, uno está obligado a admitir que, si desde un punto de vista teórico la astrología no se basa en nada sólido, desde un punto de vista práctico permite obtener efectivamente resultados tangibles. Incluso en lo que se refiere a la predicción, y en la medida en que no se intenta anunciar un hecho preciso para una fecha precisa, el estudio de los tránsitos tales como los de Urano, por ejemplo, permite anunciar tal o cual

cambio en la vida de un individuo para un período que abarca algunos meses. Semejantes previsiones tal vez no son de un interés práctico evidente, pero resultan, sin embargo, útiles para muchos hombres de negocios e incluso para el común de los mortales. Si un revés de fortuna debe abatirse sobre nosotros, más vale estar preparados para ello.

Así, pues, ahora sólo nos resta buscar un porqué a los dos términos de nuestra conclusión aparentemente contradictoria, a través de las influencias astrológicas reconocidas por la ciencia, es decir, las de la Luna y el Sol, de los estudios estadísticos establecidos desde comienzos de siglo y de los experimentos que tratan de demostrar relaciones entre los planetas y el hombre.



10. CAPRICORNIO

LA INFLUENCIA DE LAS LUMINARIAS

El objetivo de este capítulo es demostrar que dos astros por lo menos, a saber, la Luna y el Sol, ejercen influencias reales y ciertas sobre la Tierra, y que dichas influencias no son sólo globales, sino que pueden ser individuales y electivas sobre ciertas especies, tal como lo han puesto de manifiesto recientes experimentos en los Estados Unidos.

Hoy todo el mundo sabe que es el Sol quien marca la pauta de las estaciones y que es la Luna la que preside el fenómeno de las mareas. Estando ya admitidos ambos puntos por la ciencia, lo que no ocurrió siempre por lo que se refiere a las mareas, no es preciso insistir en ello. Veamos más bien la influencia de la Luna sobre el tiempo y, en particular, sobre las precipitaciones atmosféricas.

Ésta es una idea astrológica de la que encontramos ya vestigios en tablillas caldeas que tienen una antigüedad de más de 3 000 años. Este conocimiento pasó a continuación a los egipcios, como podemos comprobar en este dicho que nos ha relatado Plinio *el Viejo*: «De derecho vienen a continuación los presagios de la Luna. En Egipto se observa sobre todo el 4.º día de la Luna. Si se levanta resplandeciendo con una luz pura, se cree que el tiempo será bueno.» Este adagio estaba por lo

demás admitido en tiempos de la Roma imperial, pues Virgilio escribe en las *Geórgicas* (libro I, verso 432 y siguientes): «Si al 4.° día de la luna nueva (este presagio es infalible), aparece un luna pura y luminosa, si describe en el cielo un arco limpio y brillante, dicho día y los que le sigan hasta fin de mes transcurrirán sin lluvia ni viento.»

Todo esto fue rechazado inmediatamente por la ciencia oficial, y hubo que aguardar hasta fines del siglo pasado para que se insinuara de nuevo una duda en la mente de los científicos. Así, en una reseña de la Sociedad Astronómica de Francia (número de diciembre de 1893), Bouquet de la Gyre escribe: «En el siglo pasado todo el mundo seguía con interés la marcha de la Luna en el cielo; luego se produjo una reacción en el momento en que se puso en duda hechos mucho más convincentes. Después de la fe, hizo acto de presencia en los hombres de ciencia el escepticismo: éste se exageró en demasía. El gran Arago, que ha dedicado uno de sus mejores artículos a analizar y refutar muchas creencias relativas al poder de la Luna, y que, en general, está considerado como un adversario de la opinión referente a su acción sobre la atmósfera, está muy lejos de decir que dicha acción sea nula. La niega de un modo absoluto en lo que concierne a los actos humanos y no acepta siquiera que los lunáticos (personas antojadizas) puedan ser influidos por el curso de nuestro satélite; pero, en lo que atañe a la meteorología, reproduce cifras que no hacen más que corroborar la tradición. No obstante, manifiesta dudas acerca de la magnitud del efecto producido, y llama la atención de los sabios acerca de este punto. Arago, pese a lo que se haya dicho al respecto, no es, pues, en absoluto el adversario convencido de las influencias extraterrestres sobre los movimientos de la atmósfera; por un lado, era demasiado prudente para negar el correcto fundamento de ciertas creencias, y, por otro, podía pensar que, aunque Laplace había hallado un valor mínimo para la acción de nuestro satélite sobre la altura de la columna barométrica, ello guardaba una estrecha relación con el lugar bastante mal escogido en que se habían efectuado las observaciones.»

El abate Moreux, el sabio astrónomo del observatorio de Bourges, que cita ese párrafo en su obra *Les influences astrales*, afirma por su parte: «Por lo demás, lo que la experiencia ha comprobado es esto: se ha podido poner de manifiesto una marea atmosférica que se traduce en ondas diurnas, semidiurnas y mensuales. Según la distancia de nuestro satélite, la fase lunar y la elevación de la Luna por encima del horizonte, se obtiene una variación que puede llegar hasta 3 mm de mercurio, aproximadamente dos veces la cifra dada por Laplace.» Más adelante el abate Moreux añade: «Las estadísticas han ratificado los resultados ya obtenidos en lo que se refiere a la presión atmosférica y de los que he hablado anteriormente. Al mismo tiempo han demostrado que el efecto de la Luna se manifiesta también de modo evidente en la disminución de la velocidad del viento y en la mayor cantidad de nubes en las proximidades de la fase de plenilunio.» A continuación estudia la influencia lunar sobre la lluvia y comprueba que exámenes referidos a 10 000 días de lluvia mostraban un exceso de 28 días entre el primer cuarto y la luna llena, y, por el contrario, una disminución de 29 días en el momento en que llegaba al último cuarto. Termina afirmando: «La conclusión es clara: La Luna actúa sobre el tiempo atmosférico, pero de un modo más bien débil.»

Estudios más avanzados, y más matemáticos, se emprendieron en 1962 por parte de dos ingenieros de la Universidad de Nueva York, D. A. Bradley y Max A. Woodbury, y por el doctor Brier del Instituto Tecnológico de Massachusetts. En un artículo aparecido en la revista *Sciences*, titulado *Lunar synodical period and widespread precipitations*, llegan a la siguiente conclusión: «Si los días de precipitación muy abundante son anotados en términos de diferencia angular entre la Luna y el Sol, se comprueba que dichos días no se distribuyen precisamente al azar. En la América del Norte, las grandes precipi-

taciones se observan sobre todo a mediados de la primera y de la tercera semana del mes sinódico y más concretamente entre el tercero y quinto día después del plenilunio y novilunio. Por el contrario, el segundo y cuarto cuartos lunares son pobres en grandes precipitaciones lluviosas. El mínimo ocurre más o menos tres días antes de que se produzca en el espacio la alineación Tierra-Luna-Sol.» Por lo que se refiere a los medios de acción de la Luna sobre las precipitaciones son muy imperfectamente conocidos. No obstante, desde 1964, y basada en el experimento del satélite «I.M.T.-1» de la NASA, existe una teoría: Según su posición respecto al Sol, la Luna altera o desvía el flujo de partículas que constantemente emana del astro rey. Ahora bien, ese flujo actúa sobre el polvo meteórico de nuestra atmósfera que parece producir la condensación del vapor de agua de las nubes. Así, pues, vemos cómo se puede establecer la relación entre la Luna, el flujo solar, el polvo meteórico y finalmente la lluvia.

Hablemos finalmente de la luna rojiza, tan importante en la opinión de los agricultores por su influencia sobre los brotes jóvenes. En su *Astronomía popular,* Arago relata una divertida anécdota sobre el embarazo de los astrónomos del siglo pasado ante esta cuestión:

«—Estoy encantado de poder reunir a mi alrededor —dijo cierto día Luis XVIII a los miembros que componían una delegación del Bureau des Longitudes que había venido a ofrecerle *La connaissance des tempes* y *L'annuaire*— a tal número de sabios, ya que ustedes me explicarán con claridad qué es la luna rojiza y cuál su modo de acción sobre las cosechas.

»Laplace, a quien se dirigían más particularmente esas palabras, se quedó aterrado; él, que tanto había escrito acerca de la Luna, no había pensado nunca en la luna rojiza. Laplace consultó a todos sus acompañantes con la mirada, pero no viendo a nadie dispuesto a tomar la palabra, se decidió a responder por sí mismo:

»—Sire, la luna rojiza no ocupa lugar alguno en las teorías

astronómicas; no estamos, por tanto, en condiciones de satisfacer la curiosidad de Vuestra Majestad.

»Por la tarde, durante el juego, el rey se divirtió mucho con el apuro en que había puesto a los miembros de su Bureau des Longitudes. Laplace tuvo noticia de ello y acudió al observatorio a pedirme si podía ilustrarle acerca de esta famosa luna rojiza que había sido el tema de un contratiempo tan desagradable. Le prometí ir en busca de información cerca de los jardineros del Jardín Botánico y otros agricultores.»

¿De qué se trata, en realidad? Dicha luna rojiza es aquella que comienza después de Pascuas y que tiene, aparentemente, el poder de chamuscar las yemas jóvenes y los nuevos brotes de las plantas. Ya en la antigua Roma se dirigían rogativas a los dioses para alejar este azote. Abundan los refranes populares acerca de esta cuestión, lo que no impidió que Arago, y el Bureau des Longitudes, decretaran que dicha influencia que los campesinos comprobaban era totalmente ilusoria. Para él las plantas estaban simplemente congeladas; ahora bien, la helada es más grave cuanto más puro es el cielo y, en consecuencia, más aumenta la pérdida de calor por radiación, lo cual permite al mismo tiempo ver mejor el astro de las noches. Los agricultores consultados manifestaron que esa explicación era buena tal vez para los astrónomos, que no salían de su observatorio, pero que ellos (los campesinos) eran perfectamente capaces de ver la diferencia entre un brote *chamuscado* y un brote *helado,* lo cual es totalmente distinto.

El abate Moreux consintió en salir de su observatorio para estudiar el fenómeno en la realidad. No halló su solución, pero cuando menos verificó su autenticidad. Veamos lo que dice al respecto:

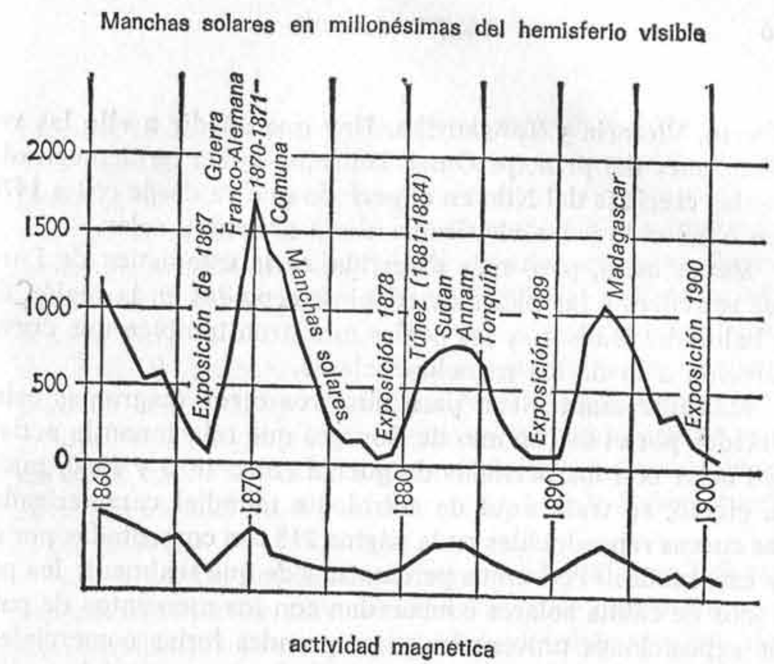
«Es muy cierto que en las noches frías, los brotes toman un tinte rojizo muy acusado. ¿Qué fenómeno tiene lugar entonces? Muy sabio será quien pueda decirlo, y sería necesaria la opinión de un fisiólogo sagaz para sacarnos del embrollo. ¿Es que, en estas circunstancias, la luz de la Luna actúa acaso sobre

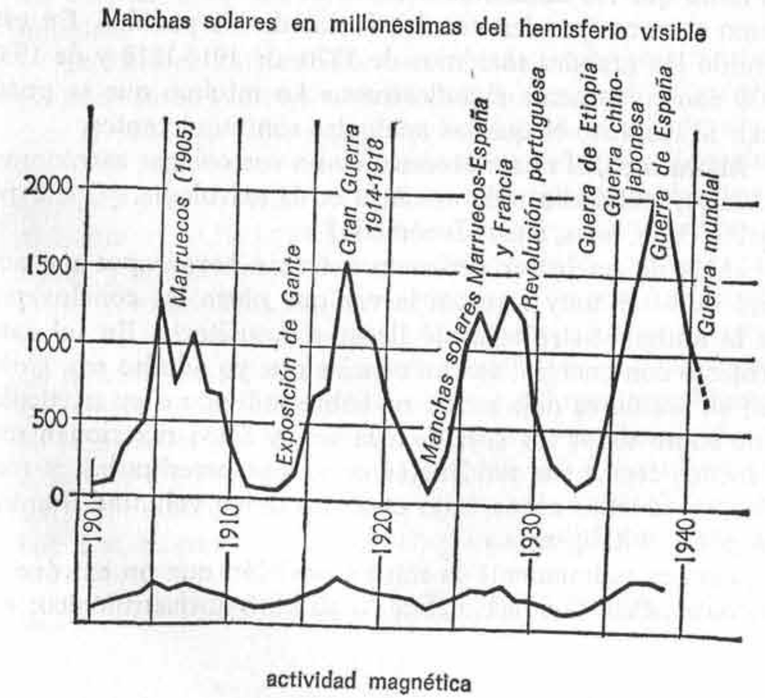
los brotes jóvenes? Es bastante conocido el modo como la luz lunar actúa sobre las telas, comiéndose el tinte y degradando los tejidos. Así, pues, no sería muy prudente quitarles la razón a los que acusan a la Luna de los daños que comprobamos durante las noches primaverales en que se desarrollan los brotes, época que se corresponde necesariamente con el período llamado de luna rojiza. Sé que al escribir estas líneas y ponerme de parte de los jardineros, me arriesgo a desencadenar las críticas de aquellos a los que se reviste con el nombre de sabios, pero eso me importa poco.»

Estudiemos ahora las influencias solares sobre la Naturaleza. Sabemos que el astro del día es sinónimo de vida para la Tierra, tanto para el reino vegetal como para el animal. Ya en 1801, el astrónomo Herschel —el mismo que descubrió Urano— declaraba: «Al examinar el período comprendido entre 1650 y 1713, me parece probable que se produjo un enrarecimiento de la vegetación, según el precio normal del trigo, cuando el Sol no tenía manchas.» Hoy se expresaría la misma idea hablando de un mínimo de actividad solar.

El abate Moreux compuso varios diagramas que mostraban que la curva de producción de vino en Francia, tomada como ejemplo, se correspondía bastante fielmente con la curva de la actividad solar y que lo mismo ocurría para la de la producción del trigo. Moreux añade: «En un estudio que abarca 7 ciclos de manchas solares, el profesor Douglas, astrónomo americano muy conocido por sus trabajos acerca del planeta Marte, ha puesto de relieve un incremento periódico de la vegetación en Europa central. La altura de los árboles proporciona una curva que reproduce la marcha general de la actividad solar, y ello puede explicarse por un recrudecimiento de las lluvias, de la radiación que aporta más luz, más calor y un suplemento no despreciable de rayos ultravioleta.

»He hablado ya del nivel de los grandes lagos ecuatoriales,





Alberto, Victoria y Tanganyika. Hay que añadir a ello las verificaciones del príncipe Omar Tousoun, quien ha demostrado que las crecidas del Nilo en el período que va desde 662 a 1470 han obedecido a las vicisitudes de la actividad solar.»

Menos seria, pero más divertida, es la estadística de Lury que se refiere a las pieles de conejos recogidas en la región de la bahía del Hudson, y las cuales muestran también una curva parecida a la de las manchas solares.

Más interesantes son para nosotros otros diagramas establecidos por el astrónomo de Bourges que relacionan la actividad solar con los períodos de guerra entre 1870 y 1940, pues, en efecto, se trata aquí de astrología mundial caracterizada. Las curvas reproducidas en la página 215 son comentadas por él de este modo: «Podremos percatarnos de que realmente los períodos de calma solares concuerdan con los momentos de paz, las exposiciones universales y las grandes ferias comerciales, en tanto que los aumentos bruscos de las curvas y del magnetismo se corresponden con las furias de los pueblos. En este sentido los grandes máximos de 1870, de 1914-1918 y de 1937-1939 son sumamente significativos.» Lo mínimo que se puede decir al respecto es que las analogías son inquietantes.

Ahora bien, el abate Moreux, como sus colegas astrónomos actuales, rechazaba toda creencia en la astrología. ¿Qué explicación daba, pues, a este fenómeno?

«Más de un lector dedicado a trazar horóscopos me acusará de estar muy cerca, a la vez que niego las conclusiones de la antigua astrología, de llegar a resucitarla. En tal caso, protesto con energía: las influencias que yo admito son *globales*; su acción se deja sentir no sobre individuos en particular sino sobre todos los sujetos a la vez, y éstos reaccionan más o menos según sus tendencias orgánicas hereditarias, y también, en muchos casos, bajo el efecto de su voluntad iluminada por la inteligencia.»

Ésta es exactamente la misma posición que un astrónomo moderno, Paul Couderc, define en su libro antiastrológico: «El juego de manos es grosero: se reliza deslizándose de lo general a lo particular, abandonando razones propias a la física del globo (globales como su nombre recuerda) por especificaciones que no se desprenden en absoluto de ello, de una particularidad a menudo pasmosa y que, en ninguna época, han sido establecidas. Cierto, el Sol calienta la Tierra y alimenta en ella la vida: pero de ello no se infiere que se interese por nuestros asuntos del corazón; cierto, la Luna participa en las mareas, pero no nos aconseja en la elección de un billete de lotería ganador... Sí, Júpiter es un hermoso planeta, pero su presencia en el punto medio de nuestro cielo de nacimiento en nada garantiza el éxito en el bachillerato (más vale haber estudiado el programa).»

Así, pues, las dos luminarias no pueden ejercer influencias específicas sobre los seres vivos: he aquí de nuevo una afirmación heredada de la ciencia positivista del siglo XIX, que, de día en día, es criticada severamente por los nuevos descubrimientos.

En estos últimos años se han llevado a cabo interesantes experimentos con ciertos animales de laboratorio, en particular con el cangrejo *Uba pugnax* y las ostras. Ese cangrejo, por ejemplo, muestra un color oscuro cerca del mediodía y claro al anochecer. El profesor F. A. Brown ha intentado desplazar dicho ritmo y lo ha conseguido modificando la alternancia de la noche y el día. Por el contrario, variando el medio, mediante el calor, el frío, etc., le fue enteramente imposible cambiar el ritmo interno del cangrejo, y el profesor concluyó reconociendo la existencia de una especie de reloj biológico que le permitía resistir a todas las modificaciones del medio ambiente que se le hacía sufrir. Tal como nos lo cuenta Gauquelin en su obra *Los relojes cósmicos* (1), el profesor Brown tuvo entonces la idea de realizar un experimento más original: «¿Qué ocurriría si, manteniendo constantes las condiciones ambientales

(1) Obra prologada y revisada por el propio Brown, así pues de primera mano. Ha sido, además, publicada por «Plaza & Janés» en esta misma colección «Otros Mundos».

de los animales, se hiciera variar los factores cósmicos, el paso por el meridiano lunar, por ejemplo? Brown hizo transportar ostras, en recipientes herméticamente cerrados, por el "Railway Express", desde la bahía de Long Island Sound hasta su laboratorio de Evanston, situado a 1 000 millas en el interior. Aquí observó su actividad midiendo la frecuencia e intensidad de apertura de su valva. Al comienzo las ostras habían mantenido su ritmo original, abriéndose regularmente a la hora en que tenía lugar la marea de Long Island Sound. Pero al cabo de quince días, Brown comprobó que su ritmo de actividad se desplazaba progresivamente. Y pronto las ostras se abrieron siguiendo la teórica cadencia de mareas que habrían tenido lugar si Evanston hubiera sido puerto de mar, es decir, en el momento del paso de la luna por el meridiano de aquel lugar. ¡Las ostras habían abandonado su ritmo condicionado por las mareas reales para responder a un ritmo puramente lunar! En cierto sentido, habían sido "puestas otra vez en hora" por una influencia desconocida, que estaba en directa relación con el paso de la luna por el meridiano de Evanston. Y sin embargo, tales ostras habían permanecido encerradas en recipientes herméticos en el laboratorio.»

Más tarde, Brown demostraría que las ratas y los hámsters eran también sensibles a una cierta forma de influencia lunar. De ese modo, se sintió inclinado a suponer que las condiciones constantes de laboratorio no debían serlo en realidad, y llegó a la conclusión de que «cuando el organismo de los animales es puesto nuevamente a la hora cósmica por el paso superior o inferior de la luna, la única explicación verosímil es que tales criaturas obtienen informaciones acerca de la posición de ese astro a través del canal de algunas influencias sutiles.» Sutiles o astrales, la cuestión sigue en pie.

Lo que es cierto para el cangrejo o para la ostra lo es evidentemente para el hombre, y se conoce ya la influencia del plenilunio sobre los desequilibrados. Comprobada desde antiguo por la sabiduría popular, es decir, por la experiencia, esta

acción sobre los «lunáticos» ha sido negada innumerables veces por los médicos y psiquíatras. No obstante, hoy parece que se regresa a la opinión de Paracelso, y en 1961, por ejemplo, el Philadelphia Police Department hizo publicar un informe acerca de *El efecto del plenilunio en el comportamiento humano,* firmado por el inspector Wilfred Faust: «Los 70 agentes de Policía que reciben a diario llamadas de urgencia por teléfono afirman que tienen mucho más trabajo cuando se avecina la noche de luna llena. Los desequilibrados agresivos, tales como los pirómanos, cleptómanos y criminales alcohólicos parecen pasar al acto criminal con mayor frecuencia cuando la luna crece, que cuando mengua.» (1)

Examinemos ahora las influencias solares sobre el hombre. Con este objeto consultemos un artículo del doctor Budai aparecido en la *Revue de pathologie comparée* (julio 1935):

«1: En Moscú, las epidemias de fiebre recurrente siguen, entre 1880 y 1916, el ritmo de las manchas solares (Chijevski, *Epidemicals catastrophes and solar activity,* Moscú 1930).

»2: Desde 1882, en América del Norte, los accesos agresivos de la meningitis cerebroespinal, en número de 5, coinciden con una diferencia de uno o dos años con los máximos undecenales (once años) de las manchas solares. (E. Budai, *Revue de pathologie comparée,* junio 1930).

»3: Desde 1893 hasta 1928, las epidemias de difteria de las tres ciudades de Debreczin, Budapest y Viena se adaptan al ritmo de las manchas solares (Asociación Médica de Debreczin, conferencia del profesor Belak en noviembre de 1931).

»4: Las grandes explosiones de paludismo de Argelia ocurridas entre 1904 y 1928 ofrecen, según Étienne Sergent, la misma particularidad (*Revue de pathologie exotique*, febrero 1932).»

Con referencia al 2.º caso, el doctor E. Budai añade que:

(1) Citado en *Los relojes cósmicos.*

«A continuación de Maurice Faure, de A. L. Chijevski y de K. E. Krafft, he comprobado: la coincidencia de los accesos febriles con la presencia de manchas en la zona central del sol 3 y el sincronismo de ciertas epidemias como la *meningitis cerebroespinal* en los Estados Unidos, junto con los máximos undecenales de manchas 4, y, más importante todavía, con los perihelios (aproximaciones solares) asimismo undecenales del planeta dominante del sistema solar, *Júpiter* (principal perturbador del equilibrio gravitatorio del astro central 5). Finalmente, he puesto de manifiesto, como fenómeno de orden muy general, el *ritmo lunar* de las enfermedades febriles y de los estados biológicos más variados 6.

»Ahora bien, cuanto más me alejaba de la atmósfera terrestre, más amigos iba perdiendo. Lo que no me impidió formular (a fin de cuentas para uso propio, ya que ninguno de mis comentadores se ha atrevido a reproducirla), mi *Teoría biogravitatoria*, que postula la dependencia absoluta y general del metabolismo basal de todos los seres vivos de la gravitación solar, perturbada esta última, de modo cíclico, entre otras cosas por las revoluciones excéntricas de *Júpiter*, cuya duración es de 11 años y 10 meses.» (1)

El profesor Chijevski, que acabamos de ver citado otra vez, asistió al Congreso Astrológico de París, en 1937, donde hizo una comunicación de título bastante sorprendente: *Sala revestida de corazas, necesaria a todos los hospitales para proteger a los enfermos contra las radiaciones solares y cósmicas perjudiciales, según el sistema del profesor-doctor A. L. Chijevski.* Ciertamente el profesor no pronunció en ningún momento la palabra astrología, pero su frase: «Todo hospital equipado de ese modo debe estar en constante contacto con un observatorio astronómico; quizá la ciencia de los astros celestes venga en activa ayuda de la vida humana», lo cual, añadido al hecho de que hubiera aceptado participar en ese congreso de astrólogos,

(1) Reproducido por K. E. Krafft en su *Tratado de Astrobiología*, 1939.

demuestra de modo fehaciente que no era precisamente hostil a ese arte. Veamos ahora algunos extractos de su comunicación que nos interesan más concretamente (¡el estilo del doctor Chijevski demuestra que no tuvo necesidad de recurrir a un intérprete!):

«La cuestión que expongo en este artículo ha madurado hasta el punto de poder ser decidida en un sentido o en otro. Esta cuestión es de una importancia suma, tanto en teoría como en la práctica, y debería ser decidida sin demora, dependiendo de ello la vida de millares y millares de hombres. Los trabajos de un conjunto de investigadores *(omito dicha enumeración)* han demostrado de un modo irrefutable el hecho siguiente: Las perturbaciones que tienen lugar en la superficie del Sol, bajo la apariencia de irrupciones o protuberancias, bajo el aspecto de manchas o movimientos arremolinados de la materia solar, aumentan bruscamente, casi instantáneamente, el número de los casos fatales de diversas enfermedades: en primer lugar, el sistema nervioso parece ser el primero en reaccionar a las radiaciones solares. Quien estudie las investigaciones de los sabios mencionados deberá reconocer esta dependencia como un hecho absolutamente justo: la coincidencia del fenómeno solar con la mortalidad es completa.» El profesor cita un cierto número de hechos clínicos, recuerda los trabajos de sus colegas Faure y Sardou, que nosotros vamos a examinar, y propone como vector del fenómeno, bien las radiaciones electromagnéticas de onda corta, o los influjos eléctricos y magnéticos de la atmósfera y de la corteza terrestre. Propone la instalación de pantallas metálicas protectoras en los hospitales (habla en este sentido de salas revestidas de corazas). Y finaliza: «Corresponde al futuro demostrar hasta qué punto mi idea de la posibilidad de acudir en ayuda de la vida humana ha sido justa. Pero la ciencia de hoy debería considerar como deber suyo el prestar la máxima atención a mi suposición. No existen medios ni sumas de dinero cuyo gasto se pueda lamentar cuando entra en juego la vida de millares

de hombres, a quienes se puede arrancar a la muerte, de la que están amenazados.»

Numerosos investigadores han establecido relaciones entre las manchas del Sol y los accidentes mórbidos, e incluso dieron lugar a una divertida controversia entre el impetuoso abate Moreux y los doctores Faure y Sardou que habían tenido la audacia de exponer sus observaciones en una comunicación en la Academia de Medicina de París (el 4 de julio de 1922) cuando ya el astrónomo de Bourges había publicado hechos similares. Veamos ante todo cómo efectuaron su control los dos médicos.

«Nos decidimos, conjuntamente, a estudiar si la aparición de manchas solares coincidía con la agravación de las enfermedades humanas. El doctor Sardou nos prestó su colaboración, y he aquí cómo se llevó a cabo esta primera investigación. El señor Valot (astrónomo) anotó en su laboratorio del Mont-Blanc la aparición de las manchas solares. Al mismo tiempo el doctor Sardou tomó nota de los accidentes mórbidos que tenían lugar en Niza, es decir, a orillas del Mediterráneo, en tanto que yo lo hacía con los ocurridos en Lamalou, lugar situado en las montañas de las Cévennes, en el límite de la meseta central francesa. Ninguno de nosotros comunicó en absoluto sus observaciones a sus colaboradores. Pero, cuando, después de 267 días de observación consecutiva, confrontamos nuestros resultados, resultó fácil comprobar que eran cronológicamente superponibles, es decir que, sobre 25 casos de apariciones de manchas solares, 21 habían estado acompañados de accidentes mórbidos muy claros... Posteriormente verifiqué también la relación entre las manchas solares y el aumento en la incidencia de muertes súbitas, que son dos veces más numerosas en dicho momento que normalmente.»

El abate Moreux, por su parte, manifiesta: «Desde 1901 a 1909, me dediqué a investigar si el Sol influía sobre los organismos humanos. Como ocupaba el cargo de profesor en un colegio que reunía gran cantidad de alumnos, estaba magníficamente situado para llevar a cabo mis observaciones. Pues bien; sin ser doctor en Medicina, fui capaz de apreciar recrudecimientos de manifestaciones artríticas: reumatismo, gota, neuralgia, crisis nerviosas y cardíacas, etc., coincidiendo no con las manchas del Sol, sino con las fuertes desviaciones magnéticas debidas a la actividad solar. Así, pues, me llevé una gran sorpresa al leer la relación de hechos análogos verificados por los doctores Maurice Faure y G. Sardou quienes se tomaron muchas molestias para explicar el recrudecimiento de varias enfermedades sobrevenidas a sus clientes. Sin embargo, no es que yo no hubiera publicado mis resultados: los he expuesto en numerosas conferencias tanto en Francia como en el extranjero.»

En otro artículo, insiste sobre el «caso» Faure-Sardou, y añade: «Que sus observaciones sobre este tema puedan hallar acogida en la Academia de Medicina, no debería sorprenderme. Nuestros doctores, aun los más sabios, no están al corriente de la astronomía. La moral de la historia es que los sabios no han cambiado desde Kepler y Galileo. A menudo todo consiste en robar al vecino.»

Este exabrupto le mereció un irónico artículo de Paul Redonnel, aparecido en el número de enero de 1936 del *Voile d'Isis*: «Sin faltar al respeto ni disminuir nuestra deferencia, podríamos... afirmar que los maestros de Astrología conocían ya lo que el abate Moreux denomina sus descubrimientos, los cuales enseñaban a sus adeptos y discípulos hace ya algunos siglos, antes de que el eminente astrónomo y los doctores a los que él vitupera fueran en el mundo.»

Dicho esto, prosigamos interesándonos en la recrudescencia de los infartos de miocardio, los cuales parecen estar en relación directa con la actividad solar. Así, el 17 de mayo de 1959, se produjo en el Sol una triple fulguración sumamente potente en dirección a la Tierra. El flujo nos alcanzó el día siguiente, 18 de mayo, día en que varios hospitales señalaron un recrudecimiento de los accidentes cardiovasculares. Por ejem-

plo, el profesor ruso Romenski, director de sanidad en Sotchi, indicaba que en los hospitales que él visitaba el número de dichos accidentes cardíacos había saltado, de promedio, de 2 a 20. Esta multiplicación por diez no puede tener otro origen que la influencia solar.

Este punto fue demostrado por el médico francés doctor Poumailloux, asociado al meteorólogo R. Viart, cuya comunicación en la Academia de Medicina de París, fechada en 1959, se titula *Posible correlación entre la incidencia de los infartos de miocardio y el aumento de las actividades solares y geomagnéticas.* Esta memoria pone de manifiesto que la frecuencia de los infartos en particular y de los accidentes cardíacos en general depende en realidad de la actividad solar. El doctor Poumailloux y su colaborador, tras haber estudiado ese fenómeno durante todo el año 1957, llegaban a la conclusión de que existía una conexión directa entre la agitación solar y la formación de coágulos en los vasos sanguíneos de aquellos individuos más especialmente predispuestos a este tipo de accidente.

Por lo tanto, está hoy demostrado que las dos luminarias, Sol y Luna, ejercen importantes influencias sobre la Tierra, no sólo globalmente, sino también de manera electiva. ¿Tienen dichas influencias alguna relación con las enseñanzas tradicionales de la astrología? Respecto a las relaciones que unen a la Luna con la meteorología, como he dicho ya, se conocen desde la más remota Antigüedad, y nuestros meteorólogos modernos no han hecho más que hallarlas de nuevo, después de haberlas negado. En lo que concierne a la conexión existente entre ciertas afecciones mentales y la Luna (conexión siempre negada por ciertos médicos, hay que reconocerlo), está también enteramente comprendida en la tradición astrológica, ya que se supone que la Luna gobierna la sensibilidad y la imaginación de los seres humanos, facultades cuyo trastorno lleva a diversas formas de locura.

En cuanto al Sol, la astrología le hace regir el corazón y todas las afecciones que hieren a este órgano. El recrudecimiento del infarto con ocasión de las erupciones solares es, por tanto, un hecho que encaja perfectamente con su tradición. Por el contrario, las epidemias de fiebre recurrente, de histeria y de meningitis que hemos citado hace poco y que parecen estar asimismo en relación con el astro del día nada tienen que ver teóricamente con él desde el punto de vista de las atribuciones tradicionales. Se podría pensar, pues, que el Sol cumple en este caso el papel de estación repetidora de influencias venidas de otros planetas, lo que explicaría, por lo demás, la ausencia, científicamente demostrada, de relación física entre esos globos y el nuestro. Sin embargo, no hay que olvidar, como en el caso de la luna rojiza, que dichas influencias —visibles y al mismo tiempo perfectamente inexplicables— existen realmente. Por último, las estadísticas que hemos visto en el capítulo anterior parecen demostrar que hay verdaderamente un vínculo sutil que une a ciertos hombres con ciertos astros, sin que, no obstante, ningún rayo planetario haya alcanzado al recién nacido.

Con todo, es necesario que exista un vector de esta influencia planetaria. F.-Ch. Barlet, a fines del siglo pasado, había sugerido ya el magnetismo terrestre, idea que ha sido recogida hoy por numerosos investigadores. El principal discípulo de Barlet, Henri Selva, expone extensamente esta idea en su *Traité d'Astrologie généthliaque*: «Pero si el Sol influye sobre el magnetismo físico, ¿por qué no ejerce dicha acción sobre el magnetismo animal? ¿No han revelado acaso los experimentos casi oficiales de la actualidad un estrecho parentesco entre esos dos magnetismos, o, más exactamente, no han demostrado quizá que el magnetismo físico y aquel que se denomina vital o animal son sólo dos aspectos, dos modos de acción, de una misma y única fuerza?» Pero allí donde F.-Ch. Barlet, gracias a la pura intuición, había escrito: «Hay, por tanto, una influencia magnética... de los astros vecinos sobre la Tierra», los

investigadores modernos han aportado una base más científica a esta hipótesis. Michel Gauquelin, en *Los relojes cósmicos*, escribe: «Tomando otra vez nuestros datos de nacimiento, hemos comparado, día tras día, los hechos planetarios de herencia con la agitación magnética terrestre, relacionada como es sabido con las manifestaciones solares... La agitación magnética ejerce una influencia muy nítida sobre el efecto planetario de herencia: dicho efecto aumenta cuando aumenta la agitación magnética.» El magnetismo terrestre no es tal vez el vector de la influencia astral, pero, por el momento, es una hipótesis de trabajo aún no invalidada.



11. ACUARIO

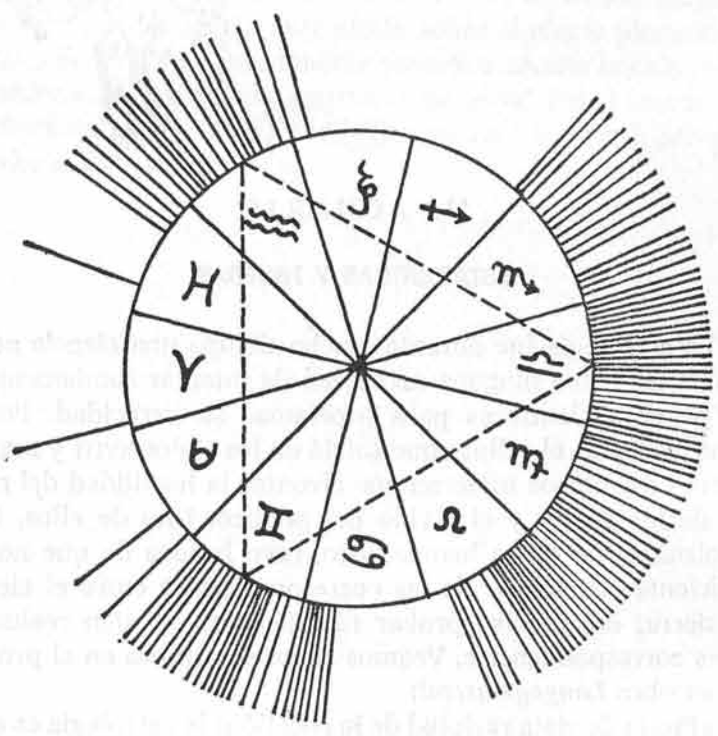
ESTADISTICAS Y PRUEBAS

La astrología fue durante mucho tiempo una ciencia admitida, y no había ninguna necesidad de intentar fundamentarla en pruebas científicas para proclamar su veracidad. Por el contrario, tras el eclipse que sufrió en los siglos XVIII y XIX, los nuevos astrólogos tuvieron que afrontar la hostilidad del mundo de los sabios y el olvido del público. Uno de ellos, Paul Choisnard, tal como hemos visto, tuvo la idea de que no era suficiente con hablar de las correspondencias entre el cielo y la tierra; era preciso probar también que existían realmente tales correspondencias. Veamos cómo se expresa en el prólogo de su obra *Langage astral*:

«Punto de vista racional de la cuestión: la astrología es esencialmente una ciencia de correspondencias naturales basadas en datos astronómicos. Aquellos que, en nuestros días, han tratado de convertirla en científica, han hecho fijar la atención de la ciencia sobre estos datos astronómicos, pero la mayor parte de ellos han olvidado completamente emplearlos para demostrar la realidad de las "correspondencias" invocadas; y ni siquiera han dicho en qué debían consistir esas correspondencias. Ahora bien, está claro que no hay astrología más que

en el caso de que tales correspondencias sean reales y definidas, y que, en caso contrario, todo el lujo matemático será inútil.»

Paul Choisnard emprende entonces la tarea de probar la astrología mediante verificaciones estadísticas. En su obra



Esquema de reparto de los Ascendentes de las «mentes superiores», según la estadística del comandante Choisnard

Preuves et bases de l'astrologie scientifique, expone: «Nuevos estudios emprendidos en 1914 me han permitido poner a punto con más precisión esta cuestión de las pruebas: en el fondo, éstas se reducen a una sola prueba: la de los cálculos de proba-

bilidades basados en las frecuencias comparadas de los factores astrológicos, frecuencias éstas aportadas por diversas estadísticas. Considerada desde este punto de vista, la astrología ya no es una cuestión de posibilidad y verosimilitud a discutir, sino una certidumbre científica a exponer.»

Valía la pena ensayar la idea, por más que no es en absoluto evidente que se pueda aislar tal o cual factor astrológico de un tema, que es un conjunto global, y, aunque se descubrieran correlaciones estadísticas, éstas no podrían ser consideradas más que como presunciones en favor de la astrología; por el contrario, si no pudiera descubrirse ninguna, ello no debería ser tenido por una prueba *a contrario* de ese arte.

Una de las dos estadísticas más conocidas de Choisnard fue aquélla en la que se pretendía demostrar que los hombres de mente «superior» nacían sólo bajo algunos signos privilegiados del zodíaco. Choisnard calculó los Ascendentes de un número ligeramente superior a 300 personas de una inteligencia superior a la normal (Balzac, Clemenceau, Cuvier, Flammarion, Hugo, Musse, Robespierre, Verlaine, etc.). Como se puede comprobar en el esquema reproducido en la página 228, dichos ascendentes se agrupan en un triple sector, Libra, Acuario, Géminis, con prolongaciones a los signos vecinos, Virgo y Escorpion. «Podemos llegar, pues, a la conclusión —escribía Choisnard—, con una probabilidad que se aproxima a la certidumbre, que el Ascendente, y por tanto la orientación de todo el zodíaco en el momento del nacimiento (independientemente incluso de los planetas que se encuentren en él) marca una especie de proyecto de las facultades humanas; demuestra, pues, una influencia astral o cuando menos una influencia expresada por los astros.» Choisnard completó su estadística haciendo una contraprueba: «Añadiré que las estadísticas de los temas de personas cualesquiera (770) dieron como resultado un reparto normal de Ascendentes sobre todas las regiones del zodíaco, sin ofrecer otra irregularidad gráfica que aquella que guarda relación con los tránsitos desiguales de los signos del

zodíaco por el horizonte.»

Uno podría preguntarse si Choisnard hizo realmente esta contraprueba de que habla y de la que no nos facilita su resultado gráfico. En efecto, contrariamente a lo que él afirma, el reparto de las mentes supuestamente superiores se ajusta plenamente a una ley astronómica común; a saber, que los diferentes signos del zodíaco no tienen la misma duración de paso por el Ascendente, pues unos lo hacen en una hora, y los otros en tres. Si Choisnard hubiera efectuado verdaderamente la contraprueba, habría comprobado forzosamente que los resultados eran casi idénticos. En cualquier caso, posteriormente se ha vuelto a hacer la misma estadística con grupos de mentes supuestamente superiores mucho más numerosos que los escogidos por Choisnard, comprobándose que la situación de los ascendentes se repartía al azar entre la totalidad de los signos del Zodíaco, adaptándose únicamente a la frecuencia astronómica del paso de dichos signos por el Ascendente.

Pero la estadística más célebre de Choisnard sigue siendo el papel del tránsito de Marte o de Saturno respecto al Sol de nacimiento, en el momento de la muerte. Choisnard admitía no sólo el tránsito por conjunción absoluta, es decir, el instante en que Marte pasaba sobre el Sol, sino también los tránsitos por oposición (180°) o por cuadratura (90°). En este sentido escribió: «Hemos recogido unos 200 temas de individuos fallecidos cualesquiera, tomados en el orden alfabético. Al comparar en cada caso la posición de Marte, en el momento de la muerte, con el Sol de nacimiento, hemos obtenido los porcentajes siguientes relativos a los aspectos disonantes más claros:

Aspecto del tránsito de Marte con el Sol de nacimiento	*Porcentaje (basado en 200 casos de muertes)*		*Porcentaje normal teórico*	
Conjunción	14	36,5 %	5,5	22 %
Oposición	7,50		5,5	
Cuadratura	15		11	

»Como se podrá deducir, los porcentajes obtenidos con relación a 200 casos de muertes son bastante significativos. Para el total de los tres aspectos disonantes observados, la frecuencia de 36,5 % comparada a la proporción normal de 22 % demuestra claramente el papel de Marte respecto al Sol en caso de muerte; el aspecto más peligroso de los tres es la conjunción, es decir, el tránsito de Marte sobre el Sol de nacimiento, siendo este paso unas tres veces más frecuente en los casos de muerte que en otros momentos cualesquiera.»

Choisnard hace luego lo mismo con Saturno, pero sus resultados son mucho menos significativos. Veamos, pues, ahora la crítica de esta estadística llevada a cabo por M. Gauquelin: «Se trata aquí de hechos exactos e impresionantes. Son fácilmente controlables, si uno se toma la molestia de hacerlo. Así, pues, hemos hallado indispensable reproducir el experimento, pero en este caso con un número mucho más considerable de casos que los de Choisnard, al objeto de lograr una certidumbre. Nuestro estudio ha abarcado 7 482 comparaciones entre horóscopos de nacimientos y horóscopos de muertes, para cada uno de los factores considerados por Choisnard como significativos. Ahora bien, todos nuestros resultados se distribuyen al azar, tanto si trata de Marte como de Saturno, y para los tres aspectos considerados. Los porcentajes tienden hacia el porcentaje teórico hasta confundirse con él como lo exige la ley de los grandes números, la cual ha podido desempeñar aquí plenamente su papel, tal como puede verse en la tabla siguiente:

Aspecto del tránsito de Marte con el Sol de nacimiento	*Marte (Porcentaje basado en 7.482 casos de muertes)*	*Saturno (Porcentaje basado en 7.482 casos de muertes)*	*Porcentaje normal teórico*
Conjunciones . .	5,7 %	5,8 %	5,5 %
Oposiciones . . .	5,4 %	5,7 %	5,5 %
Cuadraturas . . .	10,7 %	11,1 %	11 %

»En conclusión, se comprueba que la pretendida influencia nefasta de Marte y Saturno en su paso por el Sol de nacimiento es totalmente inexistente.»

Asimismo el astrónomo contemporáneo Paul Couderc, quien ha verificado también la estadística de Choisnard sobre un gran número de casos, llega a la conclusión: «Contrariamente a las repetidas y vehementes afirmaciones del astrólogo anteriormente citado, puedo garantizar que las estadísticas muestran un resultado que se ajusta a las leyes del azar: la acción mórbida de Marte es inexistente.»

Yo puedo añadir que he examinado personalmente, en verdad sobre un número de casos muy reducido, las posiciones de Marte o de Saturno con ocasión de la muerte de personas de las que tenía su tema, y no he podido hallar ninguna clase de relación. Habiendo sido demolidas las otras estadísticas del comandante Choisnard por sus críticos, habrá que reconocer que la «astrología científica» creada por él a comienzos del siglo no puede hoy ser tomada seriamente en consideración.

Pero Choisnard no fue el único astrólogo estadístico, y es conveniente examinar también los trabajos de sus colegas, en particular los del suizo Karl Ernst Krafft, que durante mucho tiempo fueron considerados como decisivos. He hablado ya del paralelismo, un poco a la ligera, que estableció Krafft entre las vidas de Choisnard y Eudes Picard; hay que reconocer que, con frecuencia, actúa del mismo modo en su trabajo de estadístico. Por ejemplo, al examinar los temas de nacimiento de 115 músicos, había verificado que aparecía con frecuencia en ellos una conjunción Luna-Urano, y únicamente en un pequeño sector del zodíaco al que él había atribuido una influencia musical evidente. Desgraciadamente, no se había percatado del hecho de que Urano, que da la vuelta al zodíaco en 84 años, no había pasado nunca por los signos donde él había comprobado su ausencia durante el período correspondiente a las fechas de nacimiento de los músicos escogidos. Por otra parte, numerosos errores en la práctica de la ciencia estadística han permitido a un estadístico y a un astrónomo contemporáneos hacer trizas la mayor parte de los demás trabajos de Krafft en los que las supuestas influencias astrales se deducían únicamente de las leyes del azar.

Uno de los más importantes estudios de Krafft trataba de los gemelos astrales y el examen comparativo de su muerte. En este sentido, afirma en la pág. 34 de su *Tratado de Astrobiología*: «La muerte no sobreviene bajo un cielo cualquiera, antes bien coincide regularmente con ciertos tránsitos de uno o varios factores móviles sobre lugares concretos del tema de nacimiento y cuyas condiciones especiales están caracterizadas por éste. Tal cielo de nacimiento entraña obligatoriamente tal cielo de muerte; lo cual hace que un tránsito que es mortal para una categoría determinada de individuos resulte indiferente para los demás, o incluso aumente su vitalidad. Semejante tesis lleva a la deducción que un mismo cielo de nacimiento debería entrañar, aproximadamente, las mismas circunstancias e idéntica fecha de muerte.» Para ilustrar sus afirmaciones, Krafft cita una serie de 4 tablas de 58 gemelos astrales, por grupos de 2 ó 3, cuyas muertes habrían sido muy próximas y debidas a causas idénticas. Podemos ver dos de esas tablas reproducidas en las páginas 234-235. Durante mucho tiempo parecieron decisivas a los astrólogos, quienes veían en ellas una prueba absoluta de una influencia astral, y un modelo de estadística. Léon Lasson, en su obra *Quienes nos guían*, afirmó en 1946: «Leyendo esta enumeración, se podría sospechar parcialidad en Krafft; quizá no ha hecho más que presentar una elección favorable a las tesis astrológicas, quizás ha estado rebuscando entre millares de certificados de nacimiento para llegar a descubrir esas perlas..., que después de todo no serían más que coincidencias normales. La lectura de los comentarios con que Krafft acompaña sus tablas despierta de nuevo la sospecha, pues el honesto estadístico examina los casos citados incluso dentro de un cálculo de probabilidades sobre el conjunto de los casos que ha examinado, y llega matemáticamente a la

TABLA III — «MISMA FECHA DE NACIMIENTO — MISMA DURACIÓN DE VIDA»
(EJEMPLOS DE LONGEVIDAD)

Lugar de nacimiento	*Número*	*Sexo*	*Fecha de nacimiento*	*Fecha de fallecimiento*	*Causa de la muerte*
Ginebra	216	mujer	2 mayo 1820, 1 p.m.	4 marzo 1906, 2 p.m.	bronconeumonía
Ginebra	214	mujer	2 mayo 1820, 4 p.m.	12 abril 1914, 7 p.m.	debilidad senil
Ginebra	371	mujer	27 agosto 1821, 7 p.m.	11 setiembre 1903, 0 ¾ p.m.	debilidad senil
Ginebra	373	varón	27 agosto 1821, 10 p.m.	20 noviembre 8 ¼ p.m.	debilidad senil
Ginebra	375	mujer	28 agosto 1821, 6 p.m.	27 febrero 7 ¾ p.m.	afección cardíaca
Plainpalais	1	mujer	22 enero 1822, 9 a.m.	26 junio 1906, 8 ¼ a.m.	debilidad senil
Ginebra	39	mujer	22 enero 1822, 10 a.m.	17 enero 1908, 5 p.m.	debilidad senil
Meyrin	18	varón	20 diciembre 1822, 11 a.m.	11 mayo 1907, 1 p.m.	debilidad senil
Ginebra	561	varón	21 diciembre 1822, 11 a.m.	22 marzo 1905, 5 a.m.	bronconeumonía
Vernier	5	varón	21 marzo 1823, 7 a.m.	10 abril 1908, 3 p.m.	bronconeumonía
Corsier	9	mujer	21 marzo 1823, 8 a.m.	8 mayo 1906, mediodía	congestión pulmonar
Bernex	38	varón	5 noviembre 1823, 6 p.m.	15 diciembre 1907, 0 a.m.	no indicado
Ginebra	464	mujer	5 noviembre 1823, 10 p.m.	2 febrero 1914, 7 a.m.	debilidad senil
Carouge	7	mujer	7 enero 1825, 6 a.m.	10 mayo 1907, 4 ½ p.m.	hemorragia cerebral
Ginebra	15	mujer	7 enero 1825, 10 ½ a.m.	18 setiembre 1905, 10 a.m.	debilidad senil

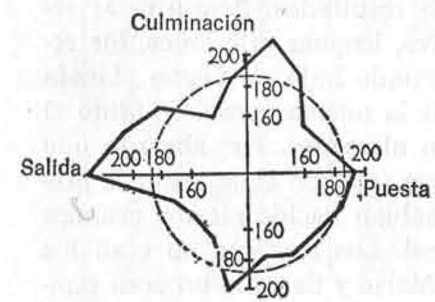
TABLA VI — «MISMA FECHA DE NACIMIENTO — MISMA PREDISPOSICIÓN A LA MUERTE VIOLENTA»

Lugar de nacimiento	*Número*	*Sexo*	*Fecha de nacimiento*	*Fecha de fallecimiento*	*Causa de muerte*
Ginebra	177/176	varón	11 febrero 1876, 2 p.m.	agosto 1922	suicidio por inmersión
Ginebra	(gemelos)	varón	11 febrero 1876, 2 ¼ p.m.	abril 1922	suicidio por inmersión
Ginebra	47	varón	18 febrero 1901, 2 ¾ a.m.	11 febrero 1910	asfixia por monóxido de carbono
Plainpalais	88	varón	18 febrero 1901, 3 a.m.	22 mayo 1909	asfixia por inmersión
Basilea	498	varón	18 febrero 1901, 4 a.m.	18 febrero 1901	asfixia por aspiración de líquido amniótico
Versoix	22	varón	19 junio 1900, 11 a.m.	5 abril 1904	quemaduras
Basilea	1.701	mujer	19 junio 1900, 6 ¾ a.m.	31 diciembre 1903	quemaduras
	Iniciales				
Collonges s/Salève (Francia)	Gal.	varón	1.° diciembre 1894, 4 p.m.	27 julio 1918	muerto en la guerra
Rostock (Alemania)	K.S.	varón	1.° diciembre 1894, 6,15 p.m.	26 setiembre 1917	muerto en la guerra
Rostock	H.S.	varón	3 diciembre 1894, 1 a.m.	26 setiembre 1906	muerto en la guerra
Ginebra	Mu.	mujer	3 diciembre 1894, 4,30 a.m.	5 setiembre 1906	quemaduras
Rostock	R.B.	varón	23 agosto 1891, 3,30 a.m.	31 octubre 1914	muerto en la guerra
Rostock	E.H.	varón	23 agosto 1891, 7 a.m.	24 marzo 1918	muerto en la guerra
Rostock	W.S.	varón	23 agosto 1891, 7,45 a.m.	23 octubre 1915	muerto en la guerra

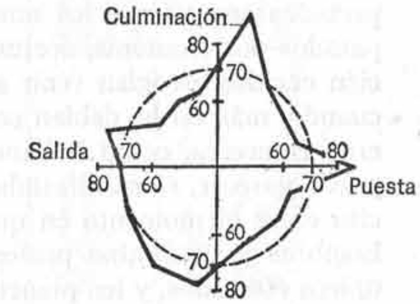
conclusión de una similitud de las tendencias psicológicas que corresponden a parecidos cielos de nacimiento.» Por desgracia, si Krafft se dedicó a semejante trabajo de cálculo probabilista, debió enviarlo directamente a su colega francés, pues en su tratado no aparece ningún cálculo de probabilidades. No cita siquiera el número, sin embargo esencial, del total de los casos que tuvo que examinar para llegar a descubrir los ejemplos ofrecidos; Krafft sólo dijo que había elaborado sus tablas después de numerosas investigaciones. No pueden, por tanto, ser consideradas más que como curiosidades desprovistas de valor convincente, pues si Krafft hubiera podido afirmar que había descubierto esos 58 casos entre, pongamos, 100 examinados, el hecho habría sido importante, pero si tuvo que pasar revista a millares y millares de nacimientos en el registro civil, las correspondencias indicadas se deducían simplemente de las leyes del azar. Finalmente, en la última tabla, cita como significativo el caso de personas muertas durante la guerra del 14-18, nacidas el mismo día, lo cual me parece absurdo: forzosamente tuvieron que producirse otras centenares de muertes, en el mismo instante, de personas asimismo gemelas astrales, sin que todo ello demuestre nada en favor de la astrología, dado el número de muertos...

Llegamos ahora a las estadísticas más recientes, las únicas que hasta el momento no han podido ser invalidadas científicamente, las de Michel Gauquelin, que fueron establecidas en el curso de los últimos quince años. Señalemos que su autor contaba con demostrar, no la realidad de las influencias astrales, sino su inexistencia y el absurdo de las pretensiones astrológicas. Oigámosle relatar los comienzos de su sorprendente aventura: «Estando muy avanzada nuestra investigación destinada a desenmascarar la astrología mediante la estadística, cierto día nos hallamos frente a tres curiosas anomalías. En uno de los grupos de experimentación (se trataba de los nacimientos de 576 académicos de medicina), la frecuencia de las posiciones astrales se apartaba bruscamente de las normas.

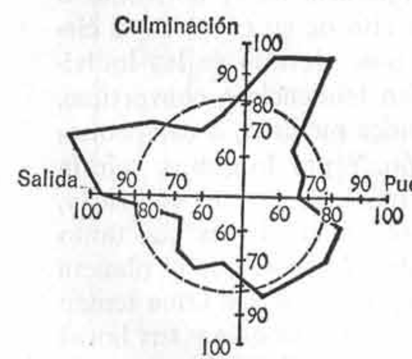
Este resultado no podía ser atribuido al azar: todos los estadísticos lo habrían juzgado significativo. Pese a que dicho fenómeno no guardaba parecido alguno con las leyes tradicionales de la astrología, era tan sorprendente que no podíamos ignorarlo. ¿Qué es lo que habíamos observado exactamente? Una extraña preferencia de los futuros grandes médicos por nacer en el momento en que Marte o Saturno acababan de



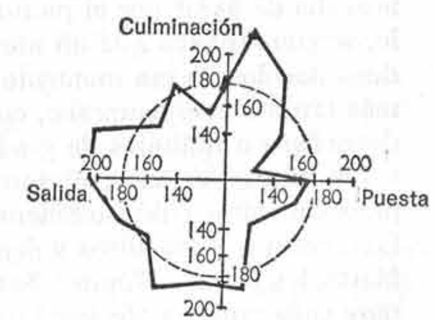
Hombres de ciencia: Saturno



Actores: Júpiter



Campeones deportivos: Marte



Militares: Marte

levantarse en el horizonte o de culminar en el cielo. Por el contrario, para el común de los mortales ello no ocurría así, lo cual era en conjunto bastante sorprendente.»

Michel Gauquelin tuvo la paciencia de extender sus observaciones a los diversos países europeos, al objeto de dar un carácter más universal a sus conclusiones:

«De año en año, iba resultando más claro que no se trataba de una simple fantasía del azar: en cada uno de los países prospectados aparecieron los mismos resultados. Pese a estar separados por fronteras, costumbres, lenguas diferentes, los recién nacidos escogían venir al mundo bajo el mismo planeta cuando, más tarde, debían seguir la misma vocación, tanto si eran franceses, como italianos o alemanes. Por absurdo que pueda parecer, se manifestaba una relación cada vez más precisa entre el momento en que habían nacido ciertos grandes hombres y su destino profesional. Los médicos no eran los únicos afectados, y los planetas Marte y Saturno no eran tampoco los únicos planetas en seguir esta regla. Júpiter y la Luna parecían tener asimismo una gran importancia para otras profesiones. Pero los resultados significativos se situaban con regularidad para cada astro precisamente después de su salida o de su culminación.

»Así, cuando el planeta Marte aparecía en el horizonte o acababa de pasar por el punto más alto de su curso en el cielo, se comprobaba que un número muy elevado de los individuos nacidos en ese momento tenían tendencia a convertirse, más tarde o más temprano, en grandes médicos, o campeones deportivos o militares de graduación. Y por lo que se refería a los futuros artistas, pintores o músicos, por el contrario, parecían evitar cuidadosamente nacer en las horas que tanto favorecían a los médicos y deportistas. Al igual que el planeta Marte, los planetas Júpiter, Saturno y asimismo la Luna tenían para cada grupo profesional sus horas de afluencia y sus horas de escasa actividad. Por ejemplo, actores y diputados parecían mostrar preferencia por nacer en el momento en que Júpiter

Salida y culminación de	*Gran frecuencia de nacimientos*	*Frecuencia media de los nacimientos*	*Escasa frecuencia de nacimientos*
MARTE	Sabios Médicos Deportistas Militares Jefes de empresa	Ministros Actores Periodistas	Escritores Pintores Músicos
JÚPITER	Deportes de equipo Militares Ministros Actores Periodistas Autores dramáticos	Pintores Músicos Escritores	Deportes individuales Sabios Médicos
SATURNO	Sabios Médicos	Militares Ministros	Actores Pintores Periodistas Escritores
LUNA	Ministros Diputados Escritores	Sabios Médicos Pintores Músicos Periodistas	Deportistas Militares

sale o culmina, en tanto que los sabios escogían la hora opuesta, siendo raro hallarles en el momento de la salida o culminación de Júpiter. Respecto a los cuatro astros en juego, la tabla de la página 239 resume las informaciones proporcionadas por los grupos profesionales estudiados.»

Finalmente, Gauquelin comprobó que más de 3 000 jefes militares habían nacido con Marte en el Ascendente o en el Medio Cielo, lo que se traducía en una probabilidad de 1 sobre 1 millón. 3 000 sabios o médicos de gran reputación habían nacido en el momento de la salida o culminación de Saturno, lo que da una probabilidad de 1 sobre 100 000. Más de 1 000 políticos célebres, con ocasión de la salida o culminación de Júpiter, probabilidad de 1 sobre 5 000, y finalmente cerca de 1 500 campeones en diversos terrenos deportivos, en el momento de la salida o de la culminación de Marte, probabilidad de 1 sobre 5 millones...

Los astrólogos se sintieron evidentemente satisfechos de los resultados de estas estadísticas, al menos hasta que llegaron a las conclusiones de Gauquelin, que afirmaba: «Aunque hayamos obtenido hechos positivos partiendo de un material de apariencia astrológica en su origen, es evidente que esos resultados, por sorprendentes que sean, deben explicarse en términos científicos, no astrológicos. Más aún, son una nueva y poderosa crítica de esa superstición.» El autor reconocía que, ciertamente, un examen, digamos, superficial podría llegar a la conclusión de que se confirmaba el antiguo simbolismo astrológico: Marte que gobierna a los guerreros, domina efectivamente en el caso de los militares; Saturno, que preside los destinos de los sabios, destaca claramente en los sabios y médicos; la Luna, símbolo de la imaginación y de la poesía, aparece en los poetas. Pero, dice, los demás resultados no se ajustan en absoluto a los simbolismos supuestos: ¿qué pinta Marte en el caso de los médicos? Todo lo más, podría aparecer exaltado en los cirujanos militares —y el estudio de uno de los subgrupos demostró que no ocurría así—. En cuanto a Júpiter, se le encuentra anormalmente fuerte en los grandes dignatarios nazis. Finalmente, Venus y Mercurio, junto con los nuevos planetas, no han proporcionado ningún resultado significativo.

Le habría bastado al señor Gauquelin abrir la *Teoría de las determinaciones astrológicas* de Morin de Villefranche, páginas 210-211, para hallar las principales significaciones y analogías de los planetas con los empleos y profesiones. En el apartado Marte habría leído: «En buena situación celeste (1): guerreros, cazadores, abogados, médicos, fundidores.» La presencia del planeta Marte en la estadística de los médicos está, pues, perfectamente justificada desde un punto de vista astrológico. En la sección correspondiente a Júpiter habría hallado: «En buena posición celeste: hombres de Gobierno, hombres de Estado, cancilleres, políticos, etc.» ¡Si el Canciller del Reich y sus secuaces nazis no están comprendidos en esta enumeración, me pregunto dónde habrá que ir a buscarlos! Por tanto, si queremos seguir siendo perfectamente objetivos, es necesario llegar a la conclusión de que todas las correspondencias encontradas son estrictamente astrológicas, pero que, a la inversa, no todas las correspondencias anunciadas por la astrología han podido ser descubiertas de nuevo (2).

Furiosos por los ataques de Michel Gauquelin contra su arte, que por otra parte él contribuía a probar, los astrólogos le opusieron entonces las estadísticas establecidas en 1946 por Léon Lasson, precisamente en el libro *Quienes nos guían*, del que hemos hablado hace poco. Contenían, decían ellos, las *mismas* estadísticas sobre las *mismas* profesiones y daban los *mismos* resultados. Aquí también, si se quiere ser objetivo, hay que reconocer que estas críticas no están bien fundamentadas: de las diversas estadísticas establecidas por estos dos

(1) Señalemos que «salida» y «culminación» son «estados terrestres», pero el simbolismo sigue siendo válido.

(2) El caso de Venus que Gauquelin no ha encontrado en los artistas es discutido violentamente por los astrólogos. Su influencia ha sido reconocida por este estadístico en su estudio sobre la herencia astral, por tanto, existe realmente, dicen los practicantes de ese arte.

16 — 3137

autores, seis son comunes y comportan 18 resultados. Hay 4 resultados comunes, y aún para Júpiter se podría considerar que esos resultados son parcialmente contradictorios. Los más nítidos son el caso de Saturno en los sabios y médicos —aunque la estadística de Lasson se basa en 66 personas y la de Gauquelin en 3 305— y el de Marte en los militares: aquí Lasson examinó 158 hombres de armas y Gauquelin 3 142. Por lo demás, tal como había demostrado Jean Hiéroz en los números 6 y 8 de los *Cahiers astrologiques*, en 1946, los resultados del señor Lasson son indefendibles desde el punto de vista de la ciencia estadística y, por tanto, no significativos. Todo lo que se podría afirmar, si algún día los trabajos de Gauquelin son aceptados por la ciencia, es que Lasson tuvo la intuición de algunos de sus resultados. En ningún caso se puede pretender que obtuvo los *mismos* resultados que su rival.

Por supuesto, aunque no han satisfecho a los astrólogos, debido a la posición adoptada por su autor, las estadísticas de Gauquelin han producido aún menos satisfacción entre las mentes científicas y, en particular, entre los astrónomos. Sin embargo, un estadístico profesional, agregado al Centro Nacional de Investigación Científica, señor Porte, después de haber criticado violentamente los primeros trabajos de Gauquelin, aceptó la tarea de verificar las nuevas investigaciones de dicho autor, que habían sido hechas teniendo en cuenta sus observaciones, tras de lo cual reconoció la correcta fundamentación de las estadísticas así establecidas y aceptó incluso prologar una obra de Michel Gauquelin. Por otra parte, en Bélgica existe un «Comité belga para la investigación científica de los fenómenos considerados paranormales», que está compuesto de 30 sabios pertenecientes a todas las disciplinas, fundado en 1948. Este comité acepta examinar todo programa concreto de experimentos simples y controlables con miras a poner en evidencia cualquier hecho paracientífico. Guaquelin expuso sus trabajos al comité, el cual estuvo trabajando con

ellos durante cerca de dos años. El grupo de trabajo decidió reunir un nuevo conjunto de campeones deportivos para estudiar las posiciones de Marte en su cielo de nacimiento. Los resultados, facilitados por un ordenador, fueron análogos a los comprobados por el señor Gauquelin, de lo cual tomó nota el comité belga, guardándose bien de sacar ninguna conclusión.

Los trabajos siguientes de Gauquelin se enfocaron hacia la *Herencia astral*. Éste es un fenómeno que parece haber sido señalado por primera vez por el astrónomo Juan Kepler en su *Harmonices mundi*: «Un argumento totalmente claro e inobjetable en favor de la autenticidad de la astrología es la correspondencia de los temas natales entre padres e hijos.»

Choisnard hizo de ello su caballo de batalla, y aplicó los recursos de la estadística al estudio de la herencia astral, en especial en su obra *L'influence astrale et les probabilités*, en la que afirma: «El problema de la herencia astral consiste en demostrar, por medio de estadísticas válidas, que ciertos elementos astronómicos del cielo de nacimiento ofrecen semejanzas más frecuentes entre padres e hijos que entre individuos no emparentados.»

En la mayoría de los casos la cosa parece evidente a simple vista, pero aquí también el peligro de ilusionarse es grande. Por ejemplo, mi padre es Capricornio, yo lo soy también y asimismo mi hija. Mi madre tiene la Luna situada en la Casa I, al igual que yo mismo y que mi hija. Éstas son semejanzas que muy a menudo se descubren entre los miembros de una misma familia. Choisnard presenta el caso muy notable del rey de España Alfonso XIII (nacido en Madrid el 17 de mayo de 1886, al mediodía) y de su hijo el príncipe de Asturias (nacido en Madrid el 10 de mayo de 1907 a las 12,35 h. del mediodía). Según todo ello existen unas posiciones idénticas del Ascendente, Medio Cielo, Sol, Mercurio y Venus, así como dos aspectos iguales, Mercurio en trígono con el Ascendente y Marte en sextil con Saturno, en ambos casos. Final-

mente, tanto en el padre como en el hijo, el Sol hace conjunción en el Medio Cielo.

Desgraciadamente, se trataba aquí de coincidencias fortuitas, ya que cuando Gauquelin estudió en un número muy grande de temas esas cuestiones de la herencia astral, llegó a conclusiones negativas, al menos por lo que se refiere a una herencia en el sentido en que la entendían Kepler, Choisnard y más tarde Krafft. En el número 98 de los *Cahiers astrologiques* ha resumido sus trabajos. A continuación de su primera tabla, «Herencia de los signos del zodíaco», hace figurar las siguientes conclusiones: «Los resultados de la tabla 1 demuestran, sin error posible, la ausencia de toda herencia astrológica en los signos del zodíaco. A pesar de dos experimentos sucesivos, basados en números muy grandes de casos, no ha sido posible poner de manifiesto el menor resultado significativo de herencia de un signo astrológico, ni tampoco por lo que se refiere al Sol, la Luna, el Medio Cielo o el Ascendente.» Realizó también estudios estadísticos sobre una eventual herencia relativa a las Casas, o los aspectos, con el mismo resultado negativo. Quedaba sólo la herencia astral en lo que se refería a los planetas, y en esta ocasión obtendría resultados positivos: «Para que la herencia planetaria (1) fuera verdadera, era preciso poner en evidencia, gracias al método estadístico, semejanzas entre la posición de los planetas en el momento del nacimiento de los padres y su situación en el tema de los hijos. Durante 5 años, hemos trabajado sobre los registros de nacimiento de diversos municipios de la región de París y comparado entre sí más de 30 000 temas de padres e hijos. El número de semejanzas hereditarias fue tan grande que no podía ser atribuido al azar. Sólo cabía una posibilidad entre

(1) La sustitución propuesta por Gauquelin de la expresión *herencia astral* por *herencia planetaria* no me parece justificada, ya que astro y planeta son dos palabras de la misma significación. Sólo habría sido admisible en el caso de que Choisnard o Krafft hubieran hablado de herencia zodiacal o de herencia astrológica. En cuanto a los riesgos de confusión, invocados por Gauquelin, me parecen hoy muy débiles.

500 000 de haber producido este resultado por casualidad; dicho de otro modo, había 499 999 probabilidades contra una de que la herencia planetaria fuera una realidad.» Esta verificación, por otra parte, modificó sensiblemente la opinión de dicho autor con relación al estudio de los temas de nacimiento, cosa que hasta entonces consideraba él enteramente imposible. En efecto, llegó hasta escribir en *Los relojes cósmicos*: «La consecuencia más importante del efecto de herencia planetaria es tal vez dejar entrever una aplicación del diagnóstico. A partir de la posición natal de los planetas relojes, parece que es posible establecer un pronóstico sobre el temperamento y comportamiento social futuro del individuo que nace», expresión muy ambigua en la que no me parece exagerado adivinar la palabra horóscopo.

Así, pues, ¿qué conclusión hay que sacar de las estadísticas de Gauquelin? Que sin duda demuestran la realidad de la astrología, dicen los astrólogos. Que descubren una nueva relación entre los planetas y los hombres, dice Gauquelin. Que son tan falsas como absurdas, afirman los partidarios de la Unión racionalista.

Dichas estadísticas, cuyo método ha sido comprobado y una de las cuales ha sido incluso repetida por el Comité belga, el cual halló un resultado equivalente, no pueden ser falsas, aunque sí perfectamente no significativas. Es esto lo que hay que examinar aquí. Por el contrario, caso de que se demuestre efectivamente que son significativas, su carácter astrológico me parece evidente, sin discusión posible.

Veamos algunas de las críticas que pueden hacerse al respecto. La primera, hecha por el profesor Tornier, afirma que las leyes del azar aquí utilizadas, y que son válidas en tanto se trabaja en un terreno familiar y conocido, no intervienen en el momento en que se penetra en el campo ilusorio. A petición de dicho profesor, Gauquelin se dedicó a un cierto número de experimentos absurdos, por ejemplo, sumar la fecha, el año y la hora de nacimiento y dividir el resultado por doce, etc., ex-

perimentos que dieron siempre resultados negativos, y que, por otra parte, no probaban nada ni en un sentido ni en otro. Asimismo se puede oponer a esos resultados la teoría del profesor inglés Spencer Brown, quien afirma que las leyes de los grandes números y del azar no deberían aplicarse al hombre, pues en este caso intervienen demasiados factores de juego y algunos resultados, perfectamente obtenidos por azar, pueden parecer significativos (1). ¡El profesor Brown demostraba que al tomar, por ejemplo, la 9.ª línea vertical de las *Tablas de números escogidos al azar* (tablas utilizadas en la investigación científica) se hallaban concordancias aparentemente mucho más significativas que con los experimentos de parapsicología!

Por mi parte, veo otra posible objeción que me fue sugerida por el asunto de los trazados ortoténicos que Aimé Michel había creído descubrir en las trayectorias de los platillos volantes. Es sabido que este autor, persona muy seria, había marcado sobre un mapa las observaciones efectuadas a cortos intervalos de tiempo de platillos volantes a través de Europa con ocasión de las grandes oleadas en que fueron advertidos esos objetos. Luego había unido con líneas sobre el mapa los diversos puntos obtenidos de este modo, percatándose que, de hecho, se trataba de líneas rectas que formaban un cuadrilátero análogo al que describen los aviones en su tarea de reconocimiento militar. Por supuesto las leyes del azar no podían aplicarse en este caso, y esos trazados parecían demostrar claramente que los platillos volantes eran ingenios pilotados. Ahora bien, investigaciones realizadas posteriormente con el ordenador, en las que se simuló un enorme número de apariciones puramente debidas al azar llegaron a los mismos trazados ortoténicos, demostrando únicamente que las leyes del azar son todavía mal conocidas y que las probabilidades de que un hecho imposible se produzca son más grandes de lo que se suponía.

(1) En *Probability and scientific inference*, Cambridge University Press.

No está totalmente excluido que pueda tratarse de un hecho similar en el caso de las estadísticas de Michel Gauquelin, y si, por ejemplo, se inventara un planeta —digamos Baco— para el cual se calcularan efemérides fantásticas pero lógicas, y se dedicara con este objeto al trabajo efectuado por este autor acerca de diversas categorías socioprofesionales, habría quizá grandes probabilidades de obtener resultados significativos, cuya existencia invalidaría la totalidad de las demás estadísticas (y no demostraría, como sugiere el nombre de este falso planeta, que la categoría socioprofesional que había superado las leyes del azar estaba compuesta únicamente de borrachos) (1).

Naturalmente, me llegué al Observatorio de París para preguntar a un astrónomo titular, que tuvo a bien recibirme, su opinión acerca de tales estadísticas. Me respondió, lo que por otra parte es exacto, que para refutar un trabajo científico de digamos unas 10 páginas es preciso un trabajo de 50 páginas como promedio. Ahora bien, los trabajos de Gauquelin abarcaban 15 años e incluían varios volúmenes. Sería necesario que el Observatorio destinara a dos o tres investigadores con total dedicación durante un año para llegar a un examen de conjunto y a una eventual refutación de los susodichos trabajos, lo cual era enteramente imposible. Le hice notar entonces que esa respuesta presuponía que las estadísticas en cuestión eran no significativas, puesto que, en caso contrario, semejante trabajo no sería inútil para la Humanidad. Mi interlocutor reconoció que aquélla era sin duda su opinión, sin ser capaz no obstante de aportar una prueba científica de ello.

En lo que nos atañe, el que estos resultados sean o no significativos no me parece de importancia primordial. Aislar un determinado factor de un tema astral es en cualquier caso una alteración demasiado importante de la estructura astro-

(1) Señalemos sin embargo que Mercurio y los tres planetas recientemente descubiertos no han proporcionado resultados con ninguna categoría profesional y han desempeñado por tanto el papel de «Baco».

lógica de un horóscopo para que se pueda juzgar como determinantes los resultados obtenidos mediante ese sistema. Así, pues, si algún día los resultados de Gauquelin son reconocidos como significativos, me limitaré por mi parte a considerarlos como alentadores para las teorías astrológicas, pero nada más. Si, por el contrario, se les niega todo valor, ello no me parecerá que tenga la menor incidencia sobre el arte de los antiguos sumerios.

Por todo ello creo que es evidente que sólo mediante *tests*, desarrollados bajo control científico, se podrá demostrar o negar la realidad de la astrología. Por lo que a mí respecta, al comienzo de este libro he expuesto el experimento al que me dediqué personalmente; otras experiencias han sido llevadas a cabo por periodistas franceses, con los mejores astrólogos del momento, y en general han sido también positivas. Pero todos esos experimentos no han sufrido un riguroso control científico y no pueden, por tanto, ser considerados como decisivos.

En contraposición, tales *tests* rigurosos —realizados, parece, con todas las garantías deseables— fueron efectuados en los Estados Unidos, en 1961, bajo la dirección de Vernon Clark, un psicólogo que mostraba interés por la astrología. Utilizó los servicios de veintitrés astrólogos, procedentes de distintos países, Estados Unidos, Inglaterra, Austria, Alemania, Holanda y Australia, los cuales ignoraban la identidad de sus colegas participantes en el *test*. Clark reunió además un equipo de científicos para controlar los resultados. Veamos un resumen de los tres experimentos a que fueron sometidos los astrólogos:

Test n.º 1: Se trataba de verificar la pretendida posibilidad de los astrólogos de poder indicar los futuros talentos de una persona a partir de una fecha de nacimiento. Se facilitaron a 20 astrólogos 10 fechas de nacimiento (divididas en dos grupos, 5 hombres y 5 mujeres) que correspondían a 10 personas cuyas profesiones eran: músico, profesor de arte, prostituta, herpetólogo, librero, fabricante de muñecas, veterinario, profesor de arte dramático, bibliotecario, artista. La elección de los horóscopos que habían de servir de base a las pruebas había sido por supuesto realizada al azar, aunque se trataba de personas que debían responder a una doble condición principal: tenían que haber ejercido su profesión durante mucho tiempo y haber sido, además, ésta su actividad principal. Vernon Clark eligió sujetos de 45 a 65 años, nacidos en los Estados Unidos y cuya hora de nacimiento era conocida con la mayor certidumbre posible.

Se constituyó también un grupo de control, formado por 20 psicólogos, que intentaron responder a los *tests* utilizando los mismos datos que los astrólogos, es decir, la lista de las profesiones y la de las fechas de nacimiento. Los resultados obtenidos por ellos se ajustaban estrictamente a las leyes del azar. Por el contrario, los astrólogos acertaron con una probabilidad de 100 contra 1 (1). «Este *test* —manifestó Vernon Clark en el número correspondiente a primavera de la revista *In search*, en el año 1961 (2)—, fue supervisado por dos colegas, ambos doctores en psicología, que pueden atestiguar que todos los experimentos fueron ejecutados realmente tal como los he descrito. El análisis de los resultados fue llevado a cabo por un estadístico profesional, que nada sabía de astrología, así como tampoco del experimento que se efectuaba.»

Señalemos que dos de los horóscopos elegidos pertenecían a personas nacidas el mismo día del mismo año, con 5 horas de intervalo (la prostituta y el bibliotecario); por añadidura, las profesiones de herpetólogo y veterinario no están demasiado alejadas una de otra. Vemos, pues, que Vernon Clark había hecho intervenir la dificultad.

(1) Esta cifra está redondeada.
(2) Este artículo me fue amablemente comunicado por el señor Gauquelin, del que se puede apreciar su objetividad.

Clark, después de haber señalado que 16 sobre 20 astrólogos habían triunfado, con un margen muy amplio sobre lo que permitían las leyes del azar, sacó la siguiente conclusión: «De esta prueba fue posible deducir que los caracteres humanos estaban influidos o determinados por la posición de los planetas en el momento del nacimiento y que, partiendo de las fechas de nacimiento como único dato, los astrólogos podían distinguir y adivinar los caracteres.»

Test n.º 2: Se entregó a los astrólogos 10 pares de horóscopos. Cada uno de éstos incluía la historia detallada de la vida del nacido y, en particular, las fechas exactas de un cierto número de acontecimientos importantes, matrimonio, accidentes, viajes largos, muerte. Se indicó a los profesionales que uno de los dos horóscopos de la pareja correspondía al relato de esta vida, mientras que el otro era el de una persona del mismo sexo, de aproximadamente la misma edad y nacida en el mismo lugar, pero cuya vida había sido diferente. En realidad, el falso horóscopo no correspondía a una persona real, sino que había sido elaborado simplemente al azar a partir de una fecha de nacimiento distinta aproximadamente en un año de la del personaje auténtico. Se trataba, pues, de un *test* de predicción retrospectiva. Veamos qué dice Vernon Clark respecto a los resultados: «Había una probabilidad inferior al 1 por mil de que se obtuvieran los mismos éxitos por azar. Tres astrólogos triunfaron al 100 %. Dieciocho de ellos acertaron claramente por encima de las leyes del azar; dos al nivel de dichas leyes; ninguno por debajo de esas leyes.»

Naturalmente, los medios científicos americanos recibieron con disgusto las primeras publicaciones de los resultados de Vernon Clark. Se sugirió que, consciente o inconscientemente —pues se trataba de un «simpatizante» de la astrología— podía haber introducido, en el relato de las vidas o de las profesiones que acompañaba a los horóscopos proporcionados para estos dos experimentos, indicaciones que habrían ayudado a los astrólogos en su triunfo. Se le reprochaba además que hubiera sido él mismo en persona quien eligiera los casos que habían de servir para los experimentos y que trazara los temas de sus horóscopos, pues su método eventualmente podía servir también de indicación a los astrólogos. Esta última crítica es un absurdo y pone de manifiesto la hostilidad de los medios científicos ante los trabajos de uno de los suyos. No obstante, Clark, para evitar todos esos reproches, emprendió una tercera serie de *tests*.

Test n.º 3: En esta ocasión se entregó a 30 astrólogos 10 pares de horóscopos, uno de los cuales correspondía a una persona afectada de parálisis cerebral de nacimiento y el otro era el de un individuo de inteligencia superior que jamás había sufrido enfermedades graves, aparte de las corrientes en la infancia.

Las fechas de nacimiento de ambos grupos fueron facilitadas por médicos y psicólogos que habían estado en contacto con las personas, y se comprobaron en los archivos del registro civil. Los 10 individuos elegidos finalmente fueron sacados por sorteo entre todos los casos propuestos por los médicos y psicólogos. Entonces sus datos de nacimiento fueron enviados a un astrólogo que no había participado en los experimentos anteriores y que era famoso por su exactitud al levantar los temas astrológicos. Se le encargaron los 20 mapas celestes, sin informarle acerca del objetivo de esa operación y, naturalmente, sin pedirle ninguna interpretación. Los temas levantados por él fueron reproducidos mediante fotocopia y remitidos sin otra modificación a los diversos astrólogos que participaban en el experimento. Esta vez no se les facilitó una narración de la vida de las personas de las que se les enviaba los temas; se les dijo simplemente que en cada caso un horóscopo pertenecía a una persona afectada de parálisis cerebral, en tanto que el otro era el de un hombre que gozaba de buena salud y era muy inteligente. Se pedía que identificaran el tema

del enfermo cerebral.

Triunfaron con una probabilidad de 1 sobre 100 para que sus resultados hubieran sido obtenidos por azar. 20 astrólogos consiguieron resultados netamente superiores a las leyes del azar, y 10 lo hicieron a un nivel de dichas leyes o menos.

Éstas son las conclusiones que Vernon Clark extrajo del conjunto de sus experimentos: «La posibilidad, demostrada por los astrólogos, de distinguir entre verdaderos y falsos datos de nacimiento es sumamente interesante para la crítica de la astrología. Sus adversarios pretenden, por ejemplo, que no hay ninguna relación entre el estado de los cielos y el ser humano, lo que significa que un horóscopo debe ser tan bueno como cualquier otro (o lo que es lo mismo que decir desprovisto de valor) para proporcionar informaciones sobre tal o cual persona. El hecho de que los astrólogos hayan sido capaces de discernir los falsos datos de nacimiento parece que puede realmente terminar con esta posición escéptica.»

La muerte de Vernon Clark interrumpió desgraciadamente la nueva serie de experimentos que se proponía realizar. La antorcha fue recogida en Alemania por el profesor Hans Bender, del Instituto de Parapsicología de la Universidad de Friburgo, quien hizo efectuar a un considerable número de astrólogos alemanes diagnósticos a ciegas, es decir, descripciones de personalidades a partir de datos de nacimiento anónimos. Bender no ha publicado todavía sus resultados, pero ha anticipado que, después de haber eliminado de entre los numerosos astrólogos que participaron en esas pruebas a los charlatanes e incapaces, quedaba sólo un pequeño grupo de astrólogos que justificaban plenamente las pretensiones de su arte.

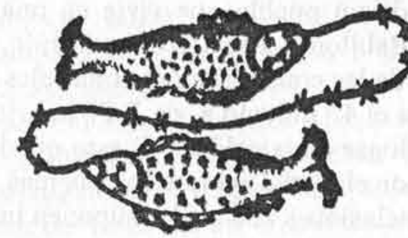
Éstas son consideraciones del mismo tipo que las que obligaron a Louis MacNeice, autor de una muy escéptica historia de la astrología, a escribir: «A pesar de todos los argumentos desfavorables a la astrología —que son muy numerosos— subsiste el hecho de que algunos astrólogos cabales, de los

que hay pocos, tienen el inexplicable poder de analizar con precisión el carácter de un individuo y su personalidad, del modo que les revela el simbolismo cósmico del horóscopo.»

El británico Ellic Howe llegó a una conclusión equivalente, que expuso en su libro notablemente objetivo *El mundo extraño de los astrólogos*: «Lamento no poder terminar este libro con conclusiones precisas y definitivas. Las pruebas de que disponemos indican que se pueden deducir ciertas informaciones de un horóscopo, pero no puedo explicar por qué.» En otro lugar había escrito: «El problema de la verdad o de la falsedad de la astrología dejó de interesarme. Mis pretendidos éxitos habrían debido, no obstante, convencerme de la validez de la tesis astrológica y hacer de mí un creyente. Pero tuve, sin embargo, la impresión de que todas esas historias de horóscopos eran un derroche de tiempo. Yo admitía de buen grado que en la astrología había "alguna cosa" que escapaba al escéptico, pero mi adhesión se detenía en este punto.» En efecto, Ellic Howe, al igual que yo, no se había contentado con un estudio teórico que no le habría conducido más que a conclusiones negativas, sino que había aprendido las reglas e interpretado numerosos temas de desconocidos, ello con éxito variable pero suficiente para comprobar que dichos aforismos tradicionales proporcionaban realmente —a veces— buenos resultados.

Así, pues, se impone una conclusión: aunque no fundamentada y a menudo absurda en sus reglas, aunque imposible según las normas de nuestra ciencia actual, la astrología proporciona —al menos de vez en cuando— resultados prácticos indiscutibles. Me incumbe por tanto adelantar una hipótesis que permita integrar los dos factores de esta proporción aparentemente antinómica.

Para ello, nos es necesario regresar a Sumer.



12. PISCIS

EL GRAN ZODÍACO

Hemos comprobado que el zodíaco era el fundamento de toda la astrología, y pronto vamos a ver que también lo es de casi todas las religiones. Abriendo un diccionario corriente por esta palabra leemos: «Los signos del zodíaco llevan los nombres de las constelaciones que se encontraban en él hace 2 000 años.» Pues bien, sabemos ahora que esa división de la esfera celeste era conocida en un período mucho más remoto. En consecuencia, podemos intentar fijar el origen del zodíaco partiendo de la evidencia de que dicha división debió efectuarse en la época en que las constelaciones y los signos coincidían ya. No se trata de este caso de conjeturas, sino de una opinión generalmente admitida, incluso por los representantes de la ciencia oficial. Así, veamos las conclusiones a que llega un astrónomo como el abate Moreux, en *Les influences astrales*, publicado en 1942:

«Desde el siglo III antes de la era cristiana, los griegos se habían apropiado de la ciencia astronómica de los caldeos, que databa aproximadamente del año 4000 a. de J. C. No obstante, astronomía y astrología debían ser más antiguas, y esto es lo que se destaca de los estudios del profesor Epping. Este sabio

ha demostrado que los mismos nombres de muchas constelaciones nos llevan a la conclusión de que los asterismos (1) que nos son familiares no tienen un origen caldeo, sino que proceden de un pueblo que vivía en una región más septentrional que Babilonia, hacia el mar Caspio, probablemente. Los nombres de las constelaciones zodiacales en particular, establecidos ya en el 4.º milenio a. de J. C., habrían sido transmitidos desde este lugar a los caldeos. Y esto queda sobradamente demostrado por el hecho de que los poemas caldeos relativos a dichas constelaciones zodiacales suponen un zodíaco anterior a la época de la antigua Caldea.

»Se sabe que, debido a la precesión de los equinoccios, los signos efectúan un lento movimiento de retroceso sobre la esfera celeste, empleando en la vuelta completa un período de tiempo que se extiende a 25 790 años. Ahora bien, en toda la serie del poema caldeo sobre el diluvio, por ejemplo, ninguno de los signos del zodíaco está en el lugar que ocupaba en la época en que el poema fue inscrito sobre las tablillas que hemos descifrado, y las constelaciones que figuran en él son precisamente las que fueron fijadas anteriormente por el pueblo desconocido mencionado por mí que habitaba por encima del paralelo 40º Norte.

»De este modo, el origen de la astronomía y de la astrología, ciencias que en el comienzo se confundían, se pierde en la noche de los tiempos históricos, y, si se concede crédito a los rastros de dibujos descubiertos sobre piedras que los prehistoriadores tienen en estudio y que representan alineaciones que recuerdan a nuestras constelaciones como la Osa Mayor, habría que remontar el nacimiento de las ciencias de Urania hasta la aparición del hombre sobre la Tierra.»

Sería, pues, en el vigésimo sexto milenio antes de nuestra era, es decir, hace unos 28.000 años, cuando un pueblo hoy olvidado habría establecido la existencia del zodíaco. Desgraciadamente, si damos crédito a las enseñanzas de la ciencia oficial, el hombre de Cro-Magnon vivió aproximadamente 12 000 años a. de J. C., y, en consecuencia, en una época anterior a ésta no podían existir más que humanoides simiescos muy poco inclinados a la contemplación de las estrellas y al establecimiento de reglas de astrología. ¿Pero, acaso esto es muy seguro? Incluso en el mundo científico podemos hallar numerosos partidarios de un origen presumerio de la ciencia de los astros, se llame ésta astronomía o astrología. El astrónomo Bailly, al comienzo del primer libro de su *Histoire de l'astronomie,* afirma, por ejemplo: «Cuando se contempla con atención el estado de la astronomía en Caldea, India y China, se descubren más bien los residuos que los elementos de una ciencia. Ésta aparece como la obra de un pueblo anterior... que fue destruido por una gran revolución. Algunos de sus descubrimientos, de sus métodos, de los períodos que semejante pueblo inventara se han conservado en la memoria de los individuos dispersos. Pero se mantuvieron en forma de nociones vagas y confusas, más por un conocimiento de las costumbres que de los principios.»

(1) Es decir, las asambleas de estrellas que forman las constelaciones.

Descubrimos aquí otra vez la misma impresión que habíamos tenido leyendo las tablillas sumerias halladas en Nínive, que con frecuencia llevan la mención «conforme a una tablilla hoy perdida», lo cual indica con claridad que la astrología era ya una ciencia residual, una ciencia parcialmente olvidada en la época del rey Sargón de Acad. Pues bien, existe una muy concreta tradición, que nos ha sido relatada por el sacerdote-astrólogo Beroso, que indica que la ciencia de los astros no es en absoluto una invención del pueblo sumerio, sino que fue revelada a éste en el transcurso de un contacto tenido con una raza extranjera. En *L'Histoire ancienne des peuples de l'Orient* (París, 1887), E. Babelon habla acerca de esta tradición: «Los caldeos decían que la astronomía les había sido enseñada por el dios Oannes, el cual surgió cierto día del mar Eritreo bajo la forma de un hombre con cola de pez. Algunos críticos, deso-

rientados por estos antecedentes fabulosos, han tratado de explicar tal supuesta revelación divina mediante una importación del extranjero, y supusieron que el golfo Pérsico fue la ruta seguida por los sabios que, desde Egipto, habrían venido a implantar la ciencia de los astros a orillas del Tigris y el Éufrates. Pero nada hay de ello; la astronomía era una ciencia esencialmente indígena en Babilonia.» Que la ciencia astral de los caldeos hubiera sido anterior a la egipcia no hay ninguna duda, pero que hubiera tenido un origen indígena, y no uno revelado, es algo que no parece tan evidente como lo cree el historiador del siglo pasado.

Vamos a examinar ahora el relato que nos dejó Beroso referente a la enseñanza del pueblo sumerio por un extraño ser denominado Oannes. Por desgracia, los escritos auténticos de Beroso están hoy perdidos; la publicación de su obra *Antiquitatum libri quinque*, hecha en 1545 por Agnus de Viterbo, no puede ser tomada en consideración, ya que el libro es apócrifo con toda seguridad. No nos queda otra solución que tratar de descubrir los textos de Beroso a través de los relatos que nos han dejado de ellos algunos comentadores griegos o latinos (1).

Veamos en primer lugar, según Eusebio, el relato del primer libro de Beroso, tal como lo cita Alejandro Polihistor, relato que Eusebio titula: *De Chaldaica improbabili historia*, ¡título que no necesita traducción!

«Beroso, en su primer libro de la Historia de Babilonia, nos cuenta que él vivía en la época de Alejandro, hijo de Filipo. Especifica que en aquel tiempo existían aún —cuida-

(1) Tenemos tres relatos, uno de Alejandro Polihistor, otro de Apolodoro y el tercero de Abideno. Éstos han sido comunicados por varios historiadores latinos, como Plinio, Eusebio, Sincelo Josefo, Clemente de Alejandría. Esos diversos fragmentos han sido reunidos por el doctor Richter en un volumen aparecido en 1825 en Leipzig: *Brosi Chaldeorum Historiae quae supersunt, cum comentatione*, y por el historiador francés François Lenormand, en París en 1872, en su: *Ensayo de comentario de los fragmentos cosmogónicos de Beroso, según los textos cuneiformes y los monumentos del arte asiático*. La traducción que yo ofrezco aquí está hecha esencialmente a partir del texto latino del doctor Richter, con, a veces, préstamos tomados a la traducción inglesa de ese mismo texto realizada por Isaac Cory.

dosamente preservados en Babilonia— relatos históricos que abarcaban 15 miríadas de años. Estos textos relataban la historia de los cielos y del mar, del nacimiento de la Humanidad, de los reyes y de sus acciones. Beroso empieza entonces por describir Babilonia, región que se extendía entre el Tigris y el Éufrates. *(Describe entonces las riquezas agrícolas del país.)* En aquella época había en Babilonia un considerable número de habitantes procedentes de diversas naciones que habían venido a instalarse en Caldea y que vivían sin ley ni orden, como bestias salvajes.

»Durante el primer año apareció un animal dotado de razón, procedente del golfo Pérsico que bordeaba Babilonia, cuyo nombre era Oannes (tal como lo cuenta Apolodoro). Su cuerpo era parecido al de un pez, pero más abajo de su cabeza de pez había otra análoga a la de un hombre, y tenía también pies humanos, aunque unidos en una cola de pez. Voz y lenguaje eran articulados y humanos; en cuanto a su aspecto, existe aún en nuestros días un bajorrelieve que lo representa. Este ser hablaba con los hombres durante el día, pero no tomaba ningún alimento en su compañía. Les inició en la escritura, en las ciencias y en todas las artes. Les enseñó a construir casas, fundar templos, establecer leyes y les explicó los principios de la geometría. Les mostró asimismo cómo distinguir los granos de la tierra y cómo recoger los frutos. En una palabra, les enseñó todo aquello que podía suavizar sus costumbres y humanizar su civilización. Su enseñanza fue tan universal que, después de aquella época, no ha podido ser aportada ninguna mejora. Al llegar la noche, este ser se retiraba al mar y pasaba la noche en sus profundidades, pues era anfibio.

»Después de ello, aparecieron otros animales como Oannes, de los que hablaremos cuando lleguemos a la historia de los reyes. Pero veamos ahora lo que afirmó Oannes referente a la Humanidad, a los tipos de civilizaciones y a las relaciones entre hombres; esto es lo que manifestó: "Hubo una época en que

la Tierra era sólo oscuridad y estaba totalmente cubierta por las aguas; residían en ella seres repulsivos..." *(prosigue aquí un largo relato acerca de la génesis de la Humanidad, que podría ser interesante comparar con el de la Biblia, pero que escapa al marco de este estudio. El segundo libro de Beroso narra la historia de los 10 reyes míticos de los caldeos que reinaron durante un enorme e increíble período de tiempo, y termina con el párrafo siguiente que nos interesa de modo especial):*

»Tras la muerte de Ardates, su hijo Xisuthrus le sucedió y reinó durante 18 sarens. Fue en esta época cuando sobrevino el gran diluvio, cuya historia es ésta. El dios Cronos se apareció al rey en sueños y le señaló que en el 15.º día del mes de Daesio ocurriría un diluvio que destruiría a la Humanidad. Le ordenó, pues, recopilar una historia de los comienzos de los progresos y del final de todas las cosas, hasta aquella fecha, luego esconder estos archivos cuidadosamente en la ciudad del Sol de Sippara, y construir un barco a donde llevar a sus parientes y amigos; debía embarcar todo lo que le fuera necesario para la vida, así como a representantes de todas las especies de animales, tanto si volaban como si se arrastraban por el suelo, y confiar su suerte a las olas. Xisuthrus preguntó a la divinidad hasta dónde había de navegar, y se le respondió: hasta los dioses.»

Este relato nos lleva, pues, a la historia del Arca de Noé, cosa que habíamos tenido ya ocasión de evocar en el segundo capítulo de esta obra. Veamos ahora si podemos prestar nuestro crédito a esta narración de Alejandro Polihistor, transcrita por Eusebio. Contaré aquí brevemente el mismo relato tal como ha llegado hasta nosotros a través de Apolodoro y Abideno. En lo que al primero concierne, tomaré como referencia el texto que figura en la página 39 de la *Crónica de Sincelo.* Éste, tras haber indicado que Apolodoro iba a describir a un ser monstruoso como se acababa de encontrar en las narraciones precedentes, prosigue: «Beroso cuenta ante todo que el primer rey de Babilonia fue Aloro, un caldeo. Reinó durante 10 sarens y a continuación le siguieron Alaparo y Ammenón de la ciudad de Pantibiblón. Luego Ammenón el caldeo, en cuya época apareció un segundo Oannes, un Annedoto, procedente del golfo Pérsico. (Hay que señalar, precisa *Sincelo,* que Alejandro Polihistor, anticipándose a los acontecimientos, lo había hecho aparecer durante el primer año, en tanto que Apolodoro indica que habían transcurrido 40 sarens; Abideno, por su parte, hace aparecer al segundo Annedoto después de 26 sarens.) Megalaro, de la ciudad de Pantibiblón, se convirtió entonces en rey y gobernó durante 18 sarens; tras él, Daono, al pastor de Pantibiblón, reinó 10 sarens. En su época aparecieron de nuevo, procedentes del golfo Pérsico, cuatro Annedotos, todos con la misma forma que he descrito anteriormente, es decir, el aspecto de un hombre mezclado con un pez... Tras la muerte de Otiartes, su hijo Xisuthrus reinó 18 sarens. Fue entonces cuando tuvo lugar el gran diluvio; por tanto, el número total de reyes es de 10, y el período durante el cual reinaron sucesivamente fue de 120 sarens.»

Veamos, finalmente, el mismo relato según Abideno, esta vez, contado por Sincelo y Eusebio: «Se cuenta que el primer rey del país fue Aloro, el cual pretendía haber sido designado por Dios para ser el pastor de aquel pueblo: reinó durante 10 sarens... En aquella época, una especie de semidemonio, llamado Annedoto, muy parecido a Oannes, salió del mar por segunda vez... Durante el reinado de Daono, un pastor de Pantibiblón, quien gobernó 10 sarens, cuatro personajes con doble cabeza salieron del mar... Después de ello hubo otros reyes, de los que el último fue Sisithrus (Xisuthrus), por lo que en total hubo 10 monarcas, cuyos reinados abarcaron un período de 120 sarens. Tras haber hablado de su reinado, *prosigue Abideno,* Beroso llega a lo que atañe al diluvio. Fue a Sisithrus a quien declaró el dios Cronos que habría un diluvio al decimoquinto día del mes de Daesio, y a quien ordenó depositar todos los escritos históricos y científicos en posesión

suya en la ciudad del Sol, Sippara. Habiéndolo hecho así, Sisithrus navegó rumbo a Armenia donde fue inspirado por Dios. Al término del diluvio, Sisithrus envió unos pájaros fuera de su barco para comprobar si las aguas habían bajado, pero los pájaros no hallaron más que un mar sin límites, y, finalmente, no pudiendo posarse, regresaron al arca. Tres veces lo intentó, y al regreso de su tercer viaje los pájaros volvieron con las patas cubiertas de barro. Se cuenta que los habitantes de Armenia han mantenido la costumbre de hacer brazaletes y amuletos con la madera del arca de Sisithrus que se conserva todavía allí.»

Lo primero que se desprende es que los tres relatos son asombrosamente semejantes entre sí, por lo que se puede considerar que el texto original de Beroso ha llegado hasta nosotros. Por supuesto que eso no autentifica la narración; sin embargo, cuando menos, muestra una coherencia que innumerables veces ha excitado la curiosidad de historiadores y sabios. Los últimos en haber elaborado una teoría a partir de las enseñanzas de Beroso son dos astrónomos mundialmente conocidos, el ruso I. S. Shklovski y el americano Carl Sagan, en un libro firmado conjuntamente titulado *Intelligent life in the universe* (1). Aunque sin participar de sus ideas, expondré aquí su hipótesis, dado que no se aparta excesivamente de la mía, que informaré a continuación, y debido a que ha sido establecida por dos verdaderos sabios, lo que impide a los científicos rechazarla de un plumazo. La idea de los dos astrónomos es que el relato de Beroso se servía de un encuentro entre la balbuceante civilización sumeria y visitantes extraterrestres llegados a explorar nuestro planeta. Como resultado de cálculos probabilistas muy complicados, Carl Sagan llega a la conclusión de que la Tierra había recibido sin duda tales visitas durante las eras geológicas y que esta probabilidad era bastante elevada. Shklovski, menos entusiasta, sólo reconocía

(1) Delta Book, Editions Dell, Nueva York, 1966.

que dicha probabilidad era distinta de cero. Carl Sagan opina que el mito de Oannes recibe una prueba histórica en esta ruptura de la civilización sumeria que anteriormente he señalado y que demuestra que Sumer pasó de un estadio agrícola, en sí muy poco diferente del que imperaba en la prehistoria, a una fase tecnológica marcada por la invención de la escritura, de las artes y de las ciencias, totalmente inexplicables por la sola evolución humana, al menos tan rápidamente.

Carl Sagan escoge el ejemplo del encuentro entre los indios tlingit de América del Norte con el navegante francés La Pérouse, para demostrar que se puede llegar a descubrir y a reconstruir una verdad histórica a través de relatos secundarios de apariencia mítica. Los tlingit, que ignoraban la escritura, sólo dejaron una narración oral de este encuentro; ésta fue transmitida un siglo más tarde a un antropólogo americano, G. T. Emmons. En ella se podía hallar perfectamente el tránsito del hecho real al hecho mitológico: por ejemplo, las naves eran descritas como inmensos pájaros negros de alas blancas; no obstante, concluye Sagan: «El relato oral contenía informaciones suficientes para permitir reconstruir a partir de ellas el verdadero encuentro.» El astrónomo aplica entonces ese principio a los relatos histórico-míticos de Beroso y extrae de ello las conclusiones siguientes: «Sumer fue una de las primeras, tal vez la primera, civilizaciones en el sentido moderno de la palabra, sobre la Tierra. Fue fundada en el IV milenio a. de J. C., o quizás antes. No sabemos de dónde procedían los sumerios. Su lengua era extraña, no correspondía a ningún idioma indoeuropeo, semítico u otro, y sólo podemos comprenderlo gracias a que, más tarde, los acadios compilaron numerosos diccionarios sumerio-acadios. Sus sucesores fueron los babilonios, asirios y persas. En consecuencia, desde muchos puntos de vista, se puede considerar que la civilización sumeria es la antepasada de la nuestra. Pues bien, tengo la impresión de que si la civilización sumeria es descrita por sus propios descendientes como de origen no

humano, las correspondientes leyendas merecen ser atentamente examinadas. No pretendo que lo que a continuación voy a exponer sea absolutamente un ejemplo de contacto con extraterrestres, pero es el mismo tipo de leyenda que puede corresponder y que merece un atento estudio. Tomadas al pie de la letra, esas leyendas sugieren que se produjo un contacto entre algunos hombres y una civilización no humana inmensamente poderosa a orillas del golfo Pérsico, quizá cerca de la antigua ciudad sumeria de Eridu, aproximadamente hacia el IV milenio a. de J. C., o antes. Existen tres versiones diferentes de la leyenda de los *Apkallu*, no contradictorias entre sí, que datan del período clásico. Todas tienen su origen en Beroso, un sacerdote de Bel-Marduk de la ciudad de Babilonia, en tiempos de Alejandro Magno. Beroso tenía acceso a archivos escritos en caracteres cuneiformes o pictográficos que databan de varios miles de años antes de su época.»

Sagan reproduce entonces algunos extractos de los tres textos que he citado, que él ha sacado de la obra de Isaac Cory, *Ancient fragments.* ¡Señalemos de pasada que el autor evita hablar del aspecto astrológico del personaje de Beroso! Veamos ahora la conclusión de Carl Sagan: «Esos cuatro fragmentos de autores antiguos ofrecen el relato de una notable sucesión de acontecimientos. La civilización sumeria es descrita por los propios descendientes de los sumerios como de origen no humano. Una serie de extraños seres aparece en el transcurso de varias generaciones; su único propósito aparente es instruir a la Humanidad; cada uno de ellos está al corriente de la misión y resultados de sus antecesores; cuando el gran diluvio amenaza la supervivencia del saber nuevamente introducido entre los hombres, se toman medidas para preservarlo. De este modo el acceso de Beroso a los archivos antediluvianos es explicado formalmente. Hay que señalar la verosimilitud de sus relatos respecto a un contacto con seres superiores. Oannes y los demás *Apkallu* son descritos como "animales dotados de razón", como "seres", como "semidemonios", como "personajes". Jamás en tanto que dioses.»

La hipótesis de Sagan puede ser comparada con las de algunos exegetas de los textos bíblicos, que ven en los relatos del Génesis no la narración de una creación divina, sino la de la colonización terrestre por seres llegados de otro planeta. Esta teoría es defendida principalmente en la Unión Soviética, desde 1959, por el etnólogo M. Agrest, y el colega de Sagan, I. S. Shklovski, no ha podido menos que establecer el paralelo: «En mi opinión —declara— las hipótesis de Agrest y Sagan no se contradicen. Agrest propone una interpretación de los textos bíblicos, pero dichos textos tienen orígenes babilonios profundos. Los babilonios, los asirios y los persas sucedieron a las civilizaciones sumeria y acadia. No se puede, por tanto, excluir la posibilidad de que tales textos bíblicos y los mitos anteriores a Babilonia se refieran a los mismos acontecimientos. Seguramente no se podría presentar en este asunto pruebas científicas suficientes, pero cuando menos semejantes hipótesis merecen la atención (1).»

Nos hallamos, pues, aquí ante una hipótesis científicamente aceptable, aunque no demostrada. En mi opinión, no es la única que puede dar una explicación de los hechos, y, al presuponer una intervención exterior de origen extraterrestre, yo le reprocharía, en apariencia de modo bastante paradójico, su humanismo (2). Esa teoría filosófica que quiere reducirlo todo al hombre jamás ha manifestado de modo tan evidente sus procedimientos rutinarios que cuando pretende dar a las criaturas llegadas del fondo del espacio una forma humanoide. Pues esto es lo que intenta. Oannes tiene una forma general de pez con un hombre en el interior; dicho de otro modo,

(1) Esta hipótesis de Agrest tiene como corolario la suposición de una base de origen extraterrestre sobre la Luna de la que algún día podríamos llegar a descubrir sus huellas. Sagan y Shklovski afirman en este sentido: «Debido a la atmósfera y a los riesgos de detección o interferencia de los terrestres, tal vez les ha parecido preferible (a los extraterrestres) no establecer su base sobre la Tierra. La luna parece una posible localización para ella... Esta hipótesis ha sido presentada independientemente por Agrest y el escritor científico británico Arthur C. Clarke.»

(2) Y su antropomorfismo, naturalmente.

se trata de una persona vestida con una escafandra. No hay en absoluto ningún motivo —aparte del orgullo humanista— para que la forma humanoide sea una constante cósmica. La célula animal es, lo reconozco, un logro notable, pero incluye numerosos defectos, y todo permite suponer que, en otros lugares, la vida ha debido tomar rumbos diferentes. Todo lo más, se podría creer que la forma humanoide ha podido prevalecer en aquellos planetas en los que el oxígeno, el hidrógeno y el nitrógeno predominan en la atmósfera, pero aquí se trata ciertamente de excepciones. Un ser pensante cuyo metabolismo estuviera elaborado a partir del silicio, idea muy querida a los amantes de la cienciaficción, me parece mucho más admisible que una entidad llegada de las estrellas con una constitución física que tenga la menor relación con la nuestra. Igualmente, aun admitiendo que Oannes hubiera sido un hombre dentro de su escafandra, no puedo aceptar la idea de que hubiera venido del espacio exterior. Por otra parte, Beroso no habla en ningún momento de los cielos en tanto que hábitat de este ser dotado de razón, como habría debido ser para cualquier extraterrestre de buen tono, sino del mar, lo cual nos lleva a una criatura de origen terrestre.

¿Quién podía ser, pues, este Oannes, hombre de hábitat marino, heredero de un saber que databa de 26 000 años a. de J. C., es decir, en una época en la que nuestros pretendidos antepasados cazaban alegremente el mamut en las llanuras de Siberia? A esta pregunta sólo encuentro una respuesta que sea al mismo tiempo lógica y verosímil: Oannes y los otros Annedotos eran simplemente los últimos supervivientes de una civilización desaparecida en la época de Sumer, que, 10 000 ó 15 000 años antes, había alcanzado una fase tecnológica comparable o superior a la nuestra. Sé que estos conceptos de civilización o continente desaparecido tienen la virtud de despertar las iras de la mayoría de los científicos cuyas ideas continúan ancladas en el siglo XIX; sin embargo, los verdaderos sabios no las rechazan en absoluto, al contrario. Así, el físico atomista Frederik Soddy, quien recibió el Premio Nobel por sus descubrimientos de los isótopos, afirmaba en *El rádium, interpretación y enseñanza de la radiactividad*: «Esta antigua semejanza del poder de transmutación y el elixir de la vida, ¿son sólo una simple coincidencia? Me inclino a pensar que eso podría muy bien ser un eco llegado de uno de los innumerables siglos donde, en tiempos prehistóricos, los hombres siguieron antes que nosotros la misma ruta que nuestros pies hollan hoy. Pero semejante pasado probablemente es tan remoto que los átomos que fueron sus contemporáneos han tenido literalmente tiempo de desintegrarse totalmente...»

En agosto de 1968, una foto aérea revelaba una construcción ciclópea sumergida a lo largo de una de las islas Bahamas. Este «templo submarino», tal como lo bautizaron los periodistas, medía 33 metros por 25. Fue examinado poco después por el profesor Manson Valentine, Conservador Honorario del Museo de Ciencias de Miami, y Dimitri Rebikoff, el especialista de exploración submarina. La ausencia de vida marina, como algas, corales, madréporas, fijada sobre los muros externos de esa construcción, hizo suponer a los geólogos que el conjunto podía haber estado hundido bajo la arena durante milenios, y tan sólo habría emergido recientemente debido a los violentos huracanes de estos últimos años. A fines de 1970, todos los documentos y fotografías reunidos fueron sometidos a expertos internacionales. La primera solución propuesta, a saber, que tales construcciones habrían sido obra de españoles del siglo XVI, fue descartada inmediatamente, ya que la plataforma donde está edificado el «templo» estaba sumergida ya en aquella época. Los olmecas, el antiguo pueblo precolombino, fueron propuestos entonces como los posibles constructores, pero asimismo fueron rechazados porque su estilo de construcción no guardaba la menor relación con el del templo submarino; hubo de ser la geología submarina la que aportara un comienzo de respuesta al enigma y, simul-

táneamente, un comienzo de prueba de la existencia de civilizaciones protohistóricas hoy desaparecidas. Esta ciencia permitió calcular que la plataforma sobre la que se hallaba la edificación, el Great Bahama Bank, se hunde lentamente en las aguas: se ha podido determinar de manera bastante precisa que era preciso remontarse al VII u VIII milenio a. de J. C. para que el «templo» hubiera podido ser edificado sobre un terreno totalmente emergido. Dimitri Rebikoff, por otra parte, concreta: «Esas estimaciones son confirmadas por el método del carbono radiactivo 14, aplicado a las turberas sumergidas vecinas, que proporcionan un resultado de 6 000 años para 4 metros de profundidad y, por extrapolación, aproximadamente 10 000 años para 6 metros. De nuevo hallamos el VIII milenio a. de J. C.» En ese artículo, titulado *Una ciudad engullida es hallada de nuevo en el Atlántico,* publicado en el número de enero de 1971 de *Science et Vie,* continúa: «En el continente americano el horizonte del pasado retrocede sin cesar, como lo hace también en el nuestro en Catal Huyük (emplazamiento arqueológico de aproximadamente 6 800 años antes de nuestra era) en las fronteras rumano-yugoslavas, hacia las Puertas de Hierro del Danubio, donde son desenterrados los vestigios de una ciudad de hace 8 000 años. El estudio de las civilizaciones americanas enseña que algunas de esas civilizaciones aparecían como "explosiones" (por ejemplo, las de Chavin y los olmecas) y no como fruto de una maduración secular. ¿De dónde procedían esos portadores de cultura que formaban casi instantáneamente imperios? Un elemento de respuesta se encuentra en las tradiciones de todas las civilizaciones arcaicas mesoamericanas y andinas, que evocan a los "dioses blancos", los héroes divinizados surgidos del mar.»

La hipótesis de semejantes «dioses del mar», representantes de una civilización de extraordinaria antigüedad hoy desaparecida y colonizadores de la mayor parte de los grupos étnicos actualmente conocidos, ha sido defendido por un auténtico sabio, Charles H. Hapgood, en dos libros, *Earth shifting crust,* aparecido en Nueva York en 1958 y prologado por Albert Einstein, y *Maps of the ancient sea-kings.* La primera obra recoge y amplía la tesis de la deriva de los continentes de Wegener, teoría cada vez más admitida en la actualidad. Del prefacio de Albert Einstein extraigo las siguientes líneas que demuestran que las ideas de Hapgood no son un delirio seudocientífico: «La primera comunicación que recibí del señor Hapgood me electrizó. Su idea es original, muy simple y, caso de que se continúe aportando pruebas en favor de su demostración, de una gran importancia para todo lo que se refiere a la Historia de la superficie de la Tierra... En la región polar, el hielo se deposita de modo continuo, pero no se distribuye de modo simétrico alrededor del polo. La rotación de la Tierra actúa sobre estas masas de forma irregular y produce un movimiento de acción centrífuga que aumenta constantemente, y, al alcanzar una cierta fuerza, habría desencadenado un deslizamiento de la corteza terrestre sobre el resto del cuerpo de la Tierra, lo cual aproximaría las regiones polares al ecuador.» La presencia en la Antártida de fósiles tropicales, hoy perfectamente establecida, es para Charles Hapgood una prueba de que este continente se hallaba antaño situado en las proximidades del ecuador terrestre. Estima que hace aproximadamente 10 000 ó 15 000 años una nueva glaciación hizo acumular hielos en ambos polos; luego, bajo el efecto de las fuerzas centrífugas, procedentes de los dos centros de gravedad de los casquetes, tuvo lugar un deslizamiento de la corteza terrestre y, por ejemplo, la Antártida derivó unos 4 000 kilómetros hacia el Sur hasta alcanzar la posición actual. La duración de 10 000 a 15 000 años es lo que indigna sobre todo a la mayor parte de los otros geólogos que consideran estas fechas, a la vez demasiado cortas y demasiado próximas; no obstante, se sabe con certeza que hubo glaciaciones sumamente brutales, por ejemplo la de Siberia en la que los mamuts quedaron aprisionados por el hielo en un instante, como se ha podido comprobar al encontrar sus cuerpos.

Si la hipótesis de Hapgood es exacta, resulta evidente que pudo haber existido una civilización sobre el continente antártico: sus huellas estarían hoy profundamente enterradas bajo el hielo, y, por tanto, no serían accesibles a nosotros. En su segunda obra, *Los mapas de los antiguos reyes del mar*, Hapgood recoge esta idea de una civilización antártica avanzada y completamente desaparecida. Dichos mapas son aquellos que el almirante turco Piri Reis dibujó en abril de 1513 a partir de otros mapas mucho más antiguos y hoy en día perdidos. Su estudio no fue emprendido seriamente hasta 1953, por A. H. Mallery, y he aquí cómo el explorador Paul-Émile Victor (1), en un artículo de la revista *Planète* (2), expone los resultados obtenidos: «La porción del mapa comprendida entre Terranova y el sur del Brasil, aparte de su asombrosa exactitud por lo que se refiere a aquella época, no plantea problemas de desciframiento. En lo que concierne al norte y el sur del mapa, una vez traducidas las indicaciones en lenguaje cartográfico moderno, Mallery se convenció, por un lado, de que Piri Reis había dibujado las orillas de la Antártida, y, por otro, que Groenlandia y el continente antártico eran mostrados tal como debían ser antes de la glaciación de los polos.» Entre otros hechos notables, se hallaban en este mapa islas cuya relación no fue publicada por primera vez hasta junio de 1954; por lo demás, en la *Queen Maud Land*, Piri Reis tenía razón en contra de las afirmaciones de los mapas modernos, tal como fue demostrado, también en 1954, por el servicio hidrográfico americano. A. H. Mallery va más lejos en sus conclusiones, pues manifiesta: «No comprendemos cómo pudieron ser dibujados estos mapas sin ayuda de la aviación. Además, las longitudes son absolutamente exactas, algo que nosotros sólo sabemos hacer desde hace dos siglos.»

(1) Estos mapas son estudiados también por Jacques Bergier, en el capítulo 4 de su libro *Los extraterrestres en la Historia* (Éditions J'ai Lu) y publicado por «Plaza & Janés» en esta colección.
(2) Aparecidos también en la *Revista Horizonte*, publicada por esta editorial.

Para que Piri Reis hubiera podido copiar unos mapas que mostraran el trazado de las costas antes de la última glaciación, los originales debían remontarse a 9 000 ó 10 000 años, época de dicha glaciación. Desgraciadamente, como he tenido ya ocasión de decir, la ciencia oficial considera que en esta época la Humanidad estaba representada por hombres de las cavernas cuyas aptitudes cartográficas no han sido jamás señaladas. Paul-Émile Victor, en tanto que toma la precaución de especificar que las conclusiones de Mallery están lejos de ser admitidas por todos los científicos y que el problema sigue planteado, termina no obstante afirmando: «Se podría, por tanto, suponer que una rama de la raza humana, coexistiendo con otras menos evolucionadas, había alcanzado, hace unos 8 000 a 10 000 años, un grado de civilización considerable y tenía un conocimiento desarrollado de su planeta, siendo todo esto destruido de la noche a la mañana por la acción de un cataclismo.»

He aquí, creo, una hipótesis muy verosímil, aunque la expresión «destruida de la noche a la mañana» me parece una fórmula literaria. Hubo ciertamente numerosos supervivientes diseminados sobre fragmentos de continentes, sobre islas, o simplemente sobre ingenios de navegación; para mí, Oannes no sería más que un representante de esta civilización antártica moribunda que habría querido transmitir una parte de su saber científico a las ramas menos desarrolladas del *Homo sapiens*. De este modo se explicarían las intervenciones de los dioses blancos en la América precolombina, el templo descubierto recientemente en las Bahamas y las leyendas relatadas por Beroso o los sumerios que decían, muy concretamente, que sus instructores habían salido del mar. Esta hipótesis —y, repitámoslo una vez más, se trata sólo de una hipótesis— es la única que me parece capaz de explicar una brusca mutación ocurrida en la evolución humana, que empleó 100 000 años en pasar del estadio de la recolección de frutos en los árboles al estadio de la tribu agrícola carente de escritura e indus-

tria, y que luego habría franqueado tan rápidamente, en 3 000 ó 4 000 años, el abismo que separa a nuestra civilización de la era espacial de esas tribus agrícolas de las que acabo de hablar. Tiene asimismo el mérito de hacer comprender por qué las enseñanzas de la astrología tradicional parecen tan poco fundamentadas, dando no obstante a veces resultados perfectamente exactos. Es evidente que si la astrología es una ciencia revelada, al igual que la alquimia, por lo demás, surgida de una civilización superior y transmitida a seres humanos en una fase de desarrollo intelectual y tecnológico muy inferior, tan sólo una escasa proporción de tales ciencias ha debido llegar hasta nosotros.

Una pregunta acude entonces a la mente: ¿por qué los representantes de una civilización avanzada —bien sea de origen extraterrestre, o, más probablemente, nacida de un continente hoy engullido— se habrían tomado la molestia de enseñar a los antiguos sumerios los rudimentos de una ciencia astrológica, ciencia excesivamente compleja para ser transmitida únicamente por tradición oral? Por supuesto, siempre cabe un error del «cuerpo docente superior», tanto más probable cuanto que sería de origen humano, pero existe otra hipótesis que merece ser estudiada. El objetivo esencial de esta enseñanza habría sido fijar la atención de la naciente Humanidad sobre el zodíaco, que, debido a la precesión de los equinoccios, indicaría las grandes eras de la Humanidad. Se trataría entonces de un gigantesco reloj cósmico, que podía servir a los habitantes de la Tierra para captar el misterio de sus orígenes y las intenciones de sus iniciadores, pero también, quizá, para que estos mismos iniciadores supieran dónde se hallaban los terrestres en su desarrollo.

Desde comienzos del siglo XIX, numerosos autores han establecido las semblanzas que existen entre la sucesión de las grandes religiones y su simbolismo, por una parte, y la sucesión de las eras zodiacales, determinadas por el desplazamiento precesional del punto vernal, por otra. Señalemos que se trata aquí del zodíaco de las constelaciones, que se desplaza en el transcurso de los siglos, y no del zodíaco de los signos, que es fijo y, como hemos visto, empieza siempre en Aries, el 21 de marzo.

Algunos autores sólo consideran esta constelación y la religión que aparece en el momento del paso de una constelación a otra, es decir, aproximadamente cada 2 140 años; otros, como Max Heindel y muchos místicos, consideran, además de la constelación, su opuesta, que participaría simbólicamente en el dogma de la nueva religión. Vamos a proceder a un rápido examen de esas concordancias, y, como actualmente entramos, o vamos a entrar, en la era de Acuario, cuya constelación opuesta es el León, me parece pues lógico comenzar por la era del León, cuyo opuesto es, en tal caso, Acuario.

La era del León, cuyo regente astrológico era el Sol, ocupó su lugar en la Tierra entre el año 10 000 a 8 000 a. de J. C. Si admitimos que el simbolismo zodiacal no es un dato inventado por el hombre, sino que le fue revelado con un objetivo determinado, habrá que admitir, en consecuencia, que tal simbolismo se aplica al propio hombre pues debe coincidir con las fases principales de su historia, y no con la de sus desconocidos maestros. En el año —10 000, la rama del *Homo sapiens* de la que nosotros procedemos estaba en la fase del hombre de las cavernas, y hoy se admite generalmente que en aquella época el Sol era adorado como una divinidad. Se cree que tanto la India como la América precolombina albergaban ya civilizaciones más avanzadas de las que se encuentran huellas en los Vedas de una y los *codex* de la otra, textos que hablan de un culto solar acorde con el simbolismo zodiacal previsto.

La era de Cáncer, bajo la regencia de la Luna, se extendió desde —8 000 a —6 000, aproximadamente. Parece que realmente en esta época se practicó el culto de la diosa-madre,

de la que la Luna era en la práctica el símbolo más corrientemente admitido. En cualquier caso, éste fue el período de la fecundidad para la raza humana, ya que ella se expandió entonces por toda la superficie de la Tierra.

La era de los Gemelos, bajo el gobierno de Mercurio, se extiende de —6 000 a —4 000. Estamos ya en el período protohistórico, y hemos conservado la huella de varios cultos rendidos a dioses gemelos, tales como Ormuz y Ahrimán, en Persia, y todas las leyendas griegas que se refieren a Cástor y Pólux. En la historia de las religiones, se encuentra en este período otras parejas de divinidades, de notoriedad menor, pero que parecen indicar una cierta tendencia a la adoración de un dios doble. No obstante, debo precisar que el hecho no es general.

La era del Toro, con regencia de Venus, abarca desde —4000 hasta —2000, aproximadamente. Ésta es la época dominante del antiguo Egipto, cuyos dios esencial, que incorporaba bajo forma animal los atributos de Osiris y de Ptah, fue el toro Apis. En otras regiones hallamos también divinidades del mismo estilo: Creta adoraba el Minotauro, la civilización sumeria de la época, la de Obeid, adoraba igualmente a un toro, y asimismo ocurría en Persia, Siria, Asiria, e incluso en Grecia con Pásifae.

La era de Aries o el Carnero, regida por Marte, se extiende desde el año —2000 hasta el nacimiento de Cristo. En esta época, el dios local de Tebas, el carnero Amón, fue elevado al rango de divinidad principal. En esta época, también, apareció Moisés que dio una nueva religión a los hebreos tomando el cordero como símbolo. Es cierto que la religión judía había absorbido una gran parte del simbolismo zodiacal, como lo señala por ejemplo Charles-François Dupuis en su *Origine de tous les cultes*: «Los nombres de las 12 tribus, escritos sobre las 12 puertas, nos recuerdan también el sistema astrológico de los hebreos, que habían colocado cada una de sus tribus bajo uno de los signos celestes.»

La era de los Peces, bajo la regencia de Júpiter y Neptuno, se extiende desde el nacimiento de Cristo (siendo la fecha generalmente admitida la de —3) hasta aproximadamente el año 2140.

La era de Acuario, bajo el dominio de Saturno y Urano, comenzará entre 2100 y el 2200 según los cálculos más generalmente admitidos (desde 1789, prácticamente todas las fechas posibles —e incluso imposibles— han sido anticipadas por los investigadores por lo que atañe a esta entrada).

Tal como ya he dicho, el astrólogo Max Heindel y otros escritores han considerado, además de la constelación, aquella que se le opone en el zodíaco, la cual, en su opinión, participaría también del simbolismo de la era. Heindel, ignorando la excesivamente lejana época del León, comienza su estudio con Cáncer, cuyo signo opuesto es Capricornio: «El signo de Cáncer es de naturaleza acuosa, y su signo opuesto, Capricornio, mitad pez, simboliza también esta vida acuática durante el tránsito precesional del Sol a través de Cáncer.» Confieso que sus explicaciones por lo que se refiere a los Gemelos y Sagitario no son demasiado convincentes; por el contrario, en las tres parejas de signos que corresponden a las eras siguientes pueden descubrirse efectivamente semejanzas. Hemos visto que la principal religión egipcia de la era de Tauro adoraba al buey Apis y, al mismo tiempo, las reglas religiosas habían hecho adornar el tocado de los faraones con un Escorpión con el aguijón erguido. Puede descubrirse aquí un recuerdo simbólico del par Tauro-Escorpión. En lo que se refiere a la era siguiente, la de Aries, la religión egipcia se apartó de ese simbolismo sustituyendo el Escorpión, no por sus Pinzas, como correspondía, sino por un escarabajo que es otro símbolo de Cáncer. Por su parte, Moisés parece haber intentado volver a encontrar esa dualidad del simbolismo zodiacal asociando a la idea de su dios, ya marcado por el cordero, el símbolo de la Balanza, para demostrar su justicia y equidad. Este aspecto es interesante, ya que si esta cuestión de la dualidad simbólica pudiera ser definitivamente probada, demostraría que Moisés había tenido

probablemente acceso a algunos archivos incompletos, pero que en ningún caso había encontrado a un representante de la raza de Oannes (sea de origen extraterrestre o no), puesto que ignoraba manifiestamente que el signo de la Balanza era una invención artificial y que, al escogerlo, convertía su simbolismo en idólatra.

La constelación opuesta a la de Piscis es Virgo. No obstante, confieso que me siento muy escéptico acerca de algunas suposiciones, que me parecen muy artificiales. Únicamente parece admisible una cierta correspondencia entre las religiones dominantes y las eras zodiacales, y aun no hay que olvidar que, aunque en el cuadro presentado las correspondencias parecen evidentes, no son, sin embargo, decisivas. Religiones tales como el brahmanismo, el sintoísmo, el budismo, el islamismo, etcétera, deberían poderse insertar en nuestro cuadro, lo cual no ocurre.

Para admitir tales correspondencias, es preciso asimismo suponer la predominancia del linaje sumerio. El hecho no es en sí imposible, ya que Oannes y los demás representantes de su civilización, que habrían impartido una enseñanza al hombre, estuvieron sólo en contacto con los sumerios. Esto explicaría los desarrollos tecnológicos mucho más avanzados de todos los pueblos que recibieron a continuación la enseñanza babilonia con relación a aquellos que se vieron privados de ella, como por ejemplo chinos, indios, y la mayor parte de los pueblos africanos. Hoy se comprueba, por ejemplo, que una civilización como la de Mustang, un pequeño país vecino del Tibet, vive a un nivel semejante al de la alta Edad Media y no ha podido conseguir por sí misma ningún progreso técnico. Este caso no es único: las tribus indígenas de Australia, el modo de vida de los indios de la América del Sur, etc., demuestra que en todos aquellos lugares en que la Humanidad no ha tenido más recurso que la evolución natural de sus propios medios, muestra al menos mil años de retraso sobre nuestra civilización. ¿Acaso se debe a que el hombre occidental está más capacitado que los otros, como lo pretenden las teorías racistas? Basta considerar la elevada espiritualidad y la filosofía de las antiguas civilizaciones china o india, por una parte, y la rapidez de asimilación de las técnicas por los japoneses o los chinos, por otra, para darse cuenta de que todos los hombres tienen evidentemente medios intelectuales comparables, pero que ciertas concepciones tecnológicas no pueden ser descubiertas por esto sólo, sino que hace falta una enseñanza. Esta enseñanza que el hombre occidental ha proporcionado a los asiáticos es quizá la misma que sus antepasados sumerios habían recibido del animal dotado de razón, Oannes (1).

Todo esto parece que nos ha llevado muy lejos del estudio de la ciencia de los astros. Sin embargo, no es así; mi conclusión, que, creo yo, es la única a la que puede conducir un estudio objetivo, a saber, que la astrología no descansa sobre ninguna base científica pero que, con frecuencia, es utilizable en la práctica, sólo puede explicarse dentro de la perspectiva de una ciencia revelada a la civilización sumeria y ya residual en tiempos de la antigua Caldea. Así, en *Intelligent life in the Universe*, Carl Sagan reproduce cilindros babilonios de una gran antigüedad: en ellos se descubre que los sumerios conocían la existencia de 9 planetas, y no sólo de los 7 visibles al ojo desnudo, que serán los únicos en ser utilizados por la astronomía y astrología caldeas. Afirma, en la página 462: «El sello cilíndrico de la figura 33-35 muestra, de modo bastante curioso, 9 planetas que rodean a un Sol prominente en el cielo (junto con 2 planetas más pequeños).» Así pues, parece que el sistema heliocéntrico, acompañado de un cortejo de 9 planetas principales, de los que algunos están representados con

(1) Sin embargo, no hay que olvidar que los precolombinos, los indígenas de las Bahamas, así como otros, parece que han recibido la visita de dioses blancos, procedentes quizá de la misma civilización que Oannes. Ahora bien, de modo notable su civilización tomó un rumbo muy distinto a la nuestra. ¿Debemos sacar en conclusión que las enseñanzas recibidas eran distintas o que el medio en el que se han desarrollado les ha transformado radicalmente? Ésta es una pregunta a la que los etnólogos quizá responderán algún día.

satélites, era conocido en una época antediluviana. Ahora bien, en aquella época, semejante conocimiento —sin ningún instrumento óptico— era absolutamente imposible sin tener un origen revelado. Se podría incluso inferir que, como el zodíaco está formado por 12 signos, al igual que el zodíaco precesional de las constelaciones, y dado que las Casas astrológicas son igualmente 12, sin duda los planetas estaban constituidos por 12 unidades también.

Tales conclusiones acerca de astrología, la imposibilidad de explicar los conocimientos astronómicos de los antiguos sumerios, el brusco desarrollo tecnológico y científico de su civilización, que nada en la historia humana justifica, no me parecen lógicamente explicables más que mediante esta hipótesis de un encuentro con una civilización llegada ya a un grado elevado de saber y tecnología. Éste es el motivo por el que creo en la veracidad del relato de Beroso y en el encuentro efectivo de los antiguos sumerios con Oannes, el ser dotado de razón. Éste es el motivo por el que creo en la existencia y veracidad de una ciencia astrológica de la que hoy no nos quedan más que los restos y que hay que reconstruir en su totalidad.

ANEXOS

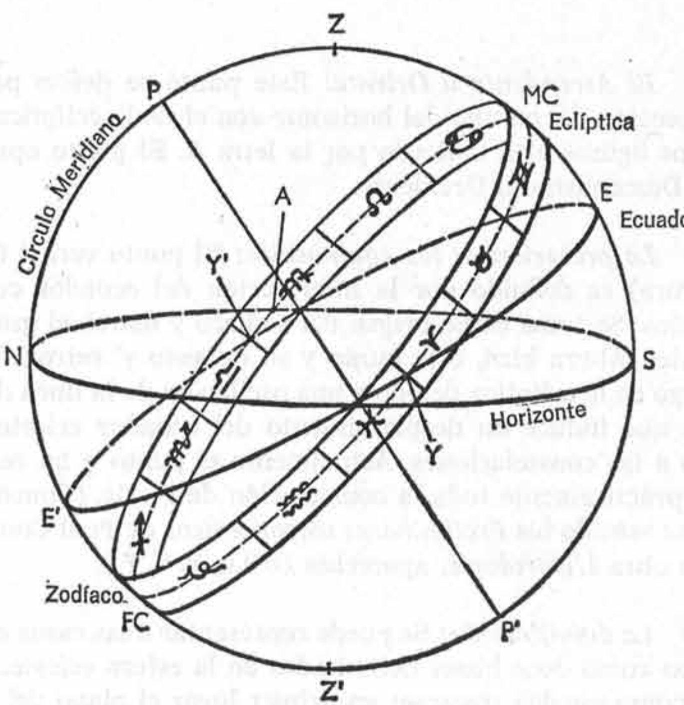
1) *El Ascendente u Oriente:* Este punto se define por la intersección del círculo del horizonte con el de la eclíptica. En las dos figuras está indicado por la letra A. El punto opuesto es el Descendente u Occidente.

2) *La precesión de los equinoccios:* El punto vernal (γ en la figura) es definido por la intersección del ecuador con la eclíptica. Se toma como origen del zodíaco y marca el grado 0 de Aries. Ahora bien, este punto y su opuesto γ' retroceden a lo largo de la eclíptica debido a una oscilación de la línea de los polos que induce un desplazamiento del ecuador celeste respecto a las constelaciones. Actualmente el punto γ ha remontado prácticamente toda la constelación de Piscis. (Consúltese en este sentido los *Preliminares astronómicos* de Paul Couderc, en su obra *L'astrologie,* aparecida en las P. U. F.)

3) *La domificación:* Se puede representar a las casas astrológicas como doce husos delimitados en la esfera celeste. Veamos cómo pueden trazarse: en primer lugar el plano del horizonte divide esta esfera en dos hemisferios, que a su vez se dividen en dos cuadrantes correspondiendo cada uno de ellos al meridiano del lugar (se trata del círculo que pasa por los polos celestes, el cenit y los puntos cardinales N y S). Tenemos

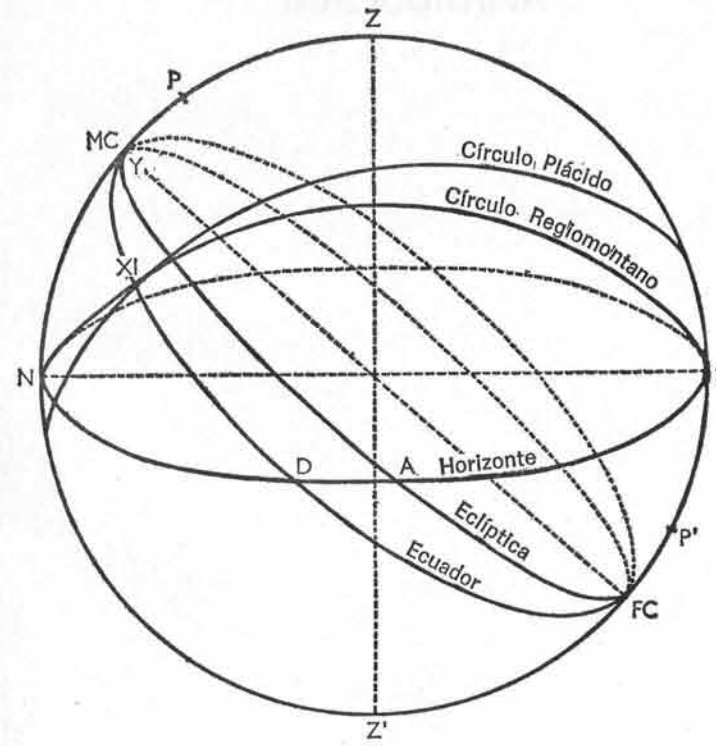
entonces una esfera dividida en cuatro partes; cada uno de esos cuadrantes se subdividirá ahora en tres partes mediante grandes círculos (llamados círculos de posición) que cruzan también los puntos cardinales Norte y Sur, al menos en el sistema de Regiomontano (véase la figura de la página 283).

En este método se divide el arco del ecuador *YD* en tres partes iguales y se hace pasar por cada uno de esos puntos un círculo de posición. Su intersección con la eclíptica determinará la cúspide de una Casa (la IX en el caso de la figura).



El zodíaco en la esfera celeste

En el sistema de Plácido, se divide del mismo modo el arco *YD*, pero los círculos de posición de las Casas no pasan ya por los puntos N y S, sino por un punto de la eclíptica determinado por sucesivas aproximaciones. A esto se debe que el método de domificación de Regiomontano sea considerado como el más racional. (Consúltese *La domification*, de Henri Selva, y el *Dictionnaire astrologique*, de H. J. Gouchon.)



La domificación: círculos de posición que, en los sistemas de Plácido y Regiomontano, permiten determinar la cúspide de la Casa XI.

BIBLIOGRAFIA

Esta Bibliografía no pretende ser completa, sino que representa sólo las obras que han sido realmente consultadas por el autor para la redacción del presente libro.

Los títulos precedidos de un asterisco son aquellos que le han parecido particularmente importantes.

A) OBRAS GENERALES ACERCA DE ASTROLOGÍA

BARBAULT, ANDRÉ. *Défense et illustration de l'astrologie.* Éditions Grasset, París, 1955.
— *De la psychanalyse à l'astrologie.* Éditions du Seuil, París, 1961.
— *1964, la crise mondiale de 1965.* Éditions Albin Michel, París, 1963.
— *Les astres et l'Histoire.* Éditions Jean-Jacques Pauvert, París, 1967.
BARBAULT, ARMAND. *Ce que sera l'avenir du monde.* Éditions Fulgur, París, 1956.
BEER H. *Introduction à l'astrologie.* Éditions Payot, París, 1939.
BERTHELOT, RENÉ. *La pensée de l'Asie et l'astrobiologie.* Éditions Payot, París, 1949.
BOUCHÉ-LECLERQ, AUGUSTE. * *Astrologie grecque.* Éditions Leroux, París, 1899. Reedición *Culture et civilisation,* Bruselas, 1963.
BOUDINEAU, ANDRÉ. *Bases scientifiques de l'astrologie.* Éditions Traditionnelles, París, 1966.

COUDERC, PAUL. *L'astrologie.* Presses Universitaires de France, París, 1963.

CORY, ISAAC. *Cory's ancient fragments of the Phoenician, Carthaginian, Babylonian, Egyptian and other authors.* Reedición Richmond Hodges, Londres, 1876.

CHOISNARD, PAUL. *Preuves et bases de l'astrologie scientifique.* Éditions Chacornac, París, 1921.
— *L'astrologie et la logique.* Éditions Chacornac, París, 1922.
— *L'influence astrale et les probabilités.* Librairie Félix Alcan, París, 1924.
— *Essai de psychologie astrale.* Librairie Félix Alcan, París, 1925.

DUPUIS, CHARLES-FRANÇOIS. *Abrégé de l'Origine de tous les cultes.* Reedición Librairie L. Tenré, París, 1821.

GAUQUELIN, MICHEL. *L'influence des astres.* Éditions du Dauphin, París, 1955.

— *L'astrologie devant la science.* Éditions Planète, París, 1965.
— Traducción española: *La Astrología ante la ciencia.* Enciclopedia «Horizonte», Plaza & Janés, S. A. Barcelona, 1969.
— *Songes et mensonges de l'astrologie.* Éditions Hachette, París, 1969.
— *Les horloges cosmiques.* Éditions Denoël, París, 1970.
— Traducción española: *Los relojes cósmicos.* Plaza & Janés, S. A. Colección «Otros Mundos».

GLEADOW, RUPERT. *Les origines du zodiaque.* Éditions Stock, París, 1971.
GRAVELAINE, JOELLE DE y AIMÉ, JACQUELINE. *L'astrologie.* Éditions Publications Premières, París, 1969.

HERBAIS DE THUN CHARLES D'. * *Encyclopédie du mouvement astrologique de langue française du XXe siècle.* Éditions de la Revue Demain, Bruselas, 1944.
HOWE, ELLIC. *Le monde étrange des astrologues.* Éditions Robert Laffont, París, 1968.
HUTIN, SERGE. *Histoire de l'astrologie.* Éditions Marabouth, Verviers, 1970.

LASSON, LÉON. *Ceux qui nous guident.* Éditions Debresse, 1946.
LETRONNE, M. *Observations... à l'occasion d'un zodiaque égyptien.* Librairie Auguste Boulland, París, 1824.

MACNEICE, LOUIS. *L'astrologie.* Librairie Tallandier, París, 1966.
MAURY, ALFRED. *La magie et l'astrologie* (1860). Reedición S.G.P.P. — Denoël, París 1970. Bibliotheca hermetica.
MONTEREY, J. *L'astrologie.* Imprimerie Nassar, Beirut, 1953.
MOREUX ABBÉ, TH. *Les influences astrales.* G. Doin & Cie éditeurs, París, 1942.
MORIN DE VILLEFRANCHE, J. B. *Ma vie devant les astres.* Textos colacionados y traducidos de *Astrologia gallica,* por Jean Hiéroz. Éditions des Cahiers astrologiques, Niza, 1943.

NÉROMAN, DOM. *Grandeur et pitié de l'astrologie.* Fernand Sorlot, París, 1940.
NICOLA, JEAN-PIERRE. *La condition solaire.* Éditions Traditionnelles, París, 1965.

PEUCKERT, W. E. *L'astrologie.* Éditions Payot, París, 1965.
PLUCHE NOËL. *Hostoire du ciel, où l'on recherche l'origine de l'idolâtrie.* Du fonds des Frères Estienne, París, 1788.
PRIVAT, MAURICE. *La loi des étoiles.* Éditions Grasset, París, 1936.

RAPHAEL. *The prophetic messenger for 1934.* W. Foulham and Co., Londres, 1933.
RICHTER, DR. *Berosi Chaldeorum historiae quae supersunt, cum commentatione,* Leipzig, 1825.

SELVA, HENRI. *Quelques considérations sur la véritable portée des prédictions astrologiques.* Vigot Frères, París, 1918.

VANKI. *Histoire de l'astrologie.* Éditions Chacornac, París, 1906.
VOLGUINE, ALEXANDRE. *L'astrologie chez les Mayas et les Aztèques.* Éditions des Cahiers astrologiques, Niza, 1946.
— *Journal d'un astrologue.* Éditions Niclaus, París, 1957.

WEST, JOHN ANTHONY y TOONDER, JAN GERHARD. *The case for astrology.* Macdonald, Londres, 1970.

B) TRATADOS DE ASTROLOGÍA

ADAMS, EVANGELINE. *Your place in the sun.* Dodd, Mead and Co., Nueva York, 1927.
ANTARÈS, GEORGE. *Manuel pratique d'astrologie.* Éditions Flandre-Artois, Tourcoing, 1960.
— *L'art de l'interprétation en astrologie.* Éditions Flandre-Artois, Tourcoing, 1969.

BARBAULT, ANDRÉ. *Traité pratique d'astrologie.* Éditions du Seuil, París, 1961.
BOULAINVILLIERS COMTE, HENRI DE. *Traité d'astrologie pratique abrégé des Jugements astronomiques sur les nativités* (1717). Éditions du Nouvel Humanisme, Garches, 1947.

CRÉMONE, GÉRARD DE. *Géomancie astronomique (XXe siècle).* Éditions des Cahiers astrologiques, Niza, 1946.

CHOISNARD, PAUL. *Langage astral* (publicado inicialmente con el seudónimo de Paul Flambart). Éditions Chacornac, París, 1902.
CHRISTIAN, PAUL. *L'homme rouge des Tuileries* (1863). Dorbon aîné, París, 1939.

FAERY, TINIA. *Ce que les étoiles disent pour vous.* Edición del autor, París, 1935.
FAERY, TINIA y MAGI, AURELIUS. *Interprétation rationnelle de l'astrologie.* Edición de los autores, París, 1937.
— *L'énigme des heures planétaires.* Edición de los autores, París, 1938.
FOMALHAULT. *Manuel d'astrologie sphérique et judiciaire.* Vigot frères, París, 1897.

GOUCHON, H. J. * *Dictionnaire astrologique.* Edición del autor, París, 1935. Reedición Bibliotheca hermetica, Denoël, 1971.

HADÈS. *Manuel complet d'astrologie scientifique et tradicionnelle.* Éditions Niclaus, París, 1967.
— *Révolutions solaires, Directions, Progressions, Transits.* Éditions Niclaus, París, 1969.
HEINDEL, MAX. *Le message des astres.* Éditions Chacornac, París, 1939.
HIÉROZ, JEAN. *L'astrologie selon J. B. Morin de Villefranche.* Éditions des Cahiers astrologiques, Niza, 1941.

JULEVNO. *Nouveau Traité d'astrologie pratique.* Éditions Chacornac, París, 1934.

KRAFT KARL, ERNST. *Traité d'Astro-Biologie.* Edición del autor, 1939.

LASSON, LÉON. *Traité d'astrologie moderne.* Éditions Claude Depaire, Neuilly sur Marne, 1954.
LEE, DAL. *Dictionary of Astrology.* Paperback Library, Nueva York, 1968.
LEO, ALAN. *The key to your own nativity.* «Modern astrology» ediciones, Londres, 1920.

MANILIO, MARCO. * Astronomicon, reedición. *Les Astrologiques ou la Science sacrée du Ciel,* trad. de A. G. Pingré; E. P. — Denoël, París, 1970. Bibliotheca hermetica.
MORIN DE VILLEFRANCHE, JEAN-BAPTISTE. * *La théorie des déterminations astrologiques.* (Traducido y presentado por Henri Selva). Librairie Lucien Bodin, París, 1902.
— *L'astrologie mondiale et météorologique.* (Traducido y presentado por Jean Hiéroz). Éditions Leymarie, París, 1946.

NÉROMAN, DOM. *Planètes et destins.* Maurie d'Hortoy éditeur, París, 1933.
ORION, LUC. *L'astrologie dévoilée.* Librairie Renner, París, sin fecha.

PAGAN, COMTE DE. *Traité d'astrologie naturelle.* París, 1659.
PICARD. EUDES. * *Astrologie judiciaire.* Éditions Leymarie, París, 1932.

RAMAN, B. V. *Manuel élémentaire d'astrologie hindoue.* Éditions Chacornac, París, 1940.
RANTZAU, HENRI. *Traité des jugements des thèmes généthliaques* (1657). Prólogo de Jean Hiéroz. Éditions des Cahiers astrologiques, Niza, 1947.

SELVA, HENRI. *Traité d'astrologie généthliaque.* Chamuel et Cie, éditeurs, París, 1901.
— *La Domification.* Vigot Frères, París, 1917.
STAR, ELY. *Les mystères de l'horoscope.* Éditions Dentu, París, 1888.

TOLOMEO, CLAUDIO. * *Quadripartitum ou Tetrabiblos.* En inglés: Harvard University Press, 1956. En francés (traducido por Julevno): en *Le Voile d'Isis,* Éditions Chacornac París, 1914 (incompleto).

TUCKER WILLIAM, J. *Principes d'astrologie scientifique.* Éditions Payot, París, 1939.

VERDIER, J. G. *Ce que disent les astres.* Librairie Stock, París, reedición 1970.
VOLGUINE, ALEXANDRE. *La technique des révolutions solaires.* Dervy-livres, París, 1946.

REVISTAS. *Almanach astrologique.* Éditions Chacornac, París, 1932 y sig.
— *Astrologie.* Éditions Chacornac, París, 1934.
— *Les Cahiers astrologiques.* Éditions des Cahiers astrologiques, Niza, 1938 a 1971.
— *L'Astrologue.* Éditions Traditionnelles, París, 1968 y sig.
— *Sous le ciel.* París, 1936 y sig.
— *La Tour Saint-Jacques, n.º 4.* París, mayo-junio, 1956.
— *Uranus.* París, 1969.
— *Le Voile d'Isis.* Éditions Chacornac, París, 1890 a 1935.